

Antonina Rodrigo

UNA MUJER LIBRE



Amparo Poch y Gascón

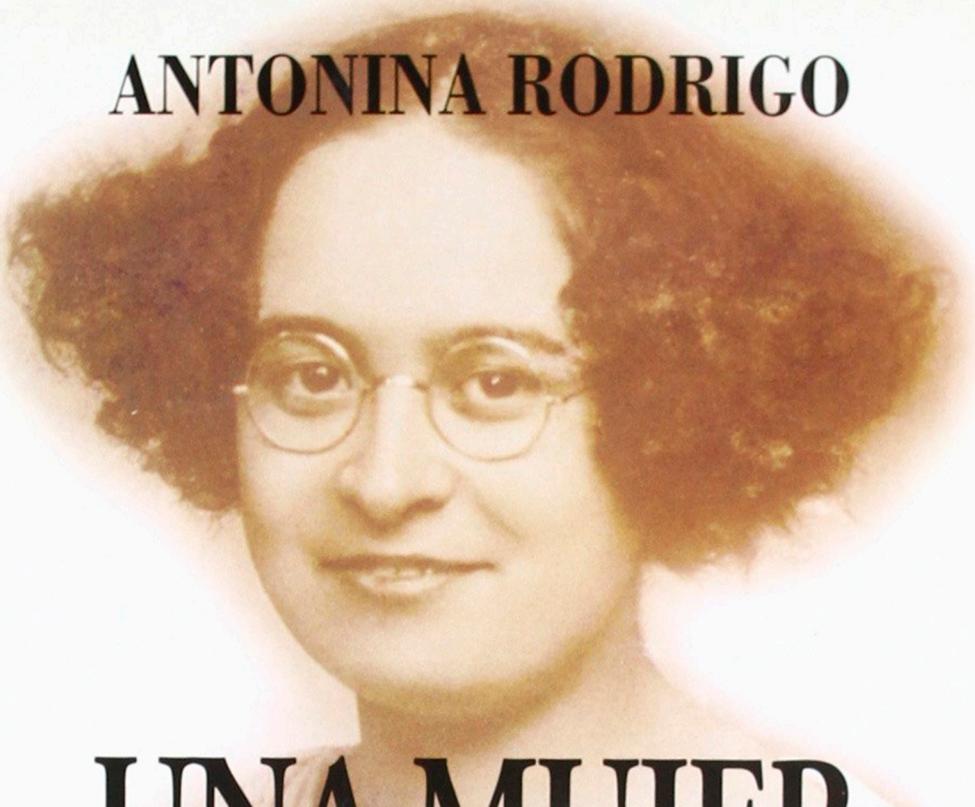
MÉDICA Y ANARQUISTA

La trayectoria vital de Amparo Poch y Gascón (Zaragoza, 1902—Toulouse, 1968), la constituye su labor humanista, dentro del campo de la Medicina y en el Sindicato Único de la Sanidad de la CNT, su compromiso militante por la emancipación de la clase obrera, desde la sanidad y la pedagogía, y con claros objetivos emancipadores para la mujer trabajadora.

Cofundadora de la revista *Mujeres Libres*, una gran parte de sus escritos estuvieron consagrados a difundir enseñanzas esenciales sobre maternidad, puericultura, sexualidad e higiene y las plagas de la época: sífilis, tuberculosis y alcoholismo (*La cartilla de consejos a las madres*, Zaragoza, 1931).

La doctora Poch denuncia en *La vida sexual de la mujer* (1932) el “inmenso desierto” que ha atravesado la mujer con la iglesia como árbitro de vidas y almas. Abogaba por una maternidad consciente, en donde la mujer pudiese elegir cuándo, cómo y con quién tener hijos, lo cual en la España de los años veinte y treinta significaba una ruptura con las ideas imperantes.

Partidaria del amor libre escribió *Elogio del amor libre*, páginas de gran belleza y coherencia. En 1936 estuvo propuesta para Ministra de Sanidad. Al comienzo de la Guerra Civil actuó como médica miliciana en los hospitales de campaña y de sangre en Madrid. Y como miembro de la Junta de Protección de Huérfanos de Defensores de la República estuvo consagrada a los niños y los refugiados, dentro y fuera de España.



ANTONINA RODRIGO

UNA MUJER LIBRE



Amparo Poch y Gascón,
médica y anarquista

FLOR DEL VIENTO
Ediciones

Antonina Rodrigo

UNA MUJER LIBRE

AMPARO POCH Y GASCÓN

Médica y anarquista

FLOR DEL VIENTO EDICIONES

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción

I. Zaragoza, 1902

II. La Medicina: carrera de hombres

III. Universidad, periodismo y sindicalismo

IV. Feminismo: «movimiento ideológico»

V. Divulgación pedagógica de la medicina

VI. Presidenta de la WRI

VII. Mujeres Libres

VIII. La guerra contra la República

IX. Las milicianas

X. La defensa de Madrid

XI. Los «Hogares infantiles»

XII. El dolor y la vergüenza de la guerra

XIII. Doctora Salud Alegre

XIV. El Casal de la Dona Treballadora

XV. El exilio

XVI. Toulouse, para siempre

Bibliografía

Acerca de la autora

A todas las mujeres que, como la doctora Amparo Poch y Gascón, lucharon en la guerra de España, en el exilio interior o exterior, por la libertad y la dignidad humana y que siguen en activo con sus ideales a flor de piel. Gracias por habernos dado el ejemplo más alto:

Emérita Arbonés, Antonia Adrober. María Aguayo, Francisca, Susana y Margarita Aguirre, Lupe Alcaraz, Amanda Andújar, Plácida Aranda, Julia Aransaez, Aurora Arnáiz Amigo, Joana Aymericli, María Batet, Sara Berenguer, Jaume y Victoria Biarnés, Luz Bilbao. Florentina Boadella. Cleopatra Burgués, Carmen Caamaño, Montserrat Galí, Florencia y María Calvo, Pepita Carpeta, Victoria Carrasco Peñalver, Matilde Carrasquer, Montserrat Carreras, Carme Casas, Luz Continental. Rosa Cremón Parra. Petra Cuevas, Tomasa (nievas, Carmen Delgado, Olga Delgado, Ana Delso, Manuela Díaz Cabezas, Juana Doña. Joaquina Dorado, Pepita Estruch, Olivia y Violeta Fernández, Fidela Fernández de Velasco (Fifí), Vicente Flores Ruiz, Antonia Fontanillas, Griselda Fradera, Angelina Gatell, Enriqueta Gallinat. Trinidad Gallego, María del Carmen García Lasgoity, Pepita Genovés, Mercedes Gili Maluquer. Emilia Girón, Mirella Godás, María y Elvira Godás, Ofelia Cordón Ordás, Mar y Sol Graells, Conchita Guillen, Joana Just, María Dolores Lastra. Rosa Laviña, Conchita Liaño, Rosa Lobo, Carmen y Natividad Lobo, Julia Manzanal, Mercedes Marcos Victoria. Hortensia Martí, Teresa Martín, Silvia Mistral, Aurora Molina Iturbe, Emilio Molins Guerrero, Teresa Morán, Natividad Moro, Marxina Muiño. Ana Muriá. Juanita Nadal, Blanca Navarro. Teresa Pamies, Carmen Parga. Dorita Pascual, Lourdes Pastor, Bernardina Peláez Caríis, Edelmira Perelló, Elena Pereña, Conxa Pérez, Blanca Ramírez, Soledad Real, Teresa Rebull.

Trinidad Revoltó Cervelló, Manola Rodríguez, Pepita y Carmen Roure, Conchita y Carmen Ruiz Funes, Elisa Sales, María Salvo Iborra. Elena Samada. Rosario Sánchez Mora (Dinamitera), Victoria Santamaría Palacios, Dolores Sarradell, Pepita y Teresina Simé, Angelita Tagüeña, Encarnita Tagüeña, Emilia Vaqué, Gracieta Ventura, Isabel Vicente García. Maruxa Vilalta. Pilar Villalva, Leonor Sarmiento. Y a tantas mujeres luchadoras, resistentes que, a pesar nuestro, seguirán en el anonimato.

Mi gratitud a María Estrada Yáñez, por su labor hemerográfica.

AGRADECIMIENTOS

Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. Archivo de la Universidad Central de Zaragoza. Archivo de la Facultad de Medicina de Zaragoza. Archivo de la Diputación de Zaragoza. Archivo Municipal de Zaragoza. Archivo Histórico Nacional, Madrid. Archivo General de Cataluña. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil, Salamanca. Archivo Municipal de Valencia. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares. Archivo del Colegio Oficial de Médicos de Zaragoza. Archivo del Colegio Oficial de Médicos de Madrid. Ateneo Enciclopédico Popular, Centre d'Estudis Histories Internacionals (Cehi). Biblioteca Arús, Biblioteca de Mujeres, Madrid. Biblioteca Universitaria de Zaragoza. Biblioteca Universitaria de Medicina, Zaragoza. Biblioteca Universitaria de Barcelona. Biblioteca Josep María Figueras. Biblioteca Tribunal de Cuentas, Madrid. Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de Zaragoza. Fundación Anselmo Lorenzo, Fundación Pablo Iglesias, Madrid. Hemeroteca Municipal Montemuzo, Zaragoza. Hemeroteca Municipal de Madrid. Biblioteca y Archivo de Sociología y Economía (B.A.S.E.) Muntady (Francia).

Y a las gentes que con sus testimonios orales y escritos, recuerdos, documentos, fotografías, prensa han hecho posible el acercamiento tangible a la doctora Amparo Poch: Juan Antonio Abascal Ruiz, Vicenta Alcocer, Plácida Aranda, Vicente Arbiol, Ferran y Manel Aisa, Federico Arcos, Marta Ackelsberg, Cristina Antón, María y Victoria Ayuda, Javier Barreiro, María Batet, Amparo Bella, Teresa y Antonio

Ballestín, Marisol Bengoa, Sara Berenguer, José Borras, Víctor Juan Borroy, Marcelino Boticario, Jean y Maricel Boulet, Maite Cacho, Francisco Cádiz, Máximo Cajal, Lola Campos, Antón Castro, Gabriel Carlés, Pepita Camicer, Pepita Carpena, Francisco Carrasquer, Ana Carreras, Julián Casanovas, Mariano Casasús, Bernard Castany, Paloma Castañeda, Miguel Celma, Ángela Córdoba, Genoveva Crespo, Rosa Domínguez Cabrejas, Joaquina Dorado, Carlos Dorado Fernández, Eloy Fernández Clemente, Carmen Delgado, Lola Delgado, Lucienne Domergue, Cándida Esteban, María Estrada, Asunción Fernández Dotor, Antonia Fontanillas, Manuel Carlos García, Ofelia Garditch, Isabel y Francisca Garín, José Gascón Molinero y sus hijos, María y Elvira Godás, Rafael Gómez Luz, Susana Goska, Ismael Grassa, Francisco Guerra, Concha Guillen, Carmen Ilolgueras, Amparo Hurtado, Nieves Ibeas, Lidia Jiménez, Sonia Jiménez, Carmen Lobo, Natividad Lobo, Rosa Lobo, Manuel Llatser, Rosa Laviña, Ramón Liarte, Verónica Lope, Ángela López Jiménez, Luis Luengo, Benito Madariaga, Carmen Magallón, Pilar Maldonado, Jean Marc Mathieu, José Ramón Marcuello, Raúl Jaume Martí, José Vicente Martí Boscá, Antonia Martín Zorraquino, Hipólito Melero, Rafael y Pilar Maestre, Mari Sancho Menjón, Julia Miravé y familia, Miguel Ángel Mirabé, Consuelo Miqueo, Silvia Mistral, Aurora y Helenio Molina Iturbe, Pilar Molina, Emilio Molins, José Molina, Remedios Moralejo Álvarez, José Luis Morro, Milagros Muñoz, Rafael Muñoz, Blanca Navarro, Eusebio Navas, Valentín Obac, Mariano Ontañón, Teresa Ortiz Gómez, Víctor Pardo Lacina, Antonio Padilla, Carmen Parga, Bernardina Peláez, Ramón Perdiguer, Conxa Pérez, Pura Pérez, Francisco Pérez Ruano, Eddie Pons, Eduardo Pons Prades, Kalinka Pradal, Héctor Raigal, Joaquín Rayado, Juan Rivero Lamas, Fernanda Romeu, Luisa Fernanda Rudi Úbeda, Conchita Salas Blasco, María Salas Ices, Neus Samblancat, Alicia Sánchez Lecha,

Alberto Sánchez Millán, José Sanjuan, Aurora Tejerina, Emilia Vaqué, Antonia y Ramón Valencia, María Vargas de Poch, Gracieta Ventura, Carmen Vega, Raquel Vicario, Clarina Vicens Alegre, Laura Vicente Villanueva. Y a mis hermanos Augusto, Purita, Maruja y Susana Rodrigo.

INTRODUCCIÓN

Allí iba a decidirse que la mujer es un ser racional, un ser inteligente, capaz de recibir educación y de elevarse a las regiones del pensamiento, de perfeccionarse aprendiendo y de mejorarse perfeccionándose.

CONCEPCIÓN ARENAL, *La mujer del porvenir*

¡Sería fuerte cosa que los señoritos respetasen a las mujeres que van a los toros y faltaran a las que entran en las aulas!

CONCEPCIÓN ARENAL

(Congreso Pedagógico Luso-Americano. Madrid, 1892)

La dedicación de la mujer a la Medicina fue el campo más proscrito en el que tuvo que contender para acceder a sus estudios. Desde la institucionalización de la Medicina en el siglo XIII, las Universidades dictaron norma tras norma, en contra del acceso de la mujer a esta

disciplina. Prohibición que se perpetuó a la raya de seis siglos, si bien se produjeron tímidas excepciones en las escuelas germanas e italianas en el siglo XVIII.¹ La lucha fue ardua, con increíbles dificultades, incluso en los países pioneros con una larga tradición en la enseñanza de la Medicina. «No es carrera propia de mujer», dijo tajante el padre a Amparo Poch y Gascón, cuando le pidió permiso para iniciar sus estudios en la Facultad de Medicina de Zaragoza, en los años diez del pasado siglo. Sin embargo, a lo largo de la historia, la mujer ejerció siempre de partera, sangradora o sanadora. Lo propio era hacer Magisterio. Y a ello se dedicó Amparo Poch por imposición paterna.

Los estudios de la mujer en nuestro país han sido un río subterráneo en el panorama cultural, en todos los ámbitos. La Medicina era una carrera tabú, vedada para la mujer, con implicaciones religiosas, las intocables estructuras patriarcales y el papel esencial asignado a la mujer por la biología, la maternidad bendecida por la Iglesia y la sociedad. Una total entrega y sumisión a los hijos y a su hombre—dueño, engendró fatalismo e impotencia. Las mujeres permanecieron durante siglos dedicadas a trabajos infravalorados, anquilosadas en la rutina, soportando matrimonios de conveniencia, alejadas de la cultura, la información y del derecho a poder expresar su propia opinión en temas trascendentales. Para poder competir hubiesen tenido que asaltar los altos y cerrados muros del hogar o del convento, con fronteras infranqueables como la cuna del hijo, el cuidado de sus mayores, la consagración a Dios y todos los complejos de la ignorancia.

Amparo Poch iba a desarrollar una labor personal contra estos condicionantes con claros objetivos emancipadores para la mujer, sobre todo para la mujer trabajadora, defendiendo su derecho a la

instrucción y al cultivo de su inteligencia, en pro de su formación individual y colectiva, capacitándola para el mundo del estudio y del trabajo, y su autonomía, como principio de libertad personal. Cuando en 1929 termine Medicina, su labor de difusión sanitaria será el arma esencial para ayudar a desterrar la ignorancia en los medios obreros, dando a conocer, a través de conferencias, cursillos sobre sexualidad y planificación familiar y artículos en la prensa, métodos para preservar la salud de la mujer, en una sociedad donde era tabú tratar temas como la sexualidad y la higiene femenina. Su preocupación por desterrar la vergüenza y la ignorancia en torno al sexo será tenaz y ejemplar.

A pesar de tantas trabas, en todas las épocas y manifestaciones encontramos a mujeres con voz y gesto propio que se yerguen sobre el nivel de su época y emergen de la maraña del oscurantista y del vacío cultural. Los criterios esgrimidos por los doctos para prohibir a la mujer la Medicina, eran de toda índole: «...biológicos y psicológicos, (la emotividad y menor fortaleza física de las mujeres era considerada una incapacidad natural), legales (por la dependencia jurídica del padre o marido, las mujeres carecían de responsabilidad social y de autonomía para un contrato de trabajo), y socioculturales (la indisponibilidad a tiempo completo a causa de la maternidad y las responsabilidades familiares de las mujeres). Un ejemplo extremo de esta retórica es la estadística difundida en 1885 en la prensa española, del porcentaje de médicas británicas internadas en manicomios (7 de 25 médicas —se decía— frente a un loco por 700 médicos o clérigos, o el 1% de los abogados).² Un año después, en el Congreso Internacional de Brighton, en 1856, se relacionaba la formación cultural de la mujer con la pérdida de su fertilidad engendradora. Hasta el punto que, de continuar el progreso de la mujer en estudios superiores, en Estados Unidos,

Inglaterra y Alemania: «...dentro de algunas generaciones la mitad femenina de aquellos países será impropia para las funciones de madre».³

La lucha en defensa de la mujer por su derecho universal al trabajo y a la educación en todos los ámbitos, la libraron los políticos liberales y el activo movimiento sufragista. Elizabeth Blackwell (Bristol—Inglaterra, 3—2—1821—Aastings, 31—5—1910), fue la primera mujer de los tiempos modernos que se doctoró en Medicina, en 1849, en el Colegio de Médicos en Geneve (Estados Unidos). Su vida en la denodada lucha por lograr el doctorado, fue heroica. Para evitar a otras mujeres los sufrimientos por los que ella había pasado, se dispuso a abrir un dispensario para que pudiesen estudiar. Pero a la opinión pública su actitud le resultaba escandalosa y ninguna casa decente se atrevió a alquilarle un local. Y se vio obligada a comprar una casa para instalar su clínica.

En 1850, se creaba el Women's Medical College of Philadelphia y a no tardar surgen centros escolares y sociedades femeninas. El paso decisivo, se produce en 1893, en el Hopkins Medical School se establece el régimen coeducativo. Y en esta misma década la mujer accede al ejercicio legal de la Medicina, en Bélgica y Rusia, el reconocimiento lo rechazan países como Alemania, Italia y España. No obstante, tanta resistencia e intolerancia a facilitar el paso de la mujer al mundo de la Medicina, lo debemos a Hildegarda de Bingen, monja médica, además de escritora, filósofa, compositora y pintora; su *Liber compositæ medicinæ* está considerado como el libro base de la Medicina, con un catálogo de 47 enfermedades, y sus causas y métodos de curación. Hildegarda analizó y valoró, en sus escritos, las dificultades que suponía la creación para la mujer de su tiempo; de ella es la frase: «Cuando Adán miró a Eva quedó lleno de sabiduría».

En España las primeras tituladas en Medicina fueron Dolores Aleu y Riera y Martina Castells Ballespí.⁴ En 1882, terminados sus estudios, obtenían el Grado de Doctoras en Medicina, con permiso real, con la advertencia de que en lo sucesivo quedaba suspendida la admisión de nuevas alumnas, según criterio del Consejo de Instrucción Pública. A la mujer se le concedía el título, pero se le negaba la facultad de ejercer el desempeño de su profesión, en la cátedra o en el hospital. Concepción Arenal, de tan preclaro criterio, escribía a este respecto, en 1861, en su obra *La mujer del porvenir*: «A la mujer que estudia se le da un documento que acredita su suficiencia pero se le prohíbe ejercer la profesión para la que se le reconoce aptitud». Emilia Pardo Bazán, en su intervención en el Congreso Pedagógico Luso—Americano, en Madrid, en 1892, dijo: «Desgraciadamente, en España la disposición que autoriza a la mujer para recibir igual enseñanza que el varón en los establecimientos docentes del Estado es letra muerta en las costumbres y seguirá siéndolo mientras se dé la inconcebible manía de abrirles estudios que no pueden utilizar en las mismas condiciones que los alumnos varones. Las leyes que permiten a la mujer estudiar una carrera y no ejercerla son leyes inicuas».

El día solemne de la lectura de su tesis doctoral, Dolores Aleu, clarificaba, con tintes feministas *avant la lettre*, que hacía uso de un derecho «...ya indiscutible, por más que —y esto es lamentable— tenga límites en un corto número de españolas». Tenía plena conciencia de que «...aún le toca a nuestro sexo sufrir muchísimo; no hemos salido de la esclavitud, ésta subsiste todavía». Y sobre la inferioridad intelectual de la mujer admitía su capacidad, en igualdad de condiciones, con este rotundo alegato: «Hágase sino la prueba, póngase al niño y a la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los

alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y creo nos encontraremos con mujeres que saldrán buenas y otras que saldrán inútiles; lo mismo que pasa con los hombres».⁵ Sin embargo, la Dra. Martina Castells estuvo lejos de combatir los argumentos esgrimidos tradicionalmente contra su sexo. En su alocución translucían los esquemas culturales de la educación machista recibida, con la timidez y el sometimiento de la mujer sojuzgada por siglos de prejuicios e indiferencia: «No pido, señores, para la mujer libertad exagerada; no soy de opinión que a la mujer se le considere igual que al hombre; que tenga voto, que hable en las Cortes; que pretenda ser ministro. ¡Lejos de mi mente tan absurdas pretensiones!».⁶

La discriminación para la entrada de la mujer en la Universidad terminó con la Real Orden de 8 de marzo de 1910, que derogaba la de 1888. La nueva ley anulaba la necesidad de consultar «a la Superioridad, las inscripciones de matrícula en la enseñanza oficial o no oficial». Y, seis meses más tarde, otra Real Orden del 2 de septiembre, regularizaba la validez de los títulos universitarios expedidos a la mujer, para poder concursar y ejercer en igualdad de condiciones, en las oposiciones a cátedra que convocase el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.⁷ Al menos, en teoría, la enseñanza superior para la mujer emprendía un proceso de normalización jurídica, paulatina pero irrevocable. Con la secular hegemonía del hombre en las aulas, la entrada de la mujer en la Universidad supuso una lucha denodada, en solitario, para hacerse un hueco en el mundo de la cultura habitado por los hombres, creado por ellos y para ellos. La moral de estas pioneras debía ser muy alta para enfrentarse en aquellas condiciones de inferioridad respecto a unos compañeros dispuestos a no perder su situación de privilegio. La convivencia en las aulas con unas adversarias

apabulladas, que no estaban acostumbradas a la competencia para entrar en el mundo de los hombres trastocando los valores establecidos, las hizo blanco de toda clase de ironías y escarnio de los exclusivos destinatarios de aquellos claustros durante siglos. Donaciana Cano Iriarte, en 1916, la única alumna de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, en una conferencia titulada Formación Científica de la mujer, reivindicaba el derecho en el campo de las ciencias, pues no se trataba de «...un vedado a donde sea ilícito penetrar la mujer, sólo porque así lo estiman algunos espíritus pobres».⁸ Y en 1927, Amparo Poch brillante alumna de cuarto curso de la Facultad de Medicina, al abordar el tema de «Mujeres y Universidad», escribía: «...se ha tratado mal la situación de la mujer estudiante en la Universidad zaragozana, donde todavía se ve antes a la mujer que a la estudiante, con lo que ésta sale perdiendo posibilidades de saber más, y ganando impertinencias de los escolares, que nadie reprime ni castiga».⁹

Sorprende e inquieta particularmente, que 44 años después de la atmósfera que nos describiera la Dra. Dolores Aleu Riera, en 1883, siguiera proliferando la hostilidad hacia la mujer en las aulas universitarias: «He encontrado —cuenta la Dra. Aleu— quien se complacía en herir mi susceptibilidad de mujer o en mortificar mi dignidad de alumna, para que en un momento malograrse quizá el fruto de largos años de estudio y de afanes: he hallado desengaños donde debía de haber lealtad; fallecimientos, donde pensé encontrar estímulos; pasión donde debe resplandecer la justicia y doquiera contrariedades y asechanzas».¹⁰

En abril de 1928 se fundaba en Madrid La Asociación de Médicas Españolas (1928–1936), constituida por 15 licenciadas y doctoras: Concepción Aleixandre y Trinidad Arroyo eran respectivamente

presidentas honoraria y efectiva, y la secretaría general la regentaba Elisa Soriano. Según el estudio de Teresa Ortíz Gómez, en 1930, el Colegio de Médicos de Madrid, registraba catorce médicas, mientras que el Anuario Médico de España (1930—1931), daba 51 en los distintos colegios médicos españoles. Un informe de la doctora Elisa Soriano acrecienta la cifra hasta cien.¹¹ Quizá ninguna de estas estadísticas sea rigurosa, pues no se registra, por ejemplo el Colegio de Zaragoza, en el que Amparo Poch estuvo colegiada desde 1929, año en que termina sus estudios y, si en el primer curso era la única alumna, en las siguientes promociones la incorporación de la mujer en las Facultades de Medicina fue constante, con el gran impulso en los años de la República e incluso durante la guerra de 1936—1939. La llegada del franquismo y la consiguiente abolición de la Constitución, supondría especialmente para la mujer, un retroceso de medio siglo.

Tendría que llegar el año 1988, para que nombraran a una mujer, Margarita Salas, Académica de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. El camino no fue fácil. La tesis doctoral la hizo en Madrid, bajo la dirección del bioquímico Alberto Sois, al cual llegó recomendada por Severo Ochoa, ya Premio Nobel de Fisiología y Medicina, en 1959. El Dr. Sois contaría en 1961 que: «Cuando Margarita fue a mi laboratorio pensé: ¡Bah, una chica. Le daré un tema de trabajo sin demasiado interés pues si no lo saca adelante no importa!». Con esta mentalidad discriminatoria la realización de la tesis doctoral fue frustrante desde el punto de vista personal, aunque confiesa que adquirió un grado superior de formación Bioquímica. Pues cuando la citaba para hablar de la tesis, la acompañaba Eladio Vuñuela, su novio, que preparaba también su tesis con el Dr. Sois. «Mi frustración era enorme cuando Sois se dirigía a Eladio para hablar de mi trabajo. Era como si yo no existiese.

Pueden imaginarse cómo me sentía». La señora Salas confiesa que hasta el año 1964 en que ya casada se fueron a Nueva York, al Departamento que dirigía Severo Ochoa, no se sintió persona respecto a su trabajo, al serle reconocido el resultado de sus investigaciones, sin discriminación de sexo.¹²

Notas a la Introducción

1. Teresa Ortíz Gómez, *La mujer como profesional de la medicina en la España contemporánea: el caso de Andalucía (1898-1981)*, DYNAMIS, *Acta Hispánica ad Medicinae Scientias inque Historiam Illustrandin*, Vol. 5-6, 1985-1986, Universidad de Granada, p. 344.
2. Consuelo Miqueo, «Women and doctors in Medicine», *The Lancet* 2000, Londres, diciembre 1999, 354:65.
3. «Causa de la esterilidad de la mujer». *Mundo Femenino*, Madrid, 1886, nº 3, p. 8. Cit. por María del Carmen Simón Palmer, «La Higiene y La Medicina de la mujer española a través de los libros (s. XVI a XX)», *La Mujer en la Historia de España* (s. XII-XXI).
4. María Elena Masera Ribera fue, en puridad, la primera universitaria en España que cursó Medicina, entre 1872 y 1878. Ocurrió que el permiso para leer su tesis y obtener el Grado de Doctorado, lo dilataron tanto las autoridades competentes, que mientras tanto estudió magisterio, con el consiguiente perjuicio para el ejercicio de su vocación y su profesión. Consuelo Flecha García, *Las primeras universitarias en España*, Narceo Ediciones, Madrid, 1996,]). 148 y 161. Ver: María Rosa Domínguez Cabrejas, *Sociedad y Educación en Zaragoza durante la Restauración (1874-1902)*. Delegación de Acción Cultural, Área de Cultura y Educación del Ayuntamiento de Zaragoza, 1989. Carmen Magallón Portóles, *Pioneras españolas en las ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1989. Víctor Manuel Juan Borroy, *Mitos, creencias y mentalidades del magisterio aragonés*. (Primer tercio del siglo XX), Institución, «Fernando el Católico», Diputación de Zaragoza, 1998. Es imprescindible conocer el estudio de M^a del Carmen Alvarez Ricart, *La mujer como profesional de la medicina en la España del siglo XIX*, Anthropos, Barcelona, 1988.
5. Dolores Aleu Riera, *De la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer*, «La Academia», Barcelona, 1883, Consuelo Flecha García, op. cit., pp. 165-167.

6. Martina Castells, en su tesis *Educación física, moral e intelectual que debe darse a la mujer para que ésta contribuya en grado máximo a la perfección y la de la Humanidad*. Consuelo Flecha García, op. cit., p. 173.
7. Real Orden firmada por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Julio Burell, *La Gaceta de Madrid*, 4 de septiembre de 1910, nº 247, p. 731. Consuelo Flecha García, op. cit., p. 93.
8. Carmen Magallón Portóles, *Pioneras españolas en las ciencias*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1998, pp. 101-102.
9. Amparo Poch, «Mujeres y Universidad», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 6-3-1927, pp. 1-2.
10. Dolores Aleu Riera, op. cit., pp. 10-11. Véase Rosa María Capel, *El trabajo y la educación de la mujer*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.
11. Teresa Ortíz Gómez, *La Asociación de Médicas Españolas (1928-1936) y su fundadora, Dra. Elisa Soriano (1881-1964)*. VIII Congreso Nacional de Historia de la Medicina Murcia-Cartagena, 18-12-1986. Libro de Actas. V. I. Medicina de la España Contemporánea. Edición preparada por Manuel Valera, M^a Amparo Egea y M^a Dolores Blázquez. Murcia, 1988, pp. 595-596.
12. Margarita Salas, «Reflexiones sobre mi historia», *Revista Meridiana*, Instituto Andaluz de la Mujer, Sevilla, septiembre 2000, pp. 43-44.

CAPÍTULO I

Zaragoza, 1902

El socialismo libertario es acaso la única utopía que no ha sido derrotada, en el terreno teórico por los acontecimientos. En la práctica, en lo concreto del acontecer diario, el proyecto libertario está acostumbrado a las derrotas.

LUCE FABBRI

No se trata de saber si persiguiendo la justicia lograremos preservar la libertad. Se trata de saber que, sin la libertad, no realizaremos nada y perderemos a la vez la justicia futura y la belleza antigua.

ALBERT CAMUS

María del Pilar Amparo Poch y Gascón, nació en Zaragoza el 15 de octubre de 1902.¹ La ciudad estaba en plenas fiestas del Pilar.

Zaragoza hervía de forasteros y las fondas, posadas y casas de viajeros estaban invadidas por los visitantes, venidos de todas partes en trenes especiales. Igual de concurridos estaban los hoteles de la categoría del Europa, del de las Cuatro Estaciones, del Universo, donde se hospedaban las gentes de possibles, los toreros, y eminentes literatos como Marcos Zapata², mantenedor de los Juegos Florales, José María Gabriel y Galán, el poeta ganador de la flor natural, y el dramaturgo Joaquín Dicenta, cuya obra *El señor feudal* la interpretaba la compañía de Carmen Cobeña, en el teatro Principal. Otros teatros eran el Pignatelli, el Salón Teatro de la Iberia y el Teatro—Circo de la calle de San Miguel. Un espectáculo digno de competir con el teatro, en afición y afluencia, eran los toros. A las tres de la tarde las calles que conducían a la plaza del Coso, eran un oleaje de gentes desbordadas de entusiasmo y estentórea alegría. Mujeres ataviadas con mantillas de blonda y los clásicos pañolones del folklore aragonés, que venían directamente del teatro Pignatelli, donde se celebraba la fiesta de la Jota. En la tercera corrida del Pilar había desencanto en la afición ante la imposibilidad de ver lidiar al diestro Bombita Chico, cogido en el primer toro, en la corrida del Pilar, y sustituido por Morenito de Algeciras. El otro espada era Machaquito. A Machaquito y Bombita, además de por su arte, se les recordaría por los pasodobles y, sobre todo, por las botellas de anís que llevaban su esfinge torera y su nombre. Otra de las grandes animaciones era la verbena, con el aspecto colorista que le brindaban los farolillos a la veneciana y gallardetes, en la calle de la Democracia, ¡ay!, frente a la cárcel, donde se colocaba el tablado para la banda de música y numerosos organillos que ponían su nota castiza y popular.

Dos atracciones que cautivaban la curiosidad popular eran la elevación de globos aerostáticos y el cinematógrafo. El

Ayuntamiento aceptó las propuestas recibidas para el programa de las fiestas patronales de 1902. Las ascensiones aerostáticas constituían un espectáculo, que el público admiraba en los campos, en los parques y en las plazas de toros. En 1906 Natalia Lanz participaba en una ascensión en globo a 2.500 metros de altura. «¡Un atrevimiento para una mujer!» En el mes de octubre se establecían en las aceras del Coso el Palacio de Proyecciones de los Gimeno, el Cinematógrafo Polak y el Palacio Luminoso Royal Cinematograph³. En las fiestas patronales de 1902, se daban sesiones de cinematógrafo en la calle del Coso, frente a la Audiencia, en la casa llamada de las Monas. Según la reseña de la prensa eran muchas y del agrado de la numerosa concurrencia que las presenció⁴. Entre los salones que se dedicaban con carácter permanente a las proyecciones estaba el Coyne, donde su propietario Agustín Coyne inauguraría en 1908, el cine «sonoro» en Zaragoza, el primero en España. A la entrada de su Salón anunció el acontecimiento: «¡Muy pronto las mejores películas con sus ruidos naturales!». Un fonógrafo colocado detrás de la pantalla reproducía los sonidos que se sincronizaban a tono con la máquina de proyección, con sus ruidos de disparos, campanas, explosiones. La película no podía exceder los 90 metros, que equivalía a la duración de la placa del gramófono. El Cinematógrafo Coyne estaba en la calle de San Miguel, y se anunciaba como «El salón más elegante de Zaragoza, único que presenta el cinematógrafo parlante. Asombroso invento. Gran novedad ».

El año 1902 se fundan los equipos de fútbol (balompié): el Iberia, el Stadium, el Fuenclara, en los que pronto se agrupan entusiastas aficionados del nuevo deporte, de origen inglés. Tanto el cine como el fútbol no tardan en consolidar su popularidad.

En el capítulo de la beneficencia se había inaugurado la cocina de La Caridad, que repartió comida a los 350 niños del asilo, más 700 raciones entre los pobres. Al acto acudieron desde el arzobispo, monseñor Soldevila, el presidente de la Audiencia, el rector de la Universidad, y representantes de la aristocracia que, de antiguo, practicaban la caridad como descargo de sus conciencias.

En el apartado de sucesos del *Heraldo de Aragón* se refleja, desoladoramente, la violencia doméstica con los mismos perfiles que en nuestros días, como algo que no vaya a tener fin. Pasan los años y los siglos y continuamos leyendo en la prensa las mismas escalofriantes noticias: seguía envuelto en el mayor de los misterios el crimen de la Concha, cometido en una casa de lenocinio, de la calle Marqués de Santa Ana, con una prostituta que amaneció degollada en la cama donde había yacido con su agresor. Se destacaba también, la condena a muerte de Pedro Gumbert, en Sabadell, por haber matado a su mujer, rociándola con petróleo y prendiéndole fuego. Hoy lo hacen con gasolina.⁵

La mujer iba a iniciar, tímidamente, el camino de su emancipación, que empezaba por su asistencia a la escuela y a la universidad, esencial para su necesaria evolución y supervivencia como ser libre. Pero todavía tienen que pasar muchos años para su liberación, de momento lo seguían teniendo todo en contra: las estructuras sociales, la instrucción, la tradición, el marido o compañero, subordinadas a la voluntad arbitraria de los hombres de la familia, que seguían cerrándoles las puertas al conocimiento. En los pequeños anuncios de ofertas, en la prensa, en este día 15 de octubre, cuando nace Amparo Poch y Gascón, la mujer ofrece sus servicios como institutriz, profesora y nodriza. Llama la atención el trato dado a las nodrizas: «Hay una de 21 años de edad, soltera, de

un mes de leche, criará en casa de los padres. Informes calle de Cantarrana...». «De 20 años de edad y 6 meses de leche hay una que criará en casa de los padres. Prudencio 29 darán razón». «Hay una que desea criar en Pedrola, de 36 años, casada, y un año de leche».⁶ No existía mucha diferencia de trato, cuando los anuncios se referían a las especies animales en las ferias de ganado. No olvidemos que en España tardó mucho en ser abolida la esclavitud. El propietario de una esclava hacía esta oferta en 1796, en el periódico *Mensajero Económico y Erudito de Granada*: «En la calle del Aljibe de Rodrigo de Campos se vende a Juana del Carmen, esclava de D. Agustín de Quevedo; se dará con equidad a quien quiera comprarla».

Una de las grandes atracciones urbanas de las fiestas del Pilar, en este año de 1902, es la inauguración de los tranvías eléctricos, que sustituían a los tirados por mulas, cuyos servicios se iniciaron en 1885. El tranvía puso, en aquellas calles de comercio familiar, una nota novedosa, que al pueblo llano le divertía y solía pasear los domingos, en aquel vehículo, ruido y cómodo. Todavía, durante muchos años, en las calles zaragozanas, convivirá el transporte de tracción animal. Sobre todo carros de tiro de mulas, que transportaban mercancías, principalmente, el acarreo de la remolacha a las azucareras, junto a las líneas paralelas de los raíles del tranvía. Transporte que pronto se convirtió en el medio de locomoción esencial, para comunicar el núcleo antiguo con los nuevos barrios periféricos. Era un anticipo del modernismo que, a no tardar, va a transformar la imagen urbanística de la ciudad.

Zaragoza tenía en 1902 cien mil habitantes. En la ciudad todavía se llevaban a cabo ejecuciones públicas. En el mes de enero se fusiló a un soldado en las tapias del cementerio. A pesar, de los efectos desastrosos de la epidemia de cólera de 1885 y los desastres

coloniales con que se despide el siglo XIX, Zaragoza había iniciado un desarrollo imparable gracias al cultivo de la remolacha y a las azucareras, lo que favorece el desarrollo de harineras, de aceite, de vinos y de chocolates con el consiguiente despegue económico. Este proceso de producción convierte a la capital aragonesa en un importante centro industrial donde se emplea un elevado contingente de mano de obra, fruto de una inmigración rural masiva, atraída por el desarrollo de la industria transformadora, principalmente en la ribera Norte del Ebro, lo cual originaría un gran crecimiento urbanístico, hacia el sur, con circuitos transversales y de circunvalación, y con un casco antiguo, congestionado y denso. La industria textil desfasada se moderniza, y se abre paso a la nueva ingeniería, la metalurgia, el vidrio, y la industria en general florece potente con la fusión de las viejas fundiciones y grandes talleres metalúrgicos.⁷ Otras se regeneran como las industrias químicas, las grandes papeleras, la fábrica de cervezas La Zaragozana, se fundan bancos, se fusionan empresas eléctricas menores y surge Eléctricas Reunidas de Zaragoza. La prosperidad propicia la formación de un núcleo burgués, populista y reformador, que se manifiesta a través de la Liga de Productores y la Unión Nacional, con personajes tan relevantes como Joaquín Costa, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, la figura más destacada del Regeneracionismo, obsesionado por la pedagogía, como medio de redimir al pueblo por la Escuela y la despensa. «Hay que ir —sentenciaba Costa, en 1892— a la secularización, total, absoluta, de la antigua escuela, hasta arrancarla de sus cimientos y aventar sus escombros por todo el territorio, que todo el territorio debe ser escuela, mientras no pueda serlo todo el planeta». Otras figuras que dejan su impronta en la Zaragoza de Amparo Poch y Gascón, fueron Basilio Paraíso y Ricardo Magdalena, con sus reformas y proyectos urbanísticos. El arquitecto

Magdalena, es el autor de la planificación y trazado del Paseo de Sagasta que unió los nuevos espacios suburbanos, el ensanche y el extrarradio, con el centro.⁸

Para algunos historiadores el siglo XX empezó en 1902, el año del nacimiento de Amparo Poch y Gascón, en el que España entró en un nuevo período histórico, con la subida al trono de Alfonso XIII, un rey niño de 16 años. Para Zaragoza, 1908 fue el año decisivo de su despegue hacia el progreso, con la inauguración de la Exposición Hispano—Francesa; Aragón, especialmente la capital, accede a la «vida moderna». Aunque el panorama laboral continúa siendo esencialmente agrícola se inicia el desarrollo de su industria. Las transformaciones urbanísticas trazan las principales vías de comunicación de la Zaragoza contemporánea. Con el derribo de la segunda muralla las huertas se urbanizan para convertirse en «boulevard»; los «boulevares», el sueño de París, de toda ciudad de provincias en la época. Para lograr esos paseos deslumbrantes, rectilíneos y frondoso arbolado, se echan abajo murallas, palacios y monumentos sin la menor consideración. Pero esta Zaragoza moderna y aparentemente brillante está minada, sin embargo, por agitaciones y tensiones sociales que a menudo ocupan el primer plano de la actualidad. El crecimiento industrial y demográfico favoreció la organización del movimiento obrero, dominado desde un principio por el anarcosindicalismo y en concreto por la CNT, durante la primera mitad del siglo XX.⁹ Zaragoza sería escenario de importantes congresos obreros, desde el de la Federación Nacional de la AIT (1872), hasta el último Congreso de la CNT de España, en mayo de 1936. En la anquilosada legislación laboral española se ha iniciado un decisivo proceso de mejoras para el trabajador, aunque siempre con retraso en relación a las corrientes de la época y los países industrializados. En 1900 se comienza a regular el trabajo de

mujeres y niños; en 1902 es reconocido el derecho de huelga, aunque de forma muy limitada. Este año la huelga de los metalúrgicos de Barcelona tensó la situación social, que afectaría a miles de obreros. En 1903 se crea el Instituto de Reformas Sociales. El 3 de agosto de 1907 se constitúa en Barcelona Solidaridad Obrera, integrada por 57 asociaciones obreras de tendencia anarquista. En 1907—1908, se aprueban leyes en favor de la mujer trabajadora. En 1908, se funda el Instituto Nacional de Previsión. En 1909, Antonio Maura promulga la primera ley de huelgas. Una Real Orden en 1910, legisla la igualdad de condiciones de la mujer para su ingreso en la Universidad y, posteriormente, la posibilidad de ejercer sus profesiones. En 1910, Canalejas fija la jornada máxima de 9 horas para las minas. En 1910 se funda la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). El 28 de febrero de 1912 se legisla la ley de la Silla, para la mujer trabajadora y en este mismo año (11 de julio), otra ley prohíbe el trabajo nocturno para la mujer. Romanones, en 1913, establece la jornada de 10 horas para la industria textil. Estas conquistas se deben, en gran parte, a las denodadas luchas de las asociaciones obreras y de los sindicatos. En esta Zaragoza, despierta a la vida Amparo Poch y Gascón; la niña, que será tan amante del mundo científico, tiene desde su infancia el espejo multiplicador del sabio aragonés Santiago Ramón y Cajal, al cual concederán el Premio Nobel, en 1906, por su descubrimiento de la neurona y su descripción de las capas histológicas de la corteza cerebral y de algunos tipos celulares (células cianófilas de Cajal).

En el plano literario, los nombres más conocidos eran Costa, Dicenta, Zapata, Eusebio Blasco y Mariano de Cavia, que casi todos vivían en Madrid, y los autores de literatura baturra como Sixto Celorio, Blas Ubide, García Arista, Alberto Casañal... En cuanto a los contemporáneos de Amparo Poch, serían Luis Buñuel (1900), Ramón

J. Sender (1901), José Muñoz Román (1902), Félix Carrasquer (1905), José Ramón Arana (1906) y Tomás Seral y Casas (1908).

Notas Capítulo I

1. Registro Civil de Zaragoza. *Libro de Nacimientos*, 157, nº 1505.
2. Marcos Zapata, autor aragonés, muy célebre en la época por sus obras: *La capilla de Lanuza*, *El castillo de Simancas*, *El compromiso de Caspe*, *El solitario de Ueste*, *El reloj de Lucerna*, *El anillo de hierro*...
3. Agustín Sánchez Vidal, *El siglo de la luz*, Zaragoza, 1996, p. 88.
4. «El cinematógrafo», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 11-10-1902, p. 6.
5. «La mujer degollada», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 15-10-1902, p. 3. Este rotativo anunciaba al día siguiente la condena a muerte de Francisco Torres, por haber matado a su mujer estando embarazada.
6. «Nodrizas», *Heraldo de Aragón*, 15-10-1910.
7. Eloy Fernández Clemente, *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XX*. Ayuntamiento Servicio de Cultura, Zaragoza, 1997. *Y Gente de Orden. Aragón durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Estudios sobre Joaquín Costa*, Universidad de Zaragoza, 1989.
8. Carlos Forcadell Alvarez, *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Ayuntamiento, Servicio de Cultura, Zaragoza, 1997. Jacques Valdour, *El obrero español. (Aragón)*, Introducción y notas de E. F. Clemente, Traducción de Teresa Labia y Matías y José Ramón Jiménez Corbatón, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1988.
9. Laura Vicente Villanueva, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993.

CAPÍTULO II

La Medicina: carrera de hombres

Los padres de Amparo Poch se conocieron en Zaragoza. José Poch Segura, de Valencia, era sargento de ingenieros y había entrado al ejército como soldado raso, en 1892. Vivía como pupilo en una casa de huéspedes, en donde Simona Gascón, de Tabuenca (Zaragoza), trabajaba como sirvienta. De familia humilde, campesina, era una mujer bonita, de escasa estatura que, junto al militar, de gran altura, 1,91 m.¹, parecía aún más pequeña. Era un ser dócil, pudibundo, hasta el extremo que no se dejaba fotografiar por creer que era pecado². Se casaron el 21 de septiembre de 1901, en la iglesia parroquial de Santiago. El tenía 27 años y ella 25. En octubre del año siguiente nacía Amparo.³ Dos días más tarde era inscrita en el registro civil por Manuela Peñafiel, esposa de Manuel Gascón, hermano de la madre, en cuya casa, en la calle Pignatelli, antigua de la Paja, 57, vivirán hasta 1916. Este año el ascenso de José Poch a la graduación de teniente, les da derecho a disfrutar de una vivienda en las casas destinadas a los oficiales y abandonan la calle Pignatelli por la paralela de la Misericordia, en los pabellones militares del cuartel de «San Genis. Ingenieros y Pontoneros», conocido popularmente por Cuartel de Pontoneros. Le iba bien el nombre de Misericordia a la calle. En ella estaban instalados algunos de los más

significados estamentos de nuestro país: Un cuartel, un hospital, un convento, un hospicio, y una plaza de toros. El entorno bien pudo influir en el espíritu de la adolescente Amparo Poch. A diario contemplaría el espectáculo de la entrada y salida de una humanidad doliente: enfermos y moribundos al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que atendía a indigentes y, en otro tiempo, a gentes de paso a tono con la filosofía santiaguista caminera. Otra visión de la vida se la darían los inquilinos del Hospicio Provincial, la antigua Real Casa de Misericordia. Por el gran portón salían los niños hospicianos, en fila, con sus cabezas rapadas, sus batas grises y toda la tristeza del desamparo de sus jóvenes vidas. También observaría la entrada y salida de los soldados a las guerras y conflictos de la época (Cuba, Filipinas, África), o cuando decidían sacar el ejército a la calle para reprimir a los obreros, en aquella época de agitación política y social. La nueva casa de los Poch, popularmente conocida por la casa de los militares, era un gran inmueble de tres pisos, de ladrillo visto y grandes balcones con herrajes. Frente a ella estaba el convento de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana.⁴ Era una calle arbolada, silenciosa, sólo alterada por el paso del tranvía y en tardes de fiesta por el clamor que llegaba de la cercana Plaza de Toros de la Misericordia, que gestionaba la institución benéfica de la antigua Real Casa de la Misericordia junto al hospicio, con cuyo arrendamiento se mantenía. Curiosamente, en la católica España, durante siglos, hospitales y hospicios se sustentaron con el producto de las diversiones y espectáculo para el pueblo: corrales de teatro, plazas de toros y prostíbulos. En Valladolid, incluso la Mancebía de la Villa dependía de la Cofradía de la Concepción y la Consolación cuyos beneficios estaban destinados al sostenimiento de hospitales y a socorrer a pobres y enfermos.⁵

Este fue el barrio de Amparo Poch, que la puso frente a las cuerdas de la vida. La nueva vivienda familiar estaba ubicada en el entresuelo derecho, según descripción del empadronamiento municipal.⁶ La familia la componían ya 8 personas: la abuela materna, Josefa Gascón, viuda y los cinco hijos habidos del matrimonio: José María, el segundo (1904), que siguió la carrera del padre y que murió muy joven de pulmonía en Jaca, con el grado de teniente. Fernando (1906), empresario teatral, con el que Amparo tuvo siempre una relación fluida, de gran complicidad; y Josefina y Pilar, gemelas (1912), que vistieron siempre igual, gazmoñas, sumisas, sometidas a la autoridad paterna, acompañadas siempre por él a teatros y paseos, hasta el punto que, cuando murió, no se atrevían a salir solas. Ellas representaron la calidez filial, lo convencional, soñado por el padre y al que compensaron de la actitud rebelde e inconformista de la hija mayor por lo que, tan pronto, se malquistaron padre e hija. Físicamente, Amparo se parecía a la madre y las hermanas al padre.⁷

Fue Amparo una niña de inteligencia precoz, con una portentosa capacidad intelectual ya en la escuela primaria. «Desde chica tenía ansias de saber, todo lo quería aprender», recuerda la memoria familiar. Su facilidad para los estudios le permitió obedecer al padre cuando éste le exigió que estudiara magisterio, carrera apropiada para la mujer. Medicina le parecía una carrera de hombres. Era la preponderancia de la hegemonía del hombre en la Universidad y en la vida. Amparo estudia magisterio por imposición paterna. Al terminar le dijo: «Ya soy maestra, ahora voy a estudiar Medicina que es mi verdadera vocación».⁸ No fue éste el primer síntoma de su singular personalidad, pues para entonces ya se había producido el enfrentamiento. Decantada hacia el sindicalismo, desde niña se sintió atraída por los asuntos sociales, inserta en las luchas obreras,

postura ideológica tan contraria a la del autoritario padre anclado en valores jerárquicos, que trató de inculcarle en su hogar cuartelario. La madre, silenciosa y discreta, era su gran aliada, con esa intuición indesmayable de las madres hacia la oveja negra.

Amparo era consciente de lo que suponía, en un hogar de recursos económicos como el suyo, vivir con decoro y dar estudios a los cinco hijos. En Amparo Poch la predisposición pedagógica era innata, y sería constante a lo largo de su vida, y a la que, más tarde, se añadirían sus dotes de brillante oradora. Desde adolescente se erigió en la maestra de sus hermanos. Con gran imaginación los entretenía, inventándose cuentos fantásticos o inspirados por sus lecturas, y dibujando, que fue otra de sus primeras manifestaciones artísticas. Estimulaba a sus hermanos a estudiar para obtener becas y aliviar así la economía familiar. A la hora de enseñar era tan exigente con los demás como con ella misma.

Amparo Poch ingresa en la Escuela Normal Superior de Maestros de Zaragoza el 22 de abril de 1917. En la Memoria correspondiente al curso 1917—1918, del Instituto General y Técnico de Zaragoza, en los estudios generales para el grado de Bachiller, aparece Amparo Poch matriculada en Lengua Castellana, en el apartado de «Enseñanza no oficial no colegiada». El curso siguiente está matriculada en las asignaturas de Lengua Francesa y Geometría, en la enseñanza oficial, modalidad que seguirá hasta el final del bachillerato. En el curso 1920—1921 cursa las asignaturas de Psicología y Lógica, Elementos de Historia general de la Literatura, Física y Fisiología e Higiene. En el curso 1921—1922, cursa las de Ética y Rudimentos de Derecho, Historia Natural, Agricultura y Técnica Agrícola e Industrial y Química General. Termina el curso con

premio extraordinario del Grado de Bachiller en la sección de Ciencias.⁹

Amparo Poch se dispone a iniciar, en el curso 1922—1923, el preparatorio de Medicina. No habrá cambio de escenario, pues el Instituto General y Técnico, donde ha estudiado antes, tenía su sede en la Facultad de Medicina. Para entrar en la Universidad, Amparo, no tiene que suscribir el tradicional escrito: «...y solicitando para ello, por razón de su sexo, el correspondiente permiso, a V. I. suplica se digne concedérselo». Para entonces, el 7 de marzo de 1920, un grupo de universitarias españolas habían creado la Juventud Universitaria Femenina (JUF), que presidía Clara Campoamor, auspiciada por Matilde Fluici, Elena Soriano, Gimena Quirós y otras mujeres pioneras en las tareas universitarias. Las mujeres de la JUF, se asociaron en 1920, a la Federación Internacional de Mujeres Universitarias (FIMU), para despertar inquietudes y fomentar la cooperación de la mujer universitaria del mundo entero, sin discriminación de raza, religión e ideología. Clara Campoamor sería la cofundadora de la organización Federation Internacionnelle de Femmes de Carrières Juridiques, en París, en 1929.

María de Maeztu, mujer de gran prestigio pedagógico, fue la impulsora de los estudios medios y superiores de la mujer en España. En 1915 fundó la Residencia de Señoritas, bajo el Patronato de la Junta de Ampliación de Estudios, y con el mismo patrocinio dirige la Sección Primaria del Instituto—Escuela, ensayo pedagógico para la Segunda Enseñanza, y en 1926 presidiría el Lyceum Club Femenino. Virtualmente, sería nuestra embajadora en las universidades europeas y americanas, cuando la formación universitaria de la mujer en nuestro país daba los primeros pasos. María de Maeztu, de la Institución Libre de Enseñanza, con la Junta

de Ampliación de Estudios, las dos instituciones que apoyaron siempre la cultura femenina, y el Instituto Americano, en Madrid, creaban en 1920, una Comisión para conceder becas de intercambio en varios «Colleges», entre otros el «Smith College» de Northampton (Massachussets) que nombraría a María de Maeztu Doctora Honoris Causa, en 1927.

La Facultad de Medicina y Ciencias, donde Amparo Poch realizará sus estudios de Medicina y Cirugía, es el grandioso edificio del arquitecto Ricardo Magdalena, inaugurado en octubre de 1893. A partir de esta fecha la Facultad de Medicina dispuso de un Hospital Clínico exclusivamente universitario; hasta entonces, desde su creación, disponía de las salas del Hospital Civil de Ntra. Señora de Gracia, que sostenía la Diputación Provincial. La Facultad continuó utilizando las salas de enfermos del Hospital a cargo de los profesores Félix Cerrada y Joaquín Aznar, en las que Amparo Poch hizo las prácticas, que evocaría en sus artículos.

La Facultad disponía de nueve cátedras luminosas, la mayoría semicirculares y de variado aforo. Una sala de conferencias, situada en la planta superior; un Museo de Historia Natural y otro Anatómico. Los Laboratorios de Histología, de Terapéutica, Medicina Legal, rodeados del Jardín Toxicológico, dos grandes Laboratorios de Química, uno en cada planta y otro de Física. El Hospital Clínico universitario, cercano al edificio de la Facultad, estaba constituido por dos plantas centrales y seis pabellones perpendiculares de dos pisos, con doce salas de enfermos y dos hemiciclos para quirófano y capilla. En la planta baja se situaban las salas de los hombres, y en la planta alta las de las mujeres. Las especialidades docentes—asistenciales eran: Patología General, Patología Médica, Patología Quirúrgica y Operaciones. En la planta baja estaba la sala dedicada a

los niños y en la primera la de Obstetricia y Ginecología. Allí también estaban los Gabinetes de Electrología, Oftalmología, Farmacia, y el comedor de convalecientes. En los dos hemiciclos se hallaba el oratorio y la Sala de Operaciones con un anfiteatro que se prolongaba en la planta superior. En esta primera planta estaban las dependencias, los alumnos de guardia y la comunidad de religiosas de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Cuando Amparo llega a la Facultad ya están incorporadas las especialidades de Otorrino—Laringología y Dermatología. El tercer edificio estaba dedicado al «Estudio del Cadáver», y al Instituto Anatómico—Forense, Sala de Disección, aula de Disección y Anatomía Topográfica y Operaciones, pabellones de lavadero, maceración y conservación de cadáveres.¹⁰

Las innovaciones tecnológicas fueron enriqueciendo y dotando a la Facultad de los nuevos adelantos, como la adquisición de un electrocardiógrafo portátil, en 1921, el año antes de la llegada de Amparo Poch a la Facultad. Este sería el escenario de la vida de la única alumna del curso académico 1922—23 en la Facultad de Medicina.

La nueva universitaria, que inicia el preparatorio de Medicina, era una joven de veintiún años, de rasgos suaves, con un perfecto óvalo de cara. Sus ojos miran a través de unas gafas redondas de aro fino, tienen la belleza de la emoción y su mirada directa transmite una sensación cálida y llena de fuerza. Su frente es despejada y la boca de labios delgados se abre en una sonrisa tierna. Encuadra el rostro una cabellera oscura y voluminosa. La fotografía, en la que parece no haberse detenido el tiempo, nos devuelve una imagen actual. La encontramos en la hoja de Registro de Identidad Escolar de su expediente académico de la Universidad de Zaragoza.

El número de sus compañeros, en el curso preparatorio en la Facultad de Medicina asciende a 435 hombres, con Amparo como única mujer. De ellos, 129 son alumnos libres. En la disciplina de Practicantes de matrícula oficial suman 41 y 7 son mujeres. En los cursos de Matronas oficiales, 12. El total de alumnos en todos los cursos asciende a 1.448; de ellos sólo 32 eran mujeres.¹¹ El plan de estudios estaba estructurado en preparatorio y seis cursos, con un total de 28 asignaturas. Como era habitual en Amparo Poch obtuvo matrícula de honor en las cuatro asignaturas del curso de preparatorio. Al mismo tiempo desarrolla su faceta de escritora y periodista, sin olvidar la poesía.

El lento pero tenaz proceso de afluencia de mujeres en los claustros universitarios determinó la necesidad de instalar un espacio llamado Local para señoritas, debido a que «la creciente asistencia de señoritas a las aulas ha hecho indispensable la habilitación de un local a ellas destinado. Se encuentra inmediato al Decanato y Secretaría y está bien arreglado con mesas y sillas y tocadores completos».¹² Fuera de las clases las alumnas permanecían separadas de sus compañeros, como ocurría a principios de siglo, sin poder fomentar la natural convivencia de la juventud. Amparo Poch sabía lo negativo que había sido y era para la sociedad española la segregación de los sexos, alentada por la Iglesia, que mantenía separados a los feligreses hasta en sus templos. La joven universitaria creía que el mejor termómetro para medir el progreso y la cultura de una colectividad era la libre camaradería de hombres y mujeres, lejos de los guetos impuestos por una sociedad hipócrita que, por otro lado, fomentaba la instauración de la familia. Amparo Poch, en 1927, escribía que quizá pasados algunos años otras generaciones de hombres y mujeres

«...dentro y fuera de la Universidad, se comprendan, se estimen, y no se miren, mutuamente, como un problema».¹³

Durante los días 24 al 28 de enero de 1923, se celebró en la Facultad de Medicina de Zaragoza el primer Congreso Nacional de Estudiantes, con predominio de las asociaciones de signo confesional, como la Confederación de Estudiantes Católicos, que representaban algo más del 50%, la Federación aragonesa de Estudiantes Católicos y la Confederación Nacional Católica Femenina de Estudiantes. No reinó la armonía en el Congreso, debido al ambiente de favoritismo que pronto se puso en evidencia. Durante las sesiones se produjeron manifestaciones de los escolares divididos en dos bandos. Este ambiente prevalecería a la hora de premiar a los estudiantes que habían tomado parte en los certámenes literarios y de artes plásticas, convocados como partes del programa.¹⁴ En el Teatro Parisiana se celebró un acto en Homenaje a la señorita estudiante. Intervinieron Carmen Cuesta del Muro, profesora de Sociología de la Escuela del Hogar de Madrid, que pronunció un elocuente discurso, con tintes ditirámbicos sobre el glorioso pasado con referencias «a Isabel la Católica y a Teresa de Jesús a cuyos resplandores caminará segura del triunfo la mujer española».¹⁵ Siguió la intervención de Amparo Poch, que dio a conocer una «...inspirada poesía original». La estudiante de Medicina, reseñaba la prensa, dio una visión de «La mujer letrada, la mujer hacendosa, y la mujer estudiante».¹⁶ Las dos mujeres fueron muy aplaudidas.

En el curso 1923—1924 había matriculados en la Facultad de Medicina de Zaragoza 523 alumnos, de los que cuatro eran mujeres. Amparo Poch, en este segundo año de carrera, tiene tres asignaturas: Anatomía descriptiva y Embriología (primer curso); Histología e Histoquímica normales y Técnica anatómica (primer

curso). Amparo cursa también Lengua alemana para Medicina, en la Escuela Superior de Comercio de Zaragoza. De los 29 alumnos, dos son mujeres: Amparo y Carmen Moraleda Carrascal, que terminarán el curso con matrículas de honor.¹⁷



Clase de Anatomía en la Facultad de medicina de Zaragoza

En la Facultad de Medicina de Zaragoza, en el curso siguiente, 1924–1925, el porcentaje de alumnas matriculadas está por debajo del 1% con relación a los varones: 5 mujeres y 587 hombres.¹⁸ Las asignaturas son: Anatomía descriptiva (segundo curso), Técnica anatómica (segundo curso) y Fisiología humana teórica y experimental. En el curso siguiente Amparo Poch es «alumno interno, por oposición, no pensionado». Cursa las asignaturas de Patología general (con su clínica); Obstetricia y Ginecología, (primer curso, con su clínica); Anatomía topográfica y Oftalmología con su clínica». Amparo Poch, curso tras curso, sin desfallecer, sigue obteniendo matrícula de honor. Al mismo tiempo van apareciendo sus colaboraciones en la prensa, gracias a su militancia gremial y universitaria, en la clandestinidad desde el golpe de Estado del

general Primo de Rivera, en septiembre de 1923. Toda su carrera se va a desarrollar bajo la dictadura militar, con los Ateneos, las Casas del Pueblo y los Sindicatos clausurados, con el estado de malestar social que engendra la injusticia, trabajadores perseguidos, maltratados, torturados, presos o deportados. Y ella, abanderada de la solidaridad, ayudando en la medida que avanzan sus conocimientos médicos, según el testimonio de quienes la conocieron en su entorno íntimo, al lado de los seres anónimos, de los pequeños héroes cotidianos de la vida, sin preguntarles quiénes son o de dónde vienen, porque ella sabe que vienen y habitan la miseria.

Notas Capítulo II

1. Hoja de Servicios de José Poch y Segura. Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Regimiento de Pontoneros. Arch. Comandancia Militar de Zaragoza.
2. Testimonio familiar de doña María Vargas Gadea. Zaragoza, 14-062000.
3. Fue bautizada en la Parroquial de Santiago el 18 de octubre de 1902, con los nombres de María de los Desamparados y del Pilar, en otros documentos aparece como María del Pilar Amparo. Archivo Eclesiástico, Madrid. Libro 3639. Folio 34 vº.
4. La casa General de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, más conocida por El Noviciado, era el nº 13 de la calle, casi frente por frente estaba

la casa de Amparo Poch. La calle se llamó de la Misericordia hasta el 1510-1923, cuando el Ayuntamiento se la dedicó a la Madre María Ráfols Bruna. El 20-10-1925 fueron trasladados los restos de los Fundadores, P. Juan Bonal y M. María Ráfols, como «Héroes de la Caridad en los Sitios de Zaragoza», desde la Cripta del Hospital Provincial de Ntra. Señora de Gracia (1425), a la iglesia de la Casa General. Agradezco la información de la situación de los edificios de la calle de la Misericordia Madre Ráfols, a la Hermana Archivera, a Ramón Perdiguer y a Alberto Sánchez Millán.

5. Miguel Delibes, *El Hereje*, Destino, Barcelona, 2001, p. 115.
6. Padrone vecinales, Archivo Municipal. Palacio de Montemuzo, Zaragoza.
7. Testimonio familiar, cit.
8. Física General, Química General, Mineralogía y Botánica y Zoología General. Expediente Académico de Amparo Poch y Gascón. Sign. N° 20-E-1. Archivo Universitario de Zaragoza.
9. Edificio de las Facultades de Medicina y Ciencia, Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, Sig. Caja 18-C-1. Y Consuelo Miqueo, *La Facultad de Medicina de Zaragoza (1893-1940)* J. Danón (Coord.).
10. «La Enseñanza de Medicina de la Universidad española», Col. Historia de Ciencias de la Salud, 6, vol. II, pp. 7-9.
11. Hoja manuscrita del curso Académico de 1922-1923. «Estado demostrativo del número de alumnos matriculados en la Facultad y curso, en las enseñanzas oficial y no Oficial Libre». Facultad de Medicina de Zaragoza, 9 de noviembre de 1923. El oficial de Secretaría, Pedro Gonsalvo. Arch. de la Biblioteca Universitaria.
12. «Edificio de las Facultades de Medicina y Ciencias». Manuscrito. Sig. Caja 18-C-1. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.
13. Amparo Poch, «Sobre Feminismo. Mujeres y Universidad», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 6-3-1927, pp. 1-2.
14. F. G. M., «Al margen de un Congreso», *La Voz de la Región*, Zaragoza, 29-1-1923, p. 2.

15. «Primer Congreso de Estudiantes», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 25-1-1923, p. 2.
16. Ibídem.
17. Escuela de Comercio de Zaragoza. *Libro de Actas de Exámenes del curso 1923-1924*, p. 266 y Cuadro de Honor, p. 280.
18. Memoria del curso 1924-1925. *Anales de la Universidad de Zaragoza. Vol. VIII, Fascículo I*. Sig. G. 190-34. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

CAPÍTULO III

Universidad, periodismo y sindicalismo

En la vida de Amparo Poch fue fundamental su vocación médica. Su elección definió su compromiso con el mundo del trabajo y la ciencia. Pero, paralelamente, le era indispensable la escritura y el periodismo que, como parte de los proyectos que conformaron su vida, se determinaron en la primera juventud. En sus colaboraciones, Amparo, tan reacia a la exhibición personal, refleja una imagen peculiar de su inquietud cultural, social, feminista, ecológica y un elevado sentido de su independencia, de inconformidad con el ambiente que la rodea y, al mismo tiempo, la expresión de la realidad cotidiana y su propia interpretación, en unos años decisivos, en la formación de su personalidad. La escritura fue muy pronto en su vida, cauce de expresión y proyección de sus ideas y pensamiento. Su estilo es claro, directo, con una actitud crítica frente a las injusticias; pero sin acritud, usando la ironía como arma polémica y desde luego el humor, como signo muy personal. Sin olvidar una cosmovisión lírica que trasciende a veces, y lleva a convertir sus artículos en prosas poéticas.

El año 1923 fue prometedor en la vida y en la obra de Amparo Poch. La estudiante de Medicina colaboraba en *La Voz de la Región*, «Semanario independiente y defensor del interés general», con «Sinceridad, Nobleza e Intransigencia» como lema. Era un periódico radical opuesto al tibio *Heraldo de Aragón* que dirigía Manuel S. Zamora. Bajo el epígrafe de «Letras femeninas», con el título de «Al día uno», Amparo saludaba al nuevo año henchido de promesas: «¡Oh, tú, número tieso y serio, que hoy presides mi habitación desde el trono simbólico de un calendario recién abierto!». «¡Oh, tú, número que despiertas propósitos de una vida nueva, de una vida más limpia y más clara!» La joven periodista le seguía preguntando por los enigmas que encerraba, por las renovaciones, por la justicia, por el cese del sufrimiento; pero, escéptica, acababa su artículo sin querer idealizarlo, pues «...tal vez sea un lacayo servil que anuncia la llegada del día dos!».¹ Cada semana aparecía la rúbrica de Amparo comentando la actualidad, con gracia, intención y sentimiento como el artículo titulado «Adiós a un árbol», que merece la pena releer por su alto contenido ecologista y como denuncia de una situación que se repite en nuestros días: sacrificar cosas esenciales en nombre de intereses disfrazados de progreso:

«En el borde de la acera, muy cerca de mi balcón, había un árbol. Era un árbol sin importancia, como especie, como ejemplar.

»Pero este árbol sin importancia tenía todo mi afecto; todo el afecto que yo distribuiría entre los árboles y los arbustos de un jardín que no poseo. Ya es algo, el árbol tenía una amistad. Era gentil y subía recto. Luego desdoblóse en ramas y las ramas acariciaban con temblor las rejas de mis balcones.

»Muchas veces yo miraba el árbol y pensaba que si las plantas tuviesen un pequeño espíritu, el de mi amigo debería estimarme. Me gustaba porque sus hojas abundantísimas fingían una red para mirar por entre ellas el cielo; porque sobre mis cuartillas las mismas hojas enviaban unas sombras pequeñitas, móviles; porque tenía una apostura gallarda junto a mi reja y yo podía acariciarlo con mis dedos...

»Esta mañana he salido a la calle y he visto el árbol cortado, tirado en el suelo.

»Todos los árboles de esta calle han caído para dejar libre camino al progreso del siglo: hay que ganar terreno para que el tranvía tenga en estos sitios vía doble.

»Parece la calle, sin árboles, un desierto tristísimo. Es monótona, es un poco atrasada, con edificios iguales, prosaicos, como hechos de molde. Parece una calle que se va a morir...

»Yo he visto desaparecer los árboles que eran el collar y la vida de esta pobre calle desierta. Los he visto caídos entre las piedras, con las ramas partidas. He tenido que pasar junto a ellos, y ellos, como si conocieran mi duelo, como si supieran de mis piedades y cariños para su existencia, tendían las ramas a lo alto y se prendían en mi vestido. He tenido que dejarlos; y hubiera puesto un beso en cada una de sus yemas...

»Buen árbol, amigo mío, guarda gentilísimo de mis balcones —le he dicho silenciosamente— ya llegó tú hora, ya se te llevan, ya me dejan sin la verde red de tus hojas abundantes. No te importe. Ya te vas a morir. Mejor dicho: ya te has

muerto. Puedes estar orgulloso: has muerto por prestar un buen servicio... Así ya se puede morir tranquilamente, árbol. A las doce y media de la mañana, cuando regresemos del trabajo cotidiano, nos abrasará el sol en esta calle ingrata, dura, hostil. Nos abrasará el sol y nos parecerá que estamos en el desierto; buscaremos vuestra compañía confortante que alegra y anima... Tendremos obligación de compararos a una vía doble... Es lástima que las vías dobles no crezcan espontáneamente en la tierra, amigo árbol... No te importe tu sacrificio. Nuestra calle sin tí es horrible, pero... Todos debemos sacrificarnos por la vía doble; ya ves las aceras; también se han encogido para ganar terreno. Nosotros sentimos hasta muy adentro la agonía cruel de la calle, pero... ya pasa el tranvía... Adiós, amigo árbol».

El bello artículo de Amparo Poch, parecía un cuento. A Amparo le nace un recóndito deseo de venganza en la vía doble que le arrebató a su amigo árbol, para ello quiere ser omnipotente y hacer...

«...brotar en las mismísimas vías unos árboles recios, altos, numerosos. Los cortarían para que el progreso del siglo no encontrara obstáculos, pero por cada uno que cortasen nacerían dos a los cinco minutos. Tendrían que desistir y llevar el tranvía por otro sitio. Entonces yo traería mi árbol, lo resucitaría, lo pondría nuevamente junto a mis balcones, resucitaría a todos los árboles de la calle y ya dejaría de ser omnipotente y quedaría satisfecho el deseo de venganza que en mí nació.

»Esto no puede ser. En realidad yo me quedo sin mi árbol, y la calle agoniza sin su collar.

»Pasa, pasa, tranvía... ¡Cómo te aborrezco!».²

En el artículo titulado «Por una boca», utiliza Amparo Poch el humor para denunciar al Ayuntamiento por el peligro que suponen para los transeúntes las bocas de riego de agua, abiertas, sin su correspondiente tapadera de protección: Comienza la periodista haciendo entender las buenas intenciones del cabildo:

«Usted habrá creído muchas veces que nuestro Ayuntamiento no se preocupa del estado de la ciudad. Usted habrá visto una calle completamente ocupada por montones de piedra y arena, llena de zanjas y tablones inseguros. Habrá tenido que saltar y entrenarse en la carrera y en la acción de trepar para ir por esas calles, y el ejercicio que supone uno de estos paseos se habrá repetido así muchos días, hasta varios meses. Habrán fijado su atención las bocas de riego que carecen de una mísera cubierta, y usted habrá pensado que para el transeúnte estas “bocas abiertas” constituyen un serio peligro. Un día es un pobre viejo que anda penosamente y cuyo pie queda enganchado en la boca. Otro día un señor que va deprisa y sufre una lamentable caída. Y así en numerosos casos.»

La periodista da cuenta de los sucesos que originan las bocas de riego e ironiza sobre las relaciones que se entablan, entre las gentes

accidentadas y los que acuden a socorrerlos. Algunas acaban enamorándose. Un poeta, sin éxito, al caer y tener que estar en cama, escribe enjundiosos poemas, que le premian. Otra persona, al caer, encuentra una cartera que contiene una respetable suma de dinero... y así va sumando ejemplos de ciudadanía, para llegar a la conclusión:

«Quisiéramos que usted quedara convencido de esta verdad — decía Amparo Poch—. Nuestro Ayuntamiento es paternal y solícito para nosotros. Si las calles son verdaderas carreras de obstáculos, es porque el Ayuntamiento desea ciudadanos vigorosos, fortificados, recios, acostumbrados a defender las dificultades y purificados por el ejercicio físico...

»Si alguna vez, en pleno estío, por insuficiencia de riego, el polvo se nos entra por las vías respiratorias, no es con mala intención, sino con el loable fin de llevarnos a la comprensión de lo grande que es la suerte que tenemos al poseer la suficiente cantidad de agua para regar una vez a la semana y no estar siempre cegados por el polvo.

»Por tanto, si las bocas de riego son causa de algún accidente un tanto lamentable, no por ello deben cubrirse, pues en alguna ocasión las caídas que originan son fuente de satisfacción.

»Entendemos que los ejemplos anteriores bastan para convertir en alabanza la censura latente en usted contra nuestro excelentísimo Ayuntamiento».³

La entrada de la mujer en la Universidad no supuso, de la noche a la mañana, un cambio de mentalidad. La autonomía legislativa le abría a la estudiante nuevos espacios culturales, pero el estado de inmadurez en que se había mantenido al mundo femenino, con un altísimo porcentaje de analfabetismo, alejado de la cultura y el secular oscurantismo de la iglesia, no ayudaban a la mujer a descubrir cuál tenía que ser su papel en la sociedad. La propia universitaria se marginaba de las corrientes progresistas que le brindaba la nueva situación. La ruptura con la mentalidad dominante y la generación de sus madres, que no habían tenido opción a la enseñanza superior, sería lenta.

Amparo Poch, al terciar en una polémica sobre la responsabilidad de la mujer universitaria frente al papel tradicional de la mujer en la sociedad, definía su elección por la ciencia como la más noble causa por la que se podía luchar, y un medio para elevarse sobre la condición de hembras. La joven universitaria hacía una declaración de principios, en defensa de la independencia y el derecho de la mujer a la cultura y a la ciencia. En el proyecto de transformación no eran incompatibles el estudio y la feminidad. La pérdida de la feminidad en la mujer que se dedicaba a estudios superiores, era el pretexto encubierto de preocupación por la pérdida de este valor:

«Quiero decir a esas mujeres que se dedican a contar al próximo los padres nuestros que rezan a San Antonio, su ayudante en la difícil tarea de la pesca, que nosotras, las mujeres estudiantes, las que aspiramos a más doctorados, las que ambicionamos placeres más espirituales y más limpios por tanto, las que hemos hallado en los libros una exaltación nueva a la gloria que significa ser mujer, conservamos el

tesoro excelso de nuestra feminidad que no está precisamente en las miradas tiernas, en las palabras rebuscadas, en el traje o en la manera de andar, sino en el sentimiento, en el corazón, en el alma.

»Quiero decirles que, si la ciencia es poesía y poesía es amor, amor y ciencia en nosotras se dan la mano y nos elevan sobre la sola condición de hembras en que ellas quedaron, pues nuestro fin ya no es únicamente la caricia del hombre, sino el goce supremo del saber, de poseer un poco de la ciencia purificadora, reflejo de la gloria divina, privilegio de cuantos para ella trabajan, es la causa más noble por la que se puede luchar airosamente»⁴

El origen de la polémica tuvo como detonante un artículo de Emilia Félez, intitulado *¿Qué seré yo?* que defendía el papel tradicional de la mujer, como madre y esposa. Entraron en liza varias universitarias en las páginas de la *Revista del Ateneo Científico Escolar*, de Zaragoza:

«Me admirán esas mujeres que se asombran de oír hablar a otra cuando ésta es un poquito instruida, pero admiro menos esas mujeres metidas en Leyes, en Ciencias, en Medicina. Podrán ser cerebro superior a las demás; más no las admiro. La mujer si ejerce la medicina, y es llamada a altas horas de la noche, si a la par tiene un hijo enfermo o lo está su esposo, ¿a quién atiende? Los dos deberes son ineludibles: el primero, su profesión; el segundo, su deber. ¿A cuál se inclina? Si la mujer tiene corazón la respuesta está

dada. Si durante el día tiene que hacer su visita domiciliaria, ¿en poder de quién queda la casa? ¿Acaso sea su marido quien quede al frente de los niños?... ante la dicha que supone esperar con anhelo la vuelta del padre, del hermano, o del marido, y saber hacerle agradable la estancia en casa —larga o corta— según sus ocupaciones se lo permitan, porque siempre ha sido el hombre el que ha sostenido la casa y no debemos las mujeres restarle un ápice de su derecho».⁵

La estudiante Emilia Félez con argumentos tan conservadores, parecía ignorar muchas cosas: durante siglos las comadronas habían traído al mundo a una humanidad que llegaba sin avisar, a todas las horas del día y de la noche, en la ciudad, en el campo, en la sierra. Estas mujeres eran esposas y madres, como las que trabajaban en la mina, o las tejedoras, o las cigarreras, o las pastoras, o las mariscadoras, o las campesinas, o las cuadrillas de obreras que descargaban, en los puertos y muelles, el carbón o el pescado que luego vendían ellas mismas por calles y plazas, transportado en cestos y carpanchos sobre el rueño en sus cabezas ¿En dónde aprendieron estas mujeres de trabajos duros, sin apenas preparación escolar, a coordinar vida familiar y la ocupación fuera de su hogar? La estudiante Emilia Félez no debía conocer los ensayos sobre la pedagogía femenina de la escritora Josefa Amar y Borbón (Zaragoza, 1743—1793), de gran instrucción, de reconocidos méritos por sus contemporáneos, preocupada por la enseñanza de la mujer a la que dedicó obras esclarecedoras: Importancia de la instrucción que conviene dar a las mujeres (Zaragoza, 1784), Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres (Madrid, 1790), Discurso en

defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres (1784).⁶

Para Amparo Poch, estudiante vanguardista de Medicina, era demasiado provocador el contenido del artículo de Emilia Félez ¿Qué seré yo? y le replica rotunda con un ¿Y yo?, escrito en el que se revela contra la proyección de un ideal doméstico que entrañaba sumisión secular, ajeno al discurso de una mujer universitaria, que debía marcar un nuevo estilo de vida y pensamiento:

«Mujeres que andáis desatinadas tras el semidiós varón; mujeres que aplicáis todo vuestro ingenio en atraparlo: ¿podrías resolver éste, al parecer PROBLEMA?: El hombre si ejerce la medicina y es llamado a altas horas de la noche, si a la par tiene un hijo enfermo o lo está su esposa, ¿a quién atiende?... Yo no sé cómo resolvería el caso la gran Concepción Arenal, que desempeñó cargos oficiales, escribió muchos libros admirados en Congresos Internacionales... asistió a las cátedras disfrazada de hombre... Yo no sé cómo habrán resuelto el caso Concha Espina, Sofía Casanova, la señorita Dautschakoff, la primera mujer que desempeñó una cátedra oficial en el Imperio Ruso, perteneciendo al Claustro del Instituto Histológico de la Universidad de Moscú; Henry Peterson, la primera mujer abogada que informó en Dinamarca; las cirujanas y médicas que en el siglo XII hubo en Bolonia y Palermo, y en nuestros días se encuentran en Rusia, Alemania, Suecia y particularmente en Estados Unidos, donde hay más de cuatro mil médicas, algunas de las cuales dirigen hospitales en Filadelfia, Boston y Chicago; en Rusia pasan de setecientas; en Inglaterra de trescientas...».⁷

Amparo Poch vapulea a la estudiante que ha accedido a la cultura y permanece anclada en ideas convencionales, sometida al hombre como a un semidiós y centra su voluntad en complacerlo para seducirlo. Le pide si puede resolver el, al parecer difícil problema, y cambiando el tercio formula la pertinente pregunta ¿Y si fuera el hombre el llamado a ejercer la medicina a altas horas de la noche? Amparo vuelve sus ojos a esas grandes mujeres de la historia que compaginaron, como las humildes trabajadoras, su papel dentro y fuera de sus casas, sin dejar de cumplir el mandato biológico, que nos hace superiores a los hombres. Amparo Poch, además de su lúcido criterio, se nos muestra informada de la aportación de la mujer al progreso, dentro y fuera de nuestras fronteras. La polémica se encrespó tanto tras la publicación de «Al margen de un artículo», firmado por *Una doctora de verdad y una esposa probable*, que terciaba contra el criterio de Emilia Félez, que dio lugar a que la Junta Directiva del Ateneo zanjara la controversia feminista, en las páginas de la revista, con la advertencia de que no admitiría más artículos sobre el tema.⁸

En el otoño de 1923, Amparo Poch es una muchacha de 21 años. A esa edad lleva ya muchas páginas escritas en la prensa, pero aún no ha publicado ningún libro. Sus compañeros de *La Voz de la Región*, donde ella colabora asiduamente, ofrecen la primicia de la publicación de Amor, la primera novela de Amparo. Sin permiso de la autora dan la noticia, que creen grata para los que se deleitan «con su pluma fina, ágil y observadora». Amparo debía ser muy querida por sus compañeros de redacción, pues además de tratar con respeto y admiración a «la distinguida y estimada compañera», la llaman cariñosamente con el diminutivo de Amparito Poch. No

quieren adelantar el tema de la novela, pero son explícitos a la hora de reseñar las personas que han hecho posible la primorosa edición del libro. El autor del prólogo es Comín—Gargallo; la portada del gran dibujante Regino Bernard; las filigranas de los comienzos y finales de los capítulos de Muñoz Avarza; las ilustraciones del popular dibujante Mayandía y la edición estaba a cargo de la tipografía de «La Academia», que tenía sus talleres en la calle Cinegio, 3. A primeros de diciembre ya está en los escaparates de las librerías el libro de Amparo Poch.



Amor es el nombre de la protagonista, la pintora Amor Solís, la «álter ego» de Amparo Poch. La autora se refleja en una de sus

aficiones: la pintura que, como la poesía, era otra de las facetas que cultivaba la polifacética estudiante de Medicina. Se trata de una novela con importantes elementos autobiográficos, como casi todas las primeras novelas. L Gutiérrez Muro, reseña: «La novela en sí es, seguramente, una glosa de las diferentes creencias de la autora. Un poquito, muy acertado, de la vida bohemia y rebelde. Otro poquito, que no desmerece del anterior, del fanatismo airado y terrorista de la juventud. Otro más, gentil y colorista, del amor, del querer. Y un mucho de literatura excelente. Y otro mucho de exposición amena, atrayente, bien construida».⁹ A su vez, el prologuista expone parecido criterio a la hora de ofrecer una visión de la autora «...¿para qué hemos de bosquejar en trazos aligerados una semblanza que luego el lector verá detalladamente desde el comienzo de la novela?». Amparo Poch capta el ambiente puro y libre del compañerismo fraternal que se respiraba en la redacción del periódico, tan diferente al que se vivía en la Universidad. Los personajes de la novela eran periodistas, estudiantes, artistas, poetas. En sus diálogos se reflejan las huelgas, los atentados, el capitalismo, el talante bolchevique y sueñan con levantar el magnífico edificio socialista. Amparo Poch plantea en su novela el dilema de descubrir la libertad tempranamente —como ella misma— y estar dispuestos a luchar por ser un hombre o una mujer libre, o aceptar, uno tras otro, los prejuicios o condicionamientos que la sociedad jerarquizada impone a los individuos que irrumpen en ella con cierta vitalidad y mínimamente ilusionados. Imposiciones que se hacen evidentes ya en el ámbito familiar, con el padre y los hijos como principales actores del enfrentamiento.

En un caso como en el otro, el amor aparece siempre, como un sentimiento capaz de incrementar el más utópico de los idealismos. Por el contrario, su carencia incita a una acomodaticia pasividad.

Aquí se trata de unas emociones primerizas que las circunstancias, a veces, no dejan eclosionar armoniosamente.

La autora, paso a paso, nos va desvelando el impacto que causaban, en los estudiantes más inquietos, las ideas anarquistas, como sinónimo de inconformismo y de rebeldía. Actitud positiva para la forja de la propia personalidad, pero sumamente peligrosa en los escenarios de sus respectivas vivencias.

A la par, Amparo Poch se enfrenta con otra realidad, que ella vivió desde su adolescencia, como es la de los hombres que se declaran amantes de la libertad, de la igualdad y la fraternidad, pero que no admiten, con coherencia a sus ideas, que la mujer pueda manifestarse y pretenda vivir su amor de acuerdo con esos principios revolucionarios. Amor Solís, la protagonista de su novela, muere acribillada en una esquina, cuando va al encuentro de su amor, víctima de la tensión y de la violencia con la que patronos y obreros solían dirimir los conflictos laborales. Amparo Poch tomaba partido por la clase obrera contra los desafueros cometidos por la patronal y los vejatorios climas laborales y la falta de garantías jurídicas, que alentaban a los mal llamados Sindicatos Libres, con asesinos a sueldo que atentaban contra los sindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), a la salida de su trabajo en fábricas y talleres o a la salida de la cárcel a la sombra de la ominosa «Ley de fugas». Infravaloraban la integridad moral de unos hombres y mujeres, los libertarios, perseguidos sin cesar por defender la causa obrera. Amparo condenó siempre la violencia. No la concebía como táctica ni como justificación de represalias contra el adversario. Ella seguía, con total entrega, su vocación médica, dedicación opuesta a cualquier recurso violento que corre pareja con su propia transgresión personal. Amparo va vestida de hombre: pantalón,

chaqueta y corbata, adelantándose a la moda que Marlene Dietrich impondrá a su regreso de Hollywood. Imagen, que a no tardar, adoptaran las mujeres progresistas en España: pantalón o falda corta, corbata y el pelo a lo garçon. Recordemos a Victoria Kent o aquel gesto del poeta Juan Ramón Jiménez, adquiriendo dos corbatas, una para él y otra para la escritora María Lezárraga. Pero para el militar José Poch, aquel atuendo que su hija luce por la vía pública, en la Universidad, en las redacciones de periódicos, en los cafés, hablando con la misma libertad que un hombre: tomando parte en debates, proyectos, discusiones, con la misma naturalidad y camaradería que los hombres, denigraba a la familia.

Amor la primera y única novela, que sepamos, de Amparo Poch, nos permite conocer el ambiente en que se desenvolvió su juventud en aquella Zaragoza clerical y, al mismo tiempo, de efervescente agitación obrerista. Desde el punto de vista literario «...no deja de sorprender —opina Javier Barreiro— cómo una estudiante de veinte años acomete el género narrativo, con todos los tics, ingenuidades y defectos compositivo—estructurales que se quiera, pero también con una corrección lingüística y una estructuración del corpus narrativo que supera al de muchas obras editadas en la Zaragoza de su tiempo».¹⁰

El primer curso en la Facultad de Medicina de Amparo Poch coincidió con la distensión de los conflictos laborales a causa del golpe de Estado del general Primo de Rivera, en 1923. Este período, con acontecimientos de mayor o menor tinte revolucionario, arrancaba desde mediados de 1917, con una huelga general fracasada, y en el otoño, con la revolución bolchevique, de inusitados efectos en la clase trabajadora de Europa.

En España, en el seno del Ejército, se creaban las Juntas Militares de Defensa, cuyo origen se remontaba a 1909, como protesta contra las injustas recompensas y ascensos en la campaña de Marruecos, pese al desastre del Barranco del Lobo. Al latente malestar en el mundo del trabajo se añadía el clima de desconfianza en los cuarteles. La redacción del expediente Picasso, que evidenciaba el fracaso del Ejército español en tierras rifeñas, sería el detonante del golpe de Estado Primorrivista. En los años 1918—1920, la estudiante Amparo Poch frecuentará grupos de jóvenes compañeros simpatizantes con las ideas anarquistas y descubre las publicaciones *Voluntad, Cultura y Acción* y *Solidaridad Obrera*, portavoz de la CNT catalana. En sus páginas se sintetizaba lo que el sindicalismo confederal entendía por revolución social: «El derrumbe de la sociedad existente, por injusta en todos los aspectos, para construir una nueva sobre bases distintas. En general, la revolución debería abrir el paso al control de la producción por los sindicatos obreros, la desaparición de las clases explotadoras y la destrucción del Estado». En 1918, es probable que Amparo Poch asistiese al mitin en La Lonja de Zaragoza, del aragonés Manuel Buenacasa y del leonés Ángel Pestaña, en cuyo Partido Sindicalista, Amparo Poch militaría en los años treinta. La capital aragonesa vivía, en el verano de 1918, el escandaloso despido de unos seis mil obreros de la Compañía de Ferrocarriles. Pocas semanas antes, el cardenal Soldevila contribuiría, con un sustancioso donativo al homenaje a las Fuerzas Armadas.¹¹

En 1919, se fundaba en Zaragoza, el primer Somatén, cuerpo de paisanos armados predisuestos a secundar a las Fuerzas Armadas, para salvaguardar el orden público y, por tanto, sus intereses personales o de clase, y cuyos promotores principales fueron, el Capitán General de la Región y el Conde de Salvatierra. El 13 de

septiembre de 1920, la subida del precio del pan, elemento básico en la alimentación de las familias obreras, provocó la mayor manifestación de mujeres que se había conocido en Zaragoza. Se congregaron en los alrededores del mercado, que iba a ser el escenario de la movilización, con manifestaciones por el centro de la ciudad, hasta conseguir el cierre del comercio. Al día siguiente siguieron las protestas, y disturbios, hubo cargas de la guardia civil, en las que resultaron heridos hombres y mujeres, y ocho detenidos, cuatro de ellos mujeres; una de las detenidas, Filomena García de 19 años, murió en la cárcel, de meningoencefalitis.¹² En noviembre se declaró la huelga general, con explosiones de bombas y numerosas detenciones de obreros. La represión en Zaragoza era fiel reflejo de la sufrida por la clase obrera en Barcelona, siendo el general Arlegui el jefe superior de la Policía. Algunos perseguidos consiguieron refugiarse en Aragón, donde el sentido de la solidaridad estuvo siempre a flor de piel. Todo ello contribuía a la toma de conciencia ideológica del movimiento obrero aragonés.

El 3 de marzo de 1923, en Barcelona, caían asesinados por pistoleros del Sindicato Libre al servicio de la Patronal, Salvador Seguí y su compañero Comas, Y pocos días después se creaban los Sindicatos Libres, en Zaragoza, los cuales, como en Cataluña, estarían al servicio de la Federación Patronal y bajo la protección de las autoridades. Este endurecimiento del clima social había sido alentado incluso por las máximas jerarquías eclesiásticas, lo que incitaría al grupo anarquista «Los Justicieros», formado por Buenaventura Durruti, Rafael Torres Escartín y Francisco Ascaso, entre otros, a atentar contra el cardenal Soldevila, el 4 de junio de 1923. El asesinato del prelado lo perpetraron: Francisco Ascaso, Torres Escartín y Aurelio Fernández.¹³ Ascaso se refugió en casa del compañero Dalmau, donde vivía la luchadora anarcosindicalista

Teresa Claramunt, desterrada en Zaragoza a raíz de los sucesos de la Semana Trágica, en 1909. Teresa estaba enferma en cama. Al llegar Ascaso a la casa le dio la pistola que ella guardó entre sus ropas. Cuando la policía registró el piso no la encontró. Ascaso, al ver llegar a los policías, se puso a escribir una carta, y no sospecharon de él. Cuando la terminó, dijo que iba a llevarla al correo, y salió a la calle, sin que la policía lo advirtiese.¹⁴

En 1911, la Agrupación Femenina La Ilustración de la Mujer contaba con un centenar de afiliadas.¹⁵ Sin embargo, en los ambientes sindicalistas eran escasas las mujeres que aparecían con nombres y apellidos. Siempre eran *la compañera de*. Se mencionan nombres de algunas mujeres en sociedades obreras típicamente femeninas: modistas, corseteras, planchadoras. «En Zaragoza el número de sociedades obreras de oficio era muy elevado antes de la formación de los sindicatos únicos; tenemos contabilizadas setenta y cinco sociedades sin contar con las católicas, lo que aumentaría esta cifra hasta ochenta y cinco sociedades; del total de sociedades obreras, la mitad aproximadamente estaban integradas en la FLSO (Federación Local de Sociedades Obreras)».¹⁶ A partir de junio de 1919, hasta el mes de agosto del año siguiente, se constituyen los Sindicatos Únicos o de extracción libertaria en Zaragoza. Al desaparecer las sociedades obreras y quedar integradas en los sindicatos, las mujeres dejan de ser mencionadas por sus nombres y prevalece el protagonismo masculino, aunque la participación de la mujer, desde principios de siglo es masiva en huelgas y luchas reivindicativas, en oposición a las arbitrariedades y vejaciones de las que eran víctimas, unas veces por parte de los patronos y, otras por la de los gerentes y encargados de las fábricas y talleres. La mujer obrera, en la primera y segunda década del siglo XX, soporta una situación laboral infrahumana con salarios entre un 55 y un 60% por

debajo del de los hombres, por el misino tiempo de trabajo, con dilatadas jornadas de trabajo y total dedicación cuando el trabajo es a domicilio. En el periodo 1910—1914 las obreras participaron en muchas huelgas y manifestaciones. Aunque la lucha de la mujer obrera fue siempre tenaz y soterrada, su participación en las luchas sociales fue constante, tanto para oponerse a las injusticias de raíz laboral, como para enfrentarse a la discriminación de que eran objeto. Pese a estar su existencia sujeta a la procreación y al cuidado de la familia, fue utilizada en los momentos álgidos de la humanidad, frente a la miseria, en trabajos duros; luego en las guerras, la represión y todo tipo de convulsiones; un papel que la mujer asumía sin desfallecer. Aunque la historia, una vez restablecida la normalidad, la relegara a la desmemoria. Mantener a la inmensa mayoría de las mujeres, en especial a las de las clases humildes, al margen de la educación, provenía de la férrea creencia de su incapacidad para las letras y las ciencias, lo cual ha constituido un «crimen de lesa humanidad». Es obvio que antes, siempre, hubo luchadoras obreristas, que al secundar a sus padres, hermanos o compañeros en las luchas sociales, cumplieron un papel relevante en la evolución progresista del mundo. En la España de 1909, en el plano colectivo, esa lucha la asumieron sobre todo las mujeres de extracción libertaria, al ser sus compañeros militantes de una organización sindical con un talante inconfundiblemente revolucionario, como era la Confederación Nacional del Trabajo. Así, en el verano de 1909, cuando estalla la Semana Trágica en Barcelona, las mujeres que vemos en las barricadas son obreras, que en sus respectivos lugares de trabajo, ante todo las del sector textil, llevarían la voz cantante. Militantes destacadas como Libertad Ródenas, Rosario Dolcet y su hermana, Lola Ferrer, María Sans, Francesca Rivera, María Costa, María Prat. Eran las sucesoras de la

dinámica y mítica Teresa Claramunt. Las mujeres obreras sostuvieron en gran parte de España las huelgas de 1918, contra la carestía de la vida. Era la lucha abierta por la supervivencia y la dignidad del trabajador, aunque en muchos casos la rebeldía acabase ahogada por el dolor y la sangre. Pero el peligro no las desarmaba ni arredraba pues tenían asumido que la emancipación de la clase obrera no podía ser más que obra de los propios trabajadores. Otro campo de lucha eran los Comités Pro—Presos. Y en 1920, en la acción directa, las mujeres, alguna embarazada como Gloria Prades Nuño, impedirían con sus propios cuerpos, tendiéndose en la vía del tren, frente a la máquina, las salidas de los convoyes, cargados de expedicionarios, hacia tierras de África, como carne de cañón, en la guerra de Marruecos. Los soldados eran, en la mayoría de los casos, hijos de familias humildes, ya que las pudientes libraban a los suyos mediante unos cientos de reales, como soldados de cuota. Sin olvidar las manifestaciones y huelgas obreristas, en que a menudo las mujeres se enfrentaban a los esquiroles.

Julia Miravé era una joven obrera cuando conoció a Amparo Poch en los sindicatos zaragozanos. Julia era militante, luchadora, mujer de admirable historia por su indesmayable trayectoria en el campo de la solidaridad. Andando el tiempo ayudaría a los compañeros presos a escapar de los campos de concentración facilitándoles su paso a Francia, con documentación falsa. Su meritoria labor le valió diez años de cárcel, con las torturas y las vejaciones propias de las prisiones franquistas. Cuando la entrevistamos en Zaragoza, había regresado de su exilio en Toulouse, estaba casi ciega, pero conservaba indelebles sus recuerdos de lucha:

«Yo conocí a la Amparo Poch cuando era estudiante, aquí en Zaragoza, luego pasé muchos años sin verla hasta que nos encontramos en Toulouse. Así que la he conocido toda la vida. Ella venía al sindicato con estudiantes anarquistas, que pertenecían a nuestra organización. El Sindicato estaba en la plaza de San Miguel, en un garaje muy grande que había allí, pues ahí estaba el sindicato de la Construcción y los demás en la plaza de San Lorenzo. Cuando el secretario de la organización anunciaba la reunión de un Sindicato de la Construcción, de la Madera, o de la Metalurgia, cada sindicato enviaba su representación. Otras veces acudíamos a oír conferencias o a los mítines en la plaza de toros. Amparo Poch tenía mucha facilidad de palabra y cuando hablaba daba gusto oírla, por su forma de explicarse. Date cuenta que éramos obreros, aunque eso sí, leíamos mucho, con esa inquietud por la instrucción y la cultura de los anarquistas».¹⁷

Amparo Poch colaboró en el proyecto de la Ciudad Jardín de la CNT, de los Ferrocarriles de Aragón. Con Amparo estaban dos compañeros de la facultad de Medicina: Carmen Moraleda y Manuel Abascal Ramos.¹⁸

La implicación de Amparo Poch en la lucha obrera era conocida en Zaragoza. Con toda clase de prevenciones hacia su actitud revolucionaria era temida y detestada, según los recuerdos de un compañero de estudios, tanto que, aún hoy día, el testimonio de su hijo la califica de mujer mala, en un intento de desestimar todavía su memoria: «... el tema de Amparo Poch era casi tabú en mi casa. No se hablaba de ella. Date cuenta que mi familia era muy conservadora, y una mujer como Amparo era considerada casi un

diablo... Yo sabía, por alguna palabra que se escapaba en casa, que sus compañeros de clase le tenían incluso miedo. Y que procuraban no tener mucho contacto con ella. Temían que pudiera involucrarlos en sus ideas, tan radicales. Tenía fama de abortista, y eso en aquellos tiempos era terrible».¹⁹

En la Zaragoza de los años treinta, el talante progresista y radical de Amparo, incluso para algunos universitarios timoratos, inmersos en la corriente de falsa y ridícula moral, significaba una rotunda ruptura con las ideas conservadoras y oscurantistas. La dedicación de Amparo Poch a la Medicina tenía mucho de apostolado laico. Amparo siempre fue reacia a practicar abortos, pero existían circunstancias en que la planificación familiar —aún no se empleaba éste término— era insoslayable. La mujer rica disponía de un médico, en caso necesario; la mujer obrera usaba remedios caseros, en los que con frecuencia perdía la vida. Amparo Poch comprometida con las gentes desposeídas, para mejorar su situación, no tuvo fisuras en su trayectoria vital a la hora de defender las causas justas.

Notas Capítulo III

1. Amparo Poch, «Al día uno», *La Voz de la Región*, Zaragoza. 1-1-1923, p-
2. .
2. Amparo Poch, «Letras Femeninas», «Adiós a un árbol», *La Voz de la Región*, Zaragoza, 23-7-1923, p. 2

3. Amparo Poch, «Letras Femeninas», «Por una boca». *La Voz de la Región*, Zaragoza, 6-4-1923, pp. 2-3.
4. Amparo Poch, ¿Y yo? (Páginas Femeninas), *Revista del Ateneo Científico Escolar de Zaragoza*, mayo, 1923, Año VII, nº 27, p. 3.
5. Carmen Magallón, op. cit., p. 104.
6. Eloy Fernández Clemente, *La Ilustración Aragonesa. Una obsesión pedagógica*, Caja de Ahorros, Zaragoza, 1973.
7. Carmen Magallón, op. cit., pp. 104-105.
8. Nota, La Junta Directiva del Ateneo, *Revista del Ateneo Científico Escolar de Zaragoza*, mayo, 1923, p. 5.
9. F. Gutiérrez Muro, «Amor», por Amparo Poch, *La Voz de la Región*, Zaragoza, 17-12-1923, p. 2.
10. Javier Barreiro, *El hallazgo de un personaje. Amparo Poch y Gascón.* Textos de una médica libertaria, Introducción y notas de A. Rodrigo, Diputación de Zaragoza-Alcaraván Ediciones, Zaragoza, 2002, p. 2.
11. Laura Vicente Villanueva, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923')*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993.
12. Laura Vicente Villanueva, op. cit., pp. 110-111.
13. Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, París, 1978, p. 631.
14. Entrevista con Federica Montseny. Antonina Rodrigo, Toulouse, 20 de noviembre de 1979.
15. Julián Casanovas, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1939*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 10.
16. Laura Vicente Villanueva, op. cit., p. 95.
17. Testimonio de Julia Miravé Barrau a Antonina Rodrigo. Zaragoza, el 2 de marzo de 2000.

18. Testimonio telefónico de Juan Antonio Abascal Ruiz, Zaragoza, 2011-12001.
19. Juan Domínguez Lasierra, «En saco roto. El color del cristal», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 10-3-2002.

CAPÍTULO IV

Feminismo: «movimiento ideológico»

La Voz de Aragón, el 6 de marzo de 1927, víspera de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, patrón de los estudiantes, dedicaba una información especial a la mujer estudiante de Zaragoza. Son tiempos en que «...se reconoce oficialmente la capacidad intelectual de la mujer asociándola a la responsabilidad de la gobernación de la cosa pública».¹

Se trata de una estadística reveladora y útil para valorar la presencia de la mujer en las diferentes disciplinas y centros de enseñanza del momento. Se pasa revista al Instituto, a la Escuela Normal, a la Escuela de Comercio, y a las Facultades de Filosofía y Letras, de Derecho, de Ciencias y de Medicina.

Informa el periodista que en esta última Facultad tan sólo una alumna había terminado la carrera, Concepción Diego Rosell, que hacía en Madrid el curso de doctorado. Sabemos que en este curso había once alumnas matriculadas; Amparo Poch era una de ellas. En el reportaje, Amparo Poch aparece fotografiada junto a cinco de sus compañeras, sentada en un banco del patio de la Facultad de Medicina. Su fisonomía ha cambiado al cubrir su frente con un flequillo, que ya será característico en ella.² El autor del artículo, paternalista y moralizante, acepta la aptitud de la mujer para desempeñar un papel en la sociedad, pero recomienda que no

pierdan la feminidad tan adorable que le conquistó el calificativo de la bella mitad del género humano.



1927. Amparo y un grupo de compañeras en la Facultad e de Medicina de Zaragoza

En este número de *La Voz de Aragón*, dedicado a la enseñanza femenina en Zaragoza, Amparo Poch, colaboradora del periódico, escribía sobre «Mujeres y Universidad». Como protagonista y espectadora nos describe, desde dentro, el cuadro de intolerancia que, al paso de los años, el hombre mantiene ante la presencia de la mujer, en las aulas universitarias. Denuncia, asimismo, la hiriente burla, el desprecio, la falta de respeto que les inspira la mujer sabia...

sin que nadie reprema ni castigue semejante actitud. La periodista reparte suertes y tampoco sale favorecido el retrato de la mujer en los claustros universitarios:

«Es verdad, que de todas las muchachas matriculadas en las diversas Facultades, la mayoría no tienen de estudiantes más que eso: estar matriculadas» —admite contundente Amparo Poch—. Y comprarse los libros de texto o no de texto, por si acaso los necesitan, con urgencia, alguna vez. Esta afirmación de que, en Zaragoza, casi todas las mujeres estudiantes no tienen de lo segundo mucho más que el nombre, satisface a ese numeroso público que todavía mantiene vivas las decadentes leyendas de las misiones femeninas en la tierra, de su inferioridad intelectual, y de la incompatibilidad de tales misiones, que nadie niega, con las dignísimas ideas de su humana independencia y de su igualdad, frente a los varones, personalidad a personalidad, poder a poder:

«Pocas mujeres hay que respondan a ese ideal, más de mañana que de hoy; quizá por temor al calvario a que se condena a quien se desliga audazmente de las costumbres y prejuicios; calvario que se multiplica para las mujeres haciéndose lluvia de groseros calificativos y pensamientos malos, para combatirlas con ellos hasta hacerlas claudicar, o, cuando tal no sucede, envolverlas en la nube de la hostilidad y burla con que el vulgo, y aun lo que no debiera ser el vulgo, acoge a la “mujer sabia”, y la vapulea en chistes, caricaturas y carcajadas, como si la mujer sabia, cuando lo es verdaderamente, no tuviese su dignidad elevadísima, su personalidad respetable, y su recio caudal de sentimientos que la llevan a llorar, quizás, las manifestaciones brutales de cuantos, tal vez, no saben tenerlas de otro modo.

»Federica Montseny, en su novela *La Victoria*, hace el maravilloso relato de un tipo de mujer de esa clase, independiente desde muy joven, sana de cuerpo y de moralidad y cuyos tesoros de sabiduría, de dignidad y de voluntad, no se oponen a los más brillantes sentimientos de ternura y de amor. Y la misma Federica Montseny, con un perfectísimo conocimiento de la vida y de las personas, la muestra después combativa, y sin acobardarse, y considerada como una doctora muy sabia, pero como un ser raro, sin sexo.

»Ni las mujeres de Zaragoza, ni muchísimas de las españolas, se verán en el caso triste de esa protagonista de un trozo de vida. Todo en ellas es vulgar: el amor, las ideas y el traje. En casa son, sobre todo, las hijas; en la Universidad, las alumnas. Como no saben de leyes, dicen que serán reinas de su casa; como no conocen el amor, creen en las promesas de cualquiera. Mal encaja en la severidad científica su frivolidad; como mal encaja, también, el absurdo criterio de los que hacen burla de las “mujeres sabias”, con el gran respeto que debe guardarse a todos los seres humanos.

»Por si algo de nosotros sobrevive, quizá dentro de algunos años el algo inmortal goce la satisfacción de contemplar otras mujeres y otros hombres, que, dentro y fuera de la Universidad, se comprendan, se estimen, y no se miren, mutuamente, como un problema».³

La universitaria Amparo Poch habla con pleno conocimiento de la situación, ella era una de esas mujeres sabias, ofendida por sus compañeros, heridos por su talento, en lo más profundo de su

orgullo por aquella brillante, audaz, número uno de la clase, con fama de oradora y escritora, proveniente de una familia modesta, que se ganaba por méritos propios, curso a curso, la matrícula de honor.

Juan José Lorente, a modo de editorial en este extraordinario de la enseñanza femenina de *La Voz de Aragón*, escribía sobre *Las hijas de Minerva*, un artículo cursi, lleno de tópicos, en el que, entre otras cosas, decía: «Hoy embellecen y perfuman los claustros de las Facultades universitarias y Escuelas especiales gentiles mujercitas en flor. Y sin renunciar a las exquisiteces sentimentales de su sexo, curten el espíritu en las varias y adustas disciplinas del humano saber». Y termina haciendo eco del sentir popular sobre la mujer sabia: «¡Adelante, mujercitas de vanguardia! Cada día habrá menos rezagados que miren con prevención a una mujer “sabia”, y más hombres de su tiempo que se inclinen ante las hijas de Minerva».

A María Antonia Zorraquino le cabe el honor de haber alcanzado el grado de Doctor que, por primera vez, concedió la Universidad de Zaragoza. Cursó sus estudios de Ciencias Químicas, entre 1921 a 1925. Refiriéndose a su situación universitaria admite que no era fácil: «...criticaban muchísimo a mi padre, cuando [ella] salía del laboratorio con el doctor Rocasolano», según referencia verbal que le hizo a Carmen Magallón, cuando tenía 87 años; aunque reconocía que, el trato que le dispensaban sus compañeros en la Facultad era respetuoso. Sin embargo, Roberto Castrovido, en un artículo publicado en 1929 en Zaragoza, confirma la tesis de animosidad contra la compañera universitaria, que glosa Amparo Poch. Recordaba Castrovido: «Cuando yo estudiaba, no pisaba la universidad más que una muchacha. Se llamaba Pilar Padrós, era hija de padres catalanes. Asistía a la clase de Metafísica, explicada por

don Nicolás Salmerón, quien tenía para su alumna galanterías paternales, que imponían respeto a las sorpresas, burlas y acometividades de la turba escolar».⁴

La tesis de la novela *La Victoria*, aparecida en *La Revista Blanca*, en 1925, causó gran efecto en los medios libertarios. Amparo Poch creía que la principal enseñanza que debía extraer la mujer era la de su liberación, que tenía que brotar de sí misma, de dentro afuera, como protagonista y artífice de su propia realidad. Federica Montseny ponía en boca de su protagonista:

«Proteger la debilidad femenina es obra de hombres buenos y caballerosos, pero nunca obra reivindicadora de la mujer. Es más, esta obra no pueden hacerla los hombres ni es lógico que lo hagan. Debemos ser las mujeres las que nos reivindiquemos. Debemos ser nosotras las que aceptemos como ofrenda la galantería del hombre, pero nunca como necesidad. Debemos ser nosotras las que conquistemos iguales deberes en la humanidad, que es también conquistar iguales derechos».

La mujer tenía que conquistar su puesto en el hogar, donde era esclava y... dueña hasta que llegaba el hombre de la calle, del trabajo, o del ateneo o el casino si era un señorito. En el taller, en la fábrica, en la universidad, en la sociedad en suma, y no valían otros esquemas, sólo disponía de la convicción plena de su autoestima para hacer frente y combatir la discriminación. Y desde luego, condición indispensable para ello era el barrer los obstáculos del alejamiento, la separación que la sociedad había impuesto al separar a los sexos en los juegos, en la escuela, en los lugares de

ocio, teatros, cafés, paseos, en el trabajo, incluso en la iglesia. El hombre y la mujer, separados desde niños, cuando sus vidas tenían que discurrir unidas en la trinchera de la vida. Una señora recién llegada a Zaragoza, publicó un escrito en *La Voz de Aragón* en el cual decía que echaba de menos un punto de reunión femenino en la capital de Aragón, algo por el estilo del Lyceum Club de Madrid, o de los casinos de señoras del extranjero, lo cual ayudaría a quitar ese marcado provincianismo a la ciudad. Pedía a los casinos que les cedieran uno o dos locales disponibles, capaces de acoger una biblioteca femenina y un salón de té, para que las socias pudiesen reunirse en amigable charla, y advertía amigable pero benéfica ¿eh? Luego llegarían las iniciativas sociales «...tendentes a ayudar a nuestras hermanas que menos afortunadas se ven obligadas a ganarse la vida y más aún para los hijos de éstas, los niños pobres, tiernos brotes necesitados de sol y de cuidados».⁵ La señora ponía la condición de que esos espacios proporcionados por los casinos estuviesen independientes del resto del edificio.

Amparo Poch, en su columna *Letras Femeninas*, bajo el título «¡Un club femenino zaragozano!» argumenta que un casino de mujeres, llámese Liceo o Club, a pesar de sus conferencias benéficas, sería un prejuicio más para separar a los sexos. Abogaba limpiamente por la aproximación, para acabar con la falta de naturalidad en la relación de la pareja y el fingimiento de esquivarse, cuando en realidad sentían la necesidad recíproca de encontrarse. «Por eso creemos — escribía Amparo Poch— que, únicamente la creación de un Centro donde entrasen juntos los hombres y las mujeres, sería el único y el verdadero termómetro, donde el progreso y la cultura señalarían su hermosísimo ascenso».⁶

El feminismo ha sido uno de los grandes debates del siglo XX, pero la polémica se inició en el XIX. Se cuestionaba la inferioridad intelectual de la mujer, respecto al hombre. Esta falacia la mantuvo en un estado de inmadurez, de dependencia y de subordinación secular, que ella inculta, impotente, con la indefensión de la inseguridad, acataba, no sólo por aceptar sino por creer. Sin embargo, en nuestro país, las ideas feministas, en determinados círculos, tardaron en germinar menos de lo que se cree. En el semanario valenciano *La Conciencia Libre* (1896), que dirigía Belén Sárraga, las colaboradoras del periódico, tenían una visión clarividente del movimiento feminista como la conquista revolucionaria de los derechos de la mujer en expansión. Se trataba, en una gran mayoría, de escritoras racionalistas: Concepción Arenal; Amalia Carvia; Amalia Domingo y Soler, directora de *La Luz del Porvenir*; Eugenia N. Estopa, directora de *El Altruismo*; y Ángela López de Ayala, directora de *El Progreso*, en un artículo titulado «Feminismo», de mayo de 1897, decía que el movimiento feminista empezaba por seducir las supremas inteligencias, y seguía apoderándose de los espíritus entusiastas y generosos, de los reflexivos, y acabaría por imponerse... idea tan hermosa y trascendental.

«Todos aquellos que no han hecho un detenido estudio del feminismo, no solamente lo consideran nocivo a la constitución de la familia, sino atentatorio a la dignidad personal de los hombres.

Crean que se trata de algo que a éstos perjudica y denigra; de algo que, variando las bases en que las sociedades se

asientan, los relega a un término, si no secundario, inferior al que en la actualidad ocupan. Nada más distante de lo cierto.

»El feminismo, como principio de justicia, ilustrando a la mujer y recabando derechos para ella, no va contra el hombre sobre el cual hoy pesan todas las cargas y todas las responsabilidades de la vida sino a su favor. Trata de repartir estas cargas...».⁷

Los conceptos de María de Belmonte, autora del artículo, son interesantes, aunque en algún punto caiga en el candor, de creer que el hombre llegaría a compartir cargas. El feminismo transgredía los límites del poder masculino, al luchar por la igualdad cultural y laboral, lo cual suponía erosionar su hegemonía. Por los días que aparece este artículo, se celebraba el «Congreso Feminista Internacional de Bruselas de 1897», en el que pedían «Libertad de trabajo. Acceso a todas las profesiones. Igualdad de salario», postulados por lo que las líderes de *La Conciencia Libre*, habían constituido «La Asociación General Femenina»⁸.

El tema del feminismo parecía inabarcable e inagotable y desde luego no dejaba a nadie indiferente, al tratarse de una lucha de poder y de clases. La sociedad y el hombre van a fomentar en la mujer el conformismo y la sumisión, dos enormes trampas para cortarle las alas y dejarla indefensa. Pero la polémica gana terreno al airearla la prensa y espolea la curiosidad de las gentes. En Zaragoza, el debate sobre el feminismo adquiere tal popularidad, en los años 1927 y 1928, que *La Voz de Aragón* abre un espacio, bajo el título «Sobre Feminismo», donde lectores y lectoras encrespan la polémica con criterios para todos los gustos. En Teruel, escribe la corresponsal

de *La Voz de Aragón*, se agotan los ejemplares cada noche, nada más llegar al quiosco. La polémica suscitada daría para escribir un ensayo sobre el tema. Amparo Poch señala que inició el tema Cano Jarque, que no veía en la mujer nada más que carne y prosigue:

«La mujer no es néctar ni aroma, aunque le duela al señor Cano Jarque, ni se provee de anestésico al ir a una oposición; es un ser humano, libre, consciente, con todas las libertades, atributos y derechos del hombre, y su voz, al pedir unas y otros, es la de la Justicia...

»La mujer quiere ser atendida, no tolerada; quiere ser igual, no inferior. Pero yo suplico al señor Cano que no nos pinte hogareñas en que el marido hace de ama seca; ama seca y nodriza lo serán siempre las mujeres, pero serán muchas más cosas además de esto,

Y encontrarán hombres que al amarlas, no harán el ridículo, como usted apunta, sino que, como escribe Federica Montseny en una de sus obras, serán fuertes pero sin que su fortaleza pretenda anular la de la mujer; enérgicos, grandes y sabios, pero sin que ni su energía, ni su sabiduría, ni su grandeza oscurezcan las de su compañera. Uno al lado del otro, poder a poder, por el camino de la misma Justicia y de la misma Moral».⁹

Algunos tomaban el tema del feminismo a pitorreo y lo ridiculizaban. Otros lo zaherían al contemplar un serio peligro, en lo que llamaban la masculinización de la mujer, pues en abril de 1928,

una comisión de abogadas había visitado a don Galo Ponte, ministro de Gracia y Justicia, solicitando igualdad de derechos para tomar parte en las oposiciones para cubrir plazas de notarios, jueces y registradores de la Propiedad. Sara Maynar, que sería la primera abogada de la Facultad de Derecho de Zaragoza, escribía en 1925, que se daba «...la paradoja de que una mujer puede tener Farmacia y no pueda desempeñar un Registro de la Propiedad». La inquietud por la pretensión de igualdad se expandía por el orbe; debía ser alarmante para el aragonés Manuel Jesús L'Hotellerie el que hasta en la Rusia de los soviets el avance del feminismo fuese arrollador, donde la mujer escalaba puestos sociales preeminentes, como la señora Kameneva, que desempeñaba el cargo de Jefe de policía, que a sus 28 años, tenía a sus órdenes a 3.000 agentes. Y en la República autónoma de Cluwach, una mujer esquimal ocupaba un puesto en el Parlamento soviético. Todas estas noticias debieron trastornar el juicio del ciudadano L'Hotellerie para llegar a escribir en *La Voz de Aragón*, en contestación a los artículos aparecidos de María Antonia Franco y Amparo Poch: «...También pretenden crearse los derechos, libertades, etc., que, en su mayoría, sólo al hombre pertenecen; pues si la mujer está hecha de una pequeña parte del hombre, justo es también que sólo tenga la proporción de libertades que a esa parte corresponde... la labor de una mujer está en cocinar, coser y bordar...».¹⁰ Y otro, que titulaba curiosamente su artículo «El feminismo de la hembra», pensaba en su inutilidad, ya que «Con el arte sutil y delicado de la coquetería, la mujer tendrá siempre a sus plantas el imperio del mundo».¹¹ Este era de los que «te trataré como a una reina».

Amparo Poch concebía el feminismo dentro de una perspectiva ideológica: «Este asunto —escribió— de la recuperación de los derechos femeninos, no es problema, aunque el egoísmo, la

comodidad y la ignorancia lo compliquen, sino movimiento ideológico».¹²

El curso 1928—1929 es el último año de carrera de Amparo Poch. Hay matriculados 670 hombres y 13 mujeres.¹³ Amparo, en sus colaboraciones periodísticas, refleja las vivencias de sus prácticas en el hospital. La infancia enferma es la que atrae especialmente su atención. La dedicación a la puericultura va a ser una constante en su vida. En la buena salud del niño estaban los cimientos del hombre del mañana.

1929. Zaragoza. Expediente académico escolar.

En las 28 asignaturas obtuvo matrícula de honor

En aquellos tiempos de feroz lucha antivenérea, escribe bajo el epígrafe de *Temas vulgares. La otra moral* sobre los hijos que llegan al mundo contagiados de las enfermedades de transmisión sexual del padre, que previamente las han contagiado a la madre. Hay que curar urgentemente al niño, pero con la misma premura a los

padres, para que otros hijos no nazcan con idéntica herencia. Y recuerda:

«Cuántos niños llegan así a los hospitales y cuántas mujeres que sufren con ellos; y otras, flores marchitas en plena juventud condenadas al tormento de la esterilidad; y muchas, dolorosas que han entrado de un salto tremendo en la vejez.

»Por esos pobres niños y por esas mujeres, vengo yo a terminar con un recuerdo a la moral masculina, entre tantas voces que acusan a la mujer de frívola e impura, entre tantos dedos que la señalan como contagiada de todas las degeneraciones.

»Moralistas de prensa, de púlpito y de tribuna: pensad en esta obra moral masculina que engendra dramas, que florece, entre descuidos, en llantos de niños y resignación de mujer. Pensad en las consecuencias de la impureza del hombre que nadie se da prisa en contener, ocupadísimos como están todos en convencer a las mujeres que ellas y sólo ellas son el sostén y la base de esa sociedad que las aparta a un lado y que las deja, con sus hijos, a merced de un crimen aún no calificado, sin defensa ninguna». ¹⁴

La sífilis, como la peste, la lepra y la tuberculosis eran enfermedades crónicas que aniquilaban a la humanidad. La sífilis introducía en el organismo el Treponema pálido (bacteria espiroquetal). La causa era de origen venéreo, pero también podía adquirirse accidentalmente, por contacto, por erosión cutánea o

mucosa. La sífilis era uno de los azotes de la sociedad. Amparo Poch estudiaría el tema, sobre todo en los niños atacados por la terrible enfermedad antes de llegar al mundo. La doctora Poch creía que la sífilis congénita debía denominarse «...sífilis innata, pues si bien el niño puede nacer y nace afectado por ella, no la adquiere por el hecho de su concepción, sino en virtud de un contagio transplacentario y realizado sobre el cuarto mes de la vida intrauterina».¹⁵

Amparo Poch enjuiciaba, en Panorama sexual, que a pesar del control que se exigía, de obligadas visitas a los Dispensarios y a la difusión de las medidas profilácticas, la ignorancia continuaba procreando a ciegas, sin tener en cuenta «...las circunstancias que van a rodear al nuevo ser... como si la reproducción humana interesara menos que la de cualquiera ganadería».¹⁶

La sífilis podemos compararla con el SIDA de nuestros días. A la doctora Poch le preocupaban vivamente las terribles deformaciones de los niños víctimas de la devastadora enfermedad. Por ello llamaba a la sífilis enemiga de la belleza. «La belleza y la juventud — escribía—, incalculables tesoros del hombre, son aniquiladas por la sífilis en su obra de envilecimiento de la vida. A la par que la belleza interior, las energías orgánicas, la correlación química y la correlación nerviosa.

»En cualquier época de la vida y en cualquier parte del organismo, la sífilis puede poner su mano llena de desdichas y hacer de un ser normal y perfecto un muestrario de falsedades. La sífilis es la creadora de lo feo».¹⁷

Amparo Poch, sensibilizada desde sus tiempos de estudiante, se dispuso a soslayar con los nuevos descubrimientos las monstruosas

taras con que llegaban al mundo víctimas inocentes, condenadas sin remisión.

Cuando a principios de los años sesenta vuelve a tratar el tema lo hace alborozada, colmada su esperanza, pues el fantasma de la enfermedad ha sido vencido por la penicilina y otros antibióticos que hacen desaparecer el Treponema, en 24 horas. La enfermedad que durante tanto tiempo fue mortal, era erradicada, merced a los adelantos de la Biología de la mano de la Química y la Medicina.¹⁸

De Amparo Poch, estudiante de Medicina, es también el artículo titulado «Cielo». Aunque de distinto cariz, su protagonista es también la infancia. Una infancia amedrentada por la moral de los padres y los educadores que, tan tempranamente, les robaban el sosiego y la alegría a sus pequeñas vidas.

A la periodista le fluye un fabuloso caudal subterráneo de ternura y, de indignación, por las lesiones causadas a un ser indefenso. Una niña, de cinco años escasos, llegó en los brazos de su madre al hospital. La pequeña, en una pesadilla, cayó de la cama rompiéndose el fémur. La madre se va y la niña queda al cuidado de Amparo. Atemorizada, no habla, la joven doctora le sonríe, la acaricia y logra disipar su desconfianza. ¿Qué soñaba la noche de la caída de la cama? La nena le confiesa despavorida que soñaba con el infierno. En la escuela le hablaron del cielo y del infierno. El cielo era bonito, pero la descripción del infierno violaba su mente virgen. Ella lloraba pidiendo que por la noche no le apagaran la luz, pero la madre, ajena a su temor, la dejaba en la oscuridad. Y escribe Amparo Poch:

«¿Quién te habló del infierno?

»Tú no pensarás más en él, porque yo te hablaré todos los días de los barquitos de papel que trazan largos viajes por los charcos de lluvia, de los cisnes blancos que quizás tú no has visto nunca, de las estrellas que corren por el cielo y que dejan su polvillo de plata, de las mariposas coquetas que se pintan diariamente las alas para gustar a los niños, de tantas y tantas cosas buenas que te voy a llenar el pensamiento con ellas, para que no dejen lugar a estas otras, tan tristes, tan negras, que tan mal riman con tu cara, morena y tus bucles preciosos».¹⁹

Amparo Poch firmaba los temas de su examen de Grado de licenciatura, el 20 de septiembre de 1929, en la Facultad de Medicina de Zaragoza. Con su letra perfecta de caligrafía inglesa, que conservará hasta el final de sus días, desarrolla dos temas: el nº 38, titulado: *Tejido Epilebial*, trata de los «...diversos tejidos epilebiales que constituyen membranas elásticas translúcidas, de bastante resistencia, que tapizan la superficie externa de nuestro organismo y las cavidades abiertas del exterior, como ocurre con la boca y el resto del tubo digestivo». Y en el 2º, con el nº 147, abordaba el tema: *Mecanismo de la penetración y exploración por bala de arma de fuego y tratamiento de las lesiones respectivas*,²⁰ distinguiendo las producidas en la práctica civil o en la guerra. La excelente exposición y su conocimiento del tema le serían muy útiles a Amparo Poch, en 1936, en los primeros meses de la guerra, en el Madrid asediado, en el ejercicio de su profesión médica, en los hospitales de campaña o en los de sangre de la Sanidad de Guerra republicana. En los ejercicios de fin de carrera Amparo Poch obtiene la misma calificación de todos sus cursos: sobresaliente y matrícula de honor.

Al día siguiente, 21 de septiembre, Amparo Poch, solicitaba al Decanato de la Facultad de Medicina tomar parte en las oposiciones al Premio Extraordinario de licenciatura del curso 1928—1929. Cinco días más tarde se constituía el tribunal presidido por don Santiago Pi Suñer.²¹ Los aspirantes eran seis hombres y una sola mujer, Amparo Poch. En el sorteo de tres temas, salió elegido: Valor diagnóstico del examen del líquido cefalorraquídeo, que envuelve los centros nerviosos de la cavidad craneal y la raquídea. Los opositores tenían cuatro horas para la redacción del tema; invirtieron de 18 a 22 minutos, Amparo Poch tardó 21 en desarrollar su examen. Por unanimidad le fue concedido el Premio Extraordinario de su promoción.²² Amparo Poch, con 26 años, se convertía, al parecer, en la segunda alumna interna que obtenía el título de Medicina y Cirugía en la Facultad de Medicina de Zaragoza. El 3 de octubre se inscribía en el Colegio de Médicos, donde llegaría a desempeñar el cargo de Vicesecretaria. El 30 de septiembre la nueva Doctora había solicitado el título al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien lo firmaba el 25 de octubre. Para entonces la joven médica tenía abierto su consultorio.

El día 13 de octubre aparecía en *La Voz de Aragón*, el anuncio: «Amparo Poch y Cascón. Consultorio Médico para mujeres y niños. Consulta de tres a seis. Especial para obreras, de doce a una. M. Ráfols, 8. Zaragoza». La consulta la estableció en su propia casa, en una habitación interior que daba al patio de armas del cuartel. Según testimonio familiar tenía las cosas indispensables y obligadas en toda consulta de la época.²³ Iniciaba su irrefrenable vocación en una época en que la mujer, lentamente pero perseverante, empezaba a titularse y a incorporarse como profesional al mundo laboral y a la sociedad.

Mitigar el dolor y el sufrimiento a las gentes que carecían de recursos económicos para sufragar cuidados médicos, en un tiempo sin asistencia sanitaria obligatoria y una pobre beneficencia, fue su propósito y compromiso al elegir la Medicina como disciplina laboral. No cobraba a las gentes de bajo nivel de vida. Cuando asistía a visitas domiciliarias en unas viviendas en las que no existían las más elementales normas de higiene y salubridad, los cuidaba y les proporcionaba los medicamentos para su curación y, a los que no tenían sábanas, se las pedía a su madre para llevárselas o las compraba para vestir a la miseria de cierto decoro.²⁴

Notas Capítulo IV

1. Rafael Jiménez, «La mujer en las aulas», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 6-3-1927, p. 8.
2. Las alumnas en los centros de Enseñanza de Zaragoza se repartían así: en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, estaban matriculadas cerca de un centenar de alumnas. En la Normal ascendía a 400 el número de alumnas matriculadas en los distintos cursos. En la Escuela de Comercio, ascendía a 55 las matrículas, más 50 matriculadas en el mismo centro en lo que llamaban «Sección femenina de vulgarización». En la Escuela Industrial, había sólo dos alumnas que seguían estudios para Peritos Químicos. En la Escuela de Artes y Oficios artísticos, estudiaban 32 alumnas que recibían enseñanzas de gramática, caligrafía, aritmética, geometría, dibujo artístico y aplicado a las labores, corte,

confección, economía doméstica, bordados, encajes, flores y adornos artificiales. En la sección propiamente dicha de Escuela de Artes y Oficios artísticos, había 120 alumnas matriculadas. En la Facultad de Filosofía y Letras, primer centro de enseñanza superior al que acudió la mujer en Zaragoza había 23 alumnas. El periodista advierte que no es posible dar una estadística completa, pues no todas han terminado en la ciudad y desconoce también el número de alumnas de matrícula libre. En la Facultad de Derecho, el centro menos frecuentado por la mujer, sólo 3 alumnas habían terminado la carrera hasta la fecha, en la actualidad asistían una alunina oficial Sarita Maynar y otra libre, la doctora en Filosofía y Letras Lola del Palacio. En la Facultad de Ciencias, había matriculadas 14 alumnas que cursaban la carrera de Ciencias, en su mayor parte en Químicas. En la Facultad de Medicina, eran 8 alumnas en este curso de 1926-1927: Amparito Poch y Gascón, alumna interna; María Luisa Girónza Solanas, María Mercedes Ainsa Font, María del Carmen Clavero Maestre. Mercedes Gironza Solanas, Carmen Noaílles Puyol, Felisa Barreningoa Zabala y Carmen Moraleda Carrascal.

3. Amparo Poch, «Del momento. Mujeres y Universidad», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 6-3-1927, pp. 1-2.
4. Carmen Magallón Portolés, op. cit., p. 109.
5. Blanca Rolla de Meléndez, «Iniciativa plausible. Un centro de cultura femenino». *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 16-3-1927, p. 3.
6. Amparo Poch, «Letras Femeninas», «¡Un club femenino zaragozano!», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 29-3-1927.
7. María de Belmonte, «*Feminismo*», *La Conciencia Libre. Libertad, Justicia, Fraternidad*, Valencia, 1897.
8. «Estatutos de la Asociación General Femenina», *La Conciencia Libre*, Valencia. 20-2-1897, nº 35, año II. P. Ia.
9. Amparo Poch, «Sobre Feminismo. Más ideas acerca de las mujeres», *La Voz de Aragón*. Zaragoza, 28-11-1928. p. 1.
10. Manuel Jesús L'Hotellerie, «Más sobre feminismo», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 1-12-1928, p. 3.

11. José L. Barberan, «El feminismo de la hembra», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 1-7-1928, p. 4.

12. Amparo Poch, «Sobre feminismo. Más ideas acerca de las mujeres», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 28-11-1928, p. 1.

13. Las asignaturas de este curso eran: Patología quirúrgica. Tercer curso, con su clínica. Patología médica. Tercer curso, con su clínica. Higiene pública con prácticas de Bacteriología. Medicina legal y Toxicología y Dermatología y Sifilografía, con su clínica. Expediente Académico de Amparo Poch y Gascón. Archivo Universitario de Zaragoza, sig. n° 14-D-1. Zaragoza.

14. Amparo Poch, «Temas vulgares. La otra moral», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 11-9-1928, p. 16.

15. Amparo Poch, «La sífilis enemiga de la belleza». *Tiempos Nuevos, Revista de Sociología, Arte y Economía*, Barcelona, 1-5-1936, pp. 229-230.

16. Amparo Poch, *Panorama Sexual, Revista de Documentación Social*, Valencia, julio, 1932, nw 5. pp. 49-50.

17. Amparo Poch, op. cit., p. 229.

18. Amparo Poch, *La Sífilis, Almanaque SIA* (Solidaridad Internacional Antifascista), Toulouse, 1962.

19. Amparo Poch, «Cielo», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 19-12-1928, p. 16.

20. Apéndice n° I. (Los dos ejercicios de fin de carrera).

21. El tribunal estaba formado por los catedráticos: Santiago Pi Suñer, presidente; José Estella B de Castro, vocal; y Antonio Lorente Sanz, vocal secretario. Los concursantes eran: D. Vidal García Bragado, Ricardo Lozano Blesa, Darío E. Lirón de Robles, Amparo Poch y Gascón, Federico García Dihinx, Carlos Terrise Nadal y Luis Fernández Ferrer, que renunció al ejercicio.

22. Apéndice n° II. (Ejercicio de Premio extraordinario de fin de carrera: Valor diagnóstico del examen del líquido cefalorraquídeo).

23. Una vitrina de cristal, para el material de curas, tijeras, pinzas, gasas, algodón, alcohol, pomadas antisépticas químicas (todavía no se habían inventado las biológicas), un fonendoscopio, un tensiómetro, una trompetilla o

fonendoscopio, para auscultar, invento del médico francés Laennec y una biblioteca con manuales de medicina y libros especializados. Más unas sillas y la mesa de exploración, como mobiliario.

24. Testimonio de Da María Vargas Gadea y de D. José Gascón Molinero, primo de Amparo Poch. Zaragoza, 14-6-2000.

CAPÍTULO y

Divulgación pedagógica de la medicina

¿Qué les ha hecho a los hombres la acción genital, tan natural y tan necesaria, para que se la proscriba y se le huya, para que no se atreva uno a hablar de ella sin rubor, y para excluirla de las conversaciones? Se pronuncian tranquilamente los términos robar, matar, traicionar, adulterio... y el acto que da la vida a un ser, ese no se atreve uno a nombrarlo. ¡Oh, falsa castidad! ¡Vergonzosa hipocresía!

MONTAIGNE

¿Dónde está el alma?: Allí donde se encuentran los genes: en los testículos de los hombres y en los ovarios de las mujeres: biológicamente, lo único que tenemos inmortal son los genes.

DESMOND MORRIS

En la vida de Amparo Poch su actividad literaria y el ejercicio de la Medicina ponen de manifiesto su relación con la sociedad y en particular la acción humanitaria, como base y claro exponente de su

condición libertaria. Sus escritos son reveladores, por su sentido pedagógico, rigor científico y una visión analítica y sugestiva de gran comunicadora, expresado en lenguaje llano, persuasivo, sobre todo cuando se dirigen a la mujer obrera. En su preocupación por desterrar el atraso, la pobreza y la ignorancia de la mujer en España, Amparo Poch divulgará temas e inculcará enseñanzas básicas sobre maternidad, puericultura, sexualidad e higiene. Así como información general sobre la sífilis, la tuberculosis y el alcoholismo. *La Cartilla de Consejos a las Madres*, escrita en Zaragoza en 1931, estaba destinada a los cuidados que debía observar la mujer durante el período de gestación y sobre lactancia natural o artificial del niño. La autora lo dedicaba: «A todas las mujeres madres, a quienes nada se ha dicho de su maternidad, sino que unas veces —demasiado bajo— es vergüenza; y otras —demasiado alto— es gloria. A todas ellas dedico estas líneas desprovistas de ostentación científica».¹ Amparo Poch consideraba el período de gestación como un proceso fisiológico. Creía que «los cuidados racionales dispensados a la embarazada, además de prepararla para un parto feliz, redundaban en favor del hijo, formando parte de la que se ha llamado puericultura intrauterina».² Advertía la importancia de los cuidados cotidianos y científicos en la práctica de la higiene que debía observar la embarazada. Amonestaba sobre los usos y abusos populares de la práctica de abortos clandestinos, llevados a cabo por curanderas o por «vecinas oficiosas», sin la intervención del médico; algo tradicional en la clase obrera, que obedecía a la ignorancia y a la falta de medios, pero también a la superstición que engendra la incultura. La consulta del médico en las clases populares era señal de extrema gravedad y ya no digamos la hospitalización. La frase: «Han llamado al médico» o «Se lo han llevado al hospital» era sinónimo de peligro de muerte. No era un temor infundado. El enfermo pobre

que entraba en un hospital estaba obligado «...a prestar su cuerpo viviente para la enseñanza clínica y su cadáver para la enseñanza anatómica. En cuanto enfermaba, el cuerpo del pobre venía a ser *res pública* o al menos, *res publicanda*, frente a la inviolable condición privada del cuerpo del rico».³

La doctora Amparo Poch en la *Cartilla de Consejos a las Madres*, asesoraba sobre los alimentos, las bebidas, la temperatura de los baños de río y de mar, demasiado fríos. Los cuidados de la boca, de las mamas, la secreción vaginal, muy especialmente sobre las relaciones sexuales que podían ser causa de infecciones y contracciones uterinas, perjudiciales para el feto. Recomendaba la holgura del vestido, del corsé, de las ligas, o del calzado. La mujer que tuviera un embarazo normal podía continuar ejerciendo su profesión, excepto las trabajadoras de industrias que manipulasesen materias como el fósforo, mercurio, plomo, tabaco. El tema era tan preocupante en la época que la Dra. Amparo Poch insistiría en otros artículos, con datos y estadísticas, sobre las intoxicaciones y enfermedades producidas a las obreras que manipulasesen materias tóxicas. Entre las más peligrosas se hallaba la del plomo, llamada intoxicación saturnina. El saturnismo producía al término de la gestación «niños idiotas, epilépticos, macrocéfalos». La madre intoxicada por el plomo transmitía el metal a las vísceras del feto, a donde llegaba por la placenta.⁴

Muy útiles eran, en aquella época, los consejos encaminados al cuidado del recién nacido, su lactancia, los primeros alimentos sólidos, las cantidades, las harinas, los azúcares, con preferencia los de caña o remolacha y, mejor aún, el de malta, porque fermentaba menos y evitaba trastornos intestinales. *La Cartilla* de la Dra. Poch, por su divulgación pedagógica, fue galardonada en el II Concurso de

premios del Dr. Borobio, de protección a la infancia, y publicada en Zaragoza en diciembre de 1931.

La mortalidad de la mujer, a causa del parto, estaba relacionada directamente, con el status familiar, y era más frecuente en las mujeres que habían gestado muchos hijos. Los repetidos embarazos debilitaban su organismo hasta la extenuación, lo cual también repercutía en los hijos, al no recibir la lactancia materna, que, además de constituir el alimento idóneo, reducía el riesgo de hemorragia postparto, favorecía la contracción del útero y disminuía el riesgo de cáncer uterino y de mama.⁵ «No es una mujer —escribió el poeta Miguel Hernández—: es una corteza que se apoya en unos pies duros, que sube por un vientre donde los partos dejan huellas de torrente, que se derriba en unos pechos sin lozanía, cabizbajos desde la adolescencia, marchitos y requemados desde que comenzaron a ser pechos». Hasta 1931, en España, a la mujer obrera se le concedían seis semanas de descanso tras el parto, pero sin sueldo, por lo cual se veía obligada a volver al trabajo poco después del alumbramiento. En todas estas situaciones influían mucho los factores sociales. La edad de la madre era determinante así como la desnutrición, que suponía la anemia, tan vulnerable a la hemorragia, una de las principales causas de mortalidad materna, desde siempre, en los países subdesarrollados. La cifra de mortalidad maternal era mayor en las mujeres que estaban por debajo de los veinte años y por encima de los cuarenta y cinco. Entonces eran frecuentes los partos a edades muy avanzadas. En la estadística de los años veinte que presenta la Dra. Amparo Poch, España estaba en el décimo lugar de mortalidad maternal, con un 5,01, por factores puerperales y un 3,10 por factores de septicemia puerperal. En cabeza figuraba Estados Unidos, con 7,99 y 2,67 respectivamente y, en el último lugar, Dinamarca con 2,35 y 1,34. La mortalidad infantil estaba

directamente relacionada con el status de la mujer: casa, alimentación y naturalmente su estado civil, consecuencia directa «...de las injusticias sociales, de la irritante desigualdad que hasta en la función social de la maternidad deja su huella. Y del estado civil ¿qué diremos, sino que nos avergüenza que todavía sea una razón que trueque en gloria sin límites o en vergüenza sin fondo el hecho maternal? —escribía Poch— ¡Pobres puras conciencias, pobres almas sin manchas, las defensoras ciegas de la regla moral, estricta, severa e inhumana!» Y la Dra. Poch acababa su estudio con esta declaración de principios libertarios: «Habría que gritarles con voz de corazón: ¡Dejad que las mujeres amen; dejad que tengan sus amantes elegidos, que se fundan y pierdan en los brazos y en la vida del amado, y que puedan levantar como el más humano y sencillo de los trofeos, el hijo bienvenido, el hijo de su amor... el niño que tanta falta hace en toda vida de mujer...!».⁶

La otra cara era la mortalidad infantil íntimamente relacionada con la de la madre. En un estudio de la doctora Amparo Poch sobre el tema, lo asociaba a dos factores determinantes: «Médicos, que constituyen todas las causas patológicas, y Sociales, que comprenden las causas del predominio económico»⁷ La mortalidad podía ser antenatal (muertos antes del parto), intranatal (muertos durante el alumbramiento) y postnatal (muertos después del nacimiento), causas aceptadas por la Sociedad de Naciones. A la doctora Poch le preocupaban más los factores relacionados con la organización social o la moral, consecuencia de la mortalidad, durante la primera infancia. Factores influyentes eran la raza, el clima, la edad y la salud de la madre, la alimentación, el período entre los partos, la higiene, el alcoholismo de los padres y el estado civil de la madre. «Los hijos de las madres solteras —escribía— mueren en mayor número que los que son producto de una

“decente” y “legítima unión”. Generalmente, el hijo de la madre soltera supone el hijo de la madre abandonada... y ya sabemos cómo se mira todo esto aun por las personas que dicen haber vencido todo prejuicio».⁸ En estos casos las condiciones de vida social y económica eran difíciles al repercutir en el niño; pues además de ser una carga para la madre, lo alimentaba artificialmente o acababa abandonado en cualquier centro de acogida. Abandono por el que, creía la Dra. Poch, no había que responsabilizar a la madre furiosamente. De los factores más influyentes en la mortalidad de los niños señalaba también el de la promiscuidad forzada en la clase proletaria. Las razones eran, por tanto, esencialmente de orden económico. En las familias ricas la mortalidad era mucho menor que en las familias obreras. Valga la estadística que ofrece en su estudio sobre la mortalidad, referida a 1.000 nacimientos, en niños de 0 a 4 años:

Clase rica: 5,2—2,8%

Clase acomodada: 9,4—5,2%

Clase media: 10,3—6,7%

Clase pobre: 11,8—7,1%.⁹

Para Amparo Poch una de las grandes conquistas de la humanidad era la libertad de la moral, monopolio de los hombres ricos, los de Estado y, alguna vez los de la Ciencia. A pesar de la liberalidad, la moral más progresista admitía y defendía una verdad maravillosa y era que la inmoralidad comenzaba en cuanto que el acto sexual se consideraba la satisfacción del apetito repentino, como el pan para el hambre, convirtiéndolo en una simple función orgánica. En realidad, la idea promiscua y animalista era rechazada por la mentalidad del ácrata español, a diferencia de otros países.¹⁰ El pensador libertario, Federico Urales, escribió a este respecto: «Que

en todo amor ha de haber una ilusión y un proceso moral; proceso e ilusión que no se puede encontrar en un círculo de hombres y mujeres fundado expresamente como cualquier prostíbulo».¹¹ Amparo Poch consideraba que para la mujer había sido una consecuencia altamente positiva «...liberar de golpe la personalidad femenina lanzándola a la conquista de su propia felicidad».¹² La mujer salía a flote del silencio y ostracismo liberando sus emociones sexuales. Para la Dra. Poch a pesar de la opresión sobre la mujer, que había estado secularmente sometida a la iglesia o al juez, que le atribuía un marido de conveniencia, una vez libre del yugo, podía elegir a un compañero afín con su ideología o atraída por la de él y, cuando llegaba el desamor podía rehacer su vida sin trauma, de lo que deducía que «...como siempre, la antorcha de la libertad, ha iluminado maravillas».¹³

Paul Robín, en 1893, en su *Manifiesto a los partidarios de la educación integral*, exponía como prioridad, en el primer artículo de la Liga para el mejoramiento de la raza humana: «Dar a las mujeres la instrucción fisiológica que les permita usar de su libertad».

El 30 de abril de 1930, *La Voz de Aragón*, anunciaba el traslado de la clínica de la Dra. Amparo Poch a la calle Cerdán, 30, hoy desaparecida, al formar parte de la Vía Augusta, cerca del Mercado. Para la familia Poch supone dejar la casa—cuartel para instalarse en una vivienda amplia y agradable. La consulta de la doctora Poch adquiere nuevos perfiles, más en consonancia con lo que representa su profesión. Pero el nuevo aparente status, más ostentoso, no altera el clima solidario a la hora de recibir a sus pacientes, en su gran mayoría pertenecientes a la clase trabajadora, con un horario especial para obreras.¹⁴ Hay en ella una actitud natural, de deseo y voluntad, de ayudarles a salir de situaciones dramáticas, agravadas

por su indefensión económica. La doctora Poch por la mañana prestaba sus servicios en el Hospital Provincial de Zaragoza y mantenía una intensa colaboración en periódicos y revistas especializadas. Dentro de estas coordenadas hay que encuadrar su vida en estos años. Comprometida en la difusión de la Medicina básica y la Sexualidad en general y la femenina en particular. La sexualidad y el amor libre, fueron temas muy debatidos en la prensa anarquista desde principios de siglo.¹⁵ Existía un interés inusitado por las corrientes teóricas de grandes pensadores en torno al tema. Amparo Poch prodigaría sus conferencias en ateneos, medios obreristas y actos de propaganda. Era consciente de la necesidad de la labor informativa para erradicar los tabúes, los miedos, el sentimiento de culpa, el pecado, que suponía gozar de la sexualidad. El hecho gravitaba sobre la mujer, condenada por la iglesia a una castidad forzosa, por considerar inmoral gozar del placer mediante el coito, que debía supeditarse a la procreación de la especie, obligación de la que se excluía la sexualidad del hombre, que disponía de bula para su libertad. Como casi todo en nuestro país formaba parte de la falta de instrucción a nivel general. La lucha venía de lejos, planteada por los anarquistas como medio de liberación de los sexos. Los moralistas, desde tiempo inmemorial habían convertido lo que era una realidad biológica, en piedra de escándalo y vergüenza y en este erróneo concepto se obligaba a ocultar la sexualidad con el estigma del pecado. El hecho biológico más importante de la humanidad y la naturaleza, tanto en el seno familiar como en las escuelas, se explica con absoluta falta de naturalidad y escurridiza hipocresía. En el caso de la mujer era más determinante como sujeto privilegiado de dar la vida. ¿Cómo inculcarle que su liberación como esclavas sexuales dependía de su emancipación? La culpabilidad del placer se dictaba desde el

confesionario, volviendo frígida a la mujer al obligarle a dominar sus instintos naturales de seres vivos y conscientes. El matrimonio era un seguro de vida para la mujer. Amparo Poch luchó por desterrar la castidad que era el fruto de la ignorancia, la pusilanimidad, de la esposa sierva. Reivindicaba el derecho de la mujer a gozar de la plenitud de las exigencias de su sexo, sin sentido de culpabilidad, pero con pleno conocimiento, sorteando el control de la natalidad, mediante anticonceptivos.¹⁶ Tema que, tradicionalmente, difundía la prensa anarquista cumplidamente, para la información de la mujer. De 1903 es la revista barcelonesa *Salud y Fuerza*, perteneciente a la Liga de Regeneración Humana, que instruía sobre la «Procreación consciente y limitada».¹⁷ La preocupación de la Dra. Poch por los embarazos no deseados en las familias obreras, arracimadas de hijos, la llevó a fundar en España la Sociedad del método fisiológico Ogino. A causa del aborto, practicado clandestinamente por curanderos o parteras tradicionales, por la misma mujer, o compañeras de trabajo, ella corría grandes riesgos al no estar asistida con las mínimas condiciones sanitarias. Con harta frecuencia surgían complicaciones a las que, por falta de profesionalidad u obstetricia, no podían hacer frente y la mujer moría. La líder y escritora obrerista, Kyralina (Lola Iturbe), denunciaba que el aborto era causa de casi tantas muertes como la tuberculosis: «...esta nueva lacra social —escribía—, no quieren verla los médicos timoratos, ni los gobernantes cerriles». Confiaba que, en un futuro, «...los grandes centros de Eugenesia y Sexología, instruirán a las juventudes, en las cuestiones sexuales y en los medios de practicar la maternidad consciente.

»El aborto será legalizado, practicado con asepsia y competencia y no conllevará los peligros que hoy ofrece en la clandestinidad.

»La asistencia a las clases de Eugenesia y Sexología, será considerada de necesidad tan ineludible como el estudio de la gramática y la aritmética».¹⁸

En *La cuestión del derecho a la vida*, Amparo Poch analizaba el tema aceptando que «...el embrión, desde el momento que comienza su desarrollo, tiene derecho a la vida... El nacimiento no otorga categoría de “ser humano”, pues ésta ya se posee durante la época embrionaria, con sus características exclusivas». Pero admitía que si los derechos del embrión debían respetarse, en circunstancias especiales había que provocar el aborto. Puntualizaba que cuando una mujer sana ha concebido voluntariamente, la sociedad debía impedir que atentara contra la vida de su hijo. Y aquí no aceptaba el derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo, pues se trataba de dos: el de la madre y el del hijo. La sociedad en este caso debía velar por el derecho del indefenso ser. Según la Dra. Poch esto suponía una renovación moral que no habían logrado aún «las propagandas revolucionarias». El embarazo no podía ser para la mujer, en ninguna circunstancia, un motivo de vergüenza, deshonor o disimulo; esto se conseguiría en cuanto la mujer dispusiera de una total libertad sexual, dentro o fuera del matrimonio, y estuviese preparada para usar de ella. Admitía el aborto artificial como un hecho legal, cuando «la fecundación es consecuencia de un acto en el que la voluntad de la mujer no estuvo presente y no se la puede obligar a sufrir la consecuencia de una situación forzada, y menos a aceptar a un hijo del hombre a quien quizá aborrece». Estaba contra el Derecho Penal que obligaba a aceptar a los niños nacidos microcéfalos «...consumir el trabajo, la paciencia y el tiempo de sus encargados para apenas aprender a leer, mientras numerosos niños

normales quedan abandonados, sin medios de instrucción ni de subsistencia». Este Derecho Penal que permitía y reglamentaba la guerra, que destrozaba por motivos inconfesables lo mejor de la juventud. La sociedad para clamar contra esta absurda tragedia solía trenzar «...coronitas de laurel, se levantaban arcos, se mantiene un fuego constante, se inician, de nuevo, posibilidades de matanza... Entre tanto hay que respetar la vida de cretinos, atiroideos, condenados a una existencia inferior a la de cualquier animal "amigo", la de microcéfalos, hidrocéfalos, idiotas mongoloides, y un sin fin de seres humanos, en desdicha, de los que nacen sin miembros, sin orejas, o con otros defectos graves». Creía la Dra. Poch que «...cuando el Derecho se despojara de su raigambre mística, sería permitido, tras un severo reconocimiento médico, que los niños nacidos en esas pésimas condiciones fuesen excluidos... por medio de un procedimiento suave que sea su liberación».

El pedagogo Paul Robin, en 1896, escribió en la Liga para la regeneración humana: «Que tanto como es deseable, bajo el punto de vista familiar y social un número suficiente de individuos sanos de cuerpo, fuertes, inteligentes, diestros, buenos, lo es menos tener en gran numero hijos degenerados, destinados la mayor parte a morir prematuramente, todos a sufrir mucho por ellos mismos, a imponer sufrimientos a su alrededor, a ser pesada carga para los recursos siempre insuficientes de las asistencias públicas y de la caridad privada, en perjuicio de la infancia de calidad mejor.

»Nosotros consideramos como una gran falta familiar y social, poner al mundo hijos cuya subsistencia y educación no serán suficientemente aseguradas en el medio ambiente donde nacen actualmente»¹⁹

Así, cuando el 25 de diciembre de 1936, con el Dr. Martí Ibáñez, Director General de Sanidad, la Generalitat de Cataluña autorizara la interrupción artificial del embarazo, los anarquistas consideraron la disposición como un triunfo de la revolución social.

Fechado en Zaragoza, en 1932, aparecía en *Cuadernos de Cultura* de Valencia un estudio de la Dra. Poch, dedicado a *La vida sexual de la mujer*.²⁰ Preveía en su texto la absoluta necesidad de instruirla en las fases determinantes de su vida sexual: la pubertad, el embarazo, el parto y la menopausia. Sus análisis son minuciosos, desde la educación, la higiene, los órganos reproductores, el orgasmo, la regulación de los embarazos, por sanidad y economía y las enfermedades sexuales. Su tesis eugénica es básica y la expone con la claridad y rotundidad que exigía el tema. Desconfiaba de una sociedad que rodeaba de oscuridad y misterio las funciones de reproducción. La Dra. Poch, que siempre procuraba comprender y hacerse entender, escribía:

«Pero ¿dónde y cuándo se ha dicho a las mujeres — razonablemente— nada de lo que es su cuerpo, de las fases críticas de su vida, de las precauciones que deben adoptarse, de la significación de los fenómenos más vistosos, de nada, en fin, claro, puro, sino envuelto en picardía, como si los órganos sexuales hicieran causa aparte de los demás y su presencia fuera una impureza y un horrible misterio?

»Nada podemos esperar tampoco de las pobres madres ignorantes que no poseen sino su instinto, tan imperfecto, tan pobre, que no les basta para presentir cómo se enterarán sus hijas de lo que ellas no saben decirles, qué sucios avisos

despertarán sus primeras emociones sexuales, qué conversaciones y ejemplos las llevarán, por sendas extraviadas y oscuras, al conocimiento a que debieron llegar por el camino recto y lógico de las lecciones bien dadas.

»Claro es que la culpa no es completamente de las madres ni de las maestras. ¿En qué sociedad, en qué moral se han formado unas y otras?».²¹

Esa sociedad había impuesto, siglo tras siglo, la moral pública. Uno de sus dogmas sociales consistía en preservar la honra femenina, centrada en la integridad anatómica de su himen que «...sólo podía ser desgarrado, sin vergüenza, después de una bendición». Con ella le bastaba a la iglesia, como norma legal de garantía notarial, ante los ojos represores de la sociedad, una castidad avalada por una virginidad, que quizá ya no existía. Las tragedias que secularmente se habían producido en el mundo, a causa de la dichosa membrana, habían enterrado en cementerios y conventos a muchas víctimas inocentes; llenado las páginas de la literatura de todos los tiempos; establecido un comercio carnal y producido un delirio erótico.²² La mujer tan discriminada, era la vestal del honor familiar, a costa de su represión sexual.

Amparo Poch evoca, en *La vida sexual de la mujer*, un hecho vivido en el hospital, en su tiempo de prácticas universitarias, para ilustrar hasta qué punto la gente asociaba la deshonra con la pérdida del himen:

«No hace mucho —escribía Poch—, en nuestros tiempos de estudiante, acudió al Hospital una joven virgen, víctima de una dolorosísima enfermedad de su aparato genital que hacía necesaria una intervención quirúrgica. La operación se llevó a cabo felizmente, pero el himen fue forzosamente desgarrado.

»Y cuando la muchacha se marchaba ya curada del Hospital, nos dijo al despedirse cariñosamente que estaba muy contenta de verse libre de dolores, y que antes de seguir padeciéndolos había preferido que los médicos la deshonraran.

»Además tuvo buen cuidado de pedir al cirujano un certificado de cómo había perdido su virginidad». ²³

Amparo Poch, desde muy joven se interesó por la teoría de la evolución del mundo científico, los descubrimientos o las sugestivas hipótesis comprobadas por la investigación, que luego divulgaba en sus escritos. En 1933, en la revista valenciana *Estudios*, revelaba en un artículo, *El hombre ante la ciencia*, las aportaciones de los investigadores científicos, persuadida de que sus descubrimientos cambiarían el mundo. Hablaba de la importancia de la Biología que progresaba paralelamente a la Fisioquímica (Darwin); de que la vida es una manifestación de la radioactividad (Zwaardemaker); de cómo prolongarla (Metchnikoff); de su hermanamiento con la Química (Bohn); y de la posibilidad de prolongar la vida, en el tiempo, si se lograse rebajar un grado la temperatura de la sangre (Loeb). Asimismo, se preguntaba si dejaría de ser un misterio, alguna vez, la esencia de la vida. «Huevos de estrella de mar han producido embriones sin el concurso del germen masculino, sustituido por sustancias agregadas al medio y dotadas de determinada acción

«fisiología».²⁴ Lo cual suponía un cambio radical en las conclusiones tenidas por intocables. Sobre el espermatozoide, considerado como imprescindible para la segmentación de los huevos, ella escribía: «...viene la ciencia y lo suplanta con unas sales». Pero consideraba que no existía aún un medio para que «...el germen femenino se segmentase sin el concurso del espermio maduro; pero esto no quiere decir que no lo haya más adelante».²⁵ Hoy la ciencia investiga fecundaciones sin espermatozoides y en un futuro puede que sea posible engendrar niños sin su concurso. Los científicos, mediante técnicas de clonación y transferencia genética lo experimentan con ratones. Las hipótesis de Amparo Poch nos pueden parecer hoy algo ingenuas y carentes de interés, a la luz de la revolución genética, en el campo de la biología molecular, con la identificación del ADN, la fecundación *in vitro*, la clonación, o la investigación sobre las enfermedades genéticas, pero a nosotros lo que nos interesa destacar es que la médica aragonesa tenía un espíritu abierto a las revelaciones científicas. La ciencia necesitará siempre mentes dispuestas, como Amparo Poch, con absoluta fe en los avances de la Biología para hacer progresar a una de sus ramas más importantes: la Medicina. Verena Stolcke, profesora del Departamento de Antropología Social y Prehistoria en la Facultad de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona, cree que «...las mujeres están directamente implicadas en los avances de la genética y por ello deben prestar especial atención a los avances de la genética y aprender biología, pues el mantenerse al margen en estos tiempos tan virtuales puede llevamos a desarmarnos cognitivamente».²⁶

Notas Capítulo V

1. Amparo Poch y Gascón, Licenciada en Medicina. *Cartilla de Consejos a las Mujeres*. Estudio «Premiado en el II Concurso de premios Dr. Borobio por actos de protección a la infancia», organizado por esta Junta sobre el tema «Vulgarización de los cuidados a que debe estar sometida la mujer durante el período de gestación y el niño, mientras dure su lactancia natural o artificial». Junta Provincial de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad, de Zaragoza, 1931.
2. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 4.
3. Pedro Laín Entralgo, «La relación médico-enfermo en el filo de los siglos XIX y XX», *Revista de Trabajo*, nw 14, 1966.
4. Amparo Poch y Gascón, «Intoxicaciones y enfermedades producidas por el trabajo», CNT, Madrid, 1-9-1934, nº 330.
5. «Cada minuto que pasa, muere una mujer en el mundo por causas relacionadas con la maternidad. Una mujer cada minuto; 1.600 mujeres cada día; 600.000 mujeres cada año. A estas 600.000 muertes maternas anuales hay que añadir los 20 millones de mujeres que, cada año, sufren un daño irreparable en sus cuerpos y en sus vidas por complicaciones surgidas durante y en el parto. La maternidad constituye así la principal causa de enfermedad, discapacidad y muerte para la mayoría de las mujeres del mundo... A comienzos del siglo XX una de cada cien mujeres moría por causas relacionadas con la maternidad, hoy este riesgo es sólo de una mujer por cada 5.000... La organización Mundial de la Salud estima que más de 200 mujeres mueren cada día en los países en desarrollo por complicaciones resultantes de abortos practicados por personal no cualificado o en condiciones de alto riesgo... En 1999, 600.000 mujeres murieron dando vida a la generación siguiente». Víctor M. Aguayo, «Moralidad Materna. El precio de la vida», Emakuride, nº 40, Vitoria, pp. 32-35.
6. Amparo Poch y Gascón, «La mortalidad infantil», *Tiempos Nuevos*, Revista quincenal de sociología, Arte Economía. Valencia, 1-9-1935, p. 165.
7. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 167.

8. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 167.
9. Idem.
10. María Angeles García Maroto, *La mujer en la prensa anarquista. España 1900-1936*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996, p. 131.
11. Federico Urales, «La libertad en el amor». *Revista Blanca*, II época, Barcelona, 1-11-1925. Cit. por M^a Ángeles Maroto.
12. Amparo Poch y Gascón, «Nuevo concepto de la pureza», *Estudios, Revista ecléctica*, Valencia, abril 1934, año XII, n^o 128, p. 31.
13. Amparo Poch, op. cit., p. 31.
14. «Amparo Poch y Gascón. Ha trasladado su Clínica Médica para mujeres y niños a la calle de Cerdán, 30, segundo. Horas de consulta, de 3 a 5. Especial para obreras, de 6 a 7». *La Voz de Aragón*. Zaragoza, 30-4-1930, p. 4.
15. María Angeles García Maroto, op. cit., pp. 119-129.
16. María Angeles García Maroto, op. cit., pp. 152-153.
17. Lilv Litvak, *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1988, p. 85.
18. Kyralina (Lola Iturbe), «Temas femeninos; el aborto clandestino», *Tierra y Libertad*, suplemento, junio, 1933.
19. Amparo Poch y Gascón, «La cuestión del derecho a la vida», *Orto, Revista de documentación social*. Valencia, 1932, pp. 58-59.
20. Paul Robin, *Manifiesto de los partidarios de la educación integral*, (Un antecedente de la Escuela Moderna), Edición “Pequeña Biblioteca Calamys Scriptorivs, Barcelona, 1981, p. 57. El Manifiesto fue reproducido en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, en los números 406 (31-11894) y 407 (28-2-1894).
21. Amparo Poch y Gascón, «La vida sexual de la mujer», *Cuadernos de Cultura*, n^o LVI, Valencia, 1932. Director y editor: Marín Civera. Estas publicaciones monográficas gozaron de gran prestigio. Marín Civera, Fernando Valera, Angel Pestaña, Ramón J. Sender, Julián Zugazagoitia, Andrés Nin, Sebastián Faure, Juan Gil-Albert. Hildegart, Carmen Conde... fueron algunos

de los autores. Esta publicación vivía «...de espaldas al lucro y con el solo objeto de formar las inteligencias de los menos preparados de una manera metódica, fácil y barata».

22. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 9.
23. María Lacerda de Moura. «Esclavitud sexual». *España Libre*, año VII, nº 226. Toulouse, 11-3-1951.
24. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 14.
25. Amparo Poch y Gascón, «El hombre ante la ciencia», *Estudios*, Valencia, nov. 1933, año XI, nº 121. s/p.
26. Idem.

CAPÍTULO VI

Presidenta de la Resistencia Internacional contra la Guerra (WRI)

El 28 de noviembre de 1932 se casaban civilmente en Zaragoza Amparo Poch y Gil Comín—Gargallo. Para el matrimonio civil se requerían las mismas formalidades que para el eclesiástico. Se publicaban tres edictos para comprobar si existían impedimentos legales para la unión y el Juez Municipal procedía a la celebración del matrimonio, tras la lectura del artículo 56 del Código Civil, por el secretario. Acto seguido se preguntaba el acuerdo de los contrayentes y se extendía el acta ante los testigos, que fueron Clemente Pérez Ferrer (del *Comercio*) y María Concepción Diego Rosel (médica), la primera mujer que había obtenido el título en la Facultad de Medicina de Zaragoza. El novio tenía 33 años y en el acta matrimonial se registra como oficial de banca.¹ Era licenciado en Filosofía y Letras y Bellas Artes y para poseer la licenciatura de Derecho le faltaba una sola asignatura. Colaboró en el *Diario de Aragón*, *La Voz de la Región*, *La Voz de Aragón* y las revistas *Aragón*, *Cierzo*, *Noreste* y en el *Despacho Literario*, entre otras. En 1924 publicó un libro de poemas, *Trinos*. En su primerísima juventud fue mancebo en una botica donde al parecer coincidió con Ramón J. Sender, quien se inspiró en su figura para *El mancebo y sus héroes*, el

cuarto volumen de las nueve novelas que componen *Crónica del alba*.²

Amparo y Gil eran amigos de juventud en las cafeteriles peñas literarias, en las redacciones juveniles o en la trastienda de la librería mayor de la ciudad en la calle Coso. No sólo eran compañeros en las tareas periodísticas sino que estaban en sintonía en los proyectos idealistas de juventud. Cuando Amparo publica su novela *Amor*, Gil fue el prologuista de la obra. Parecía conocer muy bien el carácter de la autora, a tenor de la descripción de su personalidad y los méritos de la joven escritora:

«Una semblanza casi se conceptúa un deber en el comienzo de un libro. Sin embargo, todas las semblanzas resultan empalagosas, por aderezarse con la dulzaina de la lisonja, aborrecible siempre...

»La semblanza de Amparo Poch no es un deber en estas líneas; huelga todo ese alarde, esa ostentación indirecta y esa preponderancia que en muchos libros suele hacerse a igual modo que se hace en el vestíbulo de una barraca de feria.

»Amparo Poch no necesita zumbidos de mal payaso que a trompetazos suelte sartas de lisonjeros epítetos... palabritas de almizcle... Es sencilla tanto como inteligente, y ella misma renegaría ante adulaciones y lisonjas de tal especie.

»Desde luego que quienes piensen o lean esta novela se sobrarán para advertir el naturalismo refinado de su autora, su psicología de buena observadora, penetrante y comprensible

en lo espiritual; fácil y elegante en lo material, o sea en la forma, en el estilo literario».³

Gil Comín termina afirmando que el lector podría comprobarlo desde el comienzo de la novela. Él lo sabía bien, pues formaba parte del reparto en las páginas de *Amor*.

Físicamente, el marido de Amparo Poch, era de una fealdad impresionante. Podía pasar, según el testimonio familiar por «...uno de los hombres más feos del mundo, pero de una gran inteligencia y bondad». Ildefonso Manuel Gil lo consideró siempre «una bellísima persona».⁴ Los testimonios coinciden en exaltar su bonhomía, pero corren parejas las descripciones de su chocante fealdad.

Al parecer el matrimonio fue fugaz, sin que conozcamos las claves del desencanto que los llevó a separarse. La familia nos dijo que duró poco, pues Amparo se casó para salir de su casa. Argumento inconsistente, pues para entonces estaba ya independizada y vivía en la calle Torre Nueva, 40—42. Tampoco se debía al rechazo a su físico pues hacía muchos años que se conocían y se trataban. Es posible que la boda fuese el broche a años de relación sentimental soterrada, en aquella Zaragoza que exigía formalidades sociales a las personas públicas y acabaran vencidos por el medio ambiente. Para nosotros, conociendo el criterio de Amparo sobre la monogamia, ha sido una sorpresa encontrarnos con la prueba cierta del rumor de que Amparo estuvo casada:

«Todo el armatoste opresivo del capitalismo —pensaba— defiende la monogamia en sus códigos sexuales, porque sabe

muy bien que sólo el derrumbamiento de este puntal poderoso hará la verdadera Revolución. Pareja humana, propiedad privada, capitalismo: he aquí tres piedras que se sostienen mutuamente.

»Vivamos el amor sinceramente. Sin preocupaciones y con limpieza. Sin recelos, con ternura y con candidez. Volvamos a la ingenuidad en el amor».⁵

Para Gil Comín debió ser un hachazo a su castigada autoestima. Nunca se le conoció otra mujer. Su vida debió amalgamar todos los tintes del patetismo. Durante la República publicó *Remora y evasión*, que, al decir de Barreiro «...es uno de los libros de creación más incendiarios de los que se escribieron en Aragón durante la preguerra».⁶ El compromiso cívico de su juventud, lo mantuvo con la República; responsabilidad que le obligó en la posguerra a perseguir su propia obra por kioscos y librerías con el fin de borrar sus huellas. Sufrió una purga y quedó alejado del puesto de trabajo como empleado de banca. En los años sesenta, una gestión sindical logró que el banco le concediera una pequeña pensión, que mitigó su precaria economía.

Barreiro lo conoció en su madurez y lo recuerda: «Muy pequeño y regordete, aspecto poco aseado, boina calada hasta media frente y gafas de culo de vaso... figura bufonesca y patética».⁷ Era blanco de hirientes burlas sobrellevadas con resignación y la gratitud de las personas que se saben rechazadas hacia los que se dignan aceptar su compañía. Gil disimulaba conmovedoramente los efectos de las burlas de los cretinos y cobardes que se ensañaban con su indefensión.

Aunque el desamor llegara pronto, Gil debió retener el recuerdo de aquella mujer que dio luz a su vida. Sus noches pobladas de soledad, debieron tener ecos de oraciones como ésta:

Seguir viéndote en mí
aunque ya seas lejana:
es lo que le pido a mi locura.

Que olvide con quién vas y quién te ama,
que no pregunte más
por qué reías ni por quién callabas,
que no implore más citas
no más promesas falsas.

A cambio a tí te pido
que sigas fecundando la distancia
que llenes el abismo
inevitables y fiel que nos separa.

No me des, pues no quieras,
tu amor agraz como las uvas altas,
mas no espantes las palomas de mis sueños
si cada noche vuelan a tu casa.⁸

En el puente de los años 1933—1934, Zaragoza sería escenario de graves acontecimientos de raíz social que determinarían, en parte, el traslado de Amparo Poch a Madrid, en la primavera de 1934.

El primer aldabonazo lo dio la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). El 8 de diciembre de 1933, recién disueltas las Cortes a causa

de la victoria de las derechas un mes antes, la CNT organizó un paro general, con la ocupación, por parte de los obreros, de los centros de trabajo, así como la constitución de los respectivos Comités de gestión. La represión no se hizo esperar y todo el Comité revolucionario (Durruti, Isaac Puente, Cipriano Mera, García Chacón, Casado Ojeda, Antonio Ejarque, Felipe Orquín y los médicos Moisés y Jesús Alcrudo), fue encarcelado. Sin embargo, las autoridades no pudieron impedir que en las más importantes poblaciones de Aragón y en algunas otras de La Rioja se registrasen violentos enfrentamientos, que se saldarían con un centenar de muertos, numerosos heridos y la detención de setecientos militantes anarcosindicalistas.

En marzo de 1934, un grupo de jóvenes libertarios, con la ayuda de anarquistas veteranos, asaltaba el edificio de los juzgados de Zaragoza, sito en la calle de Predicadores y se incautaban del proceso. Al no poder ser reconstituido, los procesados tuvieron que ser puestos en libertad. Curiosamente, nunca se pudo precisar quiénes habían montado y realizado dicho asalto. Lo que sí se supo con certeza fueron las palizas y torturas que sufrieron los detenidos por parte de la policía. Entre ellos había un número considerable de mujeres. Fue en la casa de Pilar Bretón Sáenz, en la calle Convertidos, 5, donde la policía detuvo a los miembros del Comité Nacional anarcosindicalista y halló los documentos del citado comité. Participaban en la reunión María Coitanera Mateo y Dolores Lerín Paracuellos, que también fueron detenidas. La contribución de la mujer en la lucha era comprometida y muy eficaz, pues a ellas raramente las cacheaba la policía y entre sus ropas llevaban armas y municiones. Días más tarde, en la calle Conde de Aranda era detenido un grupo de mujeres, que, ante la presión policial en Comisaría, acabaron confesando que transportaban armamento,

pero se negaron a declarar con quienes colaboraban.⁹ El exorbitante número de detenidos en las tres capitales aragonesas, desbordó los posibles albergues, tuvieron que habilitar un tren especial para trasladar a los 125 sindicalistas zaragozanos a Pamplona.¹⁰

La CNT, para concretar la protesta contra las palizas y torturas a sus militantes, declaró una huelga general de doce horas y cuando la CNT iba a darla por finalizada, al cabo de 24 horas, el Gobernador Civil, Elviro Ordiales, declaró ilegal el paro e incitó a los empresarios a que despidiesen a los huelguistas. Ante este estado de cosas, la CNT, apoyada ahora por la sindical socialista (Unión General de Trabajadores), declaraba una huelga general ilimitada, que se prolongaría durante 36 días.

Ramón Liarte fue uno de los jóvenes libertarios comprometidos en el robo del proceso, apaleado por la policía hasta tenerlo que transportar en camilla al hospital. En su libro *El camino de la libertad* recuerda el episodio y cuenta: «Quiso la casualidad que en la sala de urgencias del hospital se encontrase trabajando la doctora Amparo, militante de Mujeres Libres en su día y mujer de una conciencia generosa. Curaron al detenido; pero la doctora hizo un informe que fue remitido a la prensa local y nacional. Con pluma rebosante de ternura se describían los apaleamientos impuestos».¹¹

No sabemos qué grado de compromiso tendría Amparo Poch en los sucesos, pero en su papel de médica estuvo al lado de los perseguidos. Al parecer hubo de cambiar de escenario ante la gravedad de los acontecimientos. Pero también jugó un papel importante la situación de malestar familiar que originó su separación de Gil. Su ficha en el Colegio de Médicos de Zaragoza nos indica que el 5 de mayo de 1934 se daba de baja y se constata su traslado a Madrid.

El domicilio de Amparo Poch, que registra su ficha del Colegio de Médicos de Zaragoza, es en la calle Mayor, 71. No sabemos por cuanto tiempo, pues José Eusebio Navas, hacia 1934—1935, nos informa que compartieron un ático, su hermana Lucía y él, niño entonces de once años, y una estudiante francesa llamada Gabi Cuaqué, en Hermosilla, 74. Por entonces su compañero era un hombre fuerte y vigoroso, un obrero de la construcción.¹²

Amparo Poch prosigue en Madrid su actividad orientada hacia los temas sociales que responden a su forma de entender la vida: mantener el espíritu abierto, la curiosidad viva y el estado de disponibilidad al servicio de los demás. El escritor libertario Gregorio Gallego la conoció en 1935, en el Círculo Teosófico, donde la doctora daba una conferencia. Luego la siguió viendo en el palacio de la calle de la Luna, en donde se encontraba la Federación Local de Sindicatos de la CNT. El destortalado palacete no cerraba sus puertas ni de noche, y era lugar de acogida de los alemanes e italianos que llegaban a Madrid, huidos de la ola avasalladora de persecución nazi y fascista que invadía sus países. En el viejo caserón había un salón con un aforo para unas 2.000 personas, donde se celebraban encuentros y conferencias de todo tipo. Más tarde, la Dra. Amparo Poch sería su profesora en una academia de la calle de la Magdalena, del barrio de Lavapiés, donde Gallego se preparaba para opositar a Correos. Recuerda que: «...ella se multiplicaba y daba clases de todo. Era mujer de grandes lecturas y saberes, persona simpática y de una gran amenidad. Físicamente era una mujer apetecible. Entonces en cada barriada había un ateneo; yo era secretario del Ateneo Libertario del Puente de Toledo. La juventud libertaria seguía con gran interés los temas relacionados con la sexualidad. Amparo Poch nos daba conferencias sobre esta materia. Nos informaba de los métodos anticonceptivos, sobre lo que entonces no existía gran

cosa. A ella se le debe la fórmula de una pastilla glutinosa que se disolvía en la vagina de la mujer, una especie de espermicida destructor del esperma masculino. Sus clases y conferencias eran amenas e instructivas. También nos hablaba de la vasectomía. Un doctor austriaco la practicaba, en los talleres de la CNT, a los compañeros que se prestaban a ello». ¹³ Gallego en su libro *Madrid, corazón que se desangra*, evoca: «...Sus inquietudes se manifestaban en muchas vertientes. Era Presidenta de la Sociedad de Refractarios a la Guerra; Fundadora del “Grupo Ogino” y propagandista de este sistema anticonceptivo y profetisa de las teorías pacifistas de Norman Angelí». ¹⁴

Tras la victoria del Frente Popular, en febrero de 1936, un grupo de gentes pacifistas, consideraron urgente la necesidad de fundar la Liga Hispánica contra la Guerra, como Sección Española de la WRI (Resistencia Internacional contra la Guerra). La integraron la Dra. Amparo Poch, Presidenta; Fernando Oca del Valle, Secretario y el profesor José Brocea, Delegado en el Consejo de la WRI. Otros destacados representantes fueron Juan Grediaga y Mariano Solá, de Barcelona y David Alonso Fresno, de Madrid. La Liga Hispánica no fue muy numerosa, pero el núcleo más activista al estar compuesto por anarquistas, daría a la organización una destacada personalidad.

Amparo Poch y José Brocea emprendieron una campaña en favor de la supresión de los tétricos orfelinatos, en donde reinaba regímenes carcelarios y los niños vivían amedrentados por la férrea disciplina y la escasez alimentaria. Pretendían crear sanatorios, en donde se alojarían, en condiciones dignas, grupos de no más de 25 niños. No hubo tiempo de poner el proyecto en marcha por el alzamiento militar del 18 de julio, pero la idea la pondría en práctica

la Dra. Poch cuando entró a formar parte del Ministerio de Sanidad, como Consejera de Asistencia Social.

En 1936, Amparo Poch era una mujer de 33 años, bella, pequeña, combativa, incombustible. Irradiaba vitalidad. Brindaba a unos y a otros, su saber polifacético, con su voz grave y acento aragonés, que nunca perdería. La generosidad era otra de sus particulares señas de identidad, que mantendría hasta el final de sus días. Y esto era posible porque siempre estuvo imbuida del criterio que el médico, ante un enfermo «...desamparado que lo reclama, debe olvidar todas las consideraciones de prestigio, de categoría social, de beneficios económicos o de otra clase».¹⁵

El rostro de Amparo Poch se humanizaba con su alegría. No se la puede entender sin ese rasgo de su carácter, que, cuando estallaban sus risas en cascada, disolvía la desconfianza o el miedo del enfermo, estableciendo una comunicación instantánea y cálida. Con toda naturalidad también podía ser severa cuando éste desobedecía, regañándole:

—¿Para qué me haces perder el tiempo? Sin salud no podrás hacer la revolución, serás un ser esclavizado por la enfermedad.

—¿Qué niño vas a tener si no te cuidas? —decía a las embarazadas—. Con tu hijo sano prestas un servicio a la sociedad.

Les elevaba la autoestima, aunque de sobra sabía que su condición de obreras les permitía escasos cuidados.

Amparo Poch, como en Zaragoza, abrió en Madrid, en octubre de 1935, una Clínica Médica para mujeres y niños. Estaba instalada en la calle de la Libertad, 54, en la barriada del Puente de Vallecas, «Consulta económica y tratamientos modernos a cargo de la Dra.

Amparo Poch y Gascón, de la E. N. de Puericultura». El precio para familiares de obreros y empleados era de dos pesetas y atendía también los domingos de diez a doce de la mañana.¹⁶ Además pasaba consulta en la Mutua de Médicos de la CNT, del Sindicato Único de Sanidad, en el cual militaba y en la revista *Tiempos Nuevos* anunció un Consultorio de Puericultura.¹⁷ En los sindicatos no sólo se orientaba a la lucha social reivindicativa, desarrollaban una intensa actividad de difusión cultural, presidida por una biblioteca y hemeroteca, sino también con cursos de formación en todos los ámbitos, en los que intervenía la Dra. Poch: cultural, deportista, artístico o cursillos destinados a combatir el alcoholismo, que esclavizaba el sentido de la libertad y la dignidad del hombre/mujer, tan reñido con el principio anarquista.

Compañero sentimental de Amparo Poch, en el Madrid de mediados de los años treinta era Manuel Zambruno Barrera, de Madrid. Pertenecía al sindicato del metal de la CNT. Escritor y poeta, firmaba con el seudónimo de Nobruzán. En julio de 1936 estuvo en el asalto del Cuartel de la Montaña. Era redactor de la prensa confederal y luego corresponsal en los frentes de Madrid. En *CNT*, sus crónicas, bajo el lema *La lucha en el Guadarrama, De los frentes del Centro y En las puertas de Madrid*, tienen el brío y la percepción cercana de la persona que ha intervenido en los combates y después los narra, como era su caso. A veces, en sus crónicas aparece junto a él su hijo de quince años. Un artículo sobre los corresponsales de guerra, titulado *Hombres de armas y letras*, lo describe: «Nobruzán, con su donaire madrileño entreverado de rebeldías, alegra a los milicianos y discute a grito pelado con los oficiales que saben pasar por alto sus momentáneas actitudes de cascarrabias». Fue distribuidor de la prensa libertaria para evitar el secuestro de los comunistas, por quienes fue detenido e interrogado en el verano de

1937, como sargento de la 77 Brigada. En el periódico *Castilla Libre* llevaría la sección poética «Bombas de mano» (1937—1939); sus romances, brioso, comprometidos, fueron muy leídos y populares:

Sin armas lucha la España
y todo el mundo es testigo
de que contra su enemigo
mantiene viril campaña.

Más, si le faltan cañones,
y barcos y municiones,
es notorio que prolijos
son sus abnegados hijos
en prodigar corazones.

Contra Franco no luchamos.
Que es enemigo pequeño:
es a Europa a quien salvamos
mientras a la muerte vamos
con un muy hispano empeño.

Venceremos porque sí;
moriremos ¡por qué no!
que lucha con frenesí
quien jamás se encadenó.

Mientras que tiembla el cobarde
del Occidente desdoro...
¡Pueblo de Goya y Velarde,
refuerza el blasón de oro
de aquel julio! ¡Nunca es tarde!

Amparo Poch, preconizaba y practicaba el amor libre. Su *Elogio del Amor Libre*, una de las más poéticas, lucidas y apasionadas descripciones para un amante del amor, de la libertad y la vida, parece haber sido escrito para Manuel Zambruno, Nobruzán. La autora lo divide en: Plegaria del amor libre, Incitación al Buen Amor, Matrimonio y amor, Un fruto espléndido: el adulterio, La mujer en defensa, Hacia el Buen Amor, ¡Amor libre! y Envío. En la primera parte, la mujer que no tiene casa, le ofrece al amado:

«I. Toma el pétalo fresco y jugoso; toma la pulpa dulce de la fruta en sazón; toma la senda blanquecina bajo el sol poniente, la colina de oro, el roble, y la fuente de la sombra. Toma mis labios y mis dientes donde juegan las risas como hilos de agua, y los hilos de agua como risas.

»II. Yo no tengo Casa. Tengo, sí, un techo amable para resguardarte de la lluvia y un lecho para que descances y me hables de amor. Pero no tengo Casa. ¡No quiero! No quiero la insaciable ventosa que ahíla el Pensamiento, absorbe la Voluntad, mata el Ensueño, rompe la dulce línea de la Paz y el Amor. Yo no tengo Casa. Quiero amar en el anchuroso “más allá” que no cierra ningún muro ni limita ningún egoísmo.

»III. Mi corazón es una rosa de carne. En cada hoja tiene una ternura y una ansiedad. ¡No lo mutiles!

»Tengo alas para ascender por las regiones de la investigación y el trabajo. ¡No las cortes!

»Tengo las manos como palmas abiertas para recoger monedas incontables de caricias. ¡No las encadenes!

»Crea el nuevo tipo; pon la sal en la Vida; el color y la llama en los besos desiguales. Ama, habla, trabaja. Comprende, ayuda, consuela».

»Aprende a desaparecer y descargar de tu presencia; y a conocer el valor del “yo” libre. Sin nada; ni por dinero, ni por paz, ni por sosiego... ¡Amor Libre!

»Yo no tengo la Casa, que tira de ti como una incomprensiva e implacable garra; ni el Derecho, que te limita y te niega. Pero tengo, Amado, un carro de flores y horizonte, donde el Sol se pone por rueda cuando tú me miras. Cuando tú me besas».¹⁸

Amparo Poch a pesar de ser una gran amante creía que la convivencia era la muerte para el amor. Como otro gran amante, Lope de Vega, pensaba que de casado a cansado no existía más que una letra de diferencia. La doctora Poch, como el gran dramaturgo y poeta, estaba de acuerdo con el criterio de sus versos:

Considera a una mujer
a tu lado al acostarte,
a tu lado al despertarte
y al mismo lado al comer;
si el pie alargas, mujer topa;
mujer te gana el cuidado
siquieres tirar la ropa;
si echas un brazo, mujer;

si miras, a mujer miras;
en mujer das si respiras
y aun te sabrá responder.

 Considérala también
 con dos mil imperfecciones
 que no caben en razones
 ni en boca de hombre de bien.

 Y verás cómo esta Diana
 que hoy como el sol maravilla,
 por cualquiera fregoncilla
 querrás trocarla mañana.

LOPE DE VEGA

La capacidad de trabajo de Amparo Poch era enorme, según testimonio de Soledad Estorach y Mercedes Comaposada. Pareja a su capacidad de trabajo estaba su capacidad de amar. «Tenía muchos amantes ¿quién sabe cuántos? Y, a menudo, más de uno al mismo tiempo. Incluso solía burlarse un poco de Mercedes Comaposada, a quien le solía preguntar en relación a su compañero Baltasar Lobo, si no se aburría desayunando cada mañana con la misma persona».¹⁹ La coherencia de Amparo Poch también fue pareja con su capacidad de lucha y denodada entrega.

Notas capítulo VI

1. *Acta de Matrimonio*. Registro Civil de Zaragoza, Tomo 108, Folio 124, nº 212, Sección 2^a, 28-11-1932.
2. Javier Barreiro, *Galena del olvido*. Las noticias referentes a Comín Gargallo pertenecen al capítulo dedicado a Gil Comín Gargallo, Cremallo. Ediciones, Zaragoza, 2001.
3. Gil Comín Gargallo, op. cit., p. 2.
4. Javier Barreiro, op. cit.
5. Idem.
6. Prólogo de Amparo Poch y Gascón al libro *El matrimonio libre*, de Pedro Ribelles Pía, Guerri Colectivizada, Valencia, 1937, pp. 10-11.
7. Javier Barreiro, op. Cit. p.
8. José Membrive, Oración. Besos. Com, Ediciones Carena, Barcelona, 2002, p. 11.
9. Las mujeres detenidas fueron: Nieves Gracia Aznar, de 22 años de edad. Pilar Carrasco Seso, de 17. Basilia Bretón Sáez, de 35. Pilar Carrasco e Isabel Logroño Larios, ambas de 20 años. «El movimiento extremista en Aragón», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 14-12-1933, p. 2.
10. Idem.
11. Ramón Liarte, *El camino de la Libertad*, Picazo, Barcelona, 1983, pp. 199-200.
12. Noticia de Eusebio José Navas Hernández. Madrid, 3-7-2001.
13. Entrevista con Gregorio Gallego. Madrid, 16-11-1999.
14. Gregorio Gallego, *Madrid, corazón que se desangra*, p. 15.

15. Amparo Poch, «Preámbulo», *Almanaque de SIA*, Toulouse, 1962.
16. El horario de la consulta era: Lunes, miércoles y viernes de 6 a 8 de la tarde. Martes, jueves y sábado de 2 a 3 de la tarde. Domingo, de 10 a 12 de la mañana, *Solidaridad Obrera*, Madrid, 13-10-1935, p. 4.
17. Consultorio de Puericultura, por la Dra. Amparo Poch y Gascón, *Tiempos Nuevos*, Barcelona, 11-4-1936, n° 4, p. 208.
18. Amparo Poch y Gascón, «Elogio del amor libre», *Mujeres Libres*, Madrid, n° 3, julio 1936, p. 3.
19. Testimonio escrito de Martha Ackelsberg. Northampton (Massachussets), 24-7-2000. (Ackelsberg es autora de *Mujeres Libres*, Virus, Barcelona, 1999), *Sin armas lucha la España republicana*.

CAPÍTULO VII

Mujeres Libres

A la doctora Amparo Poch sus actividades profesionales en el campo de la medicina, del periodismo y de la pedagogía no le impiden comprometerse con Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada en el proyecto fundacional de una revista, *Mujeres Libres*, que será portavoz de la Federación Mujeres Libres, en pro de la liberación de la mujer obrera. Lucía, poeta vanguardista, había pertenecido al movimiento del Ultraísmo (1919). Bajo el seudónimo de Luciano San—Saor aparecen sus colaboraciones en las revistas portavoces del Ultraísmo: *Los Quijotes*, *Cervantes*, *Grecia*, *Ultra*, *Tableros*, *Plural*.¹ De familia modesta, desde muy joven alternó su trabajo en la Compañía Telefónica con las clases en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y su vocación literaria. Su militancia en las filas anarquistas se decanta con motivo de los numerosos conflictos laborales de la Telefónica en los últimos años veinte. Su liderazgo era tan notorio que fue represaliada. En septiembre de 1927 la trasladan a la central de Valencia. A los dos años regresa a Madrid y se incorpora al diario de la CNT. Su colaboración en la prensa anarquista es polemizante y vindicativa, convencida de que «...la problemática de la mujer proletaria requería soluciones específicas al margen de las resoluciones del conflicto de clases».

Mercedes era hija de José Comaposada, de familia leridana emigrada a Barcelona. Su padre era un zapatero ilustrado. Autodidacto, aprendió francés y alemán y fue corresponsal de *La Humanité*. En 1888 participó en la fundación de la UGT y de su sindicato, que llegaría a presidir. De él heredaría su hija la teoría revolucionaria de la transformación de la sociedad a través de la cultura, como principal recurso para la manumisión del ser humano. La visión de su padre leyendo o escribiendo hasta las 3 o las 4 de la madrugada, fue una imagen que conservó siempre. Su casa estaba animada a todas horas por gentes que entraban y salían, discutían, comentaban lecturas, analizaban acontecimientos y donde se practicaba la fraternidad. Mercedes reconocía que, en medio de aquel trasiego, su madre era la víctima. Vivía junto a un hombre honrado, trabajador, inteligente y solidario con las causas justas, pero esa generosidad, en un hogar modesto, era sostenida merced al carácter abnegado de la madre. Mercedes admitía que había heredado de su padre un fuerte sentimiento de humanidad. De niña pudo asistir a una escuela graduada. Su profesor le advirtió un día que si se enteraba que su padre estaba en la cárcel, debía saber que no era por ser un ladrón sino porque se preocupaba por la defensa de los trabajadores. Hacia 1916—1917 estudió en Madrid. Se examinó con el poeta Antonio Machado y en los cursos de Derecho con el profesor Castillejo, inolvidables en su recuerdo. Dotada para la enseñanza por su facilidad de comunicación, Orobón Fernández le pide que dé clases a los obreros, en la Federación Local de Sindicatos de CNT de Madrid, sede frequentada también por las Juventudes Libertarias. Hacia 1934, se inician unos cursos mixtos de preparación y capacitación cultural y social a través de clases, charlas, debates, conferencias. En varias ocasiones las clases quedaron interrumpidas. Unas veces porque los jóvenes eran perseguidos o encarcelados a

causa de su militancia y otras, por incomprensibles prejuicios que impedían valorar el derecho de sus compañeras a superarse en todos los terrenos.

Mercedes Comaposada evoca la negativa influencia que ejercían esos comportamientos en algunas de las jóvenes, socavando los frágiles cimientos de su seguridad. Con sorna, les solía preguntar: «¿Quieres hacerte sabia? ¡Deja a los intelectuales!, con que me sepas barrer tengo bastante».² Y lo triste era que, en ocasiones, esas ideas retrógradas lograban materializarse. La clase de alemán fue la única asignatura que se impartió con regularidad, a cargo de Hilde Orobón y, no sólo por su competencia sino también por la manifiesta diversión que suponía para los alumnos. Sin embargo, la preocupación por elevar la formación de la mujer seguía presente en la prensa libertaria, con claros criterios emancipadores. Evelio G. Fontaura, en las páginas de *Tierra Libre*, reconocía el desinterés de los compañeros por atraer a la mujer a sus filas, lo cual les privaba, a menudo, de su comprensión e incluso de su plena colaboración en la militancia.³ En esta campaña destaca la voz de Englantina, por la lucidez de su criterio. De entrada plantea el paralelismo de la igualdad: «La mujer forma parte de la humanidad, es un ser igual que el hombre, convive con él, es su complemento.

»La sociedad burguesa combate a la mujer, siguiendo la trayectoria planteada por el hombre primitivo, le niega personalidad, inteligencia, derechos. La considera como cosa.

»El porvenir le reserva el puesto que le corresponde, por su amor, por su abnegación, por su inteligencia, por su condición de ser humano.

»En la actualidad la mujer no es atendida ni considerada como se merece. El hombre prescinde de la mujer. No la asocia nunca a sus empresas.

»Y este despegó hace que la mujer se desentienda de todo lo colectivo y que forje la vida frívola e insustancial que lleva.

»El hombre considera a la mujer como una bestia de carga, como una bestia de placer.

»La mujer sólo es para el hombre su criada y su barragana.

»En ningún caso de la vida es su compañera, su amiga, la confidente de sus penas o de sus ensueños.

»¿Y luego se queja el hombre de que no interviene en nada serio?

»Luego se queja el obrero de que la obrera no tome parte en las luchas sociales, de que no vaya a los sindicatos.

»¿El obrero? ¿Su tirano? ¿Su amo?

»El hombre pega a la mujer que vive con él, la maltrata moral y materialmente, la desprecia, no la lleva nunca consigo, la abandona, se reúne con otros compinches, gastando en el bar y en el café, cuando no en los prostíbulos, una enorme parte de su jornal, que hace falta para satisfacer necesidades de la vida, no sacrifica ningún vicio...

»Hace falta una cultura, una superación, para que el hombre y la mujer se eleven, sacudan los atavismos y se arranquen los prejuicios, llegando a ser inseparables, dos seres que se complementen, que concuerden, que coincidan en pensamientos y en aspiraciones.

Englantina termina su artículo proclamando:

»Sin la ayuda, sin la cooperación de la mujer, no realizaréis la revolución social.⁴

Parecida lucidez refleja E. Armand, en *La mujer y los anarquistas*:

«Frecuentemente el anarquista considera a la camarada como propiedad suya; como útil de producción; máquina de placer sexual, de trabajo casero, o como remedio suplementario que obtiene alquilando o subalquilando su habilidad y sus músculos a un patrón o compañía.

»La mujer posee una fina sensibilidad, tan fina y aguda, que comparada con la del hombre resulta desechado y mezquino.

»¿Y deseáis que esta mujer tenga alguna fe en las declaraciones que oye contra la explotación? ¿No es ella la más miserable de las explotadas?».⁵

Contra los retrógrados comportamientos iban a luchar tres mujeres libertarias unidas por el azar, provenientes de diferentes campos, pero pertrechadas de una gran formación y una visión clarividente de la necesidad de emancipar a la mujer obrera. Persuadidas de que la única forma de combatir la situación era dotarla de las armas que le habían negado secularmente: la cultura, el sentido de la profesionalidad y la decisión para luchar por su independencia.

En la campaña en pro de la emancipación de la mujer anarquista, que escritores y pensadores habían alumbrado en *Tierra Libre*, un participante que firmaba X sentenció: «Insisto, porque sin la mujer no puede haber ninguna transformación en el medio humano: sin la mujer, toda revolución es ilusoria. Los hombres, podrán demoler piedra por piedra el medio social actual; podrán también construir enseguida; pero si la mujer no ha llevado en la acción una cooperación por lo menos igual a la del hombre, su obra sería vana».⁶ De esto se trataba, de inculcarle a la mujer más desasistida, la de los medios obreros, el que cada una era tan esencial en su individualidad que sin ella no se podía lograr la transformación de la sociedad que preconizaba su ideal libertario.

Estas mujeres eran Amparo Poch, Mercedes Comaposada y Lucía Sánchez Saornil. Mercedes y Lucía se habían conocido en el transcurso de una polémica asamblea y, al salir intercambiaron ideas sobre la necesidad de preparar a la mujer para su incorporación a la lucha social. Mercedes estuvo de acuerdo con el criterio de Lucía, en que «...la problemática de la mujer proletaria requería soluciones específicas al margen de las resoluciones del conflicto de clases». Por entonces debió la doctora Amparo Poch entrar en relación con Mercedes y Lucía, al incorporarse a las clases y prestar atención médica, en los medios libertarios. Las tres clarividentes «mosqueteras», para evitar presiones que daban pie a lamentables influencias, decidieron clausurar el grupo mixto, aunque la separación de los sexos no estuviese en sintonía con la coeducación que preconizaba el anarquismo. Lucía Sánchez Saornil completa esta visión, en una serie de artículos sobre La cuestión femenina en nuestros medios, publicados en *Solidaridad Obrera*, de septiembre a noviembre de 1935, en controversia al escrito *La mujer, factor revolucionario*, de M. R. Vázquez, sobre la necesidad de la captación

de la mujer para el movimiento libertario. Pero, para ello, era urgente su emancipación, fomentar en ella una conciencia de ser libre, y la superación llegaría con la educación y el destierro del analfabetismo, tanto en el campo intelectual como en el sexual. A este respecto escribía sobre el amor libre, con un concepto que se podía aplicar a otros campos de la emancipación de la mujer, sobre todo en la enseñanza: «Pretender sin ninguna otra superación cultural y ética introducir a nuestras muchachas de rondón en el campo de la libertad amorosa, tal como la entienden nuestros jóvenes, es sencillamente un disparate. Cuando persisten en su espíritu y en su psicología todos los restantes prejuicios que la sociedad ha acumulado en ellas, iniciarla así en la libertad sexual es romper el falso o verdadero equilibrio de sus vidas»⁷ Muchachas que se internaban en ese terreno, totalmente desinformadas, eran víctimas de la estrategia del hombre. La falta de sensibilidad, a la hora de preparar a la mujer para la sociedad, constituía una preocupación prioritaria para Mercedes Comaposada, Amparo Poch y Lucía Sánchez Saornil. Y éste fue el germen de la publicación *Mujeres Libres*, que Lucía anunciaaba ya al final del citado artículo: «...tengo el proyecto de crear un órgano independiente, para servir exclusivamente a los fines que me he propuesto». La revista estaría dedicada, especialmente, a la mujer libertaria, como vehículo de captación, formación y punto de encuentro, para quienes por falta de estímulos, compromiso y relación, permanecían marginadas, en sus hogares, indefensas en su aislamiento casero, en ciudades o pueblos. Con fecha 17 de abril de 1936 le escribían a Emma Goldman:

«Querida camarada:

»Varias anarquistas españolas vamos a poner en práctica una idea interesante: la publicación de una revista mensual titulada *Mujeres Libres*, con un fin de captación cerca de la mujer, interesándola por temas y situaciones en que, hasta ahora, o no pensó o lo hizo sin orientación propia. Intentarnos despertar la conciencia femenina hacia ideas libertarias, de las cuales la inmensa mayoría de las mujeres españolas —muy atrasadas social y culturalmente— no tienen el menor conocimiento.

»Rogamos tu colaboración —que nuestra penuria no nos permitirá retribuir— con tema libre y una extensión de cinco a seis cuartillas escritas a máquina y al espacio normal, es decir a doble espacio.

»Confiadas en que no desatenderás nuestra petición en bien de las mujeres españolas, por cuya educación nadie se interesó hasta ahora en nuestras organizaciones, te enviamos un saludo cordial».⁸

Amparo Poch en una carta a Luce Fabbri, la pensadora anarquista italiana, con motivo de la salida de la revista *Mujeres Libres*, le describe el talante de la publicación: «Con el tono de la revista, ya lo apreciarás por este primer número, queremos interesar a las mujeres por las ideas libertarias, pero paulatinamente, por lo que nuestra publicación no puede ser francamente confesional».⁹

¿Y cómo eran esas tres altruistas pioneras, dispuestas a desterrar la idea discriminatoria de que la máxima realización de la mujer era

la maternidad? Disponemos de una descripción que nos acerca a la personalidad y al compromiso de cada una de ellas. La primera es de Lucía: «Una era pequeña, aguda y cortante de palabra y gesto: aguda y viva, era la protesta eterna y palpitante contra todas las injusticias de la vida, contra los absurdos de las oficinas, contra la tortura de las fábricas, contra la asfixia moral de los códigos y normas al uso. Otra era fantástica y de palabra redondeada, con bordes suaves y teñidos de arco iris —habla de Amparo—. Olvidaba, de tanto despreciarlos, los absurdos de las oficinas, la tortura de las fábricas e invitaba a vivir, sin falsearla ni envenenarla de malicias, la verdadera vida de los sentidos guiados por el corazón únicamente. “Sólo la poesía merece la pena...”. La otra, finalmente, era medida y ponderada —se refiere a Mercedes—. Cerebro y corazón en equilibrio. Sólida y llena de base. Cada una de sus palabras, nacida del alma, filtrada por la inteligencia, era un edificio bien cimentado. Basculaba y ponía en paz y armonía a las otras dos. “Es necesario atraer la atención de las mujeres fuera del marido y de los pucheros”. “Es necesario enseñar a las mujeres a descubrir su voluntad enseñándoles, primero, a leer”. “Es necesario que empiecen a comprender todo cuanto las liga al universo”. “Es necesario hacerles notar que toda su existencia, familiar y social, tiene los cimientos resquebrajados y se viene abajo rápidamente”.¹⁰

En mayo de 1936 aparecía el primer número de la revista *Mujeres Libres*. Su portada era sobria, de elegante diseño, en blanco y negro, con el nombre, el sumario y la orientación que pretendían sus fundadoras: Cultura y Documentación Social.¹¹ El comité de redacción formado por Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y Gascón, quería hacer una revista para mujeres, escrita por mujeres. En todo momento vetó la colaboración de hombres, a excepción del artista Baltasar Lobo, maquetista de la

publicación, quien a partir del cuarto número «Día 65 de la Revolución», intensificó su colaboración con ilustraciones prodigiosas y bellas, llenas de contenido y fuerza, reflejo de la lucha del pueblo español y en especial de la mujer. Entonces Lobo era ya compañero sentimental de Mercedes Comaposada.¹²

A modo de declaración de principios, el editorial de *Mujeres Libres* proclamaba su disposición a: «...encauzar la acción social de la mujer, dándole una visión nueva de las cosas, evitando que su sensibilidad y su cerebro se contaminen de los errores masculinos. Y entendemos por errores masculinos todos los conceptos actuales de relación y convivencia: errores masculinos, porque rechazamos enérgicamente toda responsabilidad en el devenir histórico, en el que la mujer no ha sido nunca actora, sino testigo obligado e inerme... no nos interesa rememorar el pasado, sino forjar el presente y afrontar el porvenir, con la certidumbre de que en la mujer tiene la Humanidad su reserva suprema, un valor inédito capaz de variar, por la ley de su propia naturaleza, todo el panorama del mundo». Y terminaba vaticinando: «...que miles de mujeres reconocerán aquí su propia voz, y pronto tendremos junto a nosotras toda una juventud femenina que se agita desorientada en fábricas, campos y universidades, buscando afanosamente la manera de encauzar en fórmulas de acción sus inquietudes». *Mujeres Libres* no se consideraba feminista, pero defendería siempre posiciones propias del feminismo, cooperando a que la mujer adquiriese conciencia de sí misma.

Tras el editorial, Emma Goldman, en carta fechada en Niza en abril de 1936 se congratulaba de que las compañeras españolas trabajaran por la emancipación de sus compatriotas. Confesaba que en su último viaje a España, en 1929, le sorprendió «el atraso de la

mujer española en general: su sumisión a la iglesia y, en la vida privada, al hombre, sea padre, marido, compañero, hermano o hijo; su acatamiento a la imposición de dos morales distintas: una para el hombre y otra para la mujer; su esclavitud, en fin, que las reduce a sirvientas y portadoras de toneladas de hijos. Estoy entusiasmada de saber que unas camaradas españolas siguen, por fin, el camino emprendido hace tiempo por las compañeras de otros países». A continuación, fiel al carácter sociocultural de la revista, hace una crónica de su viaje por Europa. En el país de Gales habla en centros obreros y en la asociación «Los amigos del Teatro» le sorprende el interés con que siguieron sus conferencias. Observa que comienza a declinar la luz de Rusia, desde «que Litvinov ha brindado por el rey de Inglaterra, y el camarada Stalin ha dicho al Gobierno francés que su deber es armarse contra su enemigo». Previene del nazismo que iba a empezar a asolar Europa: «Aunque parezca mentira, Francia e Inglaterra tiemblan de miedo ante Hitler y Mussolini... Todo el mundo sabe que las últimas elecciones fueron hechas por unos métodos de los que hasta los gangsters americanos se avergonzarían; pero todo el mundo se queda ciego, sordo, mudo y sobrecogido ante el falso poder de los dictadores».

En la primera colaboración de Amparo Poch en la revista, inauguraba su rúbrica *Doctora Salud Alegre*, con el epígrafe *Sanatorio de Optimismo*. Serie donde campea la fantasía y la crítica en clave de humor.

Tema esencial en las colaboraciones de la doctora Poch en la revista *Mujeres Libres* fue la puericultura. En *El recién nacido* explica el traumatismo del niño en el tránsito de su llegada al mundo: «El pequeño ha pasado unas horas muy malas. Ha sido plegado, conformado, comprimido, estrujado, por las leyes de la Naturaleza

que hacen de la madre una prensa y un resorte, y el cerebro, delicado y sin terminar, del bebé, ha sufrido los efectos de esa compresión, porque los huesos de la cabeza se han plegado, para reducirla de volumen, sin consideración ninguna. Y el niño, cansado, abatido por este para él enorme traumatismo, quiere y necesita dormir».

Otro registro de Amparo Poch, en *Mujeres Libres*, son sus poemas. La poesía fue una de sus primeras manifestaciones literarias. La podía encontrar: «... en los pétalos de la rosa y en el problema científico más complicado». ¹³

Fons Veritas trata de La ley, contra la vida. Antonia Maimón, en *Temas Pedagógicos*, lo hace sobre la pedagogía de Pestalozzi. Luisa Pérez, en *Vivienda*, trata el problema de la higiene personal y doméstica.

Lucía Sánchez Saornil escribe sobre *El espíritu nuevo de Castilla*, después de recorrer aquellas tierras para hablar con las labriegas que, de entrada, desconfiaban por experiencia de las gentes que venían de la ciudad: como el arrendador, el recaudador, la Guardia Civil, los Guardias de Asalto... Por un jornal de seis reales la mujer hacía la escarda, la recogida del algarrobo, el espigueo, la vendimia... Otras se iban a la ciudad a servir, muchas regresaban a morir allí, consumidas de fiebre. Una joven campesina le explica a Lucía por qué se quedaba:

«Sé leer y he aprendido muchas cosas. Creo que puedo ser útil y me quedo. Por nada del mundo abandonaría a los viejos a su miseria resignada. He aprendido a amar la tierra de otra manera que el padre. El cree que los hombres son para la

tierra, y yo sé que la tierra es para los hombres. He aprendido, sobre todo, que no es preciso marcharse para cambiar de vida; que hay un medio que puede cambiarlo todo. Desde que lo sé espero, y esta esperanza ya basta para hacer la vida mejor».

Mercedes Gomaposada se encarga de la página cinematográfica, tema que no podía faltar en una publicación moderna. Lucía, en 1921, tenía publicado en la revista *Ultra* el poema *Cines*. Mercedes había trabajado en una productora de cine y estaba especializada en el montaje de películas. Sus compañeros de trabajo pertenecían a la CNT, de ahí que su primer carnet fuese el del Sindicato de Espectáculos Públicos. El título que Mercedes elige para su sección es *Cinema Valorabile*. En *Tiempos modernos o la locura de Charlot*, reseña la última película del gran Chaplin que describe la locura de Charlot, víctima del progreso mecánico. «El gran artista la representa interpretando de manera impresionante el accidente corporal y espiritual del obrero autómata obligado a adaptar todo su ser al inexorable ritmo estandarizado de la gran industria moderna». Mercedes también tenía a su cargo la reseña de la sección de Libros. La primera entrega está dedicada a una colección de clásicos españoles que había iniciado la editorial Signo.

En la época, en toda revista que se preciara de progresista, no podía faltar la página dedicada al deporte, al que ya se estaba incorporando la mujer. En Madrid, en octubre de 1931, se celebró el Primer Campeonato Femenino de Atletismo y en Barcelona existía el Club Femení i d'Esports, fundado en 1928, al que acudían, sin distinción de clases sociales, obreras, empleadas, estudiantes y

mujeres de profesiones liberales, a practicar deportes y cultura física.

El Club disponía de un local social, biblioteca, gimnasio, campo de deportes, cerca del Tibidabo y de una playa de uso exclusivo destinada a las socias. En 1936 la juventud obrera se preparaba para la Olimpiada Popular que se iba a inaugurar en Barcelona el 19 de julio. La mujer española había descubierto el deporte como una forma de liberación personal. Participaba en concursos de golf, de tenis, era piloto de aeroclubes, en pruebas de atletismo, jugaba en equipos de hockey sobre hierba... La pasión por el motorismo llevó a Carmen Palau, artista de varietés, a abandonar el escenario por la moto, el delirio por la velocidad barría obstáculos y prejuicios. Existían equipos femeninos de baloncesto, de balompié, de natación, de esquí... Juanita Gruner, con 16 años, ganaría el campeonato de cross pedestre de 1.800 metros en París. *Mujeres Libres* defendía el deporte en su genuina acepción: como juego, recreo, diversión, que produce beneficio, satisfacción física y moral, generador de solidaridad. «Es al deporte a quien debemos el primer ataque serio contra el “tabú” del sexo. El ha saltado la valla del atavismo y ha creado, dentro de sus fronteras, una medida común para el hombre y la mujer...» escribía Eleese, en el primer número de la revista.

En *Mujeres Libres* también había una sección dedicada a la moda. Bajo el epígrafe Estética en el vestir, se definía lo que la mujer española entendía por moda: «lo que se lleva». Según el criterio de la revista esto suponía la negación de la sensibilidad individual, sin tener en cuenta lo práctico, lo estético y lo económico.

La revista *Mujeres Libres* fue bien recibida por sus compañeros. *Solidaridad Obrera* le dedicó una de sus Glosas, en la que expresaban el temor que les había producido el anuncio de su aparición. Temor

en el que está implícita la desconfianza a la iniciativa femenina y, al mismo tiempo, la falta de seguridad que le inspiraba la labor y capacidad creadora de la mujer, exhibiendo el inveterado temor al término feminismo, que asociaban a la masculinización de la mujer, preferían el concepto femineidad: «Desde que nos anunció su llegada, la esperábamos con cierta curiosidad y ¿por qué no decirlo?, con cierto temor. Pero éste ha desaparecido por completo. *Mujeres Libres* no va disfrazada ni masculinizada. Su indumentaria es la propia; sin adulteraciones de ninguna clase. Femineidad, mucha femineidad. Esto es lo que respira toda la revista, desde el título hasta el pie de imprenta». Ante el entusiasmo por la femineidad de la revista, en la Glosa anticipaban que la revolución «...precisa del concurso de la mujer, y esta publicación puede ser un eficaz receptor de comunicados».¹⁴ Días después, en el mismo rotativo, calificaban a la revista de excelente y publicaban el sumario.

Aquel augurio de Lucía Sánchez Saornil, de que miles de mujeres reconocerían en la revista su propia voz, fue pronto una realidad. Su repercusión fue inmediata y alentadora. En el segundo número de *Mujeres Libres*, ya encontramos la actividad laboral y sindical de obreras comprometidas. Interesantes fotografías nos acercan la imagen de las trabajadoras que han constituido un Sindicato, exclusivamente femenino, en Jerez de la Frontera, e informan de la huelga de tres semanas de las obreras tejedoras de Mérida, hasta conseguir sus justas reivindicaciones. Las tres mujeres del comité de redacción de la revista pretendían ser una voz sosegada, dialogante, alejándose del «...laboratorio doctrinal del grotesco remedio del "hombre sapiente"». Tener abiertas las puertas al aire vivificante y jubiloso de la calle... deseamos —proclamaban— que nuestro periódico tenga sangre y nervios, sea una cosa viva y estremecida, donde hallen resonancia los afanes cotidianos, el caminar, ya

turbulento, de esas falanges femeninas, que en su doble condición de mujeres y explotadas han de duplicar sus energías y templar vigorosamente su espíritu si no quieren quedar —pobre despojo humano— sobre las guijas del arroyo».¹⁵

Por la calle de Alcalá, donde la florista zalamera ofrecía nardos al señorito, se voceaba y se vendía en el Madrid del 36 la revista *¡Mujeres libres! ¡Mujeres libres!*, jardín de ideas emancipadoras. Años antes, en 1933, María Teresa León y Alberti habían pregonado por las calles de Madrid la revista *Octubre* (Órgano de los Escritores y Artistas Revolucionarios).

Mientras tanto, *Mujeres Libres* entró en relación con el Grupo Cultural Femenino (CNT), en Barcelona. Sucedía este grupo a *Brisas Libertarias*, constituido en el sindicato de profesiones liberales del barrio de Sants, organizado por Pilar Granjel, directora de la Academia Pestalozzi. En *Brisas Libertarias* estableció clases nocturnas para mujeres, y contó con la colaboración de Libertad Ródenas.¹⁶ El Grupo Cultural Femenino había surgido a finales de 1934, a consecuencia de la Revolución de Asturias, pero antes ya estaba cohesionado, pues cuando llegaron a Barcelona los hijos de los obreros de la huelga general, en Zaragoza en 1934, ellas fueron a recibirlas y tuvieron una intervención destacada dando a conocer el grupo a las compañeras que se harían cargo de los niños, confiados a las familias confederales. El llamamiento iba dirigido a las mujeres del movimiento libertario, para que asumieran su condición de obreras conscientes, y tomaran parte activa en las decisiones laborales y sociales, en fábricas y talleres. Al principio, se reunían en el local del Sindicato de Artes Gráficas, en la calle Riereta, 4.¹⁷ Las principales responsables del grupo fueron Conchita Liaño y Soledad Estorach; pero junto a ellas estuvieron otras mujeres obreras de gran

empuje como Nicolasa Gutiérrez, conocida como Nic, Apolonia y Felisa de Castro, María Cerdán, Elodia Pou y, ya consolidado el Grupo Cultural Femenino, se unieron a él la dinámica Libertad Ródenas, la aragonesa Áurea Cuadrado, del ramo del textil y la maestra Pilar Granjel. En el Congreso confederal de Zaragoza, en mayo de 1936, el grupo estuvo representado por Pilar Granjel, María Cerdán y una de las hermanas Castro. Allí se trató un principio fundamental: la igualdad de hombres y mujeres en el seno del bogar y en el movimiento confederal:

«Como la primera medida de la revolución libertaria consiste en asegurar la independencia económica de todos los seres, sin distinción de sexos, la interdependencia creada, por razones de inferioridad económica, en régimen capitalista entre el hombre y la mujer, desaparecerá con él. Se entiende, por lo tanto, que los dos sexos serán iguales, tanto en derechos como en deberes».

Con estos planteamientos las representantes a título individual en el Congreso informaron a sus compañeras y decidieron organizar un mitin para exponer estos acuerdos. Cuenta Sara Berenguer, que para organizar el mitin pidieron ayuda al Sindicato y, al no ser atendidas, decidieron visitar al director del teatro Olimpia. Le prometieron que le pagarían el alquiler con la recaudación de las entradas; sus argumentos debieron ser muy convincentes pues el empresario aceptó la propuesta. Federica Montseny se negó a tomar parte en el acto. Hablaron Áurea Cuadrado, Pilar Granjel y Libertad Ródenas.¹⁸ Al decir de los contemporáneos, Libertad Ródenas estuvo siempre a

la altura de las mejores oradoras anarquistas. Así lo reconoció la propia Federica cuando escribió: «Recuerdo que en los primeros años de mi entrada en la lucha activa, cuando, muchachita apasionada y entusiasta, empecé a acudir a los actos públicos y a conocer hombres y mujeres de los medios confederales y libertarios, la estrella que brillaba con fulgor inigualado, era Libertad Ródenas. Oradora y militante, ella era la más conocida y prestigiosa».¹⁹ El acto de las militantes del Grupo Cultural Femenino en el Teatro Olimpia afianzó la confianza de aquellas altruistas obreras, en gran parte pertenecientes al ramo del textil. Un público formado mayormente por mujeres descubrió que tenían los mismos derechos que sus compañeros, aunque no era la primera vez que oían esta canción. En el transcurso de la velada se presentaron las bases de la agrupación, que además de velar por los intereses de la mujer, trataba de organizar asociaciones en barriadas, ciudades y pueblos de Cataluña. El 23 de junio de 1936, en el Gran Price se celebraba un «Grandioso mitin pro emancipación de la mujer y de protesta contra la guerra y el fascismo, organizado por la Agrupación Cultural Femenina». Asistió al acto Max Netlau, viejo luchador e historiador del movimiento anarquista internacional, que, a sus 71 años, era un ejemplo vivo para la juventud. Abrió el acto Dolores Iliero, para darle la palabra a Rosario Dolcet, obrera del textil, buena oradora. Empezó hablando de la explotación de la mujer por el hombre. Combatía el fanatismo religioso, de tanta influencia en la mentalidad femenina y por lo tanto en la educación de los hijos. Alertaba que, bajo el pretexto de la emancipación femenina, los políticos concedían a la mujer el derecho al sufragio, suprimiendo un tanto el fanatismo de Dios, sustituyéndolo por el de la Patria. Afirmó que la mujer debía luchar al lado de los trabajadores, único camino de conseguir su emancipación «...moral y económica, pues de nada le

sirve el poder ejercer un derecho político, si en su hogar carece de lo indispensable para vivir».²⁰ Le siguió Manuel Pérez. Con gran clarividencia de la situación internacional habló del peligro del fascismo. Italia, tras conquistar Abisinia y restaurar el antiguo Imperio Romano, volvía los ojos hacia el Mediterráneo para imponer el fascismo. Sus enormes efectivos militares aliados con Alemania representaban un peligro para la paz mundial. Federica Montseny habló de la Anarquía y el Comunismo libertario y terminó con un canto a la libertad, «que llena de emoción a todos los presentes». La Agrupación Cultural Femenina desplegaba gran actividad en la organización de actos por las distintas barriadas de Barcelona, pro liberación de la mujer a través de su formación cultural y profesional y contra la guerra.

La destacada militante libertaria Lola Iturbe alertó a Mujeres Libres, de la existencia de la Agrupación Cultural Femenina en la que compañeras anarquistas actuaban en Barcelona. Tanto Lucía Sánchez Saornil como Mercedes Comaposada conocían el empuje de las obreras catalanas, sobre todo las del ramo del textil, por haber residido largos años en Cataluña, y no tardaron en entrar en contacto las dos asociaciones. En el acercamiento intervino también Martínez, compañero de Conchita Liaño, secretaria después, del comité regional de Cataluña de Mujeres Libres.²¹

La vinculación de Lola Iturbe con el grupo de Madrid había surgido al delegar en ella Diego Abad de Santillán el encargo que le hacía el Comité de Redacción de *Mujeres Libres*, para tratar de organizar la distribución y venta de la revista en Barcelona. Kiralina (seudónimo de Lola Iturbe), se puso en contacto con ellas y con la generosidad que la caracterizaba se ofreció a distribuir la revista entre los vendedores de *Tierra y Libertad* y *Tiempos Nuevos*, publicaciones

confederales que Juariel, su compañero, administraba y en donde ella trabajaba. Pero además, estaba dispuesta a «...organizar un equipo de jóvenes camaradas e ir yo con ellas, a vocear la revista por las Ramblas barcelonesas, para que de esa forma adquiera popularidad y difusión fuera de nuestros medios».²² Lola tuvo el gesto de facilitarles la lista de suscriptores de toda España, para la difusión de la revista.

A principios del otoño de 1936, Mercedes Comaposada asistió en Barcelona a una reunión regional del Grupo Cultural Femenino. La representante de Mujeres Libres pudo comprobar que las dos asociaciones tenía parecidos objetivos emancipadores, si bien, el de Cataluña, con matices diferenciadores, como era la de fomentar mayor militancia entre las afiliadas de la CNT. El grupo de Madrid pretendía la liberación de la mujer obrera de su triple esclavitud: la ignorancia, la sumisión sexual y la de la única competencia como sujeto reproductor. La tarea no era fácil en un país con un alto nivel de analfabetismo y unas cuotas de marginación humillantes. Para las dos agrupaciones, la difusión de la cultura era un factor decisivo en los medios obreros, con acentos determinantes en la igualdad social, a la hora de reivindicar los derechos de la mujer.

En breve se produciría la fusión de las dos asociaciones. Se iniciaba entonces una andadura de incalculables posibilidades, por la incorporación creciente de mujeres atraídas por sus pautas emancipadoras. El lastre de las tradiciones y el peso de las estructuras sociopolíticas seguían aplastando la nada envidiable condición obrera y, por extensión, la de la mujer que, de una forma u otra, acabaría alineándose al lado del hombre en la lucha de clases. El periodo republicano fue un tiempo de esperanza y hasta de utopía, muy corto, para que la mujer despegara, resueltamente, del

ostracismo social en que desde siempre había estado sumida; pero, con todo, la Segunda República había despejado horizontes.

Notas Capítulo VII

1. Rosa María Martín Casamitjana. *Lucía Sánchez Saormil. Poesía*, Pretextos IVAM, Valencia, 1996.
2. Mercedes Comaposada. «Origen y actividades de la Agrupación “Mujeres Libres”», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 27-3-1936, nº 1.
3. Evelio G. Fontaura, «La mujer en el anarquismo», *Tierra Libre*, 6-8-1930, p. 3.
4. Englantina, «El diario anarquista», *Tierra Libre*, 6-8-1930.
5. E. Armand, «La mujer y los anarquistas». *Tierra Libre*, 30-8-1930.
6. *Tierra Libre*, 30-8-1930.
7. Lucía Sánchez Saornil. «De cara al porvenir. La cuestión femenina en nuestros medios», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 30-10-1935. p. 2.
8. Carta de la Redacción de *Mujeres Libres* a Emma Goldman. Madrid, 17-4-1936. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil. Salamanca. Sig. P. S. Madrid, 432.
9. Carta de Amparo Poch y Gascón a Luce Fabbri, en papel timbrado de la revista *Mujeres Libres*. Periódico de Cultura y Documentación Social. Madrid, 24-5-1936. Sig. Na Pasta 1-1930-38. Agradezco a Margareth Rago, su información. M. Rago es historiadora y profesora de la universidad estatal de Campinas (Brasil), autora de *Entre a historia e a liberdade. Luce Labbri e o*

anarquismo contemporáneo. Editora Unesp, São Paulo, 2000. Cartas en parecidos términos, fueron enviadas a posibles colaboradoras.

10. «Por el camino de las realizaciones. La verdadera obra de la verdadera revolución. Qué es y cómo actúa el “Casal de la Dona Treballadora”», Mañana, Barcelona, 22-5-1938. pp. 2-3.

11. Sumario de la revista *Mujeres Libres*. «Una carta de Emma Goldman», «Sanatorio de Optimismo», por Dra. Salud Alegre. «La ley, contra la vida», por Fons Veritas. «Temas pedagógicos», por Antonia Maimón. «Vivienda», por Luisa Pérez. «El espíritu nuevo en Castilla», por Lucía Sánchez Saornil. «El crimen consumado», por Paz. «Tomavistas. El recién nacido», por Amparo Poch y Gascón. «Frente al deporte», por Eleese. «Cinema valorable», por Mercedes Comaposada. «Estética del vestir», «Libros».

12. Baltasar Lobo era de Cerecillos de Campos (Zamora). Nació el 22-2-1910 de familia campesina. Fue un artista precoz, a los doce años entró a trabajar en un estudio de imaginería de Valladolid. Asiste a las clases nocturnas de la Escuela de Bellas Artes. A los 17 obtiene una beca para estudiar en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Trabaja libremente el mármol y la madera y participa en exposiciones colectivas. Asiste a las clases del Círculo de Bellas Artes de Madrid y colabora en la prensa libertaria hasta 1939, año en que llega a París con Mercedes Comaposada. En Montparnasse ocupa el estudio que había dejado Naum Gabo. Conocer a Picasso fue también disponer de vivienda y, como para tantos artistas españoles refugiados en París, el poder sobrevivir y continuar su obra. Hoy podemos admirarla, en parte, en la nave de la iglesia de San Esteban, de Zamora.

13. Amparo Poch, «Letras Femeninas», Temas vulgares, *La Voz de la Región*, Zaragoza, 4-6-1923, p. 2.

14. Glosas, «Mujeres Libres», *Solidaridad Obrera*, 30-5-1936, p. 2.

15. «Jornadas de lucha», *Mujeres Libres*, nº 2, Madrid, junio 1936. pp. 11-12.

16. Sara Berenguer, *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*, Barcelona, 1988. p. 250.

17. Rafael Castro, *Una breve charla en la Federación de «Mujeres Libres»*. Mañana, Barcelona, 12-10-1938. pp. 2-3.
18. Sara Berenguer, op. cit., pp. 216-217.
19. Federica Montseny, *Fundadora de la CNT. Libertad Ródenas* A5-2-1970. Citado por Carmen Alcalde, Federica Montseny. Palabra en Rojo y Negro, Barcelona, 1983. p. 145.
20. «En el Gran Price», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 23-3-1936. p. 2.
21. Marta A. Acekelsberg, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus, Barcelona, 1999. p. 159.
22. Carta de Kyralina (Lola Iturbe), desde Barcelona, dirigida a: «Estimada Camarada» (Lucía Sánchez Saornil). s/f. (mayo 1936). En papel impreso de: *Revista de Sociología, Arte y Economía Tiempos Nuevos*. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil. Salamanca, Sig, P. S. Madrid 432.

CAPÍTULO VIII

La guerra contra la República

Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva.

ANTONIO MACHADO

La proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, registra una de las jornadas más jubilosas de la historia del pueblo español. Alumbró la esperanza del mundo obrero, destello que volvería a brillar el 16 de febrero de 1936 con el triunfo del Frente Popular. Entre una fecha y otra las Cortes Constituyentes aprobaban la sentencia recaída contra don Alfonso XIII y lo declaraban fuera de la ley «...cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetrase en el territorio nacional».¹ Mientras tanto los enemigos de la República: la Banca, la Iglesia y el Ejército, conspiraban contra la joven democracia española, con el apoyo del esterilizador caciquismo rural. En el plano cultural, las reformas de la República

serían extraordinarias: las reformas sociales, que debían ser su principal soporte, como la Reforma Agraria, se emprenderían tímidamente, lo cual generaría huelgas y dramáticos enfrentamientos del campesinado con la Guardia Civil, como los de Casas Viejas, en Andalucía, el de Castilblanco, en Extremadura, y el de Arnedo, en La Rioja, hasta el bloqueo de las reformas por parte del Bienio Negro, de noviembre de 1933 a febrero de 1936, tras la victoria de las derechas.

Poco antes de producirse la crisis ministerial del 31 de diciembre de 1935, en las filas izquierdistas se empezó a fraguar la coalición que se haría realidad el 15 de enero de 1936: el Frente Popular, integrado por el Partido Socialista, Partido Comunista, POUM, Partido Sindicalista, Partido Republicano Federal, Unión Republicana, Izquierda Republicana y la UGT. La gran incógnita seguía siendo la CNT. El 25 de enero de 1936, en una asamblea celebrada en Barcelona, la mayoría de sus dirigentes desecharon la tradicional táctica abstencionista de la sindical anarcosindicalista en las elecciones y acordaron la libertad de voto para sus militantes. Durruti fue de los que preconizaron la conveniencia de votar, en atención a los 30.000 presos políticos y sociales que llenaban las cárceles españolas. El programa del Frente Popular comprendía la amnistía general, la reintegración a sus puestos de los represaliados a raíz del movimiento de octubre de 1934, la reanudación de la Reforma Agraria, el restablecimiento del Estatuto de Cataluña y la reforma de la legislación social y de la enseñanza. (Se hacía constar que los partidos republicanos habían rechazado la propuesta de nacionalización de las tierras, formulada por el Partido Socialista y la nacionalización de la Banca propuesta por los Partidos Socialista y Comunista). La obligada aceleración de estas transformaciones provocaría la conflictividad social reinante. El principal motivo de

disconformidad era la injusticia social y la miseria. Jaime Vera, ya en 1883, había escrito: «Si el esclavo era una propiedad, si el siervo era un usufructo, el obrero actual no tiene más representación social que la de una mercancía que sólo puede subsistir vendiéndose a diario hasta la muerte». En 1936, los obreros proclamaban: «Mientras haya en España trabajadores que ganen siete pesetas al día, como remuneración a un trabajo abrumador de ocho horas, habrá huelgas y conflictos entre el capital y los productores. Mientras se sufra la explotación y la tiranía de la patronal española, mezquina y avarienta, habrá huelgas en nuestro país. Tome nota el Gobierno de todo esto. No hay que confundir el llamado orden público con las necesidades apremiantes del ser humano».² Es decir, que medio siglo más tarde, en la consecución de los derechos laborales y humanos de los trabajadores —se reafirmaba— seguían señalando que su miseria era el resultado directo del desaforado enriquecimiento de sus explotadores.

Las elecciones legislativas se fijaron para el 16 de febrero de 1936. Las Casas del Pueblo y los Ateneos libertarios se abrieron tras quince meses de clausura gubernamental. Las actividades políticas comenzaron cuando las garantías constitucionales se restablecieron. La campaña se desarrolló en medio de una gran tensión política sustentada por la prensa de derechas y de izquierdas. Nunca se había visto tal alarde de propaganda en locales, calles, ciudades y pueblos. Los actos tenían un gran poder de convocatoria. La mujer se incorporó de inmediato a las tareas del Frente Popular, donde desplegó una gran actividad. Su presencia en los mitines fue masiva, como oradora y espectadora. Tenía clara conciencia de las diferentes connotaciones de estas elecciones, con relación a las de 1933, donde por primera vez la mujer española había ejercido su derecho al voto. Los carteles y las octavillas llamaban la atención del ciudadano, al

que informaban de lo que estaba en juego. Por aquellos días, doña Vicenta Lorca, la madre del poeta Federico García Lorca, entrevistada por el periodista argentino Pablo Suero, expresó un premonitorio temor: «Si no ganamos, ¡va podemos despedirnos de España...! ¡Nos echarán, si es que no nos matan!».³

El terrible vaticinio de doña Vicenta, se cumpliría, pese a que, el domingo 16 de febrero de 1936, España entera se echaba a la calle a votar y el Frente Popular ganaba clamorosamente las elecciones. El resurgimiento de la violencia fue inmediato, a cargo de provocadores pagados por la derecha y Falange, según el recurso joseantoniano a la dialéctica de los puños y las pistolas. Instigaciones a las que haría frente el proletariado, primera víctima de la deteriorada situación y de la incesante lucha de clases. Se produjeron una serie de atentados contra dirigentes de izquierda, sobre todo en Madrid, creando un clima de conflictividad con el que se pretendía justificar la intervención del Ejército.

Así se urdiría el que iba a ser el golpe definitivo contra la República. Los militares, abiertamente, adiestran a la tropa en sus cuarteles y se disponen a salvar a España: «Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con gran amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: España».⁴ La sublevación militar estalla en el Marruecos español el 17 de julio de 1936 y al día siguiente en la península. Lo acaudillan los generales Sanjurjo, Mola, Cabanellas y Franco, éste último responsable de la feroz represión contra los mineros de Asturias, en octubre de 1934.

Para los responsables de los partidos y organizaciones sindicales era un golpe anunciado. Prueba de ello era la vigilancia y la tensión

con la que se vivieron aquellos días que precedieron a la sublevación. Existía una campaña manifiesta contra la guerra, ante el fantasma del fascismo en Italia y la fuerza del nazismo en Alemania que amenazaba a Europa. A través de cursos y conferencias divulgativas se preparaba a la gente para su protección con demostraciones teórico—prácticas, contra la guerra química, en programas organizados por la «Liga Protectora de la Población Civil contra los ataques de la Guerra Química».⁵ Mientras, a la Confederación Nacional del Trabajo se la mantenía al margen de la Ley; a los trabajadores se les prohibía el derecho de reunión y se mantenían los sindicatos clausurados desde el año 1933, sin que sobre ellos pese ninguna disposición judicial, sin causa que lo justificase, o mientras la posesión de un sello confederal encontrado en el bolsillo de un obrero era considerado materia delictiva, se autorizaba a la Falange Española a reunirse en el monasterio de la Rábida y en otros monumentos o lugares tenidos por sagrados, donde se celebraban reuniones de fascistas. Las denuncias de injusticias flagrantes y los clamores contra la guerra, a todo lo largo de 1935, llenan las páginas de la prensa, con diatribas contra los Zaaroff, los Krupp, los Schrieider. Lucía Sánchez Saornil, denunciaba a la humanidad entera como culpable y escribía: «No más guerras dijo la burguesía, y subterráneamente alimentaba los odios, encendía las competencias. No más guerras, y montaba fábricas de armas e inventaba medios de exterminio» (...). También a nosotros, trabajadores, nos cabe culpa, porque no hemos sabido ser heroicos; porque no nos ha importado comer el pan que se fraguaba con sangre y lágrimas futuras; porque no supimos o no quisimos dirigir una acción común, segura y eficaz contra la fabricación de armas; porque nos conformarnos con asistir a los congresos antimilitaristas y aplaudir a los oradores (...). ¡Boicot, boicot a la fabricación de

armas! Y no se me diga que estas armas pueden purificarse sirviendo a la revolución. No, la revolución no necesita armas, porque si las armas sirven para hacer la revolución, también sirven para sofocarla, para hacerla imposible. Si los pueblos se negaran a la fabricación de armas, las revoluciones serían más fáciles, porque las leyes coercitivas serían papel mojado; porque la ley no se mantiene por sí; porque la ley no tiene fuerza, ni garantía, ni es otra cosa que el arma que está detrás de ella». Saornil recordaba la guerra de 1914, donde las naciones neutrales desplazaban a caravanas de hombres para trabajar en las fábricas de la muerte y lo peor era que a ellas se incorporaron nutridos grupos de mujeres.⁶

Los días 15, 16 y 17 de julio de 1936, el periódico *Solidaridad Obrera*, anunciaba para el día 18 de julio, después de haber sido aplazado, un «Grandioso Mitin Internacional Contra la Guerra», en la Plaza Monumental, organizado por las Juventudes Libertarias. La Dra. Amparo Poch intervendría por la Internacional War—Resisters Sec. Fem. Sus compañeros de tribuna iban a ser: Fidel Miro, por las Juventudes Libertarias; Max Muller, por las Juventudes Anarcosindicalistas Suecas; el profesor Brocea, por la Internacional War—Resisters; Hem Day, por el Comité Internacional de Defensa Anarquista; Félix Martí Ibáñez, por los Idealistas Prácticos; Manuel Pérez, por los Anarquistas de Barcelona; Agustín Souchy, por el Bureau Internacional Antimilitarista y Federica Montseny, por la CNT. Se leerían unas cuartillas de Diego Abad de Santillán, de Georges Pioch y de Bartolomé de Light, bajo la presidencia de Celso de Miguel. Mitin que la sublevación militar impediría definitivamente.⁷

Amparo Poch asistía a sus clases en la academia de la calle de la Magdalena. Fue ella la que anunció a sus alumnos el asesinato de

Calvo Sotelo, jefe de la oposición monárquica, el 16 de julio de 1936, suceso que adelantó la sublevación que preparaban los militares desde hacía tiempo. El suceso provocó toda clase de reacciones en sus jóvenes alumnos. Los ánimos estaban exaltados a causa de los atentados y los rumores de un inminente levantamiento militar. En los sindicatos se hacía guardia, en prevención de los acontecimientos. Amparo Poch, pacifista, presidenta de la Sociedad de Refractarios a la Guerra, recordó a sus alumnos la actitud de Elíseo Reclus en las barricadas de París durante la Commune de 1871, dando ejemplo de valor con un fusil descargado.⁸ Ella había escrito en su artículo Frente al gesto bélico: «No prestéis oídos a los himnos nacionales ni a las palabras retumbantes que os hablen de falsos deberes patrióticos; sino a esa otra voz dulce y profunda que sale del propio corazón y enseña el precepto intangible de amar a todos los seres y todas las cosas... Llevar la luz, y hundir todo lo que pueda despertar el odio. No aprendáis el gesto militar, mujeres». La Dra. Amparo Poch, a pesar de su pacifismo, ante el compromiso moral de todo proceso revolucionario, lucharía de la única forma que le está permitido a un médico: en la trinchera de los hospitales, los desahuciados, los refugiados y, en primer lugar, la infancia en peligro.

El 17 de julio se sublevó la guarnición de Melilla. Casares Quiroga, irresponsable, declaraba: «No hay que preocuparse, el Gobierno lo tiene todo controlado». Al día siguiente, las noticias eran inquietantes. El general Franco se había apoderado de Canarias y Queipo de Llano de Sevilla. Las tropas de África desembarcaban en Algeciras. En Madrid, socialistas, anarquistas, comunistas, sindicalistas de la CNT y de la UGT eran los dueños de la calle. Ante la amenaza, con un Gobierno inoperante, incapaz de impedir el levantamiento, todos estaban unidos frente al enemigo común.

Casares Quiroga empecinado en su actitud, se negaba a facilitar armas: «Armas al pueblo ¡Jamás...! ¡Eso es la revolución!». Con toda evidencia, el Gobierno temía más al pueblo que a los sublevados.

En Barcelona, cuando la CNT pidió armas a la Generalitat para organizar la defensa de la ciudad, se encontraron con la misma actitud que la del Gobierno central; sin embargo, en Cataluña, como en Madrid, el pueblo se armó con las armas arrebatadas a las tropas sublevadas. Pero además ocurrió el milagro: los carabineros, los guardias civiles y los de asalto, dejaron de ser los cuerpos coercitivos del Estado y se unieron al pueblo en las barricadas. El destacado líder anarquista Juanel (Juan Molina), supo que había estallado la revolución popular, al encontrarse abrazado a un guardia civil, en la plaza de la Universidad, uno de los hombres de aquel cuerpo que tantas veces lo habían detenido y maltratado. Las gentes se abrazaban en una ola de fraternidad, como nunca la volverá a vivir la humanidad.

El 19 de julio de 1936, Madrid amaneció con sus cuarteles levantados en armas: el de la Montaña, Cuatro Vientos, Carabanchel, Leganés, Getafe... así como los de Alcalá de Henares, Guadalajara, Toledo... Las noticias eran alarmantes. Se rumorea que Madrid está cercado. Pasadas las primeras horas de desconcierto, empiezan a abrirse ventanas y balcones. Renace el fervor revolucionario del 2 de Mayo. Voces de jóvenes milicianos gritan:

«¡Madrileños...! ¡Salid a defender al pueblo...! ¡Ciudadanos...!».

Gran parte de la población, en particular en las barriadas obreras, se lanza a la calle, entre el estampido del cañón y el tableteo de las ametralladoras, asediando a preguntas a los paisanos armados, que van de un lado para otro, y levantan la mirada hacia el cielo,

observando el paso de los aviones, tratando de averiguar a qué bando pertenecen. Los más jóvenes, hombres y mujeres, se precipitan hacia el cuartel de la Montaña, que había caído en poder del pueblo y donde, al parecer, se repartían armas. Sin que nadie la hubiese declarado, la revolución social estaba ya en el aire.

¡Madrid, Madrid...!
¡Qué bien tu nombre suena...!
Rompeolas de todas las Espadas
La tierra se desgarra, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas...

ANTONIO MACHADO

¡Despierta ya, Madrid,
y ponte en pie de guerra,
pues tienes otra cita con la historia!...

Mudo de espanto, de horror y confusión sobrecogido,
el Mundo entero te contempla atónito,
pues asombrar al mundo es tu destino.

HERRERA PETERE

¡Muchachos, al parapeto!
donde Madrid os reclama.
¡Adelante las mujeres!,
¡adelante!, ¿quién se tarda?
 Una hora vale un año,
 un minuto una semana.
¡Hagamos muros de carne,
y a ver qué guapo los salta!...

LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL

La causa de la guerra civil española contagió al mundo. Nunca se dió tal entusiasmo, en una juventud dispuesta a derrocar la opresión de las viejas estructuras, para edificar un mundo nuevo. Sobre el clamor de la lucha y el fervor revolucionario del pueblo, el intelectual inglés George Orwell, escribió: «Por encima de todo, se creía en la

revolución y el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad, de fraternidad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranaje de la máquina capitalista».¹¹

Dos mil colectividades agrarias se formaron espontáneamente en toda la España republicana, en Cataluña, en Aragón, en Levante, en Andalucía y en Castilla. Ningún partido, ninguna organización dió la consigna. No hubo necesidad de planes de Gobierno, ni discursos en las Cortes, ni proyectos de expertos, ni trámites burocráticos. Los campesinos conscientes encontraron pronto la solución a los problemas seculares.

Al comenzar la contienda hubo que improvisar y organizar servicios de toda índole. Prioritario e indispensable era el de la Sanidad. Ninguna ciudad estaba preparada sanitariamente, para recibir y atender la avalancha de heridos que produce una guerra. El Dr. José Estellés Salarich, jefe de Sanidad del Ejército del Centro, ha descrito el ambiente, que vivió tan de cerca, en aquellas primeras horas caóticas del 19 de julio en Madrid, a consecuencia del enfrentamiento armado del pueblo con los sublevados. Y así como organismos muy diferentes creaban unidades de combate, paralelamente empezó a funcionar, exuberantemente la llamada «Organización Hospitalaria». «Fundaban hospitales los partidos políticos, los sindicatos y todas las organizaciones en las que había alguien con fantasía, generosidad y alguna mayor o menor preparación...» Al cabo de unos días había muchos hospitales, algunos antiguos más o menos reorganizados y otros nuevos. Demasiados hospitales. Estas instituciones fueron excesivas en Madrid, y más adelante hubo que suprimir muchas por innecesarias en una zona con los frentes de guerra relativamente estabilizados.

«Los sindicatos y los partidos fundaban organizaciones combatientes que enviaban a los distintos frentes. Hacían llegar a ellos voluntarios llamados constantemente desde la radio, sin más armas en ocasiones que las que, ya en las posiciones, heredaban de un compañero caído en su proximidad. Algunas de aquellas organizaciones se convirtieron más tarde en magníficas unidades, pero entonces no eran otra cosa que generosas agrupaciones espontáneas en las que se derrochaba un ejemplar valor.

»Igual que en las unidades combatientes ocurría en cuanto se refiere a la organización sanitaria, sobre todo a la militar. Cada columna que se organizaba, que subsistía y llegaba a ser un batallón, un regimiento o una gran unidad, creaba paralelamente su servicio sanitario, al frente del cual se improvisaba un sanitario militar que en ocasiones dio lugar al desarrollo de futuras magníficas personalidades. Los hospitales se nutrieron primordialmente de personal, en ocasiones muy distinguido, y aun ilustre, de nuestra Medicina; pero los mandos sanitarios de las unidades estuvieron fundamentalmente a cargo de los que denominaríamos médicos milicianos, o sea, de profesionales voluntarios ideológicamente formados, profesionalmente preparados, pero improvisados en las nuevas tareas que asumían».¹²

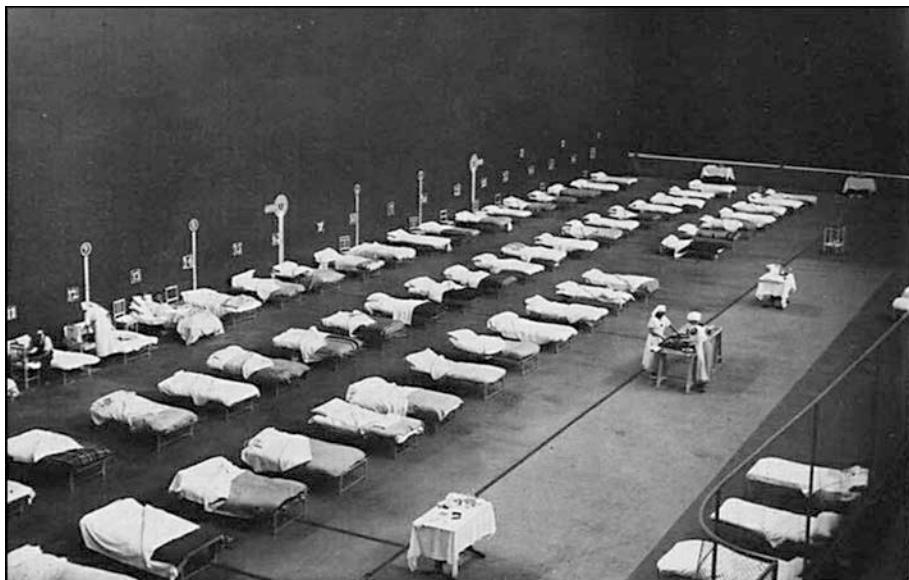
Este fue el caso de la Dra. Amparo Poch y Gascón que asistió desde los primeros momentos en los hospitales de sangre de Madrid, como médica miliciana. El Dr. Martí Ibáñez, tan remiso a la hora de

reconocer la labor de la mujer en el campo sanitario, como tantos historiadores de la medicina, escribió:

«Nuestra acción sanitaria partió de la base que representaba lo que el impulso popular había edificado en las primeras jornadas revolucionarias; es decir, aquel sembrado de hospitales de sangre, dispensarios y clínicas de urgencia que habían florecido en las horas trágicas del 19 de julio, cuando, sobre todo las mujeres, se dedicaron a realizar una aportación a la causa revolucionaria, estructurando en un romántico anhelo de creación, una serie de instituciones que, a la vez que representaban la salvaguardia de los proletarios heridos, cristalizaban el deseo del pueblo tanto tiempo reprimido, de tener centros sanitarios creados por él y para él». ¹³

Amparo Poch participó intensamente, en el Sindicato Unico de Sanidad, de la CNT, la organización confederal que improvisó instalaciones sanitarias en edificios desafectados o incautados: escuelas religiosas, conventos, iglesias o en grandes hoteles como el Ritz y el Palace. Los hospitales de sangre se establecieron por doquier, hasta en canchas de juego de pelota, como el Frontón de Recoletos, convertido en Hospital de Sangre de la CNT, donde prestó sus servicios la Dra. Poch. Desde allí, quizá en una noche de guardia, con la percepción de un testigo directo, reflexiona sobre el paso purificador de la revolución y escribe:

«Las butacas de la Cancha suben y suben con un silencio asombrado, mirando desde su quietud las hileras de camas blancas del Hospital de Sangre.



El Hospital de Sangre del Frontón de Recoletos

»De vez en vez, la blusa blanca del personal, pasa como una sombra dulce. Un nutrido grupo de muchachas ha dejado la familia, el taller, la casa, las diversiones, para atender a los heridos. Y su voluntad florece en la gracia de múltiples acciones beneficiosas, y en la eficacia de una sonrisa oportuna.

»Aquí se ha jugado. Pero ahora, como en las iglesias y los conventos, donde se ignoraba el valor sincero y espontáneo de la vida, como en los palacios donde se tenía preso el Bienestar, el aire popular ha refrescado y renovado todos los rincones. Purificados y limpios, el convento, el palacio, el frontón, se han abierto a la verdad sencilla. Se han acercado a la calle con

sigilo, y la calle los ha envuelto en su luz, en su ruido, en su vida, para no dejarles escapar.

»Se puede llegar a ellos fácilmente, llanamente, sin levantar apenas el pie.

»Todo está nuevo y cándido. Por aquí ha pasado la Revolución ».¹⁴

Amparo Poch combatió también, junto al pueblo, con las armas de su oratoria y sus escritos. Desde su profesión protegía la vida, como exigencia de su ética médica. Su activismo en favor de la paz la lleva a veces a estos desplantes, en el que pide cuentas a los señores de la guerra:

«Y bien, señores de la guerra levantados en armas contra las libertades populares, señores de la recia e insensible espuela; duros corazones que habéis servido de pedernal para desbordar el incierto de angustia, rencor y muerte que tortura a esta España nuestra... Ya es hora, pues, para vosotros, de ser consecuentes. Cuando en nombre de la libertad se combate, no es fácil decaer. Cuando un hondo Ideal mueve los brazos, no es fácil la fatiga. Todo un cerco de corazones enardecidos, que defienden la propia entraña de su existencia, os cierra el paso».¹⁵

El Partido Sindicalista, apenas sofocada la rebelión militar, tras la toma heroica de los cuarteles, creó un batallón de milicias. El anuncio de la inscripción no tardó en tener cubiertas las listas con

afiliados, simpatizantes y las mujeres de la sección femenina del partido. Con entusiasmo combativo quedó constituido el Batallón Ángel Pestaña. El 25 de julio de 1936 salía la unidad hacia el frente, destinada a la Sierra, en el sector de Ávila, (Cebreros, El Tiemblo, Burguillos, Barraco, San Juan de la Nava y Navalmoral de la Sierra). La primera acción fue la conquista de Puente Nuevo, en tierras de Ávila, arrebatada a los facciosos. Amparo Poch y Gascón pertenecía al 9º Batallón del Regimiento Ángel Pestaña, del Partido Sindicalista, formado por 1.486 milicianos, de los cuales 83 eran mujeres milicianas, cobrando 10 pesetas diarias, sueldo asignado a todos los combatientes sin excepción.¹⁶ Amparo Poch, como doctora miliciana, atendía en los servicios sanitarios. Los hospitales de campaña se situaban próximos a la zona donde se libraba el combate, a escasa distancia del frente.



1936. Septiembre. Madrid. Estación de Atocha. Regimiento Ángel Pestaña

Con cierta frecuencia se improvisaba una sala de hospital en alguna casa del pueblo, donde en la habitación más espaciosa se instalaba una hilera de camas y un botiquín para las primeras curas. En los días de mayor actividad en los frentes, los heridos llegaban sin cesar, rescatados en plena línea de fuego por valientes camilleros, en ambulancias sanitarias de la Cruz Roja, o en las que al principio, se habían reciclado en coches averiados en las carreteras, antes de que

empezaran a llegar a España las enviadas por antifascistas europeos y americanos. Ernest Hemingway enviaba los chasis de las ambulancias para ser adaptadas a nuestras necesidades.¹⁷ A los heridos desahuciados por la metralla o la gangrena galopante, se les practicaba las primeras curas de urgencia. Lo inmediato era taponar las heridas, inyectar, entabillar miembros, o hacer algún torniquete, servicios que permitían a los heridos graves llegar con vida al quirófano y ser intervenidos en los hospitales de sangre de la retaguardia.

El ritmo de los acontecimientos intensificó la participación y actividad de Amparo Poch. Una orden de 26 de agosto de 1936, la nombraba, en representación del Partido Sindicalista, miembro de la Junta de Protección de Huérfanos de Defensores de la República, creada por el ministerio de Instrucción Pública.¹⁸ Sus compañeros, a la hora de tomar decisiones se congratulaban de estar representados por ella, dada su condición de médico y pedagoga. Aunque no eran sus títulos los que la hacían acreedora de su estimación, sino «...su inteligencia clarísima y un fervor por nuestra causa puestos de manifiesto en su obra de todos los días».¹⁹

En el célebre mitin celebrado en el teatro Olympia de Barcelona, organizado por la CNT y la FAI, se transmitía por primera vez a través de las ondas la voz de los oradores a toda España. Intervinieron Mariano R. Vázquez, Francisco Esgleas, Juan García Oliver y Federica Montseny. Ante miles de asistentes, muchos de ellos estacionados en las calles adyacentes, Federica llegó a todos con la fuerza de su vibrante oratoria: «Los militares apoyados en los fascistas, al levantarse el 19 de julio, no supieron, no preveían las consecuencias de su alta traición. Con su juicio cerrado de señores feudales, no creyeron nunca en la heroicidad demostrada por las masas

populares, en su voluntad indomable de conquistar la libertad y defender las pocas libertades de la vieja España... Recuerdo las palabras de los franceses en la última guerra europea al decir a los alemanes: "No pasarán". Yo digo como ellos, que no pasarán los fascistas sobre el cuerpo de la España nueva, no pasarán, porque estamos todos unidos, codo con codo y mano sobre mano, dispuestos al último sacrificio... Nosotros edificaremos un mundo nuevo, a base de la autonomía del individuo con la colectividad».

Federica Montseny terminó su parlamento haciendo un llamamiento a la mujer:

«Mujer, ya no eres, después del 19 de julio, la barragana del cura, la bestia del placer del burgués, la que se compraba con baratijas, esclavizándola; eres la mujer que, fusil en mano, has sabido conquistar en la barricada y en la calle, en la plaza y en el campo de batalla tu independencia.... En los hospitales, has curado al herido; en los campos, has labrado la tierra; has hecho la comida para los combatientes; en todos los frentes, tu mano fina ha sido la caricia y el bálsamo que ha dado aliento a los combatientes para vencer a la España negra que te tenía arrinconada en el fogón del hogar. El sol de tu independencia, que amaneció en el horizonte el 19 de julio, no debes dejar que se eclipse jamás: el fusil será tu garantía. Mujer, adelante».²⁰

Ante los micrófonos de Radio Unión, Victoria Kent hablaba de la contribución de la mujer en la lucha: «No creáis que la mujer ha ofrecido su ayuda en aquellas faenas cómodas o fáciles. En estos momentos no hay faena fácil ni misión cómoda. Todos los puestos

son de grandes sacrificios. Pero os asombraríais contemplando a la mujer en la casa—cuna, en los refugios infantiles, en talleres improvisados para la confección de ropa, en los comedores de adultos, en los hospitales, en los puestos de socorro, en las avanzadas y en las avanzadillas. Lo mismo ha cogido el fusil que ha enjugado las lágrimas a un pequeño abandonado; lo mismo se ha metido en la nave silenciosa de un Hospital que ha ido al frente para atender las necesidades de los bravos hombres que luchan por la libertad y por la justicia. La mujer, hoy, ha operado el milagro que necesitaba España, y que en otro tiempo, hace mucho tiempo, habría sido fácil, pero que hoy en estos momentos parecía insuperable, impracticable».²¹

Margarita Nelken, diputada socialista, desde los micrófonos del Ministerio de la Guerra, ganaba batallas a través de las ondas, con el ímpetu que la caracterizaba y su caudalosa oratoria. Al leerla, tenemos la exacta dimensión de las circunstancias en que el pueblo se batía sin apenas armas contra el fascismo: «...desde el primer momento la lucha en el campo revistió tintes de epopeya. ¿No había armas? Pues sin armas. Con escopetas de caza, con pistolas casi inservibles, con palos. Quienes no han vivido la emoción de esos días en la Casa del Pueblo, madrileña, que se llenaba de enviados de los pueblos extremeños, andaluces, toledanos, que venían por armas para jugarse la vida, no saben de la voluntad de vencer, que es el motor principal de la victoria que se está fraguando. Venimos por fusiles, camaradas. Diez fusiles en nuestras manos valen por diez cañones suyos [...]. Y en Almendralejo, hoy todavía, pasadas más de dos semanas, en una torre que habrá que llamarse numantina, un puñado de campesinos tiene aún en jaque al ejército de los señoritos juerguistas, los oficiales traidores, los moros venidos al olor del pillaje, y los curas escarnecedores de su religión.

»Las compañeras de muchos campesinos, están aquí en Madrid, adonde las vimos llegar para poner a salvo a los pequeños, a los hijos con los cuales, cabalgándolos sobre los hombros, sobre las caderas, agarrados a sus faldas, huyeron de noche a campo traviesa, recorriendo leguas y leguas hasta caer extenuadas, volviendo a incorporarse por un milagro sobrehumano de su instinto maternal de proteger a los cachorros, caminar de nuevo hasta dar con el pueblo sin bárbaros, con estación de ferrocarril, con la mano acogedora que brindara un poco de comida y un techo bajo el cual cobijarse. Las que no tienen hijos pequeños están allí, peleando junto a los hombres o ayudándolos a pelear, en esos servicios de retaguardia que son el heroísmo anónimo y silencioso que permite el heroísmo del frente».²²

Notas capítulo VIII

1. «Sentencia recaída contra Don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena, aprobada definitivamente por las Cortes Constituyentes».
2. «Excelentísimo señor: Las Cortes Constituyentes han aprobado el acta acusatoria contra don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena, dictando sentencia acusatoria, en uso de su soberanía, en la forma siguiente:

»Las Cortes Constituyentes declaran culpable de alta traición, como fórmula jurídica que resume todos los delitos del acta acusatoria, a quien ejercitando poderes de su magistratura contra la Constitución del Estado, ha cometido la más criminal violación del orden jurídico de su país, y, en su consecuencia, el tribunal soberano de la nación declara solemnemente fuera de la ley a don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena. Privado de la paz jurídica, cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetrase en el territorio nacional.

»Don Alfonso de Borbón será degradado de todas sus dignidades, derechos y títulos, que no podrá ostentar legalmente ni dentro ni fuera de España, de los cuales el pueblo español, por boca de sus representantes elegidos para votar las nuevas normas del Estado español, le declara decaído, sin que pueda reivindicarlos jamás ni para él ni para sus sucesores.

»De todos los bienes, derechos y acciones de su propiedad que se encuentren en territorio nacional se incautará en su beneficio el Estado, que dispondrá el uso más conveniente que deba darles.

»Esta sentencia, que aprueban las Cortes soberanas constituyentes, después de publicada por el Gobierno de la República, será impresa y fijada en todos los Ayuntamientos de España y comunicada a los representantes diplomáticos de todos los países, así como a la Sociedad de las Naciones.

»Y a fin de que sea publicada por el Gobierno de la República y cumplimentados por el mismo sus acuerdos, tenemos el honor de transmitirla a vuestra excelencia.

«Palacio de las Cortes, a 24 de noviembre de 1931, Julián Besteiro, presidente. Julián Simeón Viciarte y Cirilo del Río, secretarios.

«Excelentísimo Señor Presidente de la República.»

2. «Mientras haya en España Trabajadores», *Solidaridad Obrera*, 4-61936, p. 2.
3. Pablo Suero, *Los últimos días con Federico García Lorca. El hogar del poeta*. «España levanta el puño». *Noticias Gráficas*. Buenos Aires, 1936.
4. *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, Tetuán, 25-7-1936.

5. «Curso de conferencias», *Solidaridad Obrera*, 8-10-1935, p. 7.
6. Lucía Sánchez Saornil, «¡No más palabras! Actuemos contra la guerra», *Solidaridad Obrera*, 17-7-1935, p. 2.
7. «Grandioso Mitin Internacional contra la Guerra», *Solidaridad Obrera*, 17-7-1936, p. 7.
8. Testimonio de Gregorio Gallego a A. Rodrigo, Madrid, 16-11-1999.
9. Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*. Ediciones Gregorio del Toro, Madrid, 1975.
10. «¡A Zaragoza!, inscripción para la columna confederal y anarquista “Los Aguiluchos”. Se está organizando una columna de compañeros que han de partir para el frente de Zaragoza y que dirigirá el camarada García Oliver. Los compañeros que quieran inscribirse deben presentarse en el cuartel de Pedralbes. Esta columna partirá para el frente de Caspe dentro de tres días, y los compañeros que se inscriban deben ir provistos de su propio fusil y municiones, una muda de ropa limpia, jabón, toalla, etc. Los grupos que tengan ametralladora, pueden inscribirse en grupo. J. García Oliver, (Del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Departamento de Guerra), Barcelona, 18 de agosto de 1936».
11. George Orwell, *Homenaje a Cataluña*. Virus, Barcelona, 2000, p. 55.
12. José Estellés Salarich, *La sanidad del Ejército Republicano del Centro. Los Médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española*, Monografías Beecham Saned, Madrid, 1986, pp. 41-42.
13. Félix Martí Ibañez, «Sanidad, Asistencia Social y Eugenesia en la Revolución social española», Rev. *Estudios*, p. 34.
14. Amparo Poch y Gascón, «Temas de la Revolución», *El Sindicalista*, Madrid, 12-8-1936, nº 54, p. 1.
15. Amparo Poch y Gascón, op. cit., p. 21.
16. Comandancia Militar de Milicias. Nómina de Pagaduría. Batallón 1º y 2º del Regimiento nº 9, Angel Pestaña. Calle San Bernardo, nº 8 y Zurbarán, 11. Octubre a diciembre, 1936. A. H. N. G. Salamanca. Sig. 786 S.M.

17. José Estellés Salarich, op. cit., p. 45.
18. Orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 26-81936. *Gaceta de Madrid*, 27-8-1936, nº 240, p. 1509.
19. «Nuestra Compañera Amparo Poch y Gascón», *El Sindicalista*, Madrid, 21-8-1936, p. 4.
20. «El mitin en el Olympia», *Solidaridad Obrera*, 11-8-1936, pp. 4-5.
21. «Victoria Kent ante el micrófono», *CNT*, 13-8-1936, p. 2.
22. «La diputado socialista, Margarita Nelken, ante el micrófono del Ministerio de la Guerra», *El Sindicalista*, 27-8-1936, p. 4.

CAPÍTULO IX

Las milicianas

Son numerosas y jóvenes y van ataviadas con monos azules, y lucen sobre sus cabezas pañuelos rojinegros, y lazos del misino color, o gorros militares de campaña.

Penden de su cinturón una pistola o de sus hombros un fusil. Jamás estuvieron tan bellas, tan seductoras, que en estos momentos que sus ojos irradian hacia el exterior todo el fuego luminoso de sus ansias de libertad.

Tierra y Libertad

Desde los primeros días de la guerra civil, el periódico *Frente Libertario* emprendió una campaña en pro del alistamiento de la mujer en las milicias obreras. Los llamamientos surgieron de organizaciones sindicales y partidos. Los muros de avenidas y calles se cubrieron de carteles que llamaban a la lucha echando abajo prejuicios inculcados secularmente: La guerra es cosa de hombres. Muchos tabúes iban a derrumbarse y aquellas mujeres republicanas, que habían logrado la reivindicación de sus derechos otorgados por la Constitución, vieron claro que el combate debían librarlo al lado

de los hombres. El mono azul fue el uniforme de las milicias populares, hasta que el decreto de 10 de octubre de 1936 las transforme en el llamado Ejército Popular Regular. Las primeras milicianas que vistieron el mono azul, símbolo del proletariado, gorro cuartelero con una borla roja, y mosquetón al hombro, o pistola al cinto, fueron las mujeres libertarias, pronto secundadas por las socialistas y las comunistas. Aunque estos últimos no veían con buenos ojos la incorporación de sus mujeres a la lucha armada, en el madrileño Paseo de Rosales se instruían y adiestraban en el ejercicio de tiro las jóvenes milicianas que formaron parte de la primera sección del batallón femenino del famoso Quinto Regimiento.

En un clima indescriptible de exaltación, las milicianas se enrolaron inmediatamente en las milicias populares y salieron para los distintos frentes de guerra. Sobre la marcha practicaron, como los hombres, toda suerte de ejercicios militares. Rosina Entrialgo, un tanto deslumbrada, recuerda: vino a la vida un nuevo tipo de luchadora por la libertad, desconocido hasta entonces, que surgió con la revolución para oprobio del enemigo y ejemplo para el amigo. Y, testigo de la época, nos cuenta cómo eran y de dónde venían: «Generalmente, tratábase de una jovencita, obrera, empleada o estudiante, que, ornada su sensibilidad liberatriz y clasista por las prédicas de su Sindicato o de su Agrupación política o filosófica, viendo en peligro sus caros ideales, no podía entregarse resignadamente a la dejación de éstos y se prestaba a defenderlos con su vida. Añadamos que esta jovencita obrera, empleada o estudiante, tenía encuadrado en las filas antifascistas a su padre, a sus hermanos y algún deudo más. Iba ella, pues, a la lucha impulsada por dos sentimientos a cual más magnánimo: el de la libertad y el de la familia». Observa que las milicianas supieron batirse como hombres, al lado de ellos, por la causa de la libertad y de su pueblo.

Y aclara: «Pero registremos un hecho altamente halagador: que las mujeres que desde el primer comienzo de la lucha contra el fascio se alzaron en armas contra éste fueron numerosísimas.

»Y agreguemos que a casi todas les seguía el anonimato, y que sus proezas no trascendían más allá del teatro de la guerra».¹

Muchas milicianas eran adolescentes como Victoria López Práxedes, de 16 años, que murió combatiendo en el sector de Talavera. Y Lolita Maíquez, inmortalizada en la *Crónica General de la Guerra de España*: «disparaba el enemigo a descargas cerradas inútiles. Pero del suelo recogían un cuerpo inerte. Era Lolita Maíquez. Solo tenía 16 años. Me había leído la carta última de su mamá, contenta de saber que muy pronto tendría permiso para volver a Madrid. En la carta le decía: “Dime si es cierto cuando vienes para ir a la cola a buscar carne”. La madre es vendedora de periódicos y ella era aprendiza de modista. Se había portado como un héroe en el combate del día 22 de septiembre. Era pequeña, una muchacha seria y simpática. De su parapeto había cruzado al vecino para buscar unos gemelos y observar al enemigo. En el punto más alto del cruce, si no se arrastra uno, se pasa a la descubierta. Fue imprudente y cayó, sin una palabra, sin sangre».²

Pero no todas las milicianas eran jóvenes. Inés Fernández—Vado, casada con el hijo de Angel Ganivet, había nacido en 1900. Cuando se incorporó al frente el 23 de julio, tenía 36 años y seis hijos, el mayor de veinte años. Era practicante y desde el puesto de socorro de Guadarrama, subía hasta las primeras líneas de fuego a recoger a los heridos. En una de sus temerarias salidas fue gravemente herida y permaneció once horas hundida en un charco de sangre y barro, soportando una lluvia torrencial, hasta que la descubrieron unos milicianos. Sus compañeros de lucha declararon a la prensa:

«Es un perfecto soldado del ejército popular». Y al despedirse de la enferma, en el hospital, se cuadraron ante ella con un:

«Salud, mi teniente».³

Libertad Ródenas tenía 54 años, cuando se incorporó a la primera columna Durruti que partió para el frente de Aragón. Para Durruti contar con esta mítica mujer debió ser como llevar el mascarón de proa de la lucha contra el terrorismo de Martínez Anido y de Arlegui, en aquella Barcelona trágica de la ley de fugas, del sindicato libre o del crimen de la patronal, contra los luchadores obreristas. En *Tierra y Libertad* podemos leer, en unas escuetas líneas, el vivo compendio de su lucha: «Es como una bandera en pleno huracán, vieja militante de la primera hora, lleva en su sensible corazón de madre y de revolucionaria el clamor de todos los oprimidos, conoció el hambre y el trabajo agotador, la trinchera y la línea de fuego. Lucha y espera».⁴

¡Cuántas muertes de hombres y mujeres, en flor, apenas adolescentes, inexpertos, sorprendidos por la descarga de la muerte de una guerra fratricida! Los anarquistas estimulaban el valor de la miliciana: «Queridas compañeras: no dudamos que la tarea será dura; pero confiamos que vuestra energía y vuestra juventud saldrán triunfantes de la pelea. Vuestra valerosa acción ha sido un magno ejemplo de solidaridad y de amor que os hace dignas de todas las estimas del movimiento libertario».⁵ Lástima que tuviera que llegar una guerra para que los hombres admitieran y manifestaran el reconocimiento al valor de la mujer.

Edward Knoblaugh, corresponsal norteamericano de guerra en España, escribió, asombrado del valor de las milicianas y del brillante papel que jugaron marchando con sus hombres al frente: «Nunca se ha dado tan gran numero de mujeres —ejemplar único el de la mujer

española— que haya vestido uniforme y marchado al frente. Siguiendo la tradición de las mujeres españolas desde tiempo inmemorial, esposas, hermanas de muchos milicianos leales se levantaron en armas en compañía de sus seres queridos. No les faltaba valor, y, en muchas ocasiones, convirtieron las derrotas en victorias, por la fuerza de su ejemplo. Los hombres, cansados de guerrear, desmoralizados y vacilantes al enfrentarse con fuertes ataques, eran espoleados por estas bravas amazonas, que les tachaban de cobardes cada vez que mostraban signos de debilidad y que les vitoreaban cuando reanudaban la contienda con redoblado valor.

»Mi propia criada, una viuda joven cuyo novio y dos hermanos luchaban en el frente, se puso un mono azul —el uniforme de los leales al principio de la guerra— y tomó parte en el asalto al cuartel de la Montaña, en la toma de Guadalajara y en la defensa del Alto de los Leones, al norte de Madrid. Al igual que la mayoría de las españolas, no sabía nada de política. Ni siquiera sabía leer. Pero le bastaba saber que su novio y hermanos estaban en peligro para, en el acto, sentir deseos de combatirlo con ellos».⁶

Este gesto fue muy frecuente. Libertad Ródenas marchó al frente con la columna Durruti, en la que iba su hermano Progreso; Pepita Vázquez Núñez, después de intervenir en la toma de los Carabancheles, entraba el 22 de julio de 1936, junto a su compañero en Somosierra, con los milicianos de Paco Galán; allí se ganó el título de «Capitana de Somosierra». Muchas de ellas, antes de salir para los frentes, lucharon en las barricadas y combates callejeros. «En todas las barriadas de Barcelona se vio a mujeres de los más inocuos y pacíficos oficios —dueñas de humildes mercerías y cacharrerías— que aprendían y empleaban el manejo del fusil en diez minutos»,

informaba *Mujeres Libres*. Otras, tras las barricadas ofrecían los primeros auxilios a los heridos, como Lola Iturbe en la barcelonesa Rambla de Santa Mónica, cerca de Atarazanas frente al puerto. Ella recibió el cuerpo sin vida de Francisco Ascaso, sólo pudo empapar el periódico *Tierra y Libertad* con la sangre del miliciano aragonés, caído por la libertad. Conxa Pérez, con su compañero, participó, en el ataque al cuartel de Pedralbes, y finalizado el asalto organizaron una centuria que llamaron Los Aguiluchos de las Corts. Partieron para el frente de Aragón, integrándose allí en la columna Ortíz. Conxa Pérez participó en los combates de Belchite y más tarde en los de Almudévar. Enriqueta Falcó, de Barcelona, se casó en el aeródromo «Alas Rojas» del Prat, «para poder acompañar a su hombre». Allí estaban también las milicianas Dolores Gardiola, de Jumilla, y Baltasara Cazveco, de Tarazona de Aragón; las tres compartieron con sus compañeros, «las penalidades de la campaña». Manuela Gavilán y Manuel Verdial se alistaron en las filas del «Batallón de Acero». Pepita Carpena, estaba dispuesta a seguir a su compañero; de hecho fue el mismo Durruti, quien al verla tan joven, la hizo bajar de uno de los camiones dispuestos a emprender la marcha hacia el frente de Aragón:

«—Tú, pequeña, ¿qué haces ahí?

—¡Me voy con vosotros al frente!

—¡No!, tú te quedaras aquí, que hará falta gente en la retaguardia para los trabajos necesarios, comedores para los milicianos y hacer listas de voluntarios al frente. Aquí, serás de más utilidad».⁷

Unas milicianas estaban en el frente por puro idealismo, como Angelina Martínez, estudiante, de las Juventudes Socialistas, que tomó parte en el asalto al cuartel de la Montaña y luego quería ir a

Segovia o al Alto de los Leones.⁸ Otras, para estar cerca de los suyos, como es el caso de Presi Carrasquer y su madre, que siguieron hasta La Zaida (Aragón) a sus hijos y hermanos, los revolucionarios Francisco y José Carrasquer. Muchas de estas madres y hermanas no tenían formación política, pero, ajenas a calamidades y peligros, seguían a sus hijos, por instinto, en la certeza de que su sitio estaba donde estuviesen ellos. Luego, cuando llegue la hora del exilio, los seguirán al fin del mundo.

La presencia activa de la mujer marcó nuestra guerra. El general Miaja sabía lo que hacía cuando enviaba a Federica Montseny a un sector del frente donde flaqueaba el entusiasmo combativo de la tropa. Federica exaltaba y conminaba a los combatientes: «¡Al frente, si tenéis c...! ¡A defender Madrid!» O simplemente: «¿Adónde vais?». Y el periodista soviético Mijail Koltsov, que sería víctima de las purgas de Stalin, en su libro *Diario de la Guerra de España*, evoca a María Teresa León en la carretera de Talavera «...bañada en lágrimas, con una pistolita en la mano, va de un fugitivo a otro, los exhorta a detenerse con palabras afectuosas y con otras ofensivas, invocando el honor revolucionario, varonil y español. Algunos le hacen caso y vuelven sobre sus pasos al combate».⁹ Teófila Madroñal, sargento del Tercer Batallón de la Primera Brigada de Choque, reivindicó el papel combativo de la miliciana: «Le diré que fueron las que arengaron a los hombres para que salieran a la calle. Las milicianas fueron valientes y el tiempo que permanecieron en el frente cumplieron como los hombres, en ocasiones tuvieron más arrojo que ellos. Las mujeres saltábamos las trincheras como demonios... Si las mujeres no salen a la calle, le repito, muchos hombres se cagan en los pantalones».¹⁰ Parecido criterio es el de la célebre Fidela Fernández de Velasco, más conocida como Fifí: «...lo que yo aprendí en el frente es que las

mujeres son más valientes que los hombres, más resistentes, aguantan más, incluso el dolor físico».¹¹ Remedios Garbullo combatía en la segunda columna del POUM, cuando cayó herida en el asalto de Huesca; su bravura en la lucha mereció de sus compañeros el calificativo de la pequeña leona. Y es que la guerra, como un huracán, lanzó a la mujer a una experiencia revolucionaria y, merced a la lucha oscura y denodada en la que se verá implicada, conquistará su identidad.

En la España del 36 «el ciego de los romances y aleluyas» era todavía un personaje popular, en ferias y fiestas, inmortalizado en los primeros años treinta por José Solana y Salvador Bartolozzi, con toda la carga de costumbrismo tremendista que imponía la figura. La popular literatura de romance y aleluyas de truculentos crímenes, cantados y vendidos públicamente por los ciegos, también llamados narradores de placeta, influyó en los escritores y poetas de la Generación del 98 y del 27: Valle—Inclán, Machado, Baroja, Lorca, Alberti. Parecido interés llegó a concitar en el Madrid heroico, el vendedor ambulante de mapas, donde las gentes seguían el curso de la contienda. Al pregón de «¡El mapa detallado! ¡Barato y práctico!» acudían los espectadores deseosos de conocer la configuración del frente y la marcha de los combates. Los mapas habían estado siempre en las escuelas, en los despachos, en las estaciones de ferrocarril y en las tiendas de campaña de los generales que dirigían las guerras, pero no habían ganado la calle. Pero es que tampoco, como escribía Claudio Laín: «...nunca como ahora estuvo en ella todo el interés nacional, toda la inquietud y el ansia de un pueblo... Desde que comenzó la lucha, los mapas se han aireado, ganando intensidad a la luz soleada de todas las avenidas urbanas... Las calles están ahora llenas de vendedores de mapas. En las verjas, en las vallas, en las esquinas donde antes aparecía la Guía del Madrid de noche,

cuelgan ahora los mapas de España, grandes y pequeños, sencillos y coloreados». ¹² Algunas organizaciones colocaron mapas en los portales de su sedes. Las gentes se agolpaban frente a ellos o alrededor de los improvisados puestos, espacios que se convertían en foros de discusiones apasionadas, de comentarios que generaban el interés y la curiosidad, el pesimismo o el optimismo, al enumerar con entusiasmo, en plan triunfalista, el terreno que iba recuperando la República. Los espectadores eran bellas muchachas, chicos, oficinistas, milicianos, extranjeros, estudiantes. Los clientes de la pedagógica y bélica mercancía no sólo eran hombres; al cronista le señalan que se «venden también muchos mapas a las mujeres». Ellas, tan desgarradas por los acontecimientos, con sus hombres esparcidos por aquellos frentes de papel, intentarían localizar sus posiciones, sus regimientos, sus columnas, en el panorama coloreado de ciudades, sierras, ríos y macizos en relieve, tan cerca y tan lejos del corazón, aventurando todo tipo de consideraciones ante aquel papel, donde hiperbólicamente localizaban a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos, a sus compañeros. ¡Ay! Por algo el cronista subraya: «Las mujeres se interesan mucho ante los mapas expuestos y discuten airadamente».

Nadie que vivió o presenció el desfile por el madrileño Paseo del Prado de los batallones de milicianas, en formación marcial camino de la Sierra de Guadarrama, o en el barcelonés Paseo de Gracia, entonces avenida de Pi y Margall, la salida de las columnas de milicianos/as voluntarios hacia el frente aragonés, ha podido olvidar la imagen de exaltación de aquella muchedumbre enardecedida por la Revolución. La hemos visto en fotografías, documentales, carteles; pero sobre todo a través de sus testimonios tan frescos como si fuesen vivencias de ayer. Momentos irrepetibles en la historia de un país, daguerrotipo sonoro, orquestado por la música de los altavoces

desgranando vibrantes himnos y canciones revolucionarias: *Hijos del Pueblo, A las barricadas, Els Segadors, La Internacional, Joven Guardia, La Marsellesa*. Mecido por un mar de banderas rojinegras, rojas, republicanas, catalanas. Los monos azules, de tela de Mahón o de terliz, símbolo del proletariado, ascendidos a uniforme heterogéneo de las milicias populares, pañuelo rojo, gorro y armas tan dispares como el improvisado uniforme. ¡La miliciana vestida de hombre! ¡Mezclada con los hombres! ¡Defendiendo la libertad como los hombres! ¡En camiones camino del frente con los hombres! Nada desentonaba en aquella abigarrada muchedumbre, embriagada por la magia de la revolución, con la esperanza al rojo vivo de un nuevo orden social, donde todos se sentían protagonistas. Lola Iturbe, corresponsal de guerra en el frente del semanario *Tierra y Libertad*, con carné del Comité de Milicias Antifascistas, ha reivindicado los nombres de aquellas milicianas enardecidas, que desfilaron por el paseo de Gracia rumbo al frente de Aragón:

Carmen Crespo, que cayó en un ataque en la toma de la Sierra de la Serna; Pepita Inglés, cartagenera, en el frente se incorporó a la sección de tanques, fue fulminada en la Sierra de Alcubierre, víctima de una trampa de los fascistas: «¡No disparéis, que nos pasamos con vosotros!» Y tantas otras, como Kasilda Hernández Vargas, de San Sebastián, Gregoria Lozano, Julia Miravé, Lina Imbert, Joaquina Dorado, María Bruguera, Gracia Ventura, Suceso Portales. Sin olvidar a las mujeres extranjeras que actuaron de milicianas, enfermeras, corresponsales, fotógrafas... Algunas habían llegado a Barcelona para asistir a las Olimpiadas Populares organizadas en 1936, como réplica a los Juegos Olímpicos del Berlín hitleriano y se quedaron. Otras vinieron con las Brigadas Internacionales a España o en solitario, directamente a combatir por la causa del pueblo español; unas y otras se incorporaron a las columnas que salían hacia los

frentes, y después han escrito sus vivencias en libros luminosos.¹³ Recordamos a Emilienne Morin, la compañera de Durruti; a las fotógrafas Kati Horna, Tina Modoti y Gerda Taro, nacida en Rumania, compañera del fotógrafo Capa, caída en el frente de Brunete; Giovanna Caleffi, María Luisa Berneri, Mary Low, Clara Thalmann, Mika Etchebéhere, capitán de la 14 División; Colette Audry, Eta Federn, colaboradora de *Mujeres Libres*; a la holandesa Fanny... Quizá la más famosa sea Simone Weil, figura cumbre del pensamiento del siglo XX. Su figura, de una delgadez, evanescente nos ha quedado en una fotografía en las Ramblas de Barcelona, luciendo el mono azul con las iniciales de la CNT y el gorro de miliciana.



Simone Weil

La sabia y mística mujer, que siempre fue crítica con todos los credos, llegó a Barcelona a luchar contra el fascismo, pidiendo un puesto de peligro en el frente, pero sus compañeros dada su

extrema fragilidad no estaban dispuestos a arriesgar su vida aunque no tuvieran antecedentes de su erudición. En 1940, la misma actitud mostraría la comprometida mujer en Londres, pidiendo al Comité de Francia Libre una misión de peligro.

En el frente de Aragón la nombraron ayudante de una cocina de milicianos, que ella, disciplinada, aceptó sin rechistar. Un accidente retiró del cargo a «la virgen roja», que murió a los 34 años, en 1943, víctima de su altruismo con los desheredados del mundo. Uno de sus libros *La condition ouvrière* (La condición obrera), está escrito desde su experiencia. Profesora en Le Puy, trabajó en la vía férrea y más tarde en una fábrica entre mineros y metalúrgicos, poniendo su sueldo de docente a disposición de sus compañeros de ideas.

Había quien no contemplaba con buenos ojos la presencia de la mujer en los frentes, al considerar que invadía un campo acotado, como era el de la guerra. En un reportaje que contiene la calidez de lo inmediato, se refleja bien la situación de la legión de milicianas que combaten en todos los frentes junto a los hombres, con un valor ejemplar y una resistencia para la lucha verdaderamente increíble. Habían desertado de las fábricas, los talleres, las tiendas, las oficinas, para conquistar a tiro limpio la libertad entre los roquedales de la Sierra. En el cuartel del 5º Regimiento de Milicias Populares aprendieron pronto a manejar un fusil. «Las milicianas han regado con su sangre los caminos por los que se va a la salvación de la patria —escribía el cronista de guerra—. En las avanzadillas más peligrosas, unas han ofrendado su vida por la República de los trabajadores, y otras, alcanzadas por las balas traidoras, esperan ahora, en la cama de un hospital cualquiera, la curación de sus heridas para volver nuevamente al frente, dispuestas a darlo todo por la conquista definitiva de lo que defienden». Pero aunque admitía que

contemplar el temple valeroso de las combatientes constituía un espectáculo hermoso y aleccionador, su misión, su puesto, como había dicho Indalecio Prieto, estaba en los hospitales, en las cocinas, en las fábricas.¹⁴ Al mes de estallar la contienda se empezaba a poner en entredicho el papel de la mujer miliciana en los frentes. «Sobrando, como sobran, hombres para combatir, la mujer es infinitamente más útil en labores de retaguardia que provista de un fusil en las líneas avanzadas».¹⁵

La imagen de la mujer trabajando en las brigadas de fortificaciones, montando guardia en los picachos de la sierra, luchando en las trincheras, capitaneando ametralladoras, como Encarnación Hernández Luna, o en los hospitales de campaña, cerca del fragor de las batallas, recibiendo la carga vulnerada de la juventud destrozada en los frentes, era la viva estampa de la revolución española. La miliciana surge como una flor, como una estrella fulgurante, rompedora, frente a su estático papel tradicional. Sin embargo el de cantinera había existido en nuestros ejércitos, como en los napoleónicos. Figura legendaria y denostada que seguía en la guerra a las tropas, prestando diversos servicios a los soldados que combatían. En *Memoria de lo ocurrido en Zaragoza*, publicado en Madrid en 1808, se lee: «Las mismas mujeres se presentaron junto a los cañones que cebaron, dando sin cesar agua a los artilleros que no podían resistir más, animándoles con la expresión más tierna». Esa bravura es la que asombra al mariscal Lannes, que en carta a Napoleón le dice: «He visto mujeres que se dejan matar en la brecha». A Napoleón en la mañana gloriosa de Lodi, su ayudante Ferrier le oyó decir: «Un tambour et une vivandiere» (Un tambor y una cantinera). Esto pedía el corso para conseguir la victoria. Fray Joan de Serrahima al tratar la participación de los obreros en las luchas políticas en el período Constitucional de 1820 a 1823,

describe: «El pueblo de Barcelona estaba tan corrompido, que hasta las mujeres tiraban de los cañones para subirlos a las murallas. Se hicieron, además, algunos escuadrones de milicianas, que iban armadas con picas y habían de servir para dar asistencia a los heridos». ¹⁶ En la guerra de África de 1859—60, la cantinera vestía el uniforme de su regimiento, con derecho a la ración y préstamo o sueldo del soldado. En el verano de 1921, en uno de los últimos combates en la zona de Carache, murió la cantinera Fidela Gómez, en quien el cronista ve una forma de feminismo muy peculiar: «...compañera de los soldados, madre de ellos, consejera, Hermana de la Caridad, ha sido herida gravemente. Ella cumplía el oficio de la noble aventura, una de las formas más emocionantes del feminismo: ayudar al varón en los trances arduos...».¹⁷ En nuestra contienda existió la cantinera de la FAI. Iba a caballo o en mula, lo cual significaba, en las zonas de peligro, un riesgo añadido como blanco de las balas enemigas.¹⁸ En nuestros días las mujeres de Irán intentan reivindicar el papel de la cantinera, el 30 de junio, día de San Marcial, conmemoración de la victoria sobre los franceses en 1522, en que las mujeres en su papel de cantineras, participaron en aquella batalla del siglo XVI. En la plaza de Urdanibia se reúnen alrededor de 8.000 hombres y 19 cantineras, elegidas por votación, una por cada barrio, que pueden desfilar una sola vez en la vida. La polémica se reanuda cada año en la fiesta del Alarde ante la prohibición de que la mujer se integre en el desfile, por imperativos tradicionales.

La FAI también contó en sus filas con mujeres dinamiteras.¹⁹ La soldadera, en el antiguo castellano, era la juglaresa que danzaba y cantaba a sueldo y seguía a los guerreros, para divertimiento y solaz en los campamentos. En el México revolucionario pervivió la soldadera como una institución; la mujer formaba parte del botín,

como los bienes materiales y el ganado. El papel de la soldadera solía tener otros perfiles siniestros, como rematar a los heridos, cargar con los muertos o quitar las municiones a los agonizantes.²⁰

En la columna Durruti destacaron las milicianas: Julia Miravé, de quien nos ha quedado una bella imagen con la gorra de hule de la columna Durruti, Pepita Inglés, que murió en los montes de Villafría, Pilar Balduque, oficinista en el cuartel general, en Bujaraloz, Carmen Lluch, escritora, de proverbial arrojo que hacía de cronista cuando se lo permitía la contienda. Antonia Portero cayó en Trijueque (Guadalajara), en marzo de 1937, con 18 años sin cumplir. Fue comisaria del Batallón José Díaz, en Villaverde. Sus extraordinarios dotes de valor y estrategia, la hicieron acreedora de la delegación política de la Compañía de Ametralladoras del 1^{er}. Batallón de la 2^a Brigada de la 11^a División. La malagueña Anita Carrillo, «capitán responsable de una compañía de ametralladoras». Más tarde, en la larga posguerra, la mujer asumiría excepcionalmente, el papel de guerrillera y, más frecuentemente, el de enlace de la guerrilla.

Además del carácter de ruptura y seducción que simboliza las milicianas en la sociedad española, sus muertes jóvenes irradian un carácter de inmolación y gesta que trasciende el sentir popular hasta convertirlas en heroínas del pueblo, porque cada una de ellas representaba la gesta de muchas mujeres caídas en los frentes y en la retaguardia, anónimamente. Del asombro popular que causa la mujer defendiendo su libertad y la de la colectividad, surgen los batallones con nombres míticos: Mariana de Pineda, Aída Lafuente. Lina Odena. Rosa Luxemburgo, Pasionaria, Margarita Nelken. Sus retratos, en banderas y estandartes, presidían las grandes concentraciones: manifestaciones, congresos, conferencias. La miliciana, con su contribución, responsabilidad y esfuerzo, quería

demostrar que era capaz de defender a la República, en el mismo plano de valor que el hombre. Ser como un hombre, no se olvide, era entonces el punto de referencia, para incorporarse a una sociedad de la que bahía estado excluida. Mauro Bajatierra, en una de sus vibrantes *Crónicas del Frente de Madrid*, escribió: «Yo he visto morir muchachas en esta guerra con el fusil en la mano, portándose como valientes. En Huermeces, en La Alcarria, a mi lado cayó una buena, linda y educada muchacha, llamada Mercedes Tot. En el Parque del Oeste vi combatir a una miliciana de Ávila, Julia Diez, con tanta valentía como los hombres». De la actitud de Nelken, digna de un hombre, en la defensa de Madrid en noviembre de 1936, escribió Gómez Hidalgo «...no me sorprendió la noticia de que, olvidando su condición de mujer, Margarita había quedado en Madrid, para proceder como hombre, en tanto que algunos hombres habían escapado con apresuramientos de mujer».²¹ Y es que el dique social que dominaba el caudal de dinamismo de la mujer, saltó hecho añicos y se incorporó al frente de la vida y de la guerra por derecho propio. En el Casal de Esquerra Francesc Maciá, de Barcelona, se formó la centuria femenina Suñol y Garriga que formaría parte de la columna Francesc Maciá. La abanderada de esta unidad era María Carrete y Margarit. En las fotografías de la época las vemos desfilar rigurosamente uniformadas, trajes oscuros de paño y buen corte. O el disciplinado batallón de las milicias del Secretariado Femenino del POUM, adiestradas por técnicos militares en el Cuartel Lenin, en Barcelona. Nada que ver con las columnas de las mujeres libertarias, en ocasiones con el correaje y las cartucheras colocadas encima de la bata o la falda de percal, la blusa de mezclilla o el jersey a rayas. La diversidad del popular vestuario delata su extracción social, en donde se adivina el arrebato de quitarse apresuradamente el delantal de la faena para seguir el impulso de su corazón, la llamada

de la causa del pueblo que, en aquellos momentos alumbraba sus vidas.

Nunca un conflicto bélico estuvo tan encuadrado en la poesía como la Guerra de España. El romance, de viva tradición popular, fue la forma de expresión para reflejar el heroísmo de nuestras gentes. Aunque pudiera parecer un anacronismo el empleo del romance, escribió Juan Gil—Albert, en una guerra en que el avión, el tanque, el obús, la ametralladora exhibían la más alta gloria industrial de nuestros tiempos, competían con la otra España de modos de vida casi medievales, donde las yuntas de buey y el convivir con rebaños dentro del propio hogar era en muchos lugares una realidad, estas gentes, siempre perdedoras, sueñan con la revolución que los redima y luchan durante meses contra esa alta tecnología en una guerra de «intereses exteriores sobre nuestros país, la guerra, claro es, del fascismo internacional... de ese heroísmo y de ese amor, brotan la vida y la muerte, los inaprensibles temas que el poeta ha cantado en todos los tiempos».²² El soldado que escribe desde las trincheras, en populares romances, su sentido de la libertad, convertida en heroísmo, es el punto de encuentro del pueblo con el poeta. Allí se reconocen y sus rimas se hermanan en los semanarios del frente. Los nombres de los milicianos/milicianas se harían legendarios y nutrirían el rico venero del *Romancero de la Guerra Civil* o *El romancero de Mujeres Libres*: «Pérez Mateos», «Antonio Coll», «Durruti». Vicente Aleixandre, canta al «Miliciano desconocido».²³ Alberti escribiría la balada «La miliciana del Tajo», en *El mono azul*. Los poemas de Amparo Poch, durante la guerra, contienen el poderoso aliento evocador que le inspira la lucha del pueblo, como la «Canción Breve del miliciano muerto»:

Tenía un alma tosca, de niño sin escuela;
un alma luminosa, de cielo puesto al sol;
tenía una palabra sincera, humana y fuerte
y entre anhelos sin nombre, tenía un corazón.

Una quieta mañana de agosto,
el miliciano soñó la Libertad, la Paz... y se murió.

Una de las primeras gestas de la mujer miliciana la protagonizó Francisca Solano, enfermera de La Fuenfría, afiliada a organizaciones obreras. Desde muy joven desempeñó diversos empleos. Se alistaba el 24 de julio en el Círculo del Oeste, y dos días más tarde se convertía en la «heroína de El Espinar», en el frente del Guadarrama, al quedar al cuidado de un compañero herido a riesgo de caer en manos enemigas, como ocurrió. El poeta Francisco Giner la elevó a romance:

¡Alta Francisca Solano,
tu estabas fuerte y serena!
Por los ojos desmayados
te pasa la España nueva.

Encarnación Jiménez, lavandera malagueña, acusada de ayudar y lavar la ropa de los milicianos heridos, fue sentenciada a muerte por un consejo de guerra. Para las gentes de la zona sur del territorio republicano se convirtió en una nueva Mariana de Pineda:

¡Ay Encarnación Jiménez...
Malagueña humilde y proba!
 Te mataron, te mataron,
 fieras que a mi España asolan.
¡¡¡Porque a los pobres heridos
 tú les lavabas la ropa!!!

Lucía Sánchez Saornil describiría su muerte con brío y emoción en:
Romance de la vida, pasión y muerte de Encarnación Jiménez, la lavandera de Guadalmedina:

...Cambié ropas de «señores»,
 batistas finas y claras
 por ropas de miliciano
 oscuras y ensangrentadas.
¿Qué pecado han cometido
 mis pobres manos esclavas?
 Cambié de ropa, buen juez,
 que también los tiempos cambian.

Sangre y sudor como Cristo
 los hijos del pueblo daban.
 ¡Si yo supiera por qué!
¡Maldición de mi ignorancia!
 tan sólo sé que eran carne
 de mi carne atormentada.

Esto es lo que sé tan sólo.
 De lo demás no sé nada.

El río era el mismo río,
turbia como siempre el agua,
las mismas duras orillas
y la misma hambre insaciada.

Yo no sé nada, buen juez.
Estoy loca de palabras
y nadie acierta a decirme
por qué los hombres se matan...

Jacinta Pérez Alvarez, miliciana del «Batallón de Acero», herida de muerte, gritaba a sus compañeros: «¡Avanzad, seguid adelante, es sólo un mareo, yo os sigo en seguida!».

Rosario Sánchez Mora, con una mano volada por la dinamita, cuando preparaba rudimentarias bombas de mano fabricadas con botes de leche. Luchó junto a El Campesino y Líster. La dimensión humana del poeta Miguel Hernández corre pareja con su talla poética y social. Así, lo vemos enrolado como miliciano voluntario trabajando en fortificaciones en los primeros tiempos de la guerra, más tarde en la brigada del Campesino, Comisario de Cultura en Andalucía y Extremadura, y es él quien canta la gesta de Rosario, en un romance brioso y tierno:

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos defiera...

Lina Odena miembro de la Comisión Ejecutiva de las Juventudes Socialistas Unificadas, caía en el frente granadino de Iznalloz, tras resistir hasta agotar sus municiones. Con la última bala se quitó la vida, antes de caer en manos de una patrulla enemiga. El gran poeta Pedro Carfias cantó la gesta de la valerosa miliciana, y le concedió el título inmarcesible de compañera del pueblo:

Ni un terror en sus ojos
ni un temblor en su cuerpo.
Ante la muerte, tranquila,
triquila y seria ante el misterio.

Bala tras bala volcó su pistola
sobre el fascismo siniestro.
Sólo una bala dejó en la pistola
para su pecho.

¡Ay, Lina Odena, tan tierna, tan niña,
y ya compañera del pueblo!
Porque eras espiga en el campo,
porque eras suspiro en el viento,
porque eras espuma en el mar
y rayo de luz en el cielo
¡Ay, Lina Odena, se quejan y lloran
la tierra y el agua y el aire y el fuego!
Lina Odena, tan tierna, tan niña,
y ya compañera del pueblo!

El 19 de julio de 1936, Mujeres Libres preparaba el cuarto número de la revista. Pero, «La vida se paró en seco», escribirá Lucía Sánchez

Saornil, en su «Romance del 19 de julio». Todo quedó en suspenso para atender a los más apremiantes servicios de auxilio: los heridos, los niños y los refugiados. El trabajo en los hospitales de Sangre. Las visitas a los pueblos que se iban liberando de facciosos, en las provincias de Guadalajara y Albacete, en primer lugar, y para ayudar en la organización de las colectividades agrícolas. La formación de brigadas femeninas de trabajo, para sustituir a los compañeros incorporados a los frentes de guerra. Un servicio de enlace para transportar la correspondencia de los combatientes a sus familias. Comedores ambulantes.²⁴ La atención a los niños en hogares y escuelas, con nuevas asignaturas prácticas, como la de llegar a los refugios cuando empezaban los bombardeos. Las visitas a las familias que vivían en barrios situados cerca de la línea de fuego, para insistir en la necesidad de ser evacuados de Madrid a Levante o Cataluña. La atención a los refugiados que pronto empezaron a llegar a Madrid, huyendo de la represión en Castilla, Andalucía y Extremadura. La labor de captación para que las mujeres se incorporasen a servicios auxiliares. La organización de cursillos intensivos para enfermeras, maestras, de instrucción de técnicas profesionales, talleres de confección, guarderías infantiles en fábricas y barrios obreros.²⁵

Las necesidades de la guerra y el compromiso militante de Amparo Poch, Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada, transformaron la revista *Mujeres Libres* en un arma de combate. La publicación será el órgano de la Federación Mujeres Libres, con una proyección nacional e internacional, tanto desde el punto de vista ético como del estético. A través de sus páginas podemos seguir el curso de la Guerra Civil, vista desde la trinchera de la mujer. El cuarto número apareció en octubre, a los 65 días de la Revolución. El editorial glosa el tono, el ritmo y la táctica que la magnitud de los acontecimientos que sobrevinieron a partir del 19 de julio, obligaron a imponer en la

revista. Como todas las revoluciones sociales llevan al desfase de ideas preconcebidas, barriendo los nuevos vientos formas y conceptos, la revista se renueva y se incorpora a la lucha con espíritu de servicio. Al principio se habían dirigido a la mujer a través de pasquines, ahora la revista está de nuevo en la calle. Para lo inmediato se hace un periódico mural que se fija en lugar visible y transitado. En las vallas de las calles, se pegan carteles y avisos llamando a la mujer a incorporarse a la lucha: «Agrupación Mujeres Libres. ¡Mujeres! Los momentos que vamos a vivir son definitivos. Tenemos que defender nuestras vidas para hacer triunfar nuestro ideal. Ya no basta con confeccionar jerseys y cuidar enfermos; la retaguardia tiene que avanzar. Los fusiles nos esperan a todos. MUJERES LIBRES os lo ofrece para vuestro adiestramiento en sus campos de tiro.

»Para estos ejercicios acudid a inscribiros en Pí y Margall, 14. Madrid».

Otros carteles que llaman la atención en la vía pública, son los del anuncio de los Liberatorios de Prostitución que organizaba la Agrupación con cuatro puntos en su programa:

- 1º. Investigación y tratamiento médico—psiquiátrico.
- 2º. Curación psicológica y ética para fomentar en las alumnas un sentido de responsabilidad.
- 3º. Orientación y capacitación profesional.
- 4º. Ayuda moral y material en cualquier momento que les sea necesario, aun después de haberse independizado de los liberatorios.²⁶

Tras un tiempo de acercamientos y proyectos comunes, las agrupaciones Mujeres Libres, de Madrid y el Grupo Cultural Femenino, de Barcelona, unificaron criterios y en septiembre de 1936 se producía la fusión, que iba a generar notable influencia y honda repercusión social. En Barcelona, al estallar la sublevación, la Agrupación de Mujeres Libres estableció comedores colectivos en las barriadas y organizó la «Columna Mujeres Libres» que, con máquinas de lavado y planchado, actuaría en los frentes. Organizó cursillos de enfermeras y de puericultura, y algo esencial en aquellos momentos del Madrid asediado: el envío de víveres a la capital. La Agrupación de Mujeres Libres formaba parte del Frente de la Juventud Revolucionaria y del Comité de Refugiados.

Desaparecidos los últimos reductos de la sublevación, en la zona republicana, con los frentes de guerra estabilizados, la vida cotidiana entró en otra dinámica que llevaría a miles de mujeres a unos puestos de trabajo habitualmente ocupados por los hombres. El 1 de agosto de 1936, Mari Pepa Colomer, era nombrada teniente de Aviación Militar y profesora de la Escuela de Pilotos Aviadores de Cataluña. En otoño se le confiaba la primera misión bélica. Desde 1934 era profesora en el Aero—Club Popular de Barcelona. Junto a ella estaba Dolores Vives, otra pionera de la aviación femenina en España. Pero estas aviadoras de guerra se negaron a llevar a cabo misiones violentas.²⁷

Mujeres Libres a mediados de diciembre de 1936, ponía a sus asociadas a disposición del Comité Revolucionario de Tranvías de Barcelona, para prestar servicio como conductoras. Tras su jornada laboral las jóvenes aprendían el manejo de la manivela por los raíles de la ciudad.²⁸ Otra novedad fue la de conducir automóviles. Hasta entonces este deporte era exclusivo de la mujer burguesa. La

Agrupación Mujeres Libres abrió una «Escuela de Chóferes», asistida por el Sindicato de Transportes, en Madrid, para ser útiles en los Servicios de Sanidad en la retaguardia. Ante la negativa del Ministerio de Obras Públicas de concederles, a las nuevas conductoras, el documento acreditativo gratuitamente, cada cual se pagó los doce duros que costaba el carnet.



Mujeres Libres en la escuela de chóferes

Dalia, una de ellas, escribió una letra, que se convirtió en festivo himno, con la música de *Los nardos*, del maestro Alonso. En clave de humor ponía en solfa la inexperiencia de las novatas, convertidas en el terror de los viandantes, al perseguir en sus carreras hasta las farolas de la calle de Alcalá:

Por la calle de Alcalá
las Mujeres Libres van
conduciendo con el «Opel» de la Escuela...

Pare usted pronto el automóvil.

Deme aprisa su carnet.

Toma, velo examinando...²⁹

Se abrió para la mujer un campo de experiencia casi ilimitado, que la comprometía a un protagonismo cívico sin precedentes, para el cual, teóricamente al menos, no estaba preparada. La inmensa mayoría eran mujeres formadas para una vida tradicional, donde se les vedaba cualquier iniciativa personal. En estas circunstancias, asumirán responsabilidades en todos los terrenos y desempeñaran un papel decisivo en la lucha antifascista, especialmente, en la retaguardia. Factor importante juega la confianza que la situación obliga a concederle y así saca a flote una capacidad organizativa, de combatiente, inaudita. La mujer arará los campos, que los hombres han dejado para coger el fusil, conducirá tranvías, camiones, organizará la Defensa Pasiva, estará al frente de centros sanitarios, formará parte de los consejos obreros de las fábricas y cooperativas. Se asiste a un despliegue de energías hasta entonces inhibidas, que afloran tras el convencimiento de que aquél es el camino de la liberación. Esta oleada vital es la más agitada y apasionante que la mujer española haya vivido en toda su historia.

La Federación Local de Mujeres Libres, en Madrid, ante los problemas acuciantes del momento, establecería secciones de trabajo: Transporte, Metalurgia, Servicios Públicos, Vestir, Trabajos Domésticos, Sanidad, Comercio y Oficinas y otra Móvil, dispuesta a intervenir en cualquier otra actividad. En el orden orgánico, Mujeres Libres constituyó Agrupaciones por barriadas. Incluso en las más

cercanas a las trincheras disponían de una Agrupación, y las que habían sido evacuadas actuaban en otros lugares.³⁰

La mujer desplegó una actividad asombrosa dentro de la secciones y secretarías femeninas de sus partidos o desde los sindicatos, ateneos, comités, asociaciones: La Dona a la Retaguardia (La mujer en la Retaguardia), Ayuda Infantil, Asociación Pro Infancia Obrera, Unión de Muchachas, Agrupación Femenina de Cooperadoras de Cataluña... Revistas como *Mujeres*, en Valencia; *Pasionaria* en Madrid y Valencia; *Companya*, en Barcelona... subvencionadas por el Ministerio de Propaganda, por la Generalitat o el Comité Internacional de su partido.³¹

Otras organizaciones femeninas desarrollaban actividades paralelas. Para encauzar los constantes ofrecimientos de mujeres que pedían al Gobierno «cooperar en la defensa de la República», Manuel Azaña firmaba un decreto, el 28 de agosto de 1936, por el que creaba una Comisión de Auxilio Femenino, delegada del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que estaría constituida por Dolores Ibarruri, Emilia Elias, Encarnación Fuvola, Yvelín Kahn, Anunciación Casas, María Rubio de Sirval, Isabel Ovarzábal y Victoria Kent. Mujeres de distintas tendencias integraron esta Comisión. Carteles, periódicos murales, octavillas, emisoras de radio, llamaban a la mujer a incorporarse a la lucha: «Tú, mujer... Vosotras, mujeres, podéis hacer mucho. Las Mujeres Antifascistas luchan y trabajan en el frente y en la retaguardia. Ven con nosotras. No importa que seas comunista, socialista, anarquista, republicana, o sin partido; nos unirá un denominador común: ¡el odio al fascismo!

»¡Obreras, campesinas, intelectuales, simplemente mujeres! ¡Madres! ¡Ingresad en las Agrupaciones de Mujeres Antifascistas que

luchan sin descanso por la España de mañana, por un porvenir luminoso para vuestros hijos!». Trinidad Revoltó Cervelló, incorporada a las Milicias Antifascistas, participó en la expedición del capitán Bayo en el desembarco de Mallorca. Aurora Arnáiz, miembro del comité ejecutivo de las Juventudes Socialistas Unificadas, organizó la primera columna de las Juventudes que se parapetan en el Alto de los Leones, para enfrentarse a las tropas de Mola. Matilde de la Torre, ex—diputada a Cortes por Asturias, ocupa en septiembre de 1936 la Dirección General de Comercio y Política Arancelaria. María Carrete y Bargant, dirige la «Columna Femenina Suñol y Garriga». María Luisa Alfarsa y Coma, designada juez de la Instancia de Granollers, era la primera mujer que ejercía la judicatura en España. Tantos nombres relevantes, y tantos otros de mujeres destacadas por su activismo militante, en el mundo sindical curtidas en la lucha laboral en fábricas y talleres, y otras sufriendo todas las vicisitudes de la contienda, en la retaguardia, en la cotidianidad de las privaciones, las colas, los bombardeos. Todas en el mismo plano de valores que las mujeres que lucharon y murieron trabajando anónimamente, como aquellas veintidós lavanderas que quedaron muertas junto a las pilas del lavadero comunal en Brihuega, en un bombardeo de la aviación italiana.³² Y, ¿qué fue de aquellas ochenta y dos milicianas que figuran en la misma nómina que la Dra. Amparo Poch y Gascón, en los estadillos del Batallón Pestaña en el frente de Madrid?

Notas Capítulo IX

1. Rosina Entrialgo, «Tipos de retaguardia. La Miliciana», *Nosotros* (Portavoz de la Federación Anarquista), 20-1-1938, p. 7.
2. *Crónica General de la Guerra Civil*, Ediciones de la Alianza de intelectuales Antifascistas, Madrid, 1937, p. 179.
3. Luisa Carnés, «La nuera de Ganivet, enfermera de la República», *Estampa*, Madrid, 2-9-1936, Año IX, nº 452.
4. «Libertad Rodenas», *Tierra y Libertad*, 2-10-1937. P. 1.
5. «Milicianas. Las mujeres de la expedición», *Tierra y Libertad*, 7-8-1936, p. 3. ‘
6. H. Edward Knoblaugli, *Corresponsal en España*, F. Uriarte, Madrid, 1967, pp. 44-45.
7. Pepita Carpena Amat, *Toda una vida. Vivencias, Memorias inéditas*. Marsella (Francia), 1993.
8. Francisco Coves, «Angelina Martínez, la miliciana que tomó parte en el asalto al cuartel de la Montaña», *Estampa*, 1-8-1936. p. 20.
9. Mijail Koltsov, *Diario de la Guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 71.
10. Testimonio oral de Teófila Madroñal a A. Rodrigo. Montevideo, 3-31990.
11. Ingrid Strobl, *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, Virus, Barcelona, 1996, p. 54.
12. Claudio Laín, «Los mapas en la calle». *Estampa*, 5-9-1936.
13. Ver Mika Etchebéhere, *Mi guerra de España*. Marv Low, *Cuaderno rojo de Barcelona*. Frida Knight, *Memorias*. Duquesa de Atoll, *Searchlight on Spain*. Aránzazu Usandizaga, *Ve y cuenta lo que pasó en España. Mujeres extranjeras en la guerra civil: una antología*. Planeta, Barcelona, 2000.

14. Ramón Martorell, «Milicianas», *Crónica*, Madrid, 30-8-1936, s/p.
15. Indalecio Prieto, «La guerra en la retaguardia», *Informaciones*, Madrid, 17-8-1936. p. 1.
16. Josep Fontana lo traduce de Breve relación de fray Joan Serrahima, que se encuentra en el *Llibre de resolucions de la M.Rt. Comunitat* y varíes notes. Archivo de la Corona de Aragón, Monacales (Universidad), vol. 27, en su obra Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Ariel, Barcelona, 1983, p. 80.
17. José Ortega Munilla, «Fidela, la cantinera». *Chispas del yunque*, Madrid, 1923, pp. 23-24.
18. «Frente de la Alcarria. Dos cantineras de la FAI, encargadas de atender a los combatientes en la Sierra», CNT, Madrid, 22-10-1936, p. 8.
19. «¡Hoy os habéis cubierto de gloria, dinamiteros!», *El Sindicalista*, Madrid, 27-11-1936, p. 4.
20. María Teresa León, «La mujer que perdió el miedo», *Nueva Cultura*, Valencia, marzo de 1935, nº 1. Año III.
21. F. Gómez Hidalgo, «El General Miaja. Notas para la historia», *Mi Revista*, Barcelona, 13-9-1938, nº 49.
22. Juan Gil-Albert, «El poeta como juglar de guerra», *Nueva Cultura*, Valencia, marzo de 1937, nº 1, año III.
23. «*El Romancero de la Guerra Civil* tiene el sello de la autenticidad. Mucho mejor se ve a la verdadera España, que sabe luchar, triunfar y morir, a través de los romances, que por las noticias que se publican en los periódicos. Tanto me han socavado el alma que me puse a traducir los que tenía a mano. Ante varios grupos he leído algunos de los romances. Todos han quedado encantados. El poeta Archibald Mac Leish y el gran escritor John Dos Passos están dispuestos a traducirlos. Cuantos beneficios resulten de la venta del libro van para Madrid, para la causa por la cual luchan ustedes tan maravillosamente. Lo mejor de América vibra al ritmo de su heroísmo». Exito del *Romancero de la Guerra Civil*. Editado por el Ministerio de Instrucción Pública, *El Mono Azul*. (Ver p. 4-5 y 104-105) abril de 1938.

24. Mercedes Comaposada, «Origen y actividades de la Agrupación “Mujeres Libres”», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 27-3-1937, n° 11.
25. Mercedes Comaposada, op. cit.
26. «Liberatorios de Prostitución», *Mujeres Libres*, Día 65 de la Revolución. p. 2.
27. Antonina Rodrigo, *Mari Pepa Colomer, 1913*. La agenda de las Mujeres de la República, *Horas y Horas*, Madrid, 1996. En Alicante existía el Club Femenino de Aviación. Carpeta 111. P. S. Alicante. A.H.G.C. Salamanca.
28. «Las mujeres conducen tranvías», *Catalunya*, 25-2-1937. p. 3.
29. La Compañera X, «Mujeres Libres. La Escuela de Chóferes», *Umbral*, 24-4-1937, p. 13.
30. La barriada de Ciudad Lineal, mantenía una pequeña escuela de mecánica, para sus afiliadas. La de Cuatro Caminos, estaba dedicada a solucionar problemas de abastos. La de Delicias, mantenía un albergue nocturno de acogida, para las compañeras que no tenían casa. La de la Guindalera, disponía de un taller de Corte y Confección para niños. La de Lavapiés y Legazpi, talleres, clases elementales y de idiomas. La de Vallecas, clases y taller. Actividades análogas, mantenían las barriadas de Pacífico, La Elipa y La Latina. Rev. *Mujeres Libres*, (octubre de 1936).
31. Marga Betis, «Mujeres en la lucha», *Nosotros*, 16-12-1936, p. 7.
32. J. Izcaray, «Brihuega. El pueblo español invadido y libertado», *Estampa*, Madrid, 27-3-1937, n° 479. "

CAPÍTULO X

La defensa de Madrid

*...cuando se alteran los pueblos agraviados y resuelven
nunca sin sangre o sin venganza vuelven.*

LOPE DE VEGA, *Fuenteovejuna*

En Madrid, en septiembre de 1936, ya se dejaba sentir el relente desapacible del Guadarrama, y partidos y organizaciones promovían la confección de prendas de abrigo para los combatientes. Bajo el título *El frío es un enemigo peligroso*, el vespertino *La Noche de Barcelona*, daba cuenta de que las artistas del teatro Novedades y las actrices de la compañía de Marcos Redondo tejían jerseys para los soldados del frente. El Sindicato Unico de Profesiones Liberales de la CNT formó el «Comité Femenino de Solidaridad Libertaria», destinado a la confección de prendas para los milicianos, convalecientes, niños y mujeres. La sede estaba en el Paseo de Gracia, 35, donde se facilitaban las agujas y la lana. En Madrid, el Partido Sindicalista convocaba a las mujeres para que acudiesen al

local social, en San Bernardo 68, donde les facilitarían lana para tejer suéteres: «¡Madres, compañeras, hermanas! Acudid a este llamamiento para poner vuestro grano de arena en favor de la causa, por la que todos fervorosamente luchamos». ¹ Aunque sólo fuese por los numerosos y acuciantes llamamientos en la prensa, podríamos deducir el papel indispensable de la mujer en la guerra.

El otoño se presentaba con la inminente amenaza del ejército franquista de sitiar Madrid. En la primera semana de octubre, el líder anarquista Buenaventura Durruti llegaba a la capital, en un viaje relámpago, para solventar con el ministro de la Guerra, Largo Caballero, cuestiones esenciales con relación a la contienda. En declaraciones al rotativo *CNT*, Durruti afirma que la resistencia no se construye con palabras sino con fortificaciones. Un pico y una pala valen tanto como un fusil. Con referencia a los frentes del Centro insiste: «...es absolutamente necesario que se abra una red de trincheras, parapetos y alambradas; que se hagan fortificaciones; que todo Madrid viva para la guerra y entregado a su propia defensa... hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo». ²

Dos días más tarde, Federica Montseny, en un mitin en el cine Coliseum, con la misma gravedad que Durruti advierte: «Es preciso que Madrid se dé cuenta de que no está en la retaguardia, sino en la línea de fuego». La ciudad alegre y confiada, como ella la llama, tiene que aceptar la responsabilidad que representa ser el «...punto neurálgico de la lucha contra el fascismo». ³

La doctora Amparo Poch había denunciado la trágica toxicidad de los nuevos métodos imperialistas en las guerras: «Mujeres, ¿qué debemos hacer ante el gesto bélico que de nuevo hincha sus velas en el horizonte del Mundo? Ahora ya nadie puede quedarse a retaguardia; en las aldeas dolientes pero aun no invadidas; en las

ciudades unidas por fantásticos refugios subterráneos. Ya no vale esta vez querer jugar al escondite, porque los aviones se burlan zumbando detrás de las nubes que ellos fabrican; y los microbios vuelan a distancias grandes y los nuevos gases traspasan la ropa, la máscara y la piel».⁴

La defensa de Madrid constituía la gran preocupación, ante la proximidad de las líneas de fuego y la falta de armamento, frente al ejército franquista pertrechado por Alemania e Italia por mar y a través de Portugal. En un mitin organizado por el Frente Popular, en el madrileño Monumental Cinema, Pasionaria habla de la necesidad de un cinturón de hierro para defender Madrid, de fortificaciones y trincheras, para que Mola, el general faccioso, no pueda tomar café en Madrid el Día de la Raza —como el militar anunciaba— ni nunca y termina recordando a las mujeres que «...vale más ser viudas de héroes que mujeres de cobardes».⁵

Noviembre de 1936 es un mes erizado de acontecimientos decisivos para el devenir de la guerra. Francisco Largo Caballero, al tomar posesión de la Jefatura del Gobierno, había expresado su deseo de contar con la colaboración de la Confederación Nacional del Trabajo. La idea fue calando en las filas confederales. El hecho, por insólito en militantes anarquistas, dada su inveterada condición apolítica, produjo un profundo impacto en la opinión publica y desató la polémica en el seno de la organización. Federico Urales escribía en *Solidaridad Obrera*: «Antes que la victoria del fascismo, cualquier arreglo con los que, si no están con nosotros, están cerca de nosotros». Y Durruti proclamaba: «Renunciamos a todo menos a la victoria». En el mes de agosto, Federica había dicho en el mitin del Olimpia: «...seremos leales al pacto hecho con los demás sectores antifascistas, pero pedimos también lealtad; si no hay comprensión y

tolerancia de nuestras respectivas potencias, seremos destruidos, y es preciso evitarlo».

Para la cartera de Sanidad estuvo propuesta la doctora Amparo Poch, del sector trentista moderado de Angel Pestaña. También se barajaron los nombres del Dr. Pujol dentro del capítulo de la Sanidad y de Eduardo Barriobero para Justicia.⁶ Al parecer el sector faísta impuso el nombre de Federica Montseny Mañé, para Ministra de Sanidad, por esos cambalaches de la política y el prestigio personal, a la hora de representar cargos que entrañan una formación específica. Joan Peiró, obrero del vidrio, ocuparía el ministerio de Industria; Juan López Sánchez, el de Comercio y Juan García Oliver, del ramo de la gastronomía, el de Justicia, los dos primeros de la CNT y Federica y García Oliver de la FAI. Por primera vez gente del mundo del trabajo accedía a ocupar carteras ministeriales. Todos ellos, cuando abandonen sus cargos, volverán a sus respectivos trabajos, invalidando aquel axioma de León Tolstoi, en *Guerra y Paz*: Si queréis corromper a un hombre dadle autoridad.

El ministerio de la Guerra hizo pública la entrada de los cuatro anarquistas en el gabinete: «Convencido de que en el momento actual no debe quedar al margen del Gobierno ninguna de las fuerzas que luchan contra el fascismo, sino que las circunstancias exigen que las responsabilidades sean por todos compartidas y que cada una de dichas fuerzas se sienta directamente representada en el poder, el jefe del Gobierno ha aconsejado al del Estado la ampliación de aquél dando representación a la Confederación Nacional del Trabajo».

El desprecio y maniobras insidiosas tratarán de enturbiar la limpia trayectoria de estos luchadores libertarios tan ajenos a las manipulaciones de los políticos. Proclamaban que no se trataba de

perder su talante apolítico sino de valorar el momento crítico de reorganización que vivía el país, en el que no podían permanecer al margen. Todos conocían la persecución de que habían sido objeto, a través de su historia, por ser fieles a sus principios. La motivación que los llevaba al poder, en aquellos momentos, era plenamente coherente dadas las graves circunstancias que vivía el país. Todavía el 3 de enero de 1937, Federica Montseny tenía que recordar que los anarquistas habían entrado en el Gobierno «...para impedir que la revolución se desviase y para continuarla más allá de la guerra, y también para oponerse a toda eventual tentativa dictatorial, sea cual sea».

Presumiblemente, entre la diversidad de criterios que causó la llegada al poder de los confederales, la felicitación más congruente y entusiasta que recibió Federica Montseny, de una persona no vinculada a su ideología, sería la de Margarita Nelken, diputada socialista, la única mujer que había conseguido renovar su candidatura en las tres legislaturas republicanas de 1931, 1933 y 1936. Al día siguiente de la designación de la nueva ministra, con una generosidad solo comparable con su inteligencia y valentía, Nelken le enviaba un Mensaje a Federica Montseny, desde las páginas de *Claridad*, diario madrileño de la noche. La cita es larga pero vale la pena reproducirla pues en ella plantea, con visión certera, el clímax del momento y la necesidad de oír la voz de una mujer representante genuina del proletariado:

«Nunca más oportuna la entrada de una mujer en un Gobierno que en estos momentos. Y nunca más oportuno el que esta mujer sea, como Federica Montseny, representación

auténtica, mandataria directa e indiscutible de la clase trabajadora.

»No somos sindicalistas. Por marxistas convencidos somos y seremos socialistas, y ello independientemente del enmarcamiento dentro de un partido; pero creemos firmemente, tan firmemente como en la justeza de nuestra doctrina, que allí donde entre las masas trabajadoras un gran sector se halla organizado en filas sindicalistas, este sector debe ser siempre requerido para compartir la autoridad y responsabilidad del Gobierno. ¿Que no se acepta? Se le sigue requiriendo, invitando, presionando, procurando convencerle y, para ello, recorriendo hasta su encuentro, el camino que sea menester. No se trata de si esto gusta a unos, o si aquello desagrada a otros; se trata de reconocer los hechos tales cuales son, y de sacar de ellos, para bien del fin común, el mejor partido posible. La guerra que hoy sostenemos es una lucha —a muerte— entre dos clases; preciso es —preciso era—, por tanto, que todas las fuerzas de una clase se apiñaran, se fundieran, para aniquilar, a las que pretenden oprimir...

»A ese “marxismo” que ha sustituido a Marx por Knutzky y Henri de Mann, y gracias al cual los señores que en Suiza prohíben toda manifestación pública de simpatía hacia el Gobierno legítimo de España y el pueblo español en pie por sus libertades democráticas; y los señores que en Bélgica encarecían a un secretario de organización acusado de favorecer a sus camaradas de clase españoles; y los señores que en Inglaterra quieren seguir ignorando que el pueblo español es atacado por el fascismo internacional, pueden

seguir diciéndose socialistas; a ese «marxismo» por el cual Carlos Marx debe de estar revolviéndose en su tumba, claro está que no les alcanza la necesidad, más aún: el deber, de considerar siempre como a hermanos de clase a los trabajadores encuadrados en filas sindicales distintas de las nuestras. Podríamos, naturalmente, decirles, a los señores de esa clase de marxismo, que, no ya la Confederación Nacional del Trabajo, sino cualquier organización típicamente anarquista, y aun específicamente terrorista, estará siempre más cerca de los que son realmente militantes de clase, que aquellos que al socaire de un partido de clase, le sirven de baluarte y puntal postrero a la clase enemiga. Pero dejemos esto. Lo único que hoy pretenden estas líneas, que quieren ser de bienvenida y enhorabuena cordiales a Federica Montseny, es expresar la satisfacción de las mujeres trabajadoras y revolucionarias, sin distinción de matices, por las posibilidades de trabajo, de utilización de su inteligencia y voluntad revolucionaria, dadas a una de las mujeres que con mayor derecho las representan. Cuando las mujeres son llamadas a formar parte principalísima de la defensa de un pueblo, justo es que una mujer tome asiento entre los que rigen los destinos de un pueblo. Y cuando la lucha entablada lo es entre dos clases, justo es que sea una mujer expresión genuina de la clase trabajadora, puesto que nombrada por un importantísimo sector de esta clase, quien pueda, en los momentos decisivos, decir, con toda decisión: “Nosotras”, al hablar de nosotras todas».

Margarita Nelken sopesa la impresión que causará la noticia en el extranjero: una mujer ministro en España y evoca a Vera Figner, la gran mártir de la causa proletaria moscovita, empeñada en la defensa de los trabajadores, razón que la llevó a padecer veinte años de encarcelamiento, quince de ellos en rigurosa incomunicación. Nelken, en su homenaje a Federica, recordaba el mensaje que le dió Vera para los revolucionarios españoles, «...mensaje que hoy, en su nombre y en el nuestro, queremos trasladar a Federica Montseny, ministro del Pueblo: “¡Dígales que les deseo el triunfo!”».⁷

El 4 de noviembre de 1936, el mismo día que los cuatro miembros de la CNT entraban a formar parte del gobierno de Largo Caballero, asistían al primer consejo de ministros y en él se planteaba la necesidad de que el Gobierno abandonase Madrid. Las tropas del general Lrancó, desde el 1 de octubre autodesignado jefe del Gobierno en Burgos y Generalísimo de los ejércitos, estaba en Getafe, a las puertas de Madrid. El ataque final era inminente. Largo Caballero, ante el avance de las tropas enemigas, consideró que el Gobierno legítimo de la República, no podía quedar sitiado por el ejército fascista y decidió su trasladó a Valencia. Con él se fueron los políticos profesionales, los burócratas, los que hacían la revolución desde los veladores de los cafés, lanzando inflamadas consignas a la resistencia a ultranza. Durante unas horas se temió el derrumbamiento moral de la población civil.

La Alianza de Intelectuales tuvo la iniciativa de alejar del escenario de la guerra a sabios y poetas, como Antonio Machado, intelectuales y científicos, que no habían querido salir del Madrid asediado. Machado declaró al periodista Alvaro Real, del *Mundo Gráfico*: «Yo no me hubiera marchado. Estoy viejo y enfermo. Pero quería luchar al lado vuestro. Quería terminar una vida, que he llevado

dignamente, muriendo con dignidad». Para entonces ya había escrito con motivo del asesinato de Federico García Lorca, en Granada, en agosto de 1936, el poema *El crimen fue en Granada*, publicado en el semanario *Ayuda*. Antonio Machado, lejos de Madrid, siguió luchando al lado del pueblo, desde el frente de papel de la prensa y la radio. No obstante, en Madrid quedaron gentes comprometidas, intelectuales, artistas y gentes evacuadas que habían llegado a la capital huyendo de las masacres del ejército franquista, con las tropas moras en vanguardia. Se quedaba sobre todo, el jacarandoso pueblo madrileño, el que gritaba para retar al miedo: ¡Viva Madrid sin Gobierno! Gentes de Vallecas, de Lavapiés, de la Latina, de Chamberí... que soportaban los criminales bombardeos de los Junkers y los Capronis. Las grandes sindicales (CNT—UGT) movilizaron y organizaron prácticamente la defensa popular, centrada en la construcción de fortificaciones. El enemigo, con aguerridas tropas Áfricanas, y la Iglesia justificando en nombre de Dios aquella matanza humana, llegaba hasta Carabanchel, a Usera y la Casa de Campo. En el Ministerio de la Guerra, instalado en el Palacio de Buenavista, tan desasistido, mandaron sacar los tres viejos cañones del museo. ¿Qué podía hacer el general José Miaja, a quien el Gobierno encomendaba la defensa de Madrid y Vicente Rojo, jefe de su Estado Mayor, con el bravo pueblo que no sabía de técnicas militares ni de estrategias, que tenía que llevar sus propias armas para hacer frente al enemigo? Rojo, en su libro *España heroica*, dejó escrito: «Aquel día disponía Madrid, por toda reserva de conjunto, de una sección de 45 hombres, con dos ametralladoras y un mortero con 20 disparos, todo en camiones en la Cibeles, para acudir donde fuera preciso desde Vallecas hasta Humera... Se constituyó la Junta de Defensa, bajo la presidencia del general Miaja y se lanzó una consigna: resistir sin ceder un palmo de terreno. En

Burgos nadie dudaba de que Madrid caería. Franco había dicho que entraría en la ciudad sin disparar un tiro». El corresponsal del *New York Herald Tribune* comunicaba a su periódico que Madrid era «...una ciudad condenada... preparada para la matanza», en cuanto lo dispusiera Franco.

Para los resistentes de la ciudad sitiada, sin apenas armas y escasas municiones, ni tanques, ni aviones, la situación era tan desesperada, que el Quinto Regimiento lanzó un manifiesto, con parecidas disposiciones a las de la Guerra de la Independencia:

«Madrileños, si el enemigo consigue entrar en nuestras calles por algún sector de lucha, el pueblo de Madrid debe estar preparado para hacer imposible su avance, atacándole sin descanso en la siguiente forma: cada vecino de Madrid debe proveerse de botellas de gasolina, las cuales irán tapadas con algodones que se prenderán en el momento de ser lanzadas desde los balcones, ventanas, tejados, contra los tanques y camiones blindados que consiguieran penetrar por las calles de Madrid viejos, mujeres y niños, están a estas horas movilizados, para defender Madrid».

El heroísmo del pueblo de Madrid, el 7 y 8 de noviembre asombró al mundo. Franco, prepotente, había dicho a los corresponsales de guerra extranjeros: «Si supieran algo de técnica militar ni siquiera intentarían una defensa inútil». Y el pueblo obró el milagro y la llegada de las Brigadas Internacionales, gentes del mundo entero, de todas las razas, con otros idiomas, pero con el lenguaje común del antifascismo, como un esperanto unificador, consolidó la proeza. Y

venció Sancho Panza. Así lo define Mercedes Comaposada, como protagonista de aquel momento estelar de un pueblo:

«Es Sancho Panza quien defiende Madrid. Sancho el bueno, tocado del espíritu de Don Quijote. Sancho con sus barriadas de niños sucios, de mujeres ignorantes y hombres de coplas de pueblo.

»Mala literatura había envenenado su sangre; pocos conocimientos retrasaban su vivir. Y de pronto la defensa les pertenece, el Pueblo levanta armas, los peligros no detienen, se sobrepasa:

»Madrid es ya una Insula.

»Las minorías se han ido lejos; marcharon con los del orden, con los del nivel. Sólo un barrunto heroico ha quedado, sólido, labrado en años de lucha y de privaciones. No cuentan posibilidades ni cálculos estratégicos; el sentimiento vivo del pueblo, el sentido justiciero de Sancho, bastan. Se realiza la locura quijotesca de Sancho: del Pueblo.

»Son las barriadas madrileñas, tocadas de ateneos libertarios y de círculos socialistas, las que han defendido Madrid».⁸

Federica Montseny, la flamante ministra de Sanidad y Asistencia Social, se fue con el Gobierno republicano a Valencia, pero a las 48 horas regresaba a Madrid, por imperativo moral, a tiempo de vivir las trágicas y gloriosas jornadas de la defensa de la capital. La Junta de Defensa, creada el 7 de noviembre, se estableció en el Ministerio de la Guerra, que quedó convertido en cuartel general; allí

permaneció la ministra durmiendo en un camastro de campaña, en los sótanos del edificio. En aquellos días recorrió frentes, parapetos y trincheras. Y su fértil oratoria tuvo su mejor aliada en la radio. A través de los micrófonos se libraron grandes batallas que alentaban al pueblo y a los combatientes a la resistencia. Compañeras de aquellas duras y apasionantes jornadas fueron Margarita Nelken y la belga Marta Huysmans. El general Miaja, cuando un frente empezaba a flaquear, enviaba a levantar los ánimos a Nelken si era socialista o a Montseny si se trataba de milicias anarquistas. En otras ocasiones mandaba a Federica al arsenal de Albacete del que era responsable Ángel Pestaña, a buscar armas convencido de que a ella no se las negarían por ser Ministra de la República. A este respecto Federica apostillaba: «eso significaba ser ministro entonces».⁹ No en balde en el carnet de Ministro indicaba: «El Ministro portador de este documento podrá circular, así como su séquito, libremente por todo el territorio nacional, visitar todos los Centros civiles y militares (tierra, mar y aire) poniéndose a sus órdenes todas las autoridades encargadas de la vigilancia de los mismos. Quien pusiera obstáculo a este derecho será considerado como enemigo de las instituciones republicanas y entregado a las autoridades competentes para ser juzgado; se dará igual calificación a quien no prestare el auxilio que el Ministro reclamase». La colaboración de Federica Montseny y el de Margarita Nelken obtuvo el reconocimiento público, en tan graves circunstancias, del general Miaja:

«En esta campaña de levantamiento del espíritu ciudadano se distinguía una señora de nombre bien conocido. Se trataba de la diputado Margarita Nelken, que, visitando los frentes de batalla y recorriendo el casco urbano de Madrid, arengando a

militares y a civiles, en contacto permanente con el Estado Mayor de la Defensa, prestó eficaces servicios e inapreciable ayuda. También ayudó en esta función, con singular efectividad, Federica Montseny».¹⁰

Hay que destacar, asimismo, la actitud del general Rojo al exaltar el temple de la mujer durante el asedio de la capital, lo cual define la gran humanidad de estos dos generales, artífices de la defensa de Madrid. El general Rojo le dedica uno de sus libros, *Así fue la defensa de Madrid*:

«A la anónima mujer española, abnegada, heroica, ejemplar entre todos los horrores, la angustia y la desesperanza. Porque a cada hora de la batalla de Madrid, no hubo virtud de la que no diera ejemplo. Y hoy, cuando nadie recuerda lo que recibió de ella, sigue perpetuando, anónima, su vida sencilla; sigue erguida y en calma, sin rencor por el daño que le hayan hecho.

»A vosotras, mujeres españolas, dedico este libro que narra un acontecimiento nacional, quizá el más grande en la historia de España».

Lentamente, la mujer ha ido resurgiendo, del olvido en que los historiadores soterraron su memoria histórica, en la guerra civil. De ahí que reconocimientos como los de Miaja y Rojo, en el tiempo preciso, sean aleccionadores asideros para la reconstrucción de unos hechos, y contribuyan a proyectar luz sobre su justa causa. Federica Montseny sentía que propios y extraños hubiesen excluido, no ya a

las políticamente implicadas, sino a mujeres sin responsabilidades políticas directas, largos años encarceladas:

«En torno a nosotras guardaron silencio los comunistas y los propios libertarios. No valía la pena mencionarnos. Se nos condenó al ostracismo. Ni siquiera citan a las mujeres que lucharon a su lado, ni a las que, sin combatir, libraron combates anónimos, pero no por ello menos valiosos. Porque hay que tener en cuenta lo que ha representado en España la vida de miles de mujeres con los hombres fusilados o en la cárcel y que han tenido que trabajar para sobrevivir, mantener a los hijos... qué sé yo, perseguidas, acosadas, encarceladas. Yo podría citar innumerables casos de compañeras que, por el solo hecho de ser la mujer de un militante fusilado o exiliado, fueron encarceladas y pasaron 10, 12, 15 años en prisión, y de eso no se habla, y esto es una enorme injusticia».¹¹

María Teresa León fue cronista de aquellos días decisivos y caóticos de noviembre de 1936. Ella vivió la epopeya y dejó constancia, escrita y hablada, con energía y convicción, del levantamiento de la mujer popular, principal protagonista de la historia de España. No omitió sus infortunios, ni sus propias personales sensaciones vividas, a la hora de evocar la discriminación de aquellas escolares que, en su colegio de niñas ricas las llamaban «protegidas», eufemismo de pobres, consideradas gentes atrasadas de un mundo incapaz e inmutable. Y estas protegidas, ya mujeres, son las que María Teresa encuentra transformadas en auténticas heroínas, en cuanto las circunstancias han hecho aflorar su recóndito

potencial humano, con el sueño de su liberación personal y colectiva. María Teresa León, el 16 de noviembre, radiaba por los micrófonos de Unión Radio este testimonio que exhumamos en justa reivindicación de las protagonistas anónimas:

«La guerra moderna, el armamento moderno, no ha impedido a la mujer española asomarse a las milicias y tener su puesto de combate...

»Sabemos las mujeres de Madrid que de nuestra fortaleza depende la resistencia de las líneas de fuego, y que esos milicianos con cara de capitanes, de que hablaba ayer Antonio Machado, no pueden ver en nuestros ojos más que el reflejo de nuestra confianza.

»La mujer popular se ha levantado sobre nuestros campos rotos con el prestigio de su derecho a intervenir en la Historia de España. Si el miliciano, por disciplina de tirador, tiene que parapetarse en los accidentes del terreno, ella está de pie, a pie firme bajo el vuelo de los aviones, resistiendo sola con su ira y su fe la metralla del enemigo. Si antes se decía que no había retaguardia sino que todos estábamos en el frente de nuestro deber, ahora todo es línea de fuego, cada mujer madrileña está consigo misma en la soledad de su espera gloriosa, sabiendo lo que gana con las horas que van corriendo hacia la victoria. Porque es preciso que la memoria no flaquee y los puntos de nuestra partida queden claros. ¿No recordáis ya la desconsideración antigua hacia la mujer, la dificultad que tenía para ganar su pan, el horror de las noches hambrientas y las miradas despectivas? Yo recuerdo bien que donde ahora tiene instalado el Socorro Rojo su hospital había antes un colegio elegante, de religiosas; allí pasé yo diez años. En la

parte más humilde, enseñaban a coser a algunas niñas pobres, el frío les llenaba las manos de sabañones, nosotras teníamos guantes blancos; eran las protegidas, las llamábamos así, con el impudor tranquilo de la falsa caridad cristiana. ¿De qué las protegíamos? ¿Del frío, del hambre; de la futura prostitución?

»Yo recuerdo muy bien la vergüenza de darles por Navidad zapatos usados y gabanes rotos. Y si me escucháis por “radio”, antiguas alumnas del Sagrado Corazón, si me oís desde Burgos, Salamanca y Sevilla, compañeras de las clases de Historia de España, sabed que la Historia la están haciendo hoy, vuestras antiguas protegidas, a quienes desdeñaban vuestros apellidos sonoros; que el suelo del antiguo colegio, como el mundo, ha cambiado de base, y que la memoria de las antiguas niñas pobres es la que hoy sirve para llenar de heroísmo las calles de Madrid.

»Son las novias, las amantes, las madres, las hermanas de los combatientes; ellas no tienen la vergüenza de ver desfilar regimientos mercenarios en su defensa; ellas no mandan contra vosotras hordas de violadores; ellas no han vendido el territorio nacional, no han traicionado ningún juramento; mujeres del pueblo eran y lo siguen siendo; españolas eran y combaten por España; cuando ven pasar sus soldados, los conocen por sus nombres, los diferencian; son los compañeros del taller, de la fábrica. Vosotras no sabéis lo que es tener el corazón limpio, apretado contra el pecho; estáis manchadas de ignominia y de pena: los ojos de los niños y las mujeres muertas os persiguen. Mujeres del otro campo, mujeres del otro frente, que hacéis guardar vuestro honor de hembras por marroquíes engañados y por legionarios sin escrúpulos. Da

vergüenza pensar en vosotras: ¿cómo no detuvisteis los fusiles y desarmasteis a vuestros hermanos? Habéis seguido únicamente pensando en la torpe defensa de vuestros privilegios, a generales deshonrados, metidos a aprendices de dictadores. Las bombas y los obuses que matan a nuestros niños se volverán metralla de vuestro sueño. ¡Malditas seáis por cada uno de nuestros niños asesinados, por cada gota de sangre que empape la tierra de Madrid!

»Más adelante, cuando los días de cólera terminen, cuando las armas victoriosas de nuestros milicianos descansen, cuando la ira de oír pisadas extranjeras en el suelo de España se apague para no volver, de todas las regiones de España vendrán las mujeres que supieron en la retaguardia acompañarnos en estas horas apretadas y brillantes. Y vendrán las mujeres catalanas, que mandaron a sus hijos a defender Madrid; y vendrán las levantinas, que recogieron las cosechas, las que enhebraron las agujas mansamente, y las que guardaron los rebaños. Vendrán todas las que fueron hermanas en los días grises, y entonces, sólo entonces, se nos permitirá llorar de alegría.

»Pero hoy no; la doncella guerrera debe aún conservar la armadura puesta y los pechos apretados contra su corazón; aún no puede llamar a la puerta de su casa para vestirse el traje del descanso. De pie en la trinchera, donde los hombres luchan, ella, defensora de Madrid, tiene que terminar de escribir una página de nuestra Historia de España».¹²

Noviembre de 1936 será un tiempo fatídico para el anarquismo español. Algunos de sus líderes, al congelar sus principios y prestarse

al colaboracionismo, entraron en contradicción con la ideología libertaria. Durruti no aceptó la «...institucionalización burocrática antirevolucionaria de la “idea” anarquista, por culpa de los contactos con el poder». A pesar de que se resistía a abandonar el frente aragonés, donde creía se estaba realizando la auténtica revolución del pueblo, a instancias de Federica Montseny se traslada a Madrid, al frente de la «Columna Durruti», formada por 1.800 milicianos. El 15 de noviembre entran en combate en la Moncloa y en el Parque del Oeste, el sector más duro del frente del Centro, tomado por los facciosos. La lucha es encarnizada; tres días más tarde ha perdido más de mil hombres y el resto están agotados, pues apenas han descansado unas horas. El relevo no es posible, porque no hay tropas de reserva. Sin embargo, el pueblo de Madrid sigue resistiendo. El día 20, cuando Durruti regresa de inspeccionar el frente de la Ciudad Universitaria, una bala hiere mortalmente al líder confederal, que se convierte en símbolo de la lucha. El suceso será trascendente para el futuro de la guerra. Federica Montseny es la encargada de difundir la noticia desde el micrófono de Radio Unión, en el Ministerio de la Guerra. La ministra de Sanidad se sentirá íntimamente implicada en esta muerte, pérdida que va a erosionar a las fuerzas anarquistas. España entera rinde homenaje al héroe. Trasladado a Barcelona, el entierro constituirá el duelo más sentido y multitudinario que se haya conocido. Durruti, al que su trayectoria de luchador obrerista, su coherencia ideológica y su audacia y valor le conferían especial autoridad y seducción, con su muerte misteriosa, que da pábulo a mil versiones, adquiera un intangible perfil de mito. En la agenda que llevaba al ser fulminantemente herido, había apuntado: «15 de noviembre: he pedido al Subcomité de la CNT un préstamo de cien pesetas para gastos personales». Durruti condenaba el machismo que algunos compañeros ejercían

en sus hogares: «Cuándo la mujer trabaja y el hombre no, la mujer en casa es el hombre. ¡Cuándo dejaréis de pensar, como los burgueses, que la mujer es la doméstica del hombre!».¹³ Su actitud eran tan coherente como sus ideas confederales; en sus épocas de cárcel, Mimí, su compañera, como tantas mujeres de luchadores fueron los hombres de la casa. Lucía Sánchez Saornil, cantó su muerte:

Buenaventura Durruti
¿Quién conoció otra congoja
más amarga que tu muerte
sobre la tierra española?
Acaso estabas soñando
las calles de Zaragoza
y el agua espesa del Ebro
caminos de laurel—rosa
cuando el grito de Madrid
cortó tu sueño en mal hora...

Notas Capítulo X

1. Luis de Onev, «El frío es un enemigo peligroso», *La Noche*, Barcelona, 12-9-1936. p. 1. Actividades del “Comité Femenino Solidaridad Libertaria”, *La Noche*, Barcelona, 12-9-1936. p. 1. «¡Madres, Compañeras, Hermanas!», *El Sindicalista*, Madrid, 14-9-1936, p. 2.
2. «Habla el compañero Durruti», *CNT*, 6-10-1936, p. 8.
3. «El mitin de anoche en el Coliséum», (con Federica Montseny intervinieron: Isabolo Romero, Jacinto Borrás y Claro J. Sendón), *CNT*, 8-10-936, pp. 3-4.
4. Amparo Poch y Gascón, «Frente al gesto bélico», *Tiempos Nuevos*, 1-6-1935, p. 63.
5. «La defensa de Madrid. Gran mitin organizado por el Frente Popular», (con Pasionaria intervinieron: Pascual Tomás, Pedro Rico, Angel Pestaña y Julio Just), *El Sindicalista*, Madrid, 15-10-1936, pp.1-3.
6. Testimonio de Miguel Celma, Toulouse, 1-11-2001.
7. Margarita Nelken, «Mensaje a Federica Montseny», *Claridad*, diario de la noche, Madrid, 5-11-1936, p. 5.
8. Mercedes Comaposada, «La defensa de Madrid», *Umbral*, julio de 1938, nº 35.
9. Testimonio de Federica Montseny a Antonina Rodrigo. Toulouse, el 16 de mayo de 1978.
10. A. López Fernández, *General Miaja, defensor de Madrid*, G. del Toro editor, Madrid, 1975, p. 94.
11. Testimonio de Federica Montseny a Antonina Rodrigo. Toulouse, el 16 de mayo de 1978.
12. Texto radiado por María Teresa León, en la emisora Unión Radio. Madrid, 16-11-1936. Publicado por *El Sindicalista*: «Un artículo de María Teresa León. La mujer popular se ha levantado sobre nuestros campos rotos, a

intervenir en la Historia de España», Madrid, 17-11-1936, p. 4. y en *El Mono Azul*, bajo el título «A las mujeres españolas», Madrid, 19-11-1936, nº 13, p. 1.

13. Véase: Diego Abad de Santillán, Buenaventura Durruti (1896-1936). *Timón, Síntesis de Orientación Político-Social*, Editorial *Tierra y Libertad*, Barcelona, nov., 1938. Joan Llarch, *La muerte de Durruti*, Ediciones Aura, Barcelona, 1973. Abel Paz, *Durruti en la revolución española*, Fundación de Estudios Libertarios «Anselmo Lorenzo», Madrid, 1996. Rai Ferrer, *Durruti*, Planeta, Barcelona, 1986.

CAPÍTULO XI

Los «Hogares infantiles»

Bandidos con aviones y con moros, bandidos con sortijas y duquesas, bandidos con frailes negros bendiciendo venían por el cielo a matar niños, y por las calles la sangre de los niños corría simplemente, como sangre de niños.

PABLO NERUDA

Niños del mundo, si cae España —digo, es un decir— si cae del cielo abajo su antebrazo que asen, en cabestro, dos láminas terrestres; niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas! ¡qué temprano en el sol lo que os decía! ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano! ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

CÉSAR VALLEJO

El nuevo ministerio de Sanidad y Asistencia Social se constituyó el 4 de noviembre de 1936, trasladándose a Valencia con el resto del gobierno seguidamente; pero el asedio de Madrid retuvo a Federica Montseny en el ministerio de la Guerra.¹ De regreso a Valencia se dispuso a organizar su gabinete. El carnet de ministro de Federica está fechado el día uno de diciembre, en Valencia, firmado por Francisco Largo Caballero. Las dificultades contra las que tuvo que luchar la nueva ministra fueron de toda índole, con el traslado de los departamentos ministeriales a Valencia. Allí tuvo que proceder a la localización de un edificio para instalar las oficinas de su gabinete. Y hacer frente a la actitud de los funcionarios que no se decidían a abandonar Madrid para trasladarse a Valencia. Recordemos la virulencia de los ataques a la gestión de Victoria Kent, en 1932, cuando suprimió 300 prisiones de partido, por las pésimas condiciones en que allí vivían los detenidos y declaró excedente forzoso al personal que las asistía.² Montseny, de acuerdo con sus principios y el nivel de exigencia que caracterizó su trayectoria, quiso estructurar la burocracia del ministerio dándole un carácter sindical. Su propósito era eliminar a los parásitos, rodearse de gente activa y de técnicos competentes que la asesoraran para lo cual suprimió los altos cargos. «De acuerdo con la Dra. Amparo Poch —escribiría Montseny—, quise mejorar la condición económica de las asistentas sociales, que cobraban sueldos irrisorios. Pero allí choqué con lo que era y sigue siendo el estatuto de los funcionarios, que establece un principio de jerarquización que me sublevaba. Existía tal diferencia entre lo que cobraba un director general y lo que percibía una asistenta social, que no era posible consentirlo. Pero no hubo manera de modificar legalmente este principio de jerarquía, que temo continúe subsistiendo. No pude hacer más que buscar medios indirectos para aumentar los sueldos de los funcionarios menos

favorecidos y disminuir, apelando a su conciencia de hombres y de sindicalistas, el de los que ocupaban cargos elevados. [...] En lo que se refiere a cuantos estábamos delegados por nuestra organización, el principio quedó establecido: entregábamos el importe de nuestros honorarios al Comité Nacional de la CNT y éste nos daba mensualmente el sueldo que cobraba un miliciano».³

Las perturbaciones que conllevan todos los cambios y los problemas de la administración con sus infinitos resortes, iban a desbordar su gestión que ella trató de asumir con su inquebrantable voluntad. El criterio personal de la ministra chocó con la rutina de una parte de los funcionarios dispuestos a no hacer concesiones, acostumbrados a unas normas consuetudinarias. A la hora de hacer balance de su labor, Montseny rendiría homenaje a la leal voluntad y entusiasmo de una buena parte del cuerpo médico y sanitario que colaboró con ella.

Federica Montseny constituyó dos Consejos: el de Sanidad y el de Asistencia Social, organizados sobre una base sindical de Consejos Nacionales, con representantes de la UGT y de la CNT y una Secretaría General. Designó a dos mujeres médicos: Mercedes Maestre Martí, de la UGT, directora de la Secretaría de Sanidad,⁴ y a Amparo Poch, de la CNT, consejera de Asistencia Social.⁵ Las dos eran profesionales con experiencia. Mercedes Maestre estudió Medicina en Valencia, donde había nacido en 1904. En 1934, estuvo en la cárcel a causa de los sucesos de la Revolución de Asturias. Como presidenta de la Liga para la Reforma Sexual, fundada por Gregorio Marañón, llevó a cabo una campaña de difusión sobre la Eugenesia en Ateneos libertarios y científicos y en casinos de barriada. Era médico del Sindicato del Transporte del Grao. Su marido, Emilio Navarro Beltrán, también médico, pertenecía a la

CNT, y dirigía la Mutua de Accidentes del citado Sindicato. En octubre de 1936 presidía el Patronato de Asistencia Social de Valencia, constituido por miembros del Frente Popular, médicos, maestros y obreros de la UGT y la CNT. En los meses finales de la guerra, el Estado Mayor la nombró capitán médico en el servicio de transfusiones de sangre que organizaron los cuáqueros en España, en los sectores de Madrid, Cataluña y Valencia—Levante.⁶ En enero de 1938 protagonizaría un acto heroico: solicitado plasma a la Comandancia de Sanidad Sección de Sangre, de Valencia, Mercedes salió urgentemente, el 4 de enero, en una ambulancia para llevarlo al Hospital de Garaballa, en Teruel, destinado a salvar la vida de dos heridos graves del frente. Una tempestad de nieve había borrado los caminos y tuvo que abandonar el vehículo en Torres de Utiel y continuar a pie. Durante dos jornadas anduvo bajo una temperatura de 15 grados bajo cero, y llegó a tiempo de que el plasma fuese administrado a los heridos.⁷

Federica Montseny tuvo que hacer frente no sólo a los problemas de su ministerio sino también a los emanados del de Hacienda y la guerrilla sorda del Ministerio de Instrucción Pública. De entrada, su labor la imaginaba erizada de inconvenientes por ser un Ministerio de nueva creación, sin decretos, y por lo tanto sin apoyaturas legislativas, con consejos de ministros discrepantes.⁸ En medio de una guerra, con numerosos frentes a los que había que abastecer y una población flotante, engrosada día a día por los evacuados de los territorios que iba perdiendo la República. Sabía que su condición de mujer, al frente de una cartera ministerial, le daba un perfil de intrusa en un mundo masculino. Para ostentar el cargo le sobraba responsabilidad y decisión, pero a la hora de hacer balance estaba también el hecho de no ser médico, ni disponer siquiera de un título universitario que respaldase y acreditase su labor.⁹ Sin embargo, en

el medio año que duraría su gestión, y a pesar del boicot al desempeño de sus funciones, emprende reformas y proyectos de gran envergadura: Casas de Solidaridad, destinadas a terminar con la mendicidad; Casas de Ciegos, transformadas en Escuelas de Artes y Oficios para la reeducación profesional; Casas de Reposo para Combatientes; Escuelas de Puericultura; Instituto de Higiene y de Alimentación; Liberatorios de Prostitución; Centros de lucha antivenérea; Hogares Infantiles para «transformar el concepto conventual y cuartelero del Asilo».¹⁰ Se sanean las ciudades, se organiza la evacuación en Comités provinciales para los refugiados, se dictan normas para el funcionamiento, distribución y acogida de miles de desplazados y la creación de los organismos que regulen estas realizaciones en la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados (O.C.E.A.R.), con la acreditación de un documento de identidad de la persona y el derecho a su protección y amparo a la llegada a los Centros.¹¹ Y se llevan a cabo las expediciones de niños a lugares donde estuviesen al abrigo de los ataques aéreos, o al extranjero. Detrás de esta ingente labor estaba la doctora Amparo Poch. Mercedes Comaposada declaró: «Amparo trabajaba mucho, muchísimo. Mucho de lo que hizo Federica, en el Ministerio de Sanidad, en realidad lo hizo Amparo, o, por lo menos, Amparo lo proponía a Federica, y le empujaba a hacerlo».¹²

Salvar a los niños y Los niños, lejos de la guerra fue el grito unánime de sindicatos, partidos políticos, la prensa, organismos oficiales, agrupaciones universitarias, con la creación de guarderías, granjas—escuelas, casas—cunas, colonias, sanatorios—hogares, parques y refugios infantiles.¹³ Mujeres como Amparo Poch, Victoria Kent, Margarita Nelken, Federica Montseny, Matilde Iluici, Pasionaria, Isabel de Ovarzábal, Zenobia Camprubí, a quien en los primeros días del alzamiento militar la Junta de Protección de

Menores, dependiente del Ministerio de Justicia, le confió la custodia de doce niños. La diligente mujer los albergó en uno de los inmuebles de la calle Velázquez, que ella, como medio de vida, alquilaba a los extranjeros. María Zambrano fue designada Consejera Nacional de la Infancia evacuada.¹⁴ A Libertad Ródenas, Durruti le encargó la organización de la evacuación de 600 niños de tierras aragonesas, que la veterana militante instalaría en la región de Barcelona. Sus propios hijos serían evacuados a Rusia, donde murieron dos. El reencuentro con su hijo superviviente fue en el exilio de México, donde a la mujer que había hecho frente al pistolero, la abatió el dolor de su condición de madre. Mujeres así tenían que ser las primeras en dar la voz de alarma, para apartar a los niños del escenario de la guerra: desde sus organizaciones y sindicatos, sus despachos, ante los micrófonos de Unión Radio, en la prensa y desde los carteles murales. La preocupación fue pronto internacional. En el mundo entero surgieron movimientos de solidaridad a favor de los niños, *Sauver les enfants*, que la guerra arrojó de sus hogares y pueblos destruidos por los bombardeos. Agnes Hodgson, enfermera australiana, en el frente de Aragón, escribía en su diario la noche del 23 de diciembre de 1936: «Una enfermera de Graben (Huesca) me ha comentado que han llegado de las montañas cientos de mujeres y niños refugiados. Los soldados llevaban a hombros a los niños casi todo el camino, pero las mujeres han tenido que caminar durante treinta y seis horas por caminos difíciles y senderos de montaña. Llegaron al hospital de Graben con las plantas de los pies en carne viva y allí las asistieron. Algunos hombres, que estaban heridos, tuvieron que caminar varios kilómetros por las montañas hasta llegar a los trenes de carga y, una vez allí, eran trasladados de dos en dos a las ambulancias.

Generalmente pasaban varias horas hasta ser atendidos, y los heridos más graves solían morir en el camino».¹⁵

La evacuación en las ciudades constituyó uno de los grandes problemas planteados al Gobierno. En unos casos por la resistencia de las mujeres a abandonar sus hogares, apegadas a sus míseras viviendas y, en una gran mayoría, al temor de separarse de sus hijos, emprendiendo un éxodo de imprevisibles consecuencias. Margarita Nelken, con el apasionamiento que la caracterizaba y su palabra explosiva, las espoleaba, desde las columnas de *Mundo Obrero*:

«¿Con qué derecho, vamos a ver, con qué derecho disponéis de la suerte, del riesgo y de la vida de vuestros pequeños, vosotras que sois de ellos, y que al echarlos al mundo contrajisteis el sagrado deber de ser siempre, ante todo, su amparo, su resguardo, su seguridad?» (13—1—1937).

En un principio, el Ministerio de Instrucción Pública fue el responsable de instalar a la población escolar madrileña en colonias y guarderías en zonas protegidas, alejadas del peligro bélico. Constituida la Junta de Defensa y con ella la Delegación de Evacuación, la responsabilidad pasó a estar a cargo del Comité de Auxilio al Niño, ocupándose de las expediciones y asistencia de la infancia en los refugios y colonias. Al frente del Comité de Auxilio al Niño, prioritariamente responsable de la tutela de los menores acogidos en organismos oficiales y de los niños en general, estaba Mercedes Rodrigo Vellido, mujer valiosísima, Rafael Ballesteros y Rafaela Jiménez Quesada que fueron responsables de cien mil niños evacuados de Madrid.¹⁶

A la llamada del director de Primera Enseñanza, Ballester Gonzalvo, para atender Guarderías Infantiles de los hijos de combatientes, acudieron cientos de maestros/as a los que se sumó la colaboración de la Sociedad de Amigos de la Escuela, formada por padres y alumnos. Se constituyeron diez guarderías, que acogieron a 1.500 niños, instaladas en grupos escolares cuyos alumnos estaban de vacaciones estivales. Los niños que podían volvían a sus casas; los que tenían a sus padres en el frente o los habían perdido, estaban en régimen de residencia asistidos por varios turnos de maestros/as. No había lecciones, sólo «...ratos dedicados a explicaciones que ellos mismos solicitan. Se reúnen por grupos de edades semejantes y proponen a la maestra o maestro de su grupo un tema acordado con anticipación por ellos mismos. Entonces la maestra o maestro se encargan de disertar sobre lo solicitado. Pero siempre tendemos, más que al hecho de dar instrucción, que está fuera del objeto de la guardería, a sacar un experiencia educativa».¹⁷

Un cartel distribuido por la ciudad anunciaba: «Hogar para los Huérfanos de los Milicianos. Ciudadanos, cuantos casos conozcáis de niños abandonados a efectos de la guerra desencadenada por los traidores a nuestra Patria, comunicádnoslo por el teléfono 70932, o presentadlos en el que fue convento de las Carmelitas, Plaza de San Francisco, número 2». Los niños eran admitidos previa presentación del carnet del sindicato del padre u otro familiar o el volante del regimiento de milicianos en que se hallasen inscritos.¹⁸

No sólo los centros oficiales se preocupaban por auxiliar a la infancia. Las esposas de los aviadores defensores de la República, crearon un Hogar—Escuela, en la Travesía del Fúcar, en un vetusto caserón, un Asilo donde antes se recogía a niñas pobres, huérfanas o abandonadas. Lo dirigía Constanza de la Mora, mujer del aviador

Hidalgo de Cisneros, junto con la sevillana Maruja, mujer de Hernández Franch; Trina, de Melilla, mujer de Carlos Narváez Moya; Matilde de la Torre, diputada socialista por Asturias; Conchita Prieto, la hija del ex—ministro Indalecio Prieto. La situación en que se encontraron a las asiladas era de total abandono con vinagre y petróleo les fueron quitando la mugre y la miseria, las niñas no sabían leer. El asombro mayor de Constanza de la Mora era que aquellas niñas no habían tenido nunca juguetes y por lo tanto: «... no habían jugado jamás...!;Ah, es horrible...! No sabían la alegría de jugar, no sabían jugar a nada... ¿Qué infancia sin ningún gozo humano...! Les hemos dado juguetes; pues bien, se quedaban asombradas sin saber cómo se manejan ni para qué sirven; muchos los rompen por imposibilidad de manejarlos».¹⁹ Estas audaces mujeres querían borrar la palabra Asilo y toda la pesadumbre de su contenido. Se proponían fundar instituciones claras, modernas, vivas, y mostrarle a aquella infancia desgraciada el lado alegre y solidario de la vida.

La Junta de Evacuación de Madrid recogía a los niños del «metro», donde al ser bombardeados sus hogares se refugiaban con sus familias. Las casas cubrían sus fachadas con grandes murales con llamamientos como éste: ¡Evacuar Madrid! La prensa publicaba sueltos: «Camaradas: Evacuar Madrid por parte de vuestras mujeres e hijos, es la contribución más directa que podéis ofrecer a la victoria del antifascismo». Uno de los folletos que editó el Ministerio de Propaganda advertía: «Para ayudar a los frentes, ningún hogar sin evacuados: En Madrid quedan todavía millares de mujeres, y también de hombres fuera de edad de combatir; quedan, sobre todo, miles de niños. En Madrid están pasando privaciones, con riesgo grave de la salud de los pequeños. Hay dificultades de alojamiento, porque hay barrios destruidos o amenazados por los

aviones y los cañones de los rebeldes. Y además de esto, los cañoneos y bombardeos se repiten, y se acrecienta el número de víctimas».²⁰ «¡¡Evacuación!! Portavoz de toda persona sensata. Organo de rabiosa actualidad. Defensor del pueblo madrileño», aparecía en Madrid el 28 de enero de 1937. Se luchaba por alejar a los niños de los lugares de peligro y evitar en casos de asedio que pudiesen ser utilizados como rehenes, como sucedió en el Alcázar de Toledo y más tarde en el Santuario de Santa María de la Cabeza, en Jaén, cuvo asedio duró ocho meses en condiciones infrahumanas, bajo el mando de Santiago Cortés, capitán de la Guardia Civil.

La guerra, para los niños en las ciudades, correteando por las calles, en plena libertad de hogar y escuela, constituía una aventura. Jugaban a imitar la lucha de los mayores con curioso mimetismo, desfiles, gorros de papel, escopetas fabricadas con un palo y una cuerda, para colgárselas al hombro. Con material de los escombros, de tantos edificios destruidos por los bombardeos, los niños del barrio, en un solar cercano a los jardines de la plaza de España, habían construido barricadas desde donde batían a un enemigo imaginario con tirachinas; las bajas contaban cuando alguno caía herido, y llegaba la Cruz Roja con sus camilleros. Las plazas y jardines de los barrios estaban tomadas por los pequeños milicianos, que organizaban su peligroso frente de guerra imaginario.²¹

Lola Iturbe, en una de sus crónicas por los frentes de guerra, para *Tierra y Libertad*, los observa jugando entre los escombros de las casas derruidas por los bombardeos, haciendo cola en las tiendas o jugando a la guerra en los refugios, con incursiones aventureras en los lugares de peligro, burlando la vigilancia de sus familiares. Piensa que deben ser evacuados por su salud física y su estabilidad emocional. La cronista cree que, por encima del pretendido derecho

exclusivo de los padres sobre sus hijos, estaba el derecho más legítimo de la colectividad. Hacía un llamamiento: «¡Madres! No seáis egoístas. Puesto que ya muchas de vosotras conocéis la amargura de ver a vuestros retoños ametrallados, ponedlos en lugares seguros. La seguridad de las demás regiones y la internacional harán que vuestros hijos no sufran y se desenvuelvan en un ambiente alejado del infierno de la guerra, en un medio social tan necesario para su crecimiento».²²



La Dra. Poch no sólo velaba por la integridad física del niño sino también por preservar su inocencia: «Volvedlos de espaldas a nosotros, no les enseñéis el vocabulario de nuestros errores y nuestras venganzas. No les digáis niños fascistas o niños antifascistas, porque los niños copian el gesto; pero ignoran el concepto, afortunadamente. No los desunáis ni con la intención si no queréis echar sobre vosotros una grave responsabilidad».²³

En la misma onda se situaban las palabras de Victoria Kent ante el micrófono de Unión Radio: «...La mujer, hoy, ante la lucha en campo

abierto de los hombres, ha operado el milagro de recoger y cobijar el vagabundeo infantil y darles calor de hogar a aquellos niños que no lo tenían(...). Porque las mujeres han hecho el milagro, repito, de que en España, en las provincias fieles al poder constituido, haya terminado la miseria infantil. (...). No forméis, mujeres españolas, no forméis ejércitos de niños: no forméis infancia belicosa. A los niños inculcadles la generosidad del trabajo, la obligación de levantar una España nueva bajo un ideal común...» (CNT. 13—8—1936).

La Declaración de los Derechos del Niño, aprobada en Ginebra en el otoño de 1932, fue incorporada a la Constitución de la República Española. En nuestro país, la preocupación por los niños se acentuó lógicamente con la guerra; pero no hay que olvidar que en los grandes movimientos sociales existió la solidaridad con los hijos de los huelguistas. Recordemos la huelga general de Zaragoza, en 1934, cuando cientos de niños fueron llevados a otras grandes ciudades y acogidos por familias, especialmente en Madrid y Barcelona. Sin olvidar la solidaridad nacional, a raíz de la Revolución de Asturias. Una Orden de 17 de octubre de 1934, firmada por el Presidente del Consejo de Ministros, le encomendaba a Clara Campoamor, entonces directora de la Beneficencia, y a una comisión del campo de Sanidad, la responsabilidad de los niños víctimas de la situación creada, sin distinciones de clase; niños huérfanos de la población civil o militar y naturalmente los hijos de los mineros bárbaramente represaliados. Y la labor de Mujeres Antifascistas, declarada ilegal por estas mismas fechas, ante lo cual se transformó en Organización Pro Infancia Obrera, para atender a los hijos de los obreros asesinados o encarcelados. Antes, al decir de la Dra. Poch, los niños habían sido discípulos de la calle, escuela que los marcaba para siempre. Estorbaban en las estrechas viviendas superpobladas del proletariado, sin agua, sin letrinas, donde toda incomodidad tenía su

cuna. En estas condiciones de vida tener higiene significaba una proeza. Sobre todo para la mujer que, después de una abrumadora jornada laboral en el taller, en la fábrica o con el trabajo a domicilio, se veía obligada a acarrear el agua escaleras arriba hasta llenar el barreño, donde cada semana bañaba a sus hijos. No se puede practicar la higiene donde reina la indigencia.

Antes de la guerra, escribía Poch: «...Nadie pensaba que ellos eran el futuro, que ellos eran la síntesis patria; nadie decía ni escribía que había que salvarlos, que había que cultivarles la delicadeza, la conciencia, la sensibilidad... De repente, alguien gritó “¡los niños!”. Y todos se sorprendieron de una nueva ternura apresurada. Las madres se volvieron más dulces y todos comenzaron una batalla de frases y carteles sobre los niños».²⁴

Matilde Huici, abogada del Consejo Superior de Protección de Menores, delegada de España en el Comité del Niño de la Sociedad de Naciones, en declaraciones a la revista *Companya* a su regreso de la URSS, creía que hasta ahora no se había comprendido a la infancia. El mundo entero tenía un concepto erróneo del alma del niño sin que nadie se preocupara de buscar los caminos que nos acercaran a su sensibilidad; todo lo contrario de lo que estaba ocurriendo en la URSS, cuya experiencia había vivido:

«Nosotros, mal que nos pese, todavía estamos sumergidos en la rutina y en la incomprendión (...) la personalidad del niño se ha de respetar siempre, quererla y estudiarla, dejando que exista por ella misma. Muchos creen que para los niños lo ideal es que se hagan “hombrecillos” con una serie de cualidades prestadas por los adultos, transformándolos en una triste y lamentable caricatura del hombre adulto. Esto es convertir al niño en víctima del adulto».²⁵

La actuación de la Dra. Poch, de conocidos perfiles filantrópicos, se desborda en tiempos de guerra; recordemos que muy pronto pasó a formar parte de la Junta de Protección de Huérfanos de los Defensores de la República. Y como presidenta de la International War—Resisters, organiza la expedición de niños/as refugiados a México; quinientos niños en el primer viaje, que fueron recibidos por los pacifistas mexicanos. Su competencia, unida a la capacidad de trabajo, dio a su gestión eficacia en aquellas circunstancias en que los asuntos requerían soluciones inmediatas. Su eficiencia queda reflejada, a veces indirectamente, en los escuetos documentos administrativos de puro trámite. La Junta Delegada de Defensa de Madrid para la Evacuación requería instrucciones a Federica Montseny, Ministro de Sanidad, en estos términos: «Estimada camarada: Tanto los elementos del Frente Popular como las distintas Casas Regionales aquí establecidas, con las que estamos en íntima y obligada relación, me envían listas de los niños inscritos que desean ser trasladados al extranjero y, como en esta Consejería no tenemos de vosotros, iniciadores de este asunto, más noticias que las remitidas al citado Frente Popular por la compañera Amparo Poch, os rogamos que nos manifestéis vuestras instrucciones, con el fin de disponer lo antes posible la salida de Madrid de estos niños». ²⁶

A mediados de abril de 1937, la profesora de la Colonia Escolar de Mogente pedía a la compañera Ministro de Sanidad, la rápida resolución de un escrito, informado favorablemente por la consejera Amparo Poch y Gascón. La doctora Poch remite la carta a la Ministro con esta nota de su puño y letra: «En su día informé favorablemente de la instancia a que se refiere la carta y que siguió su curso oficial. Estimo que estas cosas deben ir más deprisa. Amparo Poch». ²⁷

Eran los problemas propios de la burocracia, agravados ahora por las circunstancias de la guerra, y la necesidad de coordinar los múltiples aspectos sanitarios de los frentes y la retaguardia, desde el activo Ministerio de Sanidad, a los que debían enfrentarse, con la responsabilidad que exigía su alto cargo, Federica Montseny y sus colaboradores. Entre ellos dos médicas, de las que escribiría: «Fue también para mí preciosa la colaboración de la doctora Mercedes Maestre, a la que nombré subsecretaría de Sanidad, así como la eficacia de la gestión de la doctora Amparo Poch, directora de Asistencia Social».²⁸

Años más tarde Federica Montseny recordaría que el comité de higiene de la Sociedad de las Naciones envió a España una comisión de estudio para vigilar el estado sanitario de las dos zonas. La inspección se debía a la convicción de que en la zona republicana: «...tenía que producirse el tifus exantemático. No hubo ni un solo caso, pero tuve que ir a Ginebra, a una reunión de este comité de higiene, acompañada de una comisión de médicos, ante el que se demostró que el estado sanitario de la España por nosotros representada era inmejorable.

»La impresión que me produjo esta reunión del comité de higiene de la Sociedad de las Naciones era que no habían comprendido absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo en España».²⁹

La educación y la protección de la infancia preocupó extraordinariamente a la Dra. Poch, inquietud que compartía con Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada. Combatir el analfabetismo era la base de la cruzada de *Mujeres Libres*. En la revista se repite el llamamiento: «¡Maestros, estudiantes, obreros: ayudadnos en esta obra positivamente liberadora! ¡Estudiantes! Cuando no empuñéis el fusil, combatid en la cruzada contra el

analfabetismo». El objetivo prioritario era salvar a los niños, física y moralmente, de los desastres de la guerra. La consigna aparece en el primer número de la publicación, tras el alzamiento militar. Luchaban contra la utilización de la imagen de los niños en ceremonias y ritos para ellos incomprensibles, desempeñando un papel de comparsas, disfrazados de enfermeras o milicianos, cantando o rezando por las calles, gritando determinados vivas, que respondían a consignas. Los niños no debían ser nada más que niños:

«Los niños no pueden ni deben ser católicos, ni socialistas, ni comunistas, ni libertarios. Los niños deben ser solamente lo que son: niños.

» ¿Quién puede abrogarse autoridad para quitarles este derecho?

»Un crimen más monstruoso que el homicidio es torcer la psicología infantil, descubrir tempranamente a sus ojos el mundo atormentado, negro y sucio de los mayores. Un poco más y nuestros niños, estos niños de hoy, podrían descubrir por sí mismos un mundo distinto al que vio nuestra infancia.

»Procuremos que permanezcan puros, incontaminados, que frente a los acontecimientos reaccionen espontáneamente para que puedan mañana, libres de todas las taras morales, edificar el mundo ideal del que nosotros estamos echando los cimientos.

»Que los niños sean niños solamente. Niños, niños, niños, ni “balillas” ni “pioneros”. Pioneros y balillas son dos ediciones distintas de un mismo libro perverso.³⁰

Recordemos que los pioneros, pertenecían a una agrupación infantil, con fines educativos y políticos, dirigida por el partido comunista, creada en la URSS hacia 1920; en España las asociaciones de pioneros se extendieron de 1931 a 1939. Los balillas pertenecían a una institución paramilitar de orientación y formación fascista, creada en Italia en 1926, para niños de entre 8 y 14 años.

Pero no era fácil sustraer a la infancia del ambiente y la agitación bélica que los rodeaba. Y aprendían a odiar a aquellos que estorbaban sus vidas separándolos de sus familiares y de sus casas. Ilya Ehrenburg, en su libro *Corresponsal en España*, recuerda haber visto como los niños alzaban el puño y gritaban: «¡No pasarán!».

Kaminski ve a los niños anémicos en la calle, algunos vestidos de milicianos, y presume que juegan a los dos bandos contendientes.

Y es que el ambiente de exaltación popular, de lucha contra el enemigo fascista, llevaba a los niños a sus juegos peligrosamente. Como los protagonistas de la novela de Juan Goytisolo, *Duelo en el Paraíso*. Esos niños se entregaban al «juego de la guerra» hasta sus últimas consecuencias. A uno de ellos acusado de traición, lo juzgan y es ejecutado, como dicta la sentencia del tribunal inapelable de sus compañeros, niños vascos refugiados en la masía ampurdanesa El Paraíso.

La Dra. Amparo Poch, durante el tiempo que estuvo en el Ministerio de Sanidad fue la responsable de las expediciones de niños en el territorio republicano y hacia el extranjero. La propia Ministra de Sanidad la designó para dirigir la primera expedición de niños destinados a Rusia, organizada por su Gabinete. La salida estuvo retenida ante los escrúpulos del Jefe del Gobierno a que los

niños salieran fuera de nuestras fronteras. La Dra. Poch se ocupó de los trámites en contacto con los responsables de la embajada soviética, los camaradas Marchenko y Petroff. Iniciaron las gestiones por los pueblos más importantes de las provincias de Valencia y Alicante y con la ayuda del Servicio Rojo Internacional (SRI), localizaron a 60 niños en el Refugio Ramón y Cajal e iniciaron los preparativos del viaje. La expedición iría acompañada por un médico, seis enfermeras (tres pertenecientes al Sindicato de la UGT y tres al de la CNT aunque luego se reducirían a dos); dos maestros, dos maestras, propuestas por la Dirección General de Primera Enseñanza; un cocinero y como responsable de la OGEAR, Carmen Oliveros Borrat. Cuando obtuvieron el visto bueno del Jefe del Gobierno, se preparó la salida de los niños en el barco Ciudad de Cádiz, prevista para los días 17 o 18 de marzo de 1937, bajo la protección de los ministros de Marina ruso y español. El informe está firmado por Amparo Poch y Gascón.³¹

Para el 16 de marzo estaba fijada la salida de otra expedición de niños a Francia, propuesta por el Sindicato Unico de Sanidad CNT. Como delegado iba el médico Jorge Comín Vilar y las enfermeras Emilia Roca Martínez y Amelia Gomara Hernández, que cumplirían su misión hasta la frontera, donde confiaban a los niños al personal sanitario francés.³²

Las expediciones de niños evacuados se preparaban cuidadosamente, en especial en las facetas que concernían a la seguridad, la sanidad y la formación escolar. Se les rescataba del hambre y del frío, de los zumbidos amenazantes de los aviones y del estrépito homicida de los cañones. La prensa y la radio daban comunicados de la llegada de los niños al punto de destino para conocimiento y tranquilidad de sus familiares. A principios de abril

de 1937, la Dra. Poch, como responsable de las expediciones de niños, que organizaba al frente de su consejería de Asistencia Social, del Ministerio de Sanidad, emprendió un viaje de inspección al sur de Francia, para comprobar el estado de nuestros niños. La Dra. Poch informaba que el nuevo Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, que había nacido como una fresca promesa desde su creación, concedió prioridad a la tarea de llevar a la infancia «...donde no le llegase la vergüenza del crimen colectivo. Y la cercana Francia puso cara de madre, puso corazón de madre, y se abrió para los niños españoles con un grandioso gesto de solidaridad».³³

A los niños expedicionarios se les reunía en Valencia. Llegaban de los puntos más cercanos a los frentes: Madrid, Málaga, Almería, Extremadura. Lo urgente era retirar a los pequeños de las poblaciones donde el peligro era inminente y las privaciones de alimentos más acuciantes. En estas ciudades los niños jugaban en los parapetos de las calles en medio del fragor de la guerra, donde el peligro se transformaba en siniestra aventura para ellos en tantas ocasiones. Otras veces el motivo era la supervivencia, la necesidad de buscar comida y ateridos de frío se movían y correteaban buscando refugio, bajo las bombas, y un poco de calor, ante el terror. La Dra. Poch escribía que más tarde se apreciarían «...las funestas consecuencias que tendrán sobre su desarrollo las pésimas condiciones de ambiente en que resisten ahora. Es necesario retirar a los niños de la guerra». Hasta llegar a Valencia, como puerto de salvación, habían vivido espantosas tragedias. Cuando ancianos, mujeres y niños llegaban evacuados a la capital levantina, el Comisariado de la Vivienda les proporcionaba alojamiento.³⁴ A los niños que no permanecían con sus familiares se les distribuía en lugares de acogida, hogares o colonias donde se les controlaba sanitariamente o, se les preparaba para salir al extranjero en las

mejores condiciones posibles. Muchos de ellos no volverán a reunirse con sus padres, ni regresarán jamás a España. Crecerán en otras culturas, en otras latitudes: Francia, Inglaterra, Bélgica, Rusia, Norte de África, México, Argentina, Chile... En sus recuerdos, como flashes, persistirán las visiones y el pavor de los bombardeos, del hambre, del frío, y punzantes recuerdos de desoladas despedidas, de unas madres rotas, que el tiempo, inexorable, iría difuminando sus caras, aunque nunca el inquebrantable sentimiento.

Los niños viajaban en trenes y de Portbou a Cerbère recibían las primeras atenciones de las damas de la Cruz Roja francesa, empezando por un copioso desayuno: leche, pan y mantequilla. El Comité d' Accueil (Comité de Acogida) de Perpignan enviaba a los niños a un campo de recepción, donde permanecían varios días mientras se les vacunaba y eran sometidos a un reconocimiento médico. El Comité del Rosellón funcionaba en estrecha relación con la sede de París, en el 211 de la rue Lafayette, pero tenía plena autonomía a la hora de distribuir a los niños procedentes de España.

El Comité d' Accueil alojaba a los niños en dos residencias, enclavadas en paisajes espléndidos. Una en el Campo de La Mauresque, frente al mar, en Port Vendres, cedida por las Escuelas Laicas Republicanas al Comité d' Accueil, abierta el 22—12—1936.³⁵ El director era M. Salles, ex director del Colegio Francés de Barcelona. La residencia estaba asentada sobre las rocas. Por los ventanales de los pabellones entraba la radiante luz del Mediterráneo; para los niños constituía una gran sorpresa pues muchos de ellos descubrían entonces el mar. El otro campo estaba en Prats de Molló, en las estribaciones del Pirineo Oriental, en un paisaje sugestivo de verdes exuberantes y ondulados valles y altas

montañas de cimas cubiertas de nieve, donde los niños encontraban salud, paz y alegría.

Se llevaba un minucioso registro. Las fichas que acompañaban a cada niño se complementaban a su llegada, por los médicos y maestros franceses y españoles que cuidaban a los pequeños, y luego se enviaban al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, para conocer la identidad y localización de cada uno, con anotaciones sobre su estado físico, peso y altura. Otra pasaba a los ficheros de la Embajada Española en París, la tercera al Comité d'Accueil y la cuarta al Comité de la localidad donde se fijaba la residencia del niño.

La doctora Poch, tras su viaje, evocaba en uno de sus reportajes: «El Comité d' Accueil de Perpignan, compuesto de elementos valiosos, tiene un domicilio auténticamente proletario: la Bolsa del Trabajo. Su patio está siempre lleno de bicicletas, esas múltiples bicicletas de Francia que van y vienen al trabajo, al mercado, al campo, de recreo... El Comité de Perpignan se mueve en un ambiente obrero y amable. Los camaradas franceses nos hablan allí de los niños españoles que tienen y de los que esperan. Y hablan como si el recibir a los niños y amarlos y cuidarlos en estos trances de necesidad fuera el hecho más natural del mundo. El camarada Berta, secretario de la Bolsa del Trabajo de Perpignan, alma de este Comité, que es la primera grata sonrisa de Francia, nos explica con voz extensa y llana, sus deseos y sus esperanzas. Allí está la revelación sencilla de esa palabra tantas veces pronunciada o escrita en balde: solidaridad. Allí está el primer encuentro con el gozo exacto y simple de la fraternidad. El esfuerzo francés nos sale al paso, ya, en esta casita recogida pero activa, recostada en una pequeña plaza de la ciudad. Allí se examinan y complementan las fichas de los muchachos que llegan. Cada uno va acompañado de

cuatro fichas cuya confección corresponde al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y cada una de las cuales contiene una fotografía del niño, su nombre, sus apellidos, edad, nombres y domicilio de los padres o parientes más cercanos, y cuantos datos interesan para la completa filiación del niño, aparte del resultado del reconocimiento médico que comprende la exploración por medio de rayos X, examen de los ojos, garganta, nariz y oído, reacción a la tuberculina y valoración del estado general.

»En la Bolsa del Trabajo de Perpignan hay una habitación muy modestamente amueblada. Nadie diría que allí se trabaja intensamente. Allí está el despacho de un mozo español, de un hombre nuestro por español, por activo y por revolucionario: es el delegado del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y miembro del Comité de Perpignan, camarada Alcalá. Este infatigable y valiente compañero realiza una labor maravillosa. Sale al encuentro de las expediciones en la frontera, facilita los trámites de paso de la misma, enciende en todos los trabajadores que intervienen —ferroviarios, conductores, etcétera— el mismo entusiasmo por nuestra causa de liberación».³⁶

El domingo 4 de abril, el Comité de Perpignan organizó la jornada Pro—Niño Español. Jóvenes francesas postularon vendiendo tarjetas alusivas por los centros más importantes del Departamento: «A los niños españoles la guerra les ha privado de sus hogares. Han escapado del horror de sus ciudades destruidas, salvados casi de milagro de los bombardeos. La existencia diaria de un niño cuesta 10

francos y miles de niños pueden ser salvados gracias a vuestra generosidad».

El día que Amparo Poch llegó a La Mauresque había revuelo de despedidas. Los niños iban a ser trasladados a Prats de Molló, pues otro cupo de chiquillos llegaba de España. Durante unos días los pabellones serían desinfectados para recibir a la nueva expedición. Al entrar al comedor los niños reconocieron a la Dra. Poch y tendieron sus manos y alzaron sus voces de alegría hacia ella. Sin que se les preguntase, los niños manifiestan:

«¡ Aquí estamos muy bien! ¡Comemos de todo! ¡No vienen aviones! ¡Esto es muy bonito!».

Los chavales habían recuperado peso y el sol doraba sus caras, que ahora no eran tristes sino sosegadas y la buena vida les había devuelto el brillo a sus ojos. El campo de La Mauresque tenía capacidad para 175 niños. Su educación estaba a cargo de franceses y españoles; el personal auxiliar era francés. La seguridad estaba en manos de tres hombres y tres mujeres, también del país, y de una vigilante española y dos niños mayores de la primera expedición. De la limpieza se encargaban ocho mujeres francesas. Del ropero se cuidaban una española y una francesa. Las necesidades sanitarias las atendían un médico francés y un médico y una enfermera españoles.

La vida en La Mauresque era sencilla y sana. La comida excelente y abundante, tanto que hubo que restringir el menú, pues algunos niños sufrían indigestiones. El régimen de vida era francés, se levantaban a las siete y se acostaban a las ocho. Tenían obligación de arreglar sus dormitorios. Tras sus deberes escolares, a los que se había incorporado el estudio de la lengua francesa, las niñas tenían deberes de costura. Todos practicaban deportes, juegos y paseos.

Los programas de enseñanza impartidos por los profesores estaban exentos de cualquier influencia de tipo político o religioso. Los jueves y los domingos iban al cine a Port—Vendres. Terminado el tiempo de permanencia en los Campos, los niños eran distribuidos en asociaciones o colectividades junto a maestros/as españoles y franceses o entregados a familias responsables que, altruistas, se ofrecían a acoger a los niños españoles.³⁷



Hogar infantil en Burjasot

Los «Hogares Infantiles» fueron otro proyecto del Ministerio de Sanidad que dirigió la Dra. Amparo Poch desde la Consejería de Asistencia Social. Esta institución era la respuesta a los asilos y orfelinatos, fábrica de niños traumatizados, modelo de prisión, donde se encarcelaba a la infancia. La experiencia se inició en Burjasot (Valencia), lugar de veraneo de la burguesía valenciana. Eran grandes casas con la claridad de la luz levantina, espacios abiertos, fuentes, frondosidades y penumbras de bosquejo. El primer Hogar se instaló en una casa residencial, con un hermoso jardín

arbolado, centrado por una fuente colorista de mosaicos de la región, que acogía a 25 niños en libertad. Como exigía el 4º artículo del Reglamento se huía de todo lo que significase «...ordenancismo, rigidez, disciplina autoritaria». Amparo Poch, en una visita de Lucía Sánchez Saornil, le explicó, que el objetivo primordial de los Hogares Infantiles era sustituir a los antiguos asilos y orfelinatos, y dotar de un hogar y una familia a los huérfanos de la República, contrarrestando cualquier carácter confesional. Formar a niños e impedir que la traumática experiencia de los niños sin infancia torciera su naturaleza y los hiciera hombres torvos prematuramente: «Esta es la casa de los niños, sólo la casa. Una pareja humana, hombre y mujer —los responsables—, sustituyen a los padres, ayudados en el cuidado de los pequeños por tres auxiliares femeninos. ¿Escuela? La del pueblo, con los demás niños del pueblo. Los huéspedes de los Hogares Infantiles sólo hacen aquí su vida de familia. Esta es la casa donde el niño crece, se desarrolla, vive, en una palabra»³⁸

Los huéspedes, es decir los niños, entraban y salían de los Hogares, frecuentaban los lugares públicos y se relacionaban con sus amigos en la misma forma que lo harían si viviesen con sus familiares. Alejados de los prejuicios que imponía la condena del confinamiento de los centros de acogida de la beneficencia. El niño debía sentirse libre y, como los demás, un tanto dueño de la ciudad en la que transcurría su vida. Solamente eran acompañados cuando por su corta edad, falta de costumbre o circunstancias especiales del lugar, corriesen peligro yendo solos. Se fomentaban las visitas individuales en corto número, sin ceremonias ni aparatosidad, de huéspedes de un Hogar a otro. Para crear lazos de amistad entre los niños que vivían con sus familias o en Hogares se propiciaba la posibilidad de que se invitasen mutuamente. Los niños podían ser acompañados,

pero nunca conducidos, prohibiéndose en absoluto que se les usara como comparsería o elemento decorativo, ni que realizaran funciones ni desfiles.³⁹ Y es que los niños de los asilos u hospicios eran figurantes en procesiones, en el recibimientos de dignidades eclesiásticas, glorias locales y en los entierros de postín. Se les incorporaba al cortejo fúnebre, con sus baberos de rayadillo, sus cabezas rapadas y toda la melancolía del mundo en sus ojos. Iban en hilera, silenciosos, portando cirios encendidos, vigilados por monjas, formando parte del triste ceremonial. Era la caridad, la beneficencia de una sociedad intolerante que, a menudo, había puesto a sus madres ante la disyuntiva de abandonarlos en el torno de un convento o asilo. El acompañamiento de los niños huérfanos o expósitos era la gratitud al beneficio recibido del finado o sus familias, merced a la cual estaban recogidos. Y esto era a lo que se oponía el reglamento de los Hogares Infantiles, a que los niños fuesen utilizados como comparsería o elemento decorativo. Habían prescindido de la monotonía del uniforme sustituyéndolo por vestidos informales de colores alegres y tonos claros.

Lucía Sánchez Saornil, en su visita a los Hogares Infantiles de Burjasot, además de describirnos el ambiente, nos transmitió el sentimiento que Amparo irradiaba en los niños. Su llegada fue objeto de un caluroso recibimiento, los niños, en cuanto la vieron, gritaron: «¡Amparito!... un haz de bracitos satinados buscaron el collar del abrazo efusivo. Pero después es Amparo Poch la que llama alborozada:

»“ ¿Quica, Quica?” Y al instante, Quica está en sus brazos, echando hacia atrás el cuerpecito menudo para buscar la sonrisa acogedora.

»¿Quién es Quica? Pues... Quica es eso: Quica. Nadie sabe más de ella. Cuando todo era desorientación y angustia, en aquellos días de la retirada del Tajo, unos camaradas la encontraron sentada y sola al borde de la carretera de Toledo, la carita sucia de polvo y de lágrimas.»

«¿Papá? ¿Mamá?» ¡Qué sabe ella! Tiene apenas tres años y una herida roja en la nalguita tierna y satinada. ¿La madre conoce ya el frío infinito o anda desmelenada recorriendo las carreteras de Iberia? Todo el pasado de Quica y todo nuestro pasado también. Quica, sola, llorando al borde de la carretera, es la carne viva de nuestra culpa.

»Pero Quica es ya, también, en este hogar infantil de Burjasot, la España nueva. Lo atestiguan estos 24 hermanos y estos padres solícitos que le ha dado la revolución.

»Mientras nos hacemos estas reflexiones, Quica es arrebatada por el mozalbete más alto —doce años crecidos—, que vuela con ella hacia el jardín.

»Este —me dice Amparo, señalando al muchacho— ha sido devuelto, por incorregible, de una colonia enviada a Francia. Estuvo luego en una guardería y cuando iban a ingresarlo en un correccional lo reclamé para el Hogar Infantil. Tenía la seguridad de que la anomalía no estaba en el muchacho sino en los elementos que lo rodeaban. Efectivamente, nuestro método cordial ha centrado su vida, que se desenvuelve hoy con entera normalidad en el ambiente familiar de Burjasot. Es, ya lo estás viendo, el hermano mayor». ⁴⁰

Lucía Sánchez Saornil, más estricta de temperamento y carácter menos expresivo que Amparo Poch, se asombra de la efusión de ternura y confianza que despierta el amor maternal de esta mujer, que sabe dispensarles un trato cercano, de madre y médico, que les organiza el tiempo de manera flexible en aquel ambiente propicio para la eclosión de la alegría y el juego, que les permite olvidarse, por momentos, de la separación de sus familiares. Los observaba felices, entrando en la casa, con el deslumbramiento del jardín, a la penumbra fresca del comedor, amueblado con mesas pequeñas, lejos de los refectorios inmensos, oscuros, de largas mesas de mármol y bancos conventuales, vigilados por la imagen de un Cristo agónico.

Redimir a la infancia era uno de los sueños de la revolución y, a pesar de la derrota, nadie les arrebataría nunca esta victoria. Una infancia en libertad, sin la opresora, destructiva piedad, con amor, era la mejor garantía de un futuro para que una persona se integrase en la sociedad. Esta idea centraba el magisterio pedagógico de la Dra. Poch. Había que suprimir «...la estampa acusadora y dolorosa del niño que trabaja como un hombre. Criaturas agobiadas material y moralmente por una infame explotación que los persigue desde que asoman a la vida. Algunos, los más fuertes de músculo y de espíritu, sobreviven a su infancia explotada y sacan de ella una recia raigambre revolucionaria. Pero la mayoría sucumben.

»Esto se ha de acabar. Va a desaparecer la estampa acusadora, terriblemente dolorosa, del niño que trabaja como un hombre. Todos los niños tendrán su edad de niños, su edad de juego». Era una de las reivindicaciones anarquistas, la libertad integral del niño. Soledad Gustavo, desde *La Revista*

Blanca, glosaba la ponencia que el pensador libertario andaluz, Tárrida del Mármol, había leído en el congreso feminista de Londres, en 1899, sobre *El trabajo de la mujer y el niño*, en la que denunciaba la situación, sin leyes que los protegieran del peligro de las industrias, minas, fábricas o el acarreo de agua, en pesados cántaros, que deformaban sus cuerpos aún sin desarrollar, con unas jornadas de hasta 14 horas.⁴¹

El sueño de Amparo Poch era crear para los niños una escuela transparente:

¿La escuela?, espera, compañero:
Abre en la pared una larga ventana.
Mejor que la ventana: una ancha puerta.
Mejor que la puerta: tira el tabique.
¡En las praderas, en los bosques,
en los llanos, en los ríos,
en los montes, no hay muros!
Allí, la escuela.⁴²

Carmen Conde, bajo el seudónimo de Florentina, escribía para los niños en *Mujeres Libres*:

No mires al cielo de aviones
El mar sueña niños azules.
Barquitos y lanchas corrían, corrían más allá del mar.
Había llovido y saltaban a la comba con el arco iris.

En el lago hay más estrellas que en la noche.

Está también la tuya.

Para llevar a cabo la gran labor de la eclosión de la infancia se necesitaban maestros vocacionales, con una formación pedagógica orientada por la Nueva Escuela: «Hay, ante todo, que formar maestros, al menos con el mismo rigor de selección que se pone en preparar a un oficial de artillería. Formar maestros seguros, moralmente seguros, técnicamente seguros».

La pedagoga Pilar Granjel, exponía en la revista *Mujeres Libres* la necesidad de crear un cuerpo de maestros/as que sintieran la pedagogía como vocación, con dedicación exclusiva a la instrucción de los hijos del pueblo, para lograr la transformación de la sociedad que anhelaba la clase obrera. Desde los albores de la República la preocupación por la Enseñanza constituyó un capítulo prioritario. El decreto de 29—4—1931, que introducía la reforma de las Escuelas Normales, exigía un alto nivel de preparación y la libertad religiosa para el niño y el maestro. El Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU), establecido por decreto el 27—7—1936, heredaba los principios básicos de las Escuelas Racionalistas. El impulsor fue Joan Puig Elias, impulsor de los métodos de Francisco Eerrer y Guardia y Ricardo Mella, grandes pedagogos libertarios, que estaban en la línea de la Institución Libre de Enseñanza; pero con principios más asequibles para el pueblo llano.

Con la guerra aumenta la preocupación por la cultura del obrero. Se crea un Comité pro Cultura Popular, con el fin de facilitar el acceso del trabajador a la «cultura superior y establecer un nexo vivo y fecundo con la Universidad oficial».⁴³ La Escuela Oficial del Trabajo

de Barcelona (La Universidad del Pueblo), era un gran centro de cultura popular. La Universidad Industrial estaba integrada por la Escuela del Trabajo para Oficiales y Maestros Industriales, la Escuela profesional para Oficiales y Maestros artesanos, el Instituto de orientación y selección profesional para toda clase de técnicos, el Instituto de ampliación e investigación y la Escuela de Peritos y Técnicos industriales.⁴⁴

Nunca, antes ni después, se ha dado el caso de que, en el transcurso de una guerra, un pueblo se superase culturalmente, en medio de la lucha, llevando la cultura hasta los frentes con campañas de alfabetización, lectura, cine, conferencias, recitales, bibliotecas, publicaciones específicas, teatro. Teatros con espíritu popular, para levantar la moral en la retaguardia y el frente, como Las Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro, que dirigía María Teresa León, donde colaboraban Rafael Alberti y Santiago Ontañón entre otros. El teatro de las Misiones Pedagógicas, bajo la dirección de Alejandro Casona, representaba por los frentes de Madrid. Francisco Martínez Allende fue el fundador y director del teatro popular La Tribuna, en Madrid, en los primeros meses de la guerra. El grupo recorrió hospitales, talleres colectivos y guarderías. En Valencia asumió la dirección del Retablo Rojo del Altavoz del Frente. Actuaba en las plazas y otros lugares abiertos y concurridos y en locales públicos. Se preparaba para salir a los pueblos y actuar en los frentes. Retablo Rojo había organizado una cuadrilla de ciegos enseñándoles a recitar romances de guerra, a modo de los ciegos copleros, vendedores de aleluyas y romances, la llamada «literatura de cordel». La cuadrilla enaltecería en sus recitales las hazañas de los milicianos, los aviadores, y los marinos. *Frente Rojo* interpretaba *Lamento de los campos de España*, que llegaba a todos como un latigazo de sentimiento y exaltación. Luisa Carnés, testigo de la conmoción

popular que levantaba el grupo teatral, escribió: «Cada poema, cada diálogo, cada escena interpretada por estos muchachos es una consigna antifascista. Por eso, su labor en la retaguardia es una auténtica labor de guerra. Y es, al propio tiempo, una escuela nueva de actores teatrales, que se forma en la calle, al calor del pueblo, y de la que saldrá un nuevo plantel de artistas, indiscutiblemente nuevos también». ⁴⁵

En cada unidad se editaba su propio boletín, y en los cuarteles aparece un periódico tirado en ciclostil o en una minerva: *Milicia Popular*, del Departamento de Cultura del Quinto Regimiento de Milicias, publicado en la segunda semana de la guerra. *Avance* era el órgano del Primer Regimiento de Milicias Populares: la Columna Mangada. A *vencer*, el de las Milicias andaluzas. *Venceremos*, del Batallón de Milicias Populares de Jaén. *No Pasarán*, salía en el frente de Somosierra.⁴⁶ En el Ejército Popular se crearon las Milicias de la Cultura, en las que fueron soldados nombres tan preclaros, como León Felipe, Miguel Hernández, María Teresa León, Margarita Nelken, Rafael Alberti, Eduardo Ugarte, José Herrera Petere, Manuel Altolaguirre y Mujeres Libres. El admirado Luis Cernuda, al estallar la guerra, se enroló en las milicias populares del Batallón Alpino de Guadarrama. No podemos profundizar en tema tan apasionante, pero señalamos la importancia que tuvo la cultura como forma de entender la lucha del pueblo español. Así lo entendieron los intelectuales de 28 países que tomaron parte en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, en 1937, celebrado en Valencia, Madrid, Barcelona y clausurado en París, desde donde proclamaron al mundo: Que la cultura, que se han comprometido a defender, tiene por enemigo principal al fascismo.⁴⁷ El fascismo perseguía a muerte a la cultura, que significaba la libertad individual

y colectiva del pueblo. Una de las consignas antifascistas era: «Hay que aplastar el fascismo con las armas y con la cultura»⁴⁸

Notas capítulo XI

1. Nombramiento de Federica Montseny Mañé, Ministro de Sanidad. Dado en Barcelona a cuatro de noviembre de mil novecientos treinta y seis. Manuel Azaña. El Presidente del Consejo de Ministros. Francisco Largo Caballero, *Gaceta de Madrid*, 5-11-1936, n° 310, p. 642.
2. Victoria Kent, Declaraciones a *Ahora*, Madrid, 18-2-1932, p. 7. Cit. por Zenaida Gutiérrez Vega, *Victoria Kent. Una vida al servicio del humanismo liberal*, Universidad de Málaga, 2001, p. 111.
3. Federica Montseny, *La Sanidad y la Asistencia Social durante la Guerra Civil. Los Médicos y la Medicina en la Guerra Civil*, Monografías Beechan Saned, Madrid, 1986. p.98.
4. «De acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de Sanidad. Vengo en nombrar Subsecretario de Sanidad a Dª Mercedes Maestre Martí». Manuel Azaña. Federica Montseny. Ministro de Sanidad. *Gaceta de la República*, Barcelona, 5-11-1936, n° 315, p. 676.
5. «De acuerdo con el Consejo de Ministros, a propuesta del de Sanidad y Asistencia Social, y en cumplimiento del Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, fecha 21 de noviembre anterior. Vengo en nombrar Consejero médico del Consejo Nacional de Asistencia Social a doña Amparo Poch y Gascón. Dado en Barcelona a diez de diciembre de mil novecientos treinta y seis. Manuel Azaña. El Ministro de Sanidad y Asistencia Social Federica Montseny Mañé», *Gaceta de la República*, 12-12-1936, n° 347, p. 969.
6. Entrevista a Mercedes Maestre, realizada por Marisol Alonso, 1-5-1979 V. Elena Aub, 6-12-1981, para el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil, Salamanca. PHO/10/28.
7. Carlos Sanz, Comisario del XIX Cuerpo del Ejército, «Para la Historia de nuestra lucha. Un acto de singular heroísmo: Mercedes Maestre», *Fragua Social*, (Organo de la Confederación Regional del Trabajo de Levante), n° 439, 9-1-1938, p. 1.
8. Federica Montseny, *Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social*, conferencia pronunciada el 6 de junio de 1937, en el Teatro

Apolo de Valencia, Ediciones de la Comisión de Propaganda y Prensa del Comité Nacional de la CNT, Valencia, p. 10.

9. Ibidem, p. 12.

10. Ibidem, p.17.

11. «Orden». *Gaceta de la República*, Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Valencia, 26-2-1937, nº 60, p. 1028. El Comité Central de Ayuda a los Refugiados, estaba formado por un representante de cada una de las sindicales: CNT, UGT, e instituciones: Socorro Rojo Internacional, Protección de la Infancia Obrera, Asistencia Infantil. Ajut Infantil de la Reraguarda, Comité de Ferrocarriles MZA, Consell de la Gastronomía, Asociación de la Banca y Bolsa, Delegación del Consejo Superior de Protección de Menores, Asistencia Municipal y Asistencia Social de la Generalidad. El Comité lo presidía el doctor Martí Ibáñez (CNT), Director General de Sanidad y Asistencia en Cataluña.

12. Testimonio de Mercedes Comaposada a Martha Ackelsberg, enviado a Antonina Rodrigo. Northmpton (Massachussets), 24-7-2000.

13. «Junta de Defensa de Madrid. La evacuación de los niños. Cuantos deseen evacuar a sus hijos fuera de Madrid deberán presentarse en la plaza de las Cortes, 3 (Consejo Superior de Protección de Menores), o en la calle de Genova, 19 (Junta Provincial de Protección de Menores), donde se les destinará al Refugio Infantil desde el que se organizará la expedición, cuidando el Comité de Auxilio al Niño de atender todas las necesidades de los menores», *CNT*, 9-1-1936, p. 2.

14. Nombramiento del Ministerio de Instrucción Pública a María Zambrano Alarcón, para el cargo de Consejero de la Sección Primera (Propaganda) del Consejo Nacional de la Infancia evacuada. Valencia, 12 de octubre de 1937. *Gaceta de la República*, 14-10-1937, nº 287, p. 160.

15. Aránzazu Usandizaga, *Ve y cuéntalo...*, op. cit., p. 151.

16. José M. Arana, «Los niños, lejos del horror de la guerra. Cien mil chiquillos madrileños fuera de Madrid», Crónica, 4-4-1937.

17. Victoria Priego, «Infancia desvalida. Los hijos de los milicianos». *Informaciones*, Madrid, 1-8-1936, p. 3.

18. Luisa Carnés, «Para los hijos de los combatientes», *Estampa*, Madrid, 8-8-1936, n° 447, s/p.
19. Emilio Fornés, «Mientras los aviadores luchan heroicamente sus esposas han creado un Hogar-Escuela con la ayuda de otras mujeres republicanas», *Estampa*, Madrid, 15-8-1936, n° 44.
20. *Para ayudar a los frentes. Ningún hogar sin evacuados.* Ministerio de Propaganda. C.E.H.I. s/f. Centre d' Estudis d'Historia Contemporánea. Pavelló de la República. Barcelona. Sig. CF 45.1. Nin.
21. Claudio Laín, «Lucha de grandes, juego de chicos», *Estampa*, Madrid, 15-8-1936, n° 448.
22. Lola Iturbe, «Madrid-Guadalajara-Brihuega», *Tierra y Libertad*, 244-1937. p. 1.
23. Amparo Poch y Gascón, «La guerra sobre los niños», *El Sindicalista*, 19-7-1937, p. 8.
24. Ibidem.
25. Tanischk, «Parlant amb Matilde Huid con comprenen els infants els pobles nous», *Companya*, Barcelona, 11-3-1937.
26. Escrito dirigido a la Ministra de Sanidad por la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Evacuación. Firmada por el responsable Enrique Jiménez. Archivo Histórico de la Guerra Civil. Salamanca. Leg. 1873 P. S. Madrid.
27. Escrito dirigido a la Ministra de Sanidad por la profesora Jenara González y el encargado Alfredo Garrido, de la Colonia Escolar de Mogente, 15- 4-1937. Archivo Histórico Guerra Civil de Salamanca. Leg, 2389. P. S. Madrid.
28. Federica Montseny, «Los días de euforia». *El País*, Madrid, 18-7-1986, p. 12.
29. Ibidem.
30. «Niños, Niños, Niños», *Mujeres Libres*, Madrid, Día 65 de la Revolución, 1936, s/p.

31. *Informe de la expedición de niños a Rusia*. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil. Salamanca. Leg. 2389 P. S. Madrid.
32. Próxima expedición de niños a Francia para el 16-3-1937. Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil. Salamanca. Sig. 2389 P. S. Madrid.
33. Amparo Poch y Gascón, «Los niños españoles en Francia I», *El Sindicalista*, 19-4-1937, p. 1.
34. F. A., «Valencia Avuda a los Heroicos Madrileños», *Mi Revista*, Barcelona, 15-2-1937, p. 9.
35. Pierre Marqués. En medio centenar de departamentos franceses hubo colonias de niños españoles refugiados. *Les Enfants Espagnols en France* (1936-1939% Auto Edition, París, 1993, pp. 77 y 183.
36. Amparo Poch y Gascón, «Los niños españoles en Francia II», *El Sindicalista*, 21-4-1937, pp. 1-2.
37. Amparo Poch y Gascón, «Los niños españoles en Francia III», *El Sindicalista*, 23-4-1937, p. 1.
38. Lucía Sánchez Saornil, «El sueño de Federica Montseny», *Umbra*, nº 3. Valencia, 24-7-1937.
39. Ibidem.
40. Ibidem.
41. Soledad Gustavo, «El trabajo de los niños». *La Revista Blanca*. Suplemento, Madrid, 5-8-1899, año I, nº 12, p. 1.
42. «¿La escuela?, espera, compañero». *Mujeres Libres*, Día 65 de la Revolución. Madrid, 1936, s/p.
43. El Comité pro Cultura Popular estaba integrado por las Juventudes Libertarias, Juventudes Socialistas Unificadas, Federación Estudiantil de Conciencias Libres, Asociación de Idealistas Prácticos, Ateneo Enciclopédico Popular, Ateneo Politécnico, Asociación Universitaria Obrera, Ateneo Enciclopédico Sempre Avant, Comité Regional de las Juventudes Libertarias, Federación Local de Juventudes Libertarias y Fomento de la Cultura Popular. Rev. Comité pro Cultura, *Mujeres Libres*, «65 Días de la Revolución», s/p.

44. Lorenzo Brunet Forroll, «La Escuela Oficial del Trabajo de Barcelona. (La Universidad del Pueblo)», *Mi Revista*, Barcelona, 15-12-1936. p. 5.

45. Luisa Carnés, «Un nuevo arte de guerra en las calles de Valencia», Estampa, Madrid, 27-3-1937, nº 479 s/p. Luisa Carnés fue autora de teatro de urgencia durante la guerra. El 23 de octubre de 1936 se estrenaba su obra Así empezó..., en el Teatro de la Guerra (antes Lara). Antonio Plaza Plaza prepara un estudio sobre la vida y la obra de Luisa Carnés, desconocida en España por su significación como luchadora contra el fascismo y su exilio en México, donde murió. V. Antonio Plaza Plaza, «La literatura de España en el Exilio: Luisa Carnés, una escritora olvidada», *Cuadernos Republicanos*, Madrid, nº 12, octubre de 1992, pp. 47-58.

46. Eduardo de Ontañón, *Periódicos del Frente. Crónica General de la Guerra Civil*, Ediciones de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, Madrid, 1937, pp. 53-55.

47. El II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, se celebró desde el 30 de mayo al 18 de julio de 1937. Lo suscribieron entre otros muchos: André Malraux, Romain Rolland, Thomas y Heinrich Mann, Ernest Hemingway, Bernard Shaw, Forster, Selma Lagerloff, Virginia Woolf, Jorge Icaza, Nicolás Guillén, Aragón, Pablo Neruda, Eugene O'Neill, César Vallejo, Antonio Machado, José Bergamín, Rafael Alberti, Ramón J. Sender...

48. Las tareas de los antifascistas en la retaguardia. Instrucciones para los hombres y las mujeres sobre los trabajos de guerra, Ediciones del Comité de Editoriales y Librerías del Frente Popular y la Alianza de Intelectuales Antifascistas, Madrid, octubre de 1936, p. 17.

CAPÍTULO XII

El dolor y la vergüenza de la guerra

Amparo Poch, al año de la guerra, en una declaración de principios, reafirmaba su tradicional pacifismo:

«Apresurémonos a hacer una declaración: nuestra conciencia rechaza de plano la guerra; nuestro corazón no puede admitir la violencia como razonable y justa en ninguna ocasión. Ningún acontecimiento ha hecho vacilar nuestras convicciones refractarias a la guerra y seguimos creyendo que ninguna es noble, es justa, es buena porque todas tienen, aun las que en apariencia se hacen por móviles honrados, un verdadero motivo: el poder. El poder es, según las ocasiones, la conquista de un territorio, de un gobierno, la entronización de una familia, etc. etc. Y si se trata de guerrear por el ideal..., la imposición sobre el mayor número posible de individuos de las normas de vida del grupo vencedor. He aquí la verdad».¹

En sus mítines, en sus artículos, su estado moral es transparente. A mediados de febrero de 1937, en un mitin en la barcelonesa Plaza de Cataluña, organizado por las Juventudes Libertarias en pro del Frente de la Juventud Revolucionaria, está ante el micrófono en representación de la Agrupación Mujeres Libres para pedir la unidad de todas las fuerzas y acabar con la guerra. Habla de la lucha de la

mujer al lado del hombre para conseguir aplastar al fascismo: «Las mujeres son las que trabajan por la vida, que significa trabajar por la Revolución».²



Amparo en el mitin

En el mitin interviene una amplia representación: de Francia llega una delegación de las Juventudes Socialistas del Sena; la columna Juventud Comunista; Grunfeld, delegado de las Juventudes Anarquistas de Argentina; Amador Franco, delegado de todos los jóvenes libertarios del frente aragonés; la columna «Durruti», la «Roja y Negra»; los jóvenes de la columna «Lenín»; Ramón Vallejo, de las Juventudes Sindicalistas; Solano, secretario general de la Juventud Comunista Ibérica; Fidel Miró, secretario del Comité

Regional de las Juventudes Libertarias; Félix Martí Ibáñez, director general de la Sanidad y Asistencia Social de Cataluña. Jacinto Toryho, en nombre del Comité Peninsular de la FAI, cerró el acto. Los parlamentos fueron definiendo el programa del Frente de la Juventud Revolucionaria: la unión de todas las fuerzas representaba la victoria. Tras el mitin, las conclusiones fueron entregadas al presidente Companys, en la Generalitat, en la Plaza de la República, como se llamaba entonces, adonde llegaron en manifestación desde la Plaza de Cataluña:

«Movilización general.

»Todas las armas largas al frente. Adoptar todas las medidas necesarias en el terreno económico y bélico para ganar pronto la guerra.

»Reafirmar la unidad antifascista, pero verdadera.

»Medidas necesarias para lograr una Marina, una Aviación y un Ejército revolucionarios, garantía de la victoria.

»Responsabilidad plena en el mando de las fuerzas y en la dirección del país.

»Ni un paso más por el camino de la contrarrevolución. El pueblo anhela que los hechos iniciados el 19 de julio sean encaminados a vencer en la guerra y la Revolución Social».

El acto monumental concretaba la unión de todas las juventudes revolucionarias. Se pedía la socialización total de las industrias, el comercio y el campo, pues no podía resistir la economía de un país

mitad burguesa y mitad proletaria. Se conminó a los que cobraban grandes sueldos en nombre de la Revolución. Era necesario terminar con la degeneración de los emboscados de la retaguardia y establecer una moral revolucionaria. Se atacó a la Sociedad de Naciones, a la que se denominó Circo Internacional, la revolución mundial tenía que ayudar a los heroicos proletarios de España que luchan contra el fascismo universal. Martí Ibáñez habló de depurar a los indeseables de la retaguardia que habían conseguido un carnet político o sindical y se amparaban bajo esa falsa identidad. Esta denuncia iba adquiriendo perfiles preocupantes. Matilde de la Torre, la ex diputada de Asturias, los llamaba amujerados. La valiente mujer creía que era una labor de tipo moral desenmascarar a los «desertores» emboscados en empleos lejos del frente: «Nuestra labor ahí, en ese “frente moral”, será inmensa. Hay que inventarles coplas y cantares a los miedosos; hay que escupirles a la cara a los derrotistas; a esos canallas emboscados que, muy bajito, nos van diciendo que “esto está perdido”. Hay que decirles la verdad: que los que “están perdidos” son ellos. Y demostrárselo sin complicaciones: acudiendo a la comisaría a denunciarlos con sus nombres y apellidos como lo que son: como traidores, cobardes y sucios. Decirles que las mujeres no aguantan a su lado a ningún “amujerado”».³ Era una voz de alerta alzada en la prensa y la radio. En *El Mono Azul* se repetía profusamente: «Cuidado con los sembradores de alarma. La cobardía se parece mucho a la traición».

Amparo Poch, la única voz de mujer en el mitin de la Plaza de Cataluña, reiteró que había que acabar con la guerra, convencida de que la unión de todas las juventudes traería la victoria. La mujer que había salido de la marginación social, era la fuerza, con savia nueva, comprometida, con genuino ímpetu, en la lucha por vencer al fascismo. La juventud y la mujer eran las dos grandes promesas para

el triunfo. La mujer llegado el momento estaba allí dando sus mejores frutos, sus hijos y su propia vida, por la causa de ellos, el poder. Ahora no era arrastrada a la guerra como en el pasado que tras terminar los conflictos regresaba «a lo suyo», sino implicada en un compromiso ético: la Revolución en la que creía implícita su liberación y autonomía, dentro de una normas de convivencia, de fraternidad y solidaridad. Amparo Poch advirtió a la muchedumbre que la escuchaba en la plaza de Cataluña: «Aquí está la voz de “Mujeres Libres”, de la mujer, la eterna ostentadora de la gracia, la eterna trabajadora, la eterna ilusionada. Para medir su valor tened presente siempre que la mujer ha sido lanzada repentinamente a la lucha desde su abandono, desde su ignorancia y que con un equipaje mal formado, ha tenido que hacer frente a todos los problemas que vosotros teníais planteados desde hace mucho tiempo y que conocéis muy bien pues formaban parte de toda vuestra vida. Pero asimismo aceptamos integralmente sin la menor vacilación, todo lo que supone trabajar para la guerra, y aún más, por la Revolución, que es trabajar por la vida, hacia la vida».⁴

Sobre estos conceptos la oradora Amparo Poch, lanzados al viento ante un micrófono en la abarrotada Plaza de Cataluña, vuelve a insistir, días después, como periodista, en *Tierra y Libertad*. Desde la atalaya de la tribuna, veía la nueva sonrisa de sus compañeras despiertas y preocupadas, lejos del cercano amedrentamiento, inmersas, conscientes, implicadas, como ciudadanas, en los graves acontecimientos que se vivían. Bajo el título: *Todos juntos. Impresiones del mitin de las Juventudes Revolucionarias*, escribía:

«Al fin, al fin... Las catástrofes aceleran etapas y decisiones. Las catástrofes plantean los grandes dilemas que a todo

trance hay que resolver. Se pueden soportar, sin decisiones radicales, las pequeñas cosas, no por pequeñas menos trágicas, de todos los días. Pero las cosas enormes se resuelven con brutal prontitud.

»Al fin, decimos. Esta guerra espantosa que nos commueve, esta guerra repugnante que nos avergüenza, ha precipitado los acontecimientos para todos, pero principalmente para la mujer.

»He aquí lo sucedido. Fueron razones económicas, frías y duras e implacables razones económicas, las que sacaron a las mujeres de su órbita sosegada y estrecha. Fue la Economía, señora exigente antes, ahora y después, la que plantó a la mujer en la calle, la que la dejó deslumbrada al sol, acostumbrada como estaba a la penumbra estúpida e irracional de la casa, a la penumbra inhumana de su espíritu vacío y mudo.

»En un momento, ¡ya no hubo cuna ni canción!, sino ruido de máquinas y altos edificios de cemento. Pasaban a ser recuerdos las comodidades de la casa, con su enorme ignorancia, con su absurda irresponsabilidad...

»Y he aquí el espanto de la catástrofe. He aquí la rebelión militar. A las mujeres antifascistas y aún más a las que además de antifascistas son verdaderamente revolucionarias, la guerra les ha marcado un puesto, que, en la paz, hubieran conquistado difícilmente.

»La guerra las ha llenado de preocupaciones y de trabajos, les ha despertado del todo su voluntad y su personalidad. Las ha hecho descubrirse a sí mismas...

»Así, los que para siempre quisieron ahogar las aspiraciones proletarias, han hecho de cada mujer un obrero más que defiende sus derechos; los que para siempre quisieron imponer su cruel dictadura, han hecho de cada mujer un ser rebelde.

»La catástrofe sangrienta que nos apena ha puesto sobre las mujeres el fardo pesado y honroso de todas las responsabilidades. Hay que levantarla y triunfar. Sin competencias. Todos juntos».⁵

Sin embargo, la mujer debía seguir luchando por la igualdad como concepto básico para su total liberación. El 3 de febrero de 1937, Juan García Oliver, ministro de Justicia, firmaba un decreto sobre la igualdad de derechos ante las leyes. En su artículo primero decía:

«El sexo no origina diferencia alguna en la extensión y ejercicio de la capacidad civil. La mujer, sea cualquiera su estado, tiene la misma capacidad que las leyes reconocen o pueden reconocer al hombre para ejercer todos sus derechos y funciones civiles»... ¿A qué venía ahora reivindicar los derechos civiles de la mujer? ¿A qué la necesidad de legislar sobre la cuestión? ¿No estaba inmerso en los artículos de la Constitución? El 25 estipulaba: «...no podrá ser fundamento de privilegio jurídico el sexo». El 40: «... todos los españoles, sin distinción de sexo, son admisibles a los empleos y cargos públicos, según su mérito y capacidad» y el 43: «... el matrimonio se funda en la igualdad de derechos para ambos sexos». Pero la realidad era que los prejuicios no estaban extinguidos y la mujer seguía reclamando sus derechos. El nuevo decreto era oportuno como llamada de atención para el cumplimiento del

ejercicio de los congelados derechos civiles de la mujer. La abogada Matilde Huici recordaba que, desde el 18 de julio de 1936 la mujer antifascista dejó en suspenso sus campañas feministas para entregarse a la tarea esencial: trabajar para la guerra, sin exigir nada a cambio. Tras interesantes reflexiones, pasaba revista a una serie de oportunidades desaprovechadas para la promoción de la mujer: «Pero la buena voluntad, el entusiasmo de las mujeres para cumplir con su deber no disimulaba el hecho de que la Constitución, en lo relativo a los derechos de la mujer, no se había puesto en práctica, salvo el derecho de sufragio, expresamente consignado en el artículo 36. (...) Tampoco las Cortes del Frente Popular se dieron gran prisa en reconocerle a la mujer plena capacidad civil. Y eso que la mujer había trabajado de firme, preparándose y organizándose para la vida pública. (...) Los cargos públicos, especialmente los más importantes, rarísima, casi única excepción, siguieron siendo desempeñados por varones... (...) Obsérvese qué pocas mujeres, si alguna hay, figuran en los comités directivos, en las ejecutivas, ocupando cargos políticos, puestos diplomáticos, etc. Lo mismo puede decirse de las sindicales. Y del acceso de la mujer a las profesiones».⁶ Matilde Huici insiste en que eran las propias mujeres las que debían cambiar la situación, preocupándose por las cuestiones públicas y exigiendo al Gobierno y a las organizaciones medios para cultivarse y poder asumir la responsabilidad de todos los cargos y puestos del Estado en igualdad de condiciones que los hombres. Matilde Huici, a principios de agosto de 1937, era nombrada Secretaria de Embajada por el Ministerio del Estado.

Las mujeres anarquistas de *Tierra y Libertad* creían que la Revolución no podía ser sólo cosa de hombres, la transformación revolucionaria debía incorporar a la mujer. Su actitud, más que de desinterés les parecía de hostilidad. Y esto explicaba «la ausencia

casi total de mujeres españolas en los comités y diversos departamentos de la nueva organización social». La mujer anhelaba incorporarse al trabajo común, de su capacidad había dado evidentes pruebas y, en pocas semanas, cambiaría la aguja de hacer crochet por la manivela de conducir un tranvía y la rutinaria tarea de «coser y cantar» por el trabajo de una fábrica de motores. Sugerían acabar con la palabra «Mujeres», discriminada por la competencia de sexos, y que fuesen designadas por la de compañeras.⁷ Era una actitud ingenua intentar prescindir de sus señas de identidad a cambio de no sentirse excluidas en el reino de los hombres.

Pero la mujer, ante el dolor y las vicisitudes de la tragedia que vive el país, se sobrepone a todo aquello que rebasa el cuadro de sus vivencias individuales. Las madres perdían a sus hijos en los frentes de guerra, y reaccionaban mostrando su competencia, su laboriosidad, su valor, su ingenio y lo hacían con una resolución capaz de magnetizar a su entorno. La mujer organiza, dirige, siembra, ara, recoge las cosechas, hace posible el singular alumbramiento de una mujer nueva. En las circunstancias que atraviesa se olvida de aquellas leyes que le habían otorgado derechos, lo prioritario ahora era ganar la guerra. Lucía Sánchez Saornil, escribía a este respecto: «No se trata ya de reivindicaciones individuales, ni de reivindicaciones de sexo; se trata de la defensa de la propia vida; se trata de la defensa colectiva de un pueblo».⁸

El lunes 26 de abril de 1937 era día de mercado en Guernica, las mujeres en la plaza se ocupaban de su difícil quehacer cotidiano de asegurar la provisión de alimentos de los suyos y un feroz, repentino, bombardeo fascista segó sus vidas. El mariscal Goering declararía en el proceso de Nuremberg que ansiaba ensayar los efectos de un bombardeo masivo de su joven Luftwaffe, con bombardeos intensos,

bombas incendiarias y ametrallamiento de la población civil. La operación fue un éxito, por el número de víctimas inocentes sorprendidas en su tarea de sobrevivir. Franco afianzaba su dominio con los aviadores alemanes e italianos a su servicio avalado por la Iglesia: «Es una guerra santa, la más santa que la historia haya conocido». La Iglesia, por boca del Cardenal Gomá, rechazaba toda reconciliación:

«...conviene que la guerra acabe. Pero no que se acabe con un compromiso, con un arreglo, ni con una reconciliación. Hay que llevar las hostilidades hasta el extremo de conseguir la victoria a punta de espada... No es posible otra pacificación que la de las armas. Para organizar la paz dentro de una constitución cristiana es indispensable extirpar toda la podredumbre de la legislación laica... Son las bocas de los sacerdotes las que se abrirán para morder a los asesinos».

Pocos días después ocurrían en Barcelona los sucesos de mayo de 1937 que pondrían punto final a la colaboración y a los proyectos de los cuatro ministros cenetistas en el gobierno de Largo Caballero y el cese de Amparo Poch. Las divergencias permitían vislumbrar la intensidad del enfrentamiento. La conspiración contra los anarquistas empezó desde que éstos llegaron al poder. Las aviesas intenciones de Stalin de manipular la guerra de España, las denunció abiertamente el POUM, en su portavoz *La Batalla*, el 15 de noviembre de 1936:

«Lo que interesa realmente a Stalin no es la suerte del proletariado español o internacional, sino la defensa del gabinete soviético según la política de pactos establecidos por sus estados frente a otros estados».

Camillo Berneri, en una dura carta abierta a Federica Montseny, con fecha 14 de abril de 1937, le recriminaba puntuales actitudes contrarevolucionarias y advertía a la ministra de Sanidad: «En cuanto a Cataluña se ha comenzado la limpieza de elementos trotskistas y anarcosindicalistas, obra que será llevada con la misma energía con la que ha sido llevada en la URSS».⁹ Berneri, que luchó en España en la Columna Ascaso, en el frente de Huesca, sabía lo que decía: el 5 de mayo de 1937, apenas tres semanas más tarde de la advertencia a Montseny, era asesinado por los comunistas en Barcelona.

Tras la pérdida de Málaga, el 8 de febrero de 1937, los comunistas habían iniciado la ofensiva contra el jefe de Gobierno, Largo Caballero. En Barcelona, a principios de mayo, los partidos nacionalistas, con el apoyo del PSUC, y el visto bueno de la Generalitat, provocan unos altercados que tienen por objetivo erosionar el poder de los anarcosindicalistas y los comunistas del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Kaminski, testigo directo de aquellos acontecimientos, escribió: «Las diferencias entre los revolucionarios se acentuaron más todavía. No podemos ignorar que las relaciones del antiguo Frente Popular con los anarquistas se hacen cada vez más tensas. Los comunistas sobre todo están dispuestos a todas las concesiones y a todos los compromisos en interés de la Rusia estalinista y su influencia sobre los otros partidos del Frente Popular es muy grande».¹⁰ El Consejero de Gobernación de la Generalitat, Artemi Aiguader, ordenó la ocupación de la Central

Telefónica de la Plaza de Cataluña, gestionada desde julio de 1936, por un comité sindical mixto CNT—UGT. La resistencia de los cenetistas en la Central Telefónica hizo reaccionar a todos los núcleos de la CNT en Barcelona. El enfrentamiento armado, en los primeros días de mayo de 1937, produjo cerca de medio millar de muertos y el doble de heridos, la ilegalización del POUM, el asesinato de su secretario general, Andreu Nin, y la consiguiente pérdida de muchas conquistas revolucionarias, y parte de las colectividades de Aragón.¹¹ Se dió la paradoja, dice Francisco Carrasquer, que el comunismo intentara acabar con el comunismo más genuino: el libertario. La contienda generaba otra lucha fraticida en la que se iban a perder muchas cosas esenciales hasta entonces. Estellés Salarich, profundamente afectado, escribirá: «Una guerra tan gloriosamente desarrollada por nosotros no merecía que le diéramos aquel triste, dramático, y en algunos casos y ocasiones vergonzoso antefinal».

En el nuevo Gobierno, la CNT se autoexcluyó. Federica Montseny explicó: «La CNT no quiso tomar parte en él, ya no se aceptaba la representación de las organizaciones sindicales, y nosotros considerábamos que la incorporación de las organizaciones sindicales a la obra del Gobierno, era de fundamental importancia; de internacional importancia; una de las conquistas más modestas, pero también más efectivas de la revolución española».¹²

Cuando Lucía Sánchez Saornil visitó el Hogar Infantil, de Burjasot, un oscuro sentimiento invadía a Amparo Poch. En aquellos días luchaba por mantener vigente el iniciado proyecto de los Hogares Infantiles. Había hecho todas las concesiones posibles para mantener a flote su obra: de las 60.000 ptas, asignadas, redujo

incluso la subvención a 54.000 ptas., pese a que en esa cantidad figuraban los haberes del personal técnico—administrativo.

Amparo Poch se avergonzaba de la guerra, de las luchas taimadas, encubiertas de falsos ideales, donde sólo contaban los intereses económicos que proporcionaban el poder. A ella, como humanista y médico, le interesaba que le permitiesen consolidar el proyecto de los Hogares Infantiles, realizar aquella obra social, proteger y no desorientar a los niños con nuevos cambios y ambientes, que la infancia no se convirtiese en moneda de cambio. Para la Dra. Poch, en la guerra de los adultos, los niños eran ¡Grato consuelo entre la angustia de nuestro corazón!¹³ Su esperanza quizá se mantuvo porque a pesar de haberse suprimido el Consejo Nacional de Asistencia Social y aceptado la dimisión de Federica Montseny como Ministro de Sanidad,¹⁴ la suspensión de Amparo como Consejera de Asistencia Social no fue inmediata. Lo irremediable se produjo el 3 de junio de 1937, cuando Manuel Azaña y Jaime Aiguadé Miró, responsable del nuevo Ministerio de Trabajo y Asistencia Social, firmasen, en Valencia el decreto de su cese.¹⁵

A la pregunta de Lucía Sánchez Saornil:

«¿Qué será de tu primer Hogar Infantil?»

Amparo le respondió, pensativa:

«¡Ah! Sospecho que lo cerrarán cuando encuentren donde internar a mis 25 niños». ¹⁶

Para la pedagoga y doctora Amparo Poch fue una renuncia dolorosa, vió caer La guerra sobre los niños, título de un artículo que rezumaba decepción, publicado tras los acontecimientos de mayo de 1937. En él escribía «Los niños a salvo con la inocencia», pero bien

sabía ella que en las guerras de los hombres, los niños son doblemente víctimas, como las mujeres. A ellos les dedicó *El niño asesinado* (Romance pequeño):

Corría la bala y decía al viento:

—¿En dónde me clavo
para dar más duelo?

El niño jugaba,
soñaba sus juegos,

—Pues ¿qué será la guerra
con sus hombres fieros?

Corría la bala...

—¿Dónde irá mi hierro traidor y asesino
por ser más certero?

El niño soñaba,
jugaba sus sueños.

—Pues ¿qué será la guerra
si estaba tan lejos?

Capullo temprano,
cortado y deshecho,
fruta no madura
robada del huerto;
los ojos cerrados,
los labios resecos,
los brazos tendidos...
¡está el niño muerto!

Un interrogante se mecía al viento:
¿Qué es lo que han matado,

poeta, guerrero,
atleta famoso, hombre justiciero?,
¿cruel?, ¿bondadoso?,
¿compasivo?, ¿fiero?,
¿egoísta?, ¿humano?,
¿cobarde?, ¿sincero?...

Pues ¿qué era la guerra
si estaba tan lejos?...¹⁷

Notas Capítulo XII

1. Amparo Poch y Gascón, «La guerra sobre los niños», *El Sindicalista*, 19-7-1937. p. 8.
2. «El frente de la Juventud Revolucionaria. El mitin de la plaza de Cataluña. En favor de la unidad de acción», *La Vanguardia*, 6-2-1937, pp. 3-4.
3. Matilde de la Torre, «Los “amujerados”», *Mujeres*, Valencia, 1-10-1937, p. 5. '
4. Amparo Poch y Gascón, «Aceptamos la tarea de la hora», *Ruta*, Barcelona, Año II, n° 19, 18-5-1937, p. 5.
5. Amparo Poch y Gascón, «Todos juntos. Impresiones del mitin de la Juventudes Revolucionarias», *Tierra y Libertad*, 20-2-1937, p. 6.
6. Matilde Huici, «Los derechos civiles de la mujer y su ejercicio», *Mujeres*, Valencia, 1-10-1937, p. 5.
7. «La mujer en la transformación revolucionaria», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 26-12-1936, n° 49.
8. Lucía Sánchez Saornil, «La incorporación de la mujer al trabajo», *Mujeres Libres*, n° 12, p. 28.
9. *Guerra de clases en España, 1936-1939*. Edición de Carlos M. Rama. Edit. Tusquets, Barcelona, 1977, p. 229.
10. «Nuestro gran compañero Gamillo Berneri ha sido asesinado durante los sangrientos acontecimientos.

»Fue sacado de su domicilio por unos cuantos individuos armados y hoy está en el depósito de cadáveres, acribillado el pecho y con una herida penetrante en la cabeza, por aquella frente luminosa de apóstol libertario que tantos destellos de humana sabiduría dio durante su joven y laboriosa existencia.

»En el trato cotidiano Camillo Berneri era un remanso de paz, entre el torbellino de las vidas apasionadas y agitadas que continuamente giraban a su alrededor. Tranquilo como buen filósofo y ágil como representante excelsa de la gran familia de luchadores de la Idea, Berneri se distinguía entre todos por su dulce bondad y su atrayente simpatía.

»Toda su gran ciencia de profesor eminente la había puesto al servicio de la Causa y vivía entre los compañeros como el más humilde y el último de todos, aunque fuera considerado como el más generoso de los hombres y el mejor de los guías. Su muerte es una pérdida inmensa para los anarquistas del mundo entero, que no tendrá compensación...», *Boletín de Información CNT-AIT-FAI* Barcelona, 8-5-1937.

11. E. H. Kaminski, *Los de Barcelona*, Prólogo de José Peirats, Ediciones del Cotal. Barcelona, 1977, pp. 119-120.

12. Ver Antonio Padilla Bolívar, «España 1936-39. Habla la única Ministra de nuestra Historia. La Montseny entrevistada en Toulouse», *Historia y Vida*, Barcelona, n° 90, septiembre, 1975.

13. Federica Montseny, *Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social*. Conferencia pronunciada el 6 de junio de 1937 en el Teatro Apolo de Valencia, Ediciones de la Comisión de Propaganda y Prensa del Comité Nacional de la CNT, Valencia, 1937, p. 25.

14. Dimisión de Federica Montseny como Ministra de Sanidad y Asistencia Social. Valencia 17 de mayo de 1937. *Gaceta de la República*, 18-51937, n° 138, p. 752.

15. Cese de doña Amparo Poch y Gascón en el cargo de Consejera de Asistencia Social. Valencia, 3 de junio de 1937. *Gaceta de la República*, 4-61937, n° 155, p. 1062.

16. Lucía Sánchez Saornil, «El sueño de Federica Montseny», *Umbral*, n° 3, Valencia, 24-7-1937. ‘

17. Amparo Poch y Gascón, «El niño asesinado (Romance pequeñito)», *Mujeres Libres*, X mes de la revolución, 1937.

CAPÍTULO XIII

Doctora Salud Alegre

Una de las claves personales de Amparo Poch era el buen humor, creía en sus efectos positivos. Consideraba que las gentes dotadas de un temperamento jovial eran unas privilegiadas por lo que tenía de perenne juventud y poder transformador en situaciones tensas. Así lo reivindica en un artículo, *El buen humor*, cuando ella era una joven de 21 años. «Quien posee buen humor, el buen humor legítimo, verdadero, posee con él buena fe para todos los asuntos y buenos sentimientos en todos los casos... Nos hace agradables, porque la alegría sana es comunicativa, es espléndida».¹

En las colaboraciones de la doctora Amparo Poch, en la revista *Mujeres Libres*, hay diversos registros, para uno de ellos elige el humor. La serie de episodios bajo el genérico *Sanatorio de Optimismo*, escenario de las peripecias de sus divertidos personajes, los firmaba con el seudónimo «Dra. Salud Alegre». Se pueden leer separadamente, pero forman parte de un universo. Son relatos cortos, y en cada uno de ellos presenta un tema definido, una crítica sutil, en clave de humor, donde la ironía, la sátira y la fantasía crean una alquimia de temas que explican la realidad reinante y en ocasiones caótica, arisca y combativa. No son cuentos justicieros ni heroicos, la moraleja se diluye por los efectos humorísticos del

lenguaje y los guiños a las contradicciones del momento que se vivía. Los personajes con nombres y adjetivos escuetos son significativos y siempre divertidos. Con precisión, definen sus cargos y estados de ánimo, con dosis de surrealismo, el absurdo y la ciencia ficción. La Dra. Poch proyecta sobre los personajes de su creación sus ideas y su pensamiento y en primer lugar su espíritu humorístico y zumbón. Ella misma forma parte de los protagonistas. No sólo se trata de lo que cuenta sino lo que sugiere. Los dibujos que ilustran los textos son de ella misma, hechos a línea, expresivos y divertidos, firmados con las iniciales de su nombre y primer apellido, A y P, fundidas. Nos proyectan el gusto que tuvo siempre por la pintura y el dibujo, afición que utilizará en los primeros tiempos en el exilio como medio de supervivencia.

En el primer relato, la Dra. Salud Alegre, la voz narradora, muestra a un hipotético visitante del *Sanatorio de Optimismo*, le descubre sus dependencias, su luz, el personal. Primero al Médico—director, llamado doctor Buen Humor, del que nadie conocía su edad, pues vivía desde que se inició el mundo, se reía por la boca de los volcanes, pertenecía a las leyendas geológicas, cabalgaba a lomos de los reptiles gigantes de la Era Secundaria... Era un sabio que, dada su sabiduría, atendía a todo con serenidad y fértil imaginación. Sus auxiliares eran los doctores: Buen Apetito, Sueño Feliz, Amor Humano y Guasa Viva. Las enfermeras representaban: la Fantasía, extensa y ágil; la Ilusión, eterna, inagotable de intimidad y la Risa, imprescindibles para todos y más en aquellos momentos en que el microbio de la Reflexión desataba mortales epidemias. Al Visitante, durante el recorrido, le extraña encontrar una reja. La Dra. Salud Alegre se ve obligada aclararle la situación. La prisionera llegó un día al sanatorio y prometió ayudarles en su labor de sanar a los pacientes: Pondría «luz en los cerebros y brío en los corazones». Se

confiaron y a punto estuvo de acabar con todo. No sólo intentó con sus teorías envenenar a los médicos y a las enfermeras, sino que quería poner sombra en las galerías donde reinaba el sol y el aire. Lo más peligroso es que intentó volverlos serios y reflexivos entre otros desmanes y tuvieron que atarla y encerrarla. Y es que se trataba nada menos que de La Razón. Al visitante le explica que no tienen quirófano ni cámaras de aislamiento, nada de eso necesitaban. Les bastaba con la galería: amplia, larga, dispuesta para recibir el sol y las estrellas; allí exploraban la vida y curaban a sus enfermos descubriendoles la felicidad y la esperanza, con grandes dosis de solidaridad. Desde la ventana le muestra al visitante la larga cola de pacientes que sufren mientras aguardan los procedimientos más eficaces y modernos de la terapéutica. Y los va enumerando: el celoso, el suspicaz, el que todo lo ve negro, el pesimista, el desconfiado, el agresivo, el razonador, el egoísta, el que todo lo mide, lo reflexiona y lo comprueba, el que vacila, el tímido, el rencoroso. Y ordena a su gente: «Despertad los frascos de nuestras vitrinas y que el aire libre de alegría». El Médico—director baila y canta. El corazón de la Dra. Salud Alegre funciona a alta presión, mientras invita a sus pacientes: «Entren los que sufren. La Razón yace arrinconada y nosotras podemos derrochar todos nuestros tesoros de felicidad.

»He aquí la Humanidad triste. Empecemos. ¡Qué bien!».²

El segundo relato es *Un cliente: el Celoso*. Se trataba de una dolencia compleja y muy difundida, de difícil remedio, todavía por descubrir. Algunos opinaban que provenía de una bacteria: la Cellosa Fastidiabilis L, otros, tras múltiples experiencias, creían que el origen era un hongo el Horrorosus Cellum C. Estos pacientes, que la narradora llama clientes se quejaban de tener el corazón muy

grande y que para soportar el peso del órgano, hablaban de buscar compañía, o una simple camioneta que les aliviara del peso. El cliente en cuanto entró al consultorio «abrió las puertas de su pecho y sacó el corazón como si fuera algo importante». Además de oler muy mal, despedía humareda y lanzaba estallidos como si estuvieran en fiestas. Las enfermeras se horrorizaron. La Risa salió corriendo y La Ilusión, se desmayó. El doctor Buen Apetito que atendía la consulta, se quedó blanco. Fue el doctor Sueño Feliz quien solucionó el conflicto: hizo caer al Celoso en un dulce letargo y el doctor Amor Humano, aprovechando el momento lo saturó con fluido magnético y así lo mantendría hasta que hubiese pasado el peligro. Una vez curados, pasado el riesgo, los despertarían. Los sociólogos creen que cuanto esto ocurra cambiará todo.³

El tercer relato, *Terrible fracaso*, trata de un mitin feminista. En el Sanatorio tenían un teléfono maravilloso que lo captaba todo. La telefonista se llamaba Imaginación era una joven inteligente y eficaz, con una alegría contagiosa que llenaba el Sanatorio de risas. Un domingo lluvioso sonó el timbre del teléfono, como loco. Imaginación, transmitió la noticia por todas las dependencias:

«¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista! ¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista!»

El equipo de urgencias se desplazó al lugar de la catástrofe. Tanto los camilleros como el doctor Buen Humor estaban aterrados, ya que un mitin feminista era el espectáculo más lamentable que ustedes puedan imaginar. Las feministas sentían que las mujeres no pudiesen ser fiscales; que cuando encontraban su amor no se hiciese un análisis de las cenizas del hombre; que cuando se declarase la guerra las madres metiesen a sus hijos en cajas de cartón y ellas se marchasen al frente; hacer comprender a las gentes lo malo que era

el amor libre, ya que por esta razón los niños nacían sin permiso del Juez y contra ello proponían el remedio del Matrimonio, desterrando el Amor y la Libertad. Inútil resultaron los esfuerzos del doctor Buen Humor aplicándoles su preparado especial, un alcaloide extraído de la «Sonrisas Eternus». Con este fracaso estuvieron a punto de cerrar el *Sanatorio de Optimismo*. Pero optaron por soñar suprimir a fiscales y a notarios, para que no tuvieran que aprobar la llegada de los niños al mundo.⁴

Los relatos precedentes pertenecen a los tres primeros números de la revista *Mujeres Libres*. A partir del cuarto, los temas están influidos por las circunstancias de la guerra y la revolución y el sentido del humor aparece cáustico y en ocasiones escéptico en donde manifiesta su repulsa a determinados comportamientos.

En *Controlados e intervenidos*, explica la razón por la cual, durante muchos meses, el Sanatorio ha estado cerrado:

«¡Oh!, fue una mañana trágica y espeluznante. De película policíaca».

En el Sanatorio estaban preparando un alegato en pro del bañador moral. Una especie de traje de buzo adornado con puntillas rizadas, cuando irrumpieron doña Guerra y doña Revolución, preguntando por el director del Sanatorio. El doctor Buen Humor, glotón y goloso, creyó que la cesta que llevaba doña Guerra contenía huevos y la caja de doña Revolución, bombones. Pero pronto supieron que la mercancía no era otra cosa que bombas y cartuchos. Cuando se disipó la humareda habían desaparecido los doctores Sueño Feliz y Amor Humano y el Buen Humor estaba herido. Pasados unos días, empezaron a funcionar, controlados e intervenidos y por lo tanto los doctores, funcionaban mal, pues desde entonces nadie limpia, nadie

toma interés en atender como es debido. «El Comité número 10.084.926, 800 de la España leal, hace sus deliberaciones en la galería de curas, de espaldas a la Vida y el Sol».⁵

En Fiestecitas Superevangélicas, el doctor Buen Humor, ingenuo y cándido, creía en la perfección humana y en cosas imposibles, hasta el punto que fue requerido para que con su aportación personal contribuyera a la fiesta en pro de Asistencia Social, al modo de las celebradas en los colegios de monjas, como si no hubiese estallado la revolución que debía barrer aquellos conceptos sociales.⁶

Uno de los más divertidos episodios del *Sanatorio de Optimismo* es el dedicado a los casamientos: Proyección para la creación de una fábrica de bodas en serie (Churros auténticos). A los anarquistas les preocupaba que las parejas no se uniesen libremente, sin necesidad de intermediarios. En los primeros meses de la revolución podía casar el secretario del Comité de la barriada o el presidente del sindicato y en el frente, el Jefe de la Unidad: era suficiente que se presentara la pareja con dos testigos. Pero después se exigieron requisitos jurídicos y el acta matrimonial debía ser confirmada y legalizada en el Juzgado. Es decir que la ceremonia seguía las pautas habituales, parecidas a las canónicas.

El alegato de la Dra. Salud Alegre, contra las bodas en serie, lo ilustra un dibujo que representa un «Tribunal de casación», con un letrero donde se lee: «Biba la Rebolución». La camarada Revolución, desesperada, visita al Dr. Buen Humor para comunicarle que las parejas elegían el certificado matrimonial, la ceremonia del bodorrio, a la hora de aceptar la unión libre, sin los condicionamientos impuestos por la iglesia o el juez del sistema capitalista. Consternados, ante el hecho de que la gente prefiriera la opresión, acordaron establecer unas normas para aliviar el roce de las argollas:

«Proyecto

»Emplazamiento. La fábrica de bodas en serie se emplazará lejos de todo núcleo urbano. No es conveniente que las tragedias se realicen a la vista del público, porque desmoralizan una barbaridad. Además, las dificultades de acceso a la fábrica harán reflexionar más a los tontos.

»Materiales de construcción. Serán de tal manera que ahoguen los ruidos. A nadie le importa lo que pasa dentro y siempre es mejor no escuchar las interjecciones de los que vengan a pedir cuentas por lo mal que les salió la suya.

»Dependencia. Una sala de espera, dividida en departamentos bipersonales por tabiques incompletos. El aislamiento es riguroso en caso de epidemia. Un salón de ceremonias y un tobogán para la salida.

»Conviene la rapidez para que no haya lugar al arrepentimiento. Que cada palo aguante su vela.

»Material. De dos clases: a) insustituible y b) voluntario.

»a) Una ducha fría; un Comité muy convencido de su importantísima misión; un sello que diga: Pasa, si te atreves; un tampón rojo o rojo y negro para el sello.

»b) Una estaca.

»Biblioteca. Un ejemplar de los Mandamientos del Sentido Común.

»Dependencias anejas a la fábrica. Un almacén de remaches, herraduras, argollas y cadenas. Una tricornia alegórica de la Libertad.

»Funcionamiento de la fábrica. Es breve. Los individuos esperan, por parejas, en los departamentos bipersonales.

»Luego van pasando al salón de ceremonias. No pueden hacer nada, absolutamente nada, sin el sello. Se les sella un papelito, las dos mejillas y la ropa interior de cada uno.

»Entonces, el Comité, con voz muy hueca, les lee los Mandamientos del Sentido Común, que pueden reducirse a tres:

»1º Cuando estaba el cura, os engañaba el cura; cuando estaba el juez, os engañaba el juez; ahora os engañamos nosotros, puesto que venís a eso.

»2º El que no puede pasar sin una garantía de propiedad y fidelidad, merece las más viles opresiones sobre su corazón (peligro de asfixia).

»3º El paso por la fábrica da patente de idiota y predispone a dos o tres sinsabores diarios, ¡Sabemos lo que nos hacemos!

»La ceremonia es gratuita. Bastante desdicha tienen los que van. Luego se les pone la argolla y la cadena, se les da a besar la tricornia de la Libertad y se les tira por el tobogán.

»Para evitar alteraciones en la buena marcha de la fábrica conviene poner a la salida este cartel: "No se admiten reclamaciones"».⁷

En *¡Ooooooh! Ginebra*, la Dra. Salud Alegre cuenta la experiencia que vivió el doctor Buen Humor, hombre eternamente joven, esbelto y apolíneo. Una mañana se descubrió un bulto en la región precordial. Tras consultar al doctor Ojo Avizor y al Piensa que te Pensarás, le diagnosticaron que se trataba de un tumor maligno, que segregaba una sustancia muy tóxica para el ser humano: la credulitis confiabilis. Convinieron que el remedio estaba en Ginebra a base de S. de N. (Sociedad de Naciones), alcaloides últimamente descubiertos en España, que eran «todo lo contrario de lo que se creía hace cinco años, cuando los chicos nacían sin cabeza y había que ponérsela después a tornillo; y unas dosis audaces de Asambleas Internacionales acompañadas de masaje vibratorio en el mismísimo bulto».

El tratamiento fue severo. Tuvo que tomar en ayunas discursos alcalinos envasados en papeles mojados. La alimentación era a base de proclamas dudosas y Comités controlados e intervencionistas hechos filetes. El doctor Buen Humor empezó a mejorar, pero quiso someterse a la prueba decisiva y para ello tuvo que ingerir píldoras del Primero de Mayo concentrado, con pancartas y obreros muy formales, todo le sentó divinamente. Sin embargo, al regresar al Sanatorio, el doctor Ojo Avizor le previno que el peligro subsistía, las dosis de S. de N. habían sido insuficientes, basta que descubrieron un valiosísimo extracto a base de alcachofas y adormideras que contenía el remedio idóneo: su nombre era escepticismos, y el doctor Buen Humor, aunque sólo debía tomar una gota, se bebió el frasco de golpe.⁸

Claro reflejo, en muchos aspectos, de lo que debió vivir Amparo Poch, como directora de Asistencia Social en el Ministerio de Sanidad, es el episodio *Miasmas Ministeriales*. Su alter ego, el doctor

Buen Humor, fue llamado urgentemente a casa de un antiguo compañero de partido, nombrado Subsecretario en un Ministerio, para ofrecerle un cargo. El doctor Buen Humor que no se había leído siquiera el texto de su carnet, se vio de pronto designado para un puesto que tuvo que aceptar confuso e intimidado, ante aquella tremenda responsabilidad. Lo primero que hizo fue preocuparse por la que sería su función:

«¡Oh! verás. Hay que estructurar todo. Es necesario abrir camino a la potencia constructiva... Hay urgente apremio de posibilitar las manifestaciones de las ingentes y espontáneas convergencias de acción...»

Con gran entusiasmo se entregó a su labor. El primer día que fue al Ministerio descubrió algo extraordinario: había mucha gente, demasiada le pareció a él, que departía en amenas tertulias. No tardó en irlos conociendo. Al administrador no le gustaba que le mencionase la contabilidad. A un altisonante consejero llamado a ejercer gran influencia, lo único que parecía preocuparle era tener disponible el coche oficial. El doctor Buen Humor, que siempre había creído que en los ministerios se cocía el futuro de la nación, no salía de su asombro. Queriendo ser útil preguntó cuándo iba a comenzar a ejercer su cometido. Le dieron una carpeta y le recomendaron: observación, discreción y permanecer calladito. Con énfasis le advirtieron que había que cambiar todo, terminar con la inmoralidad y con el robo a mano armada. Se tomaron medidas radicales, pero nadie sabía cómo desenmascarar a los enchufados. Para tal empresa se buscó personal competente, pero resultaron ser el curiado de un

primo del consejero, el cual buscaba colocación porque tenía seis hijos y una mujer que quería comer todos los días, dos o tres veces. El hermano de un jefe de sección... y una lista interminable de amigos de personajes que estaban dispuestos a desplazar a los enchufados, que fueron sustituidos por otros enchufados.

El doctor Buen Humor, defraudado, empezó a perder peso, sin ver por ninguna parte la estructuración, la potencia constructiva y la convergencia. Un día lo llamó el Ministro y le hizo saber que había llegado la hora de trabajar mucho, mucho, mucho. Le entregó siete carpetas de documentos para su estudio. El doctor se puso contento de que hubiese llegado la hora de prestar sus servicios. Pero ¡oh desgracia! Aquella misma tarde tuvo que abandonar su cargo en el Ministerio.⁹

En *Un viaje de placer*, la Dra. Poch envía al doctor Buen Humor a Marte. Los marcianos por un teléfono interplanetario llamaron con urgencia al doctor. Sin perder tiempo se puso en camino, en un viaje espacial intercósmico y actínico, acompañado por la enfermera Ilusión, por ser la más útil y benéfica. A su llegada a la estación de Marte tuvo que coger un tren para trasladarse al lugar a donde requerían sus servicios. El convoy lo emocionó pues de él salían cantos de gallo, graznidos, mugidos, maullidos, es el arca de Noé, pensó. En el vagón se hacinaban las legumbres, las verduras y animales de diversas especies, la variedad de olores y el decorado le parecían de exquisito buen gusto; de aquella promiscuidad el doctor salió poliedrizado y pudo ver cómo dos trenes se perseguían como si jugasen a policías.¹⁰

El aval que en muchos casos paralizaba o complicaba la buena marcha de las actividades, aparece en el *Sanatorio de Optimismo* protagonizando el capítulo *La raza esforzada* del «aval». Ocurrió que

el doctor Buen Humor se compró unos calcetines rojos con ribetes morados. Pero el Comité de dependientes exigió la presentación de un aval político o sindical. Los razonamientos del doctor fueron rebatidos y empezó la caza del aval. Tuvo que hacer interminables «colas» ante la secretaría número 26, ante el Comité de Defensa... A los quince días había visitado 29 secretarías. El doctor explicaba: «Necesito: Un “aval” para comprarme calcetines.

»¡Oh, eso es muy difícil, muy difícil!...

Cuando el doctor Buen Humor consiguió el aval, la polilla se había comido los calcetines.¹¹

Las colaboraciones de la revista *Mujeres Libres* fueron recogidas en folletos monográficos, en la editorial «Publicaciones Mujeres Libres», Sección de Propaganda. El proyecto formaba parte de las ediciones que *Mujeres Libres* venía publicando sobre los temas tratados por las colaboradoras de la revista: Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada, Carmen Conde, Etta Federn,¹² con objeto de facilitar su lectura, de claro contenido y función pedagógica, para los Institutos de Mujeres Libres. De la doctora Poch aparecieron los folletos, *La Ciencia en la Mochila. Sanatorio de optimismo*, dedicado «A los hermanos combatientes, vanguardia heroica del mundo, que lucha en los frentes de la España Leal» y Niño. Este folleto trataba de la puericultura, tema de la especialización de la doctora Poch. Lo dedicó: «A todas las mujeres que aman sus hijos o los hijos de los demás; es decir, a todas las mujeres del Mundo». La introducción, que nos parece escrita por Lucía Sánchez Saornil, define la escritura de la doctora: «Ausente de toda aridez profesional y con la gracia — finura y sencillez— que es su mismo estilo, Amparo Poch llega a lo más íntimo de la sensibilidad femenina; la enriquece, más aún: la crea... Con intuición sutilísima, marca a la mujer lo más alto y limpio

de su destino de maternidad, sin alardes científicos, de la manera poética y humana tan única, tan suya». *Niño* es una guía de primeros cuidados que las madres deben prodigar al recién nacido, maravilla del milagro biológico y centro del universo familiar. En el primer capítulo presenta al niño a la madre: He aquí al niño. Conoce a tu niño. Ama a tu niño. Desea a tu niño. «Pobrecito, pobrecito niño; tan pequeño, tan indefenso, tan torpe... Mucho más torpe que el pollito amarillo, que el gatito de lana, que el potro juguetón. Tiene frío y no puede abrigarse; tiene hambre y no puede buscar ni preparar su comida; se ensucia y no puede limpiar su cuerpo».

El folleto *Niño* es mucho más que puericultura, podría ser un tratado de ternura o, por ejemplo, un cuento que los niños podrían leer en las escuelas para conocer el origen del embrión que nos convierte en seres humanos:

«Pequeño..., pequeño..., ¡y ha crecido mucho! Cuando comenzó a latir, cuando apenas era una grata sospecha o un vago malestar, era tan pequeño, tan sumamente pequeño, que el microscopio tenía que ir a buscarlo entre el acolchado nido donde la madre lo guardaba como una redonda perla de carne. Era tan extraño y tan feo un poco más tarde, que podía confundírsele con cualquier cosa: con un pez, con un mono o con un perro. Y luego, cuando la humanidad se dibujó en él con un tímido esbozo, era grotesco e insensible, pero ¡tan amado ya! o tan cargado de odio y de miedo, que conmovía todos los rincones sentimentales de los adultos poderosos y fuertes. Creció de prisa, antes de mostrarse a nosotros, y se puso una capa de grasa debajo de la piel para no avergonzarse de sus arrugas, donde la vejez, precursora de la muerte, se mezcla con la vida en principio; y se quitó el vello de todo el cuerpo para no hacernos sentir la angustia de ver nuestra dignidad humana rebajada

por su franqueza de imitar lo pasado; y se lustró el pelo negro. Muy bonito. Hay que empezar ayudando a este pequeño ejemplar. Hay que preparar sus comidas y sus ropas, secas y limpias. Hay que vigilarle para que no se derrumbe el palacio de ilusiones que hemos edificado sobre su cabeza completamente hecha y sobre su corazón aprendiz...

»Pobrecito niño; te vas a encontrar, a pesar de nuestros cuidados, de cara a la injusticia, a la ambición, a la compraventa. Vamos a prepararte un biberón estupendo. ¿Lo quieres aristocrático o esencialmente proletario? ».

La doctora Amparo Poch glosa la vista del niño, el gusto, el olfato, el oído, el tacto, el psiquismo del recién nacido, la báscula, como amiga del niño; la alimentación, el brote dentario y termina con los primeros placeres y las primeras impresiones, capítulo en que trata también de las primeras represiones, como es el destete y la disciplina de sus necesidades fisiológicas a la hora de vaciar su intestino y su vejiga urinaria. «¡Tan bien como vivía sin reparar en nada!». Y añade: «Otras menudas cosas constituyen también placeres para el niño, placeres de los que tú no sabes, mujer, y que reprimes sin cesar hasta que el gesto desaparece, ocasionando al pequeño indefinible dolor». La costumbre de chuparse un dedo, determinado hábito con el que el niño se duerme, se calma, se siente bien. La tentativa de prohibírselo le causa viva contrariedad, que expresa con un llanto fulminante. Y es que el niño tiene sus propios placeres y se le obliga a renunciar a ellos. La doctora Poch pensaba que esa represión debía tener un límite en atención a la personalidad del hombre del mañana.

El folleto *Niño* tuvo gran difusión a través de las ondas. Fue objeto de un curso de puericultura, emitido en las tardes del dos, nueve y

dieciséis de julio de 1937.¹³ El embajador de México hizo llegar a su país gran cantidad de ejemplares del folleto el *Niño*, como manual de puericultura destinado a las escuelas aztecas.¹⁴

Las ediciones de «Mujeres Libres» anunciaba la publicación de *La guerra y la enfermedad*, de la doctora Poch, que no llegó a publicarse.

Notas Capítulo XIII

1. Amparo Poch, «Letras Femeninas. “El buen humor”», *La Voz de la Región*, Zaragoza, 5-2-1923, p. 1.
2. Doctora Salud Alegre, «Sanatorio de Optimismo, “Apertura y marcha triunfal”», *Mujeres Libres*, nº 1, Madrid, mayo 1936. *La Ciencia en la Mochila.*, «Sanatorio de Optimismo, “Apertura y marcha triunfal”», Publicaciones de Mujeres Libres, Sección de Propaganda, Barcelona, 1938, pp. 3-5.
3. Idem, *Un cliente: el celoso*, junio, 1936, nº 2, Folleto, pp. 6-8.
4. Idem, *Terrible fracaso*, julio, 1936, nº 3, Folleto, pp. 9-12.
5. Idem, *Controlados e intervenidos*, nº 4, Folleto, pp. 12-13.
6. Idem, *Fiestecitas superevangélicas*, nº 5, Folleto, pp. 14-15.
7. Idem, *Proyección para la creación de una fábrica de bodas en serie*. Folleto, pp. 16-18. Lucía Sánchez Saornil escribió también en la revista sobre el tema: *La ceremonia matrimonial o la cobardía del espíritu*. Reproducido luego en el folleto de Publicaciones de Mujeres Libres: *Horas de Revolución*, pp. 24-26.

8. Idem, «¡Oh oooooh! Ginebra». Folleto, pp. 19-21.
9. Idem, *Miasmas Ministeriales*, Folleto, pp. 22-24.
10. Idem. «Un viaje de placer», *Mujeres Libres*, mayo, 1938, nº 12.
11. Idem, «La raza esforzada de “aval”». *Mujeres Libres*, otoño, 1936, nº 13.
12. «Publicaciones Mujeres Libres». Folletos publicados: Amparo Poch y Gascón: *La Ciencia en la Mochila*, *Sanatorio de Optimismo y Niño*. Lucía Sánchez Saornil: *Horas de Revolución*. *Cancionero de la Guerra Civil*. Mercedes Comaposada: *Esquemas*. Carmen Conde: *La composición literaria infantil*. Etta Federn: *Mujeres de las Revoluciones*. Comité Nacional: *Cómo organizar una Agrupación Mujeres Libres*. Actividades de la F. N. de Mujeres Libres. En prensa: *Serie La Ciencia en la Mochila. La Guerra y la enfermedad*, Amparo Poch y Gascón. *¡Ay los sabios, que burros son!*, Mercedes Comaposada. *Un programa para la enseñanza de adultos*, Carmen Conde. *Mujeres Heroicas*, Kyralina. *Las mujeres en nuestra Revolución*, Mercedes Comaposada. *La mujer callará en la Iglesia*, *Plumas*. *Oíd a la vida*, Carmen Conde.
13. Amparo Poch y Gascón, *Niño*. Información en el ejemplar existente en la Biblioteca Nacional. Sig. 3. 115844. Publicaciones Mujeres Libres, Barcelona, 1937.
14. Sara Berenguer, *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*, Barcelona, 1988, p. 207.

CAPÍTULO XIV

El Casal de la Dona Treballadora

Las imperiosas necesidades de la guerra y su condición de médica y pedagoga, unidas a su eficiente labor y compromiso, fueron el motor de la actividad de la Dra. Amparo Poch a lo largo de la contienda. A través de la prensa podemos seguir sus cursos de puericultura para enfermeras, sobre prácticas hospitalarias, charlas destinadas a informar sobre defensa pasiva, conferencias, clases, colaboraciones literarias o de orientación médica y viajes para inspeccionar las colonias de los niños refugiados, dentro y fuera del país. «Lo más sorprendente de su personalidad —dijo Mercedes Comaposada—, fue siempre su capacidad de trabajo y esa espléndida generosidad que trascendía de su exuberante e infatigable naturaleza. Una de sus características era la alegría y el optimismo que acompañaban sus diversas actividades».¹

La Dra. Poch con singular talante podía pedir, moralmente, a las mujeres más trabajo y eficacia, en su poema *Mañana*. Era el señuelo de la esperanza de recuperar a sus hijos, ahora lejos de ellas; y la alegría de los niños y el símbolo del pan como metáfora de la paz:

Más trabajo, amiga;
más esfuerzo, hermana...

Mañana tendremos la paz, las canciones,
y el amor sin trabas,
su caricia libre,
su pureza exacta,
su verdad caliente.

Más esfuerzo, hermana.

Va por el camino la luna despierta;
desde el cielo mira la gesta esforzada.

Subiendo, subiendo,
Los Hombres escalan
la dura pendiente de sus libertades.

ya vereis... mañana
tendremos el pan y los niños,
tendremos la gracia
de vivir y saberlo y sentirlo...

¡Más trabajo, hermana!²

Poco antes del repliegue del Gobierno Central de Valencia a Barcelona, el 3 de noviembre de 1937, Amparo Poch se traslada definitivamente a la Ciudad Condal. No es un ambiente nuevo para ella, pues dadas sus actividades, ha estado realizando en este tiempo de guerra frecuentes viajes entre Valencia y Barcelona y en sus salidas a Francia acompañando a los niños refugiados, Cataluña era la salida natural. En marzo de 1938, cuando en Barcelona se reorganiza el rotativo sindicalista *Mañana*, Amparo Poch forma parte de la redacción. En la sección Cuentos de «*Mañana*» aparece su firma como *Doctora Salud Alegre*. En Valencia colaboraba en el

Instituto «Mujeres Libres», experiencia que trasladará al Casal en Barcelona. Multiplica su actividad, pero la Sanidad será siempre su epicentro, ejercida como su más alta misión. En Barcelona, en los primeros tiempos, vive en casa de Lola Iturbe, en la calle Séneca, el barrio obrero de las llamadas «Casas Baratas» de Ilorta. Aurora, la hija de Lola Iturbe, recuerda que sólo iba a dormir. «Algunas noches cenábamos con un bote de leche condensada que traía Amparo, lo cual significaba un festín, para mi hermano y para mí, entonces niños desnutridos como todos. Con frecuencia las frugales, pero exquisitas cenas, estaban amenizadas por los bombardeos. Mi familia era la única que no bajaba al refugio que estaba en el sótano. Nosotros nos dormíamos, pero Amparo y mi madre charlaban hasta altas horas de la noche. Anudaban su antigua amistad, con una profunda afinidad ideológica»³. En ocasiones, cuando anochecía, la Dra. Poch, por razones de seguridad, dado que la ciudad estaba prácticamente a oscuras por temor a los bombardeos, se quedaba en casa de las compañeras del Partido Sindicalista: en la de Antonia de Reus, la primera mujer nombrada presidenta de Jurados Mixtos en Cataluña, o en la de Gloria Prades, vicepresidenta del Comité Catalán de Ayuda a Euskadi, cuyo presidente era Joaquín Cid, también del Partido Sindicalista. Más tarde, la doctora tendría su vivienda en la parte alta de la Rambla de Cataluña.⁴

Una de las funciones que la Dra. Amparo Poch desempeñará en Barcelona será la dirección del Casal de la Dona Treballadora. La Dra. Poch prefería el tratamiento de orientadora pedagógica, pues en el de directora encontraba reminiscencias autoritarias.

Los comienzos del Casal de la Dona Treballadora fueron modestos. El Sindicato de Alimentación encomendó a la Federación Local de «Mujeres Libres» la organización de un curso elemental destinado a

las jóvenes del servicio doméstico. El interés de la «Comisión de Cultura y Propaganda del Sindicato Único del Ramo de la Alimentación», se reflejaba en las octavillas que distribuían en marzo de 1938: «¡Compañeras sirvientas! acudid a las bibliotecas y centros de Cultura y conoceréis la Verdad y la Razón. / Emanciparos de los prejuicios sociales, que impiden desenvolver vuestra propia voluntad. / Seamos todos responsables y dignos de la Revolución Social Española. / Estudiemos, meditemos y crearemos espíritus sólidos que sabrán comprender y amar a la Libertad».⁵ «Mujeres Libres», tan involucrada en la preparación de la obrera como motor de su independencia, aceptó la petición, dispuesta a elevar la condición de la mujer analfabeta o de precaria preparación. Voluntariamente se pusieron al frente las militantes, Mercedes Comaposada con su especial predisposición para la enseñanza y Soledad Estorach, obrera de Industrias Químicas, a quien se le atribuye el impulso y la promoción de llevar a buen término la experiencia, en el campo tan desasistido como nutrido del servicio doméstico. Estuvieron asistidas por compañeros de las Juventudes Libertarias. La experiencia alcanzó pronto dimensiones insospechadas. El interés de las mujeres del ramo, jóvenes arrancadas del seno familiar y lanzadas al mundo del trabajo desde la niñez o la adolescencia, de escasa o nula escolaridad, inaccesible para ellas a causa del medio social del que provenían, se asociaron a la Agrupación de Obreras del Hogar. La iniciativa del curso de formación la acogieron con tanto interés que muy pronto el piso del 622 de la calle de las Cortes Catalanas resultó insuficiente para las alumnas de todos los ramos de la producción, dispuestas a adquirir una preparación cultural suficiente para desempeñar cargos o profesiones. Entraron entonces en liza los Sindicatos de la Construcción, Distribución y las Empresas Damm y Moritz. Las

mujeres, como en tantas otras industrias, fueron ocupando progresivamente los puestos de los hombres movilizados, como sucedió en Cervezas Damm. En diciembre de 1936 aparecía el primer número del boletín interior en cuvas páginas se reflejaban las actividades de la Empresa Colectivizada Damm, dirigida por los obreros. También se creó una biblioteca para el personal. Se proyectó, asimismo, la creación de una escuela para los hijos de los trabajadores y un espacio deportivo. A pesar de las profundas modificaciones impuestas por la guerra la gestión resultó positiva «...es destacable la importancia que en la empresa se dió al hecho cultural durante aquel período».⁶



Ante tal afluencia de alumnas, unas muy jóvenes y otras que frisaban los cuarenta o cincuenta, edad a la que entonces se consideraba vieja a la mujer, en octubre de 1937 el Sindicato de la Alimentación cedió varios pisos en Pi y Margall, 96, que el Sindicato de la Madera acondicionaría con los enseres pertinentes: mesas,

sillas, pupitres, armarios, pizarras, muebles de costura. Según podemos observar en las fotografías de la época, eran aulas amplias, luminosas, muy concurridas. El Casal de la Dona Treballadora vino a llenar un vacío social, y buena prueba de ello fue el paso gradual de 150 alumnas a 911 que, según Lola Iturbe, alcanzó bajo la dirección de Amparo Poch. Admirable era la fuerza de voluntad de aquellas obreras que tras su jornada laboral acudían a cultivarse. Mercedes Comaposada ejercía de orientadora pedagógica; la Dra. Bastard Martí lo era en el capítulo de las profesiones, y Libertad Ródenas, curtida en la propaganda oral y su abnegada militancia en lo social. La obra cultural de Mujeres Libres tenía clara la necesidad de preparar a la mujer proletaria para su ingreso en los Institutos Obreros. Sin una labor previa, era ineficaz la integración de la trabajadora en los institutos y no sólo en la enseñanza básica sino también en la formación espiritual y social⁷.

La Dra. Amparo Poch, en diciembre de 1937, se hace cargo de la dirección del Casal de la Dona Treballadora y establece las bases del programa para los cursos de capacitación cultural de la mujer con un criterio pedagógico moderno «...en el que a la lección se une la conferencia y la práctica. Con la conferencia se da a la alumna un concepto amplio de la materia que estudia. Con la lección práctica conoce de cerca lo que aprende en los libros».⁸

Clases elementales: (Analfabetas y tres grados). Leer, escribir, nociones de Aritmética, Geografía, Gramática, Fenómenos naturales.

Clases complementarias de la Enseñanza elemental: Historia Universal, Francés, Inglés, Ruso, Mecanografía, Taquigrafía.

Clases complementarias Profesionales: Enfermeras, puericultoras (con las correspondientes prácticas en hospitales y lugares

adecuados), peritajes (mecánica, electricidad), comercio, corte y confección, nociones de agricultura y avicultura, con sus correspondientes prácticas.

Formación social: Cursos de Organización Sindical, Sociología, nociones de Economía, Conferencias semanales de ampliación general.

Este programa fue ampliamente divulgado en la prensa, la radio, en carteles y en octavillas de papeles coloristas distribuidas en las calles, sindicatos y centros de trabajo, prologado con esta llamada persuasiva:

«Casal de la Dona Treballadora

Compañera:

¿Quieres contribuir a ganar la guerra?

¿Quieres capacitarte para ser útil a la causa antifascista?

¿Quieres adquirir una cultura general?

¿Quieres especializarte en una profesión?

Inscríbete en el Casal de la Dona Treballadora, Pi y Margall, 96, y elige la clase o cursillo que más te interese del plan que se incluye a la vuelta».

Oigamos a Amparo Poch hablar de su obra, en una entrevista en *Tierra y Libertad*:

«—¿Qué Amparo, hay grandes aspiraciones respecto al futuro del Casal?

—Ya lo creo. De contar con medios económicos adecuados podríamos hacer muchas cosas. De todos modos, con o sin medios suficientes, ampliaremos considerablemente la obra educativa.

—¿Se tienen nuevos cursos en perspectiva?

—Varios y muy útiles. Con vistas al mejor cultivo del campo, dictaremos sendos cursos de agricultura y avicultura.

—En lo cultural dar cursillos breves de Economía y Sociología.

—Y para demostrar nuestra conexión espiritual y práctica con la lucha militar, proyectamos la realización de cursos de Dibujo Lineal y Rotulación, apuntando con pulso firme a la cartografía.

—Veamos ahora tu concepción en relación a las finalidades de la Enseñanza.

—Distingo dos objetivos primordiales: Uno, la capacitación técnico—profesional, para satisfacer una necesidad que estimo fundamental ante el progreso material de la Humanidad: procurar al hombre el dominio de la técnica. Otro, modelar revolucionariamente a los individuos, aventando todo residuo mental de prejuicio y servilismo.

—He podido apreciar, Amparo, los vínculos afectuosos que te ligan a las chicas, tanto alumnas como maestras.

—Al respecto también tengo convicciones arraigadas. Convicciones de bases reflexivas y sentimentales. Yo no concibo la enseñanza sin la amabilidad de una sonrisa o de un gesto cariñoso. En el Casal resultan forasteros indeseables el mal humor y la

brusquedad. No olvidemos que “Casa” es refugio material contra los elementos naturales y, en un sentido más vasto, la cristalización espiritual que anima su interior. Tal es la aspiración que abrigamos: hacer de nuestra «Casa» el hogar cultural de las jóvenes trabajadoras, de las muchachas obreras que con su esfuerzo forjan la grandeza de la nueva España».⁹

Aurora Molina Iturbe, alumna de la Dra. Poch, en el Casal de la Dona Treballadora, nos confirma el sentido humanista que tenían sus disertaciones:

«Asistí a sus clases para enfermeras y de nociones de Medicina, y todavía recuerdo los nombres de los huesos. Era paciente y dulce con sus alumnas y no le importaba repetir los conceptos, con aquella clara visión que ella tenía de las cosas que explicaba; lo que le interesaba vivamente era que hubiésemos comprendido lo esencial. En sus clases reinaba gran armonía, y esta atmósfera permitía que aprendiésemos con gusto y provecho».¹⁰

El Casal de la Dona Treballadora inicio un curso innovador: la introducción de enseñanzas sobre métodos cinematográficos. También organizó conferencias y charlas dominicales sobre Sociología, Higiene y otras materias.

El Casal ofrecía cursos especiales a las obreras que presentaban dificultades para seguir el curso normal. Las clases eran de lunes a viernes. En aquel tiempo de gran escasez de productos alimenticios, la vida cotidiana estaba llena de sobresaltos. La mujer se desvivía

para renovar la imprescindible y preciada tarjeta de racionamiento, con la cual podía obtener legumbres, carne, azúcar, o lo que tocase y los tickets para los comedores populares. Las colas eran interminables para poder obtener los productos, dificultades que tenían en cuenta las responsables del Casal de la Dona. Durante la semana las alumnas obreras acudían con sus hijos al Casal y mientras las madres aprendían los niños eran atendidos en la guardería. Se facilitaban vales para los comedores populares, anexos o cercanos a los talleres y las fábricas.

Solían resultar buenas alumnas, al descubrir en el aprendizaje de la lectura y escritura un mundo lleno de alicientes e incentivos. Una de las primeras alumnas del curso de Matemáticas tenía cuarenta años, y explicó a la prensa las razones de su ignorancia, que no eran otras que la explotación de la mujer desde su infancia. Desde niñas se acostumbraban a olvidarse de ellas mismas para darse a los demás, a los padres, a los hermanos y, después al marido y los hijos: «...en mi casa éramos muchos hijos y había que cuidarlos y trabajar desde pequeña. Después, ya crecida, las necesidades fueron otras, pero no aminoraron y no hubo tiempo, o más bien, dinero, para seguir una carrera o simplemente instruirme». Se sentía redimida de la miseria del no existir, encantada de haber encontrado la puerta abierta del Casal: «Me considero afortunada por poder estudiar con las facilidades que aquí encuentro. Mi ambición es superarme culturalmente».¹¹

Las clases en el Casal de la Dona Treballadora, inapreciable instrumento de educación popular, eran gratuitas, la que podía pagaba una peseta al mes, por los materiales utilizados: pero si no, se las eximía del pago e incluso se las ayudaba económicamente. Para ingresar en el Casal existían toda clase de facilidades y no

importaba la organización, partido o ideología de la alumna. Amparo Poch sólo pedía que tuviese la voluntad de estudiar y aprender.

Nos asiste el testimonio de Sara Berenguer, que constituye la visión privilegiada de una joven recién llegada, que cuenta lo que ve en el Casal de la Dona Treballadora y al mismo tiempo nos habla de unas mujeres que afrontaban su trabajo con rigor, humildad y entrega sin límites.

«Me es imposible precisar dónde conocí a la doctora Amparo Poch y Gascón. ¿En alguna de las reuniones en la Federación Local de Mujeres Libres? lo dudo, aunque al principio a pocas de aquellas compañeras que acababa de conocer sabría darles un nombre. Cuando me integré en el Comité Regional de Mujeres Libres, del Nacional solo conocía a Lucía Sánchez Saornil, por estar trabajando junto a ella en el Comité Nacional de SIA (Solidaridad Internacional Antifascista). A Mercedes Comaposada la conocí en el Congreso Regional de Cataluña. Tengo muy claro el día que la doctora Amparo Poch se me hizo inolvidable. En octubre de 1938 llegó a Barcelona la venerable Emma Goldman, “La anarquista de ambos mundos”. Tras visitar nuestra Federación Local, la acompañamos al Casal de la Dona Treballadora. Nos recibió la doctora Poch, la directora y el alma de aquella magnífica organización. Allí nos encontramos las compañeras de los Comités Regional y Nacional y las alumnas del Casal. La doctora Poch había emprendido con entusiasmo aquella labor cultural y pedagógica, con todo el ímpetu de su temperamento, de su saber y su enorme capacidad de trabajo. Ni Emma Goldman ni la doctora Poch me pasaron desapercibidas. Aquel día tomé conciencia de aquellas dos figuras del anarquismo, que habían de dejar huella en nuestra historia. La primera en tomar la palabra fue Amparo Poch que dió la bienvenida a la compañera Goldman, quien, a su vez,

elogió la labor de las profesoras y la voluntad de las compañeras, su empeño y tenacidad en asistir a las clases del Casal, tras su jornada laboral y en circunstancias tan adversas de escasez, hambre y privaciones de todo tipo.

Respecto a la entrega de la doctora Poch, me decía un día Soledad Estorach: «Cuando entrábamos a su despacho, estaba absorta en sus cuartillas y sin levantar la cabeza nos preguntaba:

»¿Qué deseas, compañera?

»Con la estilográfica en la mano y siguiendo el hilo de su idea, siempre con la vista sobre el papel, nos daba razón a lo que pedíamos. ¡Qué percepción, cuando alguien entraba en su despacho! Pues sabía de quién se trataba. Naturalmente, que sólo podían ser compañeras o profesoras del Casal.

»Para mí, de aquellas tres mujeres, fundadoras de Mujeres Libres, que dieron tanto empuje a nuestro movimiento, la que más me marcó en la línea libertaria fue la doctora Poch».¹²

La laboriosidad de Amparo Poch llamó siempre la atención de sus colaboradores/as. A la muerte de Santiago Ramón y Cajal, el 17 de octubre de 1934, escribió en la revista aragonesa *La Casa del Médico*: «la trayectoria de vida fecunda de Santiago Ramón y Cajal, su disconformidad le hace ser el joven díscolo de la gente sensata; el investigador victorioso de fama lenta y duramente lograda; perdura en él, bajo esa austeridad, ese silencio, ese apartamiento serio de las gentes que también es una manera muy señorial de ser rebelde». En esta visión de Amparo Poch, a quien tanto admiró desde niña, existía un cierto paralelismo con su propia rebeldía, su austeridad, su entrega al trabajo y el apartamiento de las gentes, para devolverles, en definitiva, el fruto de su trabajo.

La guerra seguía un curso fluctuante para los antifascistas. En enero de 1937 se había perdido Málaga. Pero el Ejército Popular lograba hacer fracasar otras dos ofensivas franquistas contra Madrid: en febrero, en el Jarama y en marzo en Guadalajara, cuando se iniciaba la actuación de las fuerzas navales de la No—Intervención, que tanto perjudicó a los defensores de la República española. En abril se producía el terrible bombardeo de la villa vasca de Guernica, por las escuadrillas italiana y alemanas. A primeros de mayo en Barcelona, tenía lugar el primer intento frontal de anular las conquistas de la Revolución Social. Se iniciaba la persecución de los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y su ilegalización, lo que produce la disolución del Gobierno de Largo Caballero y la designación de Juan Negrín como jefe del segundo gabinete de guerra republicano. En el plano militar, los republicanos, entre el verano y el otoño, perdían toda la franja norte del país: Euskadi, Cantabria y Asturias. A fines de 1937 el Gobierno se traslada de Valencia a Barcelona. Y a mediados de diciembre los republicanos desencadenan la batalla de Teruel, ocupando la ciudad y desmontando así la inminente quinta ofensiva contra Madrid, lo que fortalece la moral de las fuerzas republicanas.

A pesar de que en el Pabellón Español de la Exposición Universal de París, en 1937, el escultor Alberto Sánchez había titulado su obra: «El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella», su luz empezaba a declinar, hasta adquirir las negruras de otro emblemático cuadro que se exhibía en el mismo ámbito: el Guernica, de Picasso, símbolo de los atroces desastres de la guerra, tema que ya había inspirado a Goya en otra trágica encrucijada del pueblo español.

A principios de 1937, el secretariado femenino de los diferentes partidos, organizaciones, asociaciones y federaciones, Mujeres Antifascistas, del POUM, Unión de Muchachas, Unió de Dones de Catalunya, Esquerra Republicana de Catalunya, Mujeres Libres, celebraban conferencias y congresos nacionales y regionales donde daban a conocer sus programas, actividades y proyectos.



De derecha a izda.: Luqui, Saornil, García, Jiménez y Montseny

El 20 de agosto de 1937, en Valencia, se iniciaba la Primera Conferencia Nacional de Mujeres Libres, con asistencia de 178 delegaciones. Para las mujeres jóvenes que participaban por primera vez, como delegadas o asistentes libres a un congreso y se desplazaban a Valencia, suponía un viaje de carácter iniciático, y la ilusión de estar contribuyendo personalmente, a una causa colectiva, en pro de su emancipación.¹³ Los actos se celebraron en el local del Comité Regional de la Federación Anarquista Ibérica, donde quedó estructurada en Federación de Mujeres Libres, en Comités Locales, Provinciales y un Comité Nacional presidido por Lucía Sánchez

Saornil quien abrió la Conferencia y la clausuró junto a Federica Montseny, Luisa García y María Jiménez, en el Teatro Apolo de Valencia, donde la Federación de Mujeres Libres tuvo su sede nacional.

Los estatutos se estructuraron sobre bases fundamentalmente obreras y campesinas.¹⁴ El compromiso militante de Mujeres Libres reivindicaba su programa revolucionario: «La guerra que sostenemos no es una guerra capitalista, no nos mueve a defenderla un territorio, una corona. Luchamos dos clases y dos ideologías: trabajo contra privilegios. Libertad amplia y positivamente constructiva contra dictadura. Nuestra guerra es una guerra revolucionaria. La unidad de los trabajadores la ganará».¹⁵

En septiembre aparecían los estatutos de la Federación de Mujeres Libres. En el primer capítulo se determinaban sus alcances en la misma línea que se habían definido siempre:

«a) Crear una fuerza femenina consciente y responsable que actúe como vanguardia del progreso.

»b) Establecer a este efecto escuelas, institutos, ciclos de conferencias, cursillos especiales, etc., tendentes a capacitar a la mujer y a emanciparla de la triple esclavitud a que ha estado y sigue estando sometida: esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer y esclavitud de productora».

Durante los días seis al ocho de enero de 1938 celebraron las Mujeres Antifascistas un Congreso Regional en Barcelona. Aunque en teoría su Comité estaba compuesto por mujeres de todas las

tendencias políticas e ideológicas, en realidad se hallaba dominado por el partido comunista, como su portavoz *Mujeres*, al servicio exclusivo de su propaganda. La relación con Mujeres Libres, no fue nunca fluida, ni cordial; las mujeres libertarias mostraron siempre un perfil contestatario. En el Congreso pusieron en entredicho que no estuviesen representados todos los sectores femeninos antifascistas, al estar ausentes las militantes de la UGT, de antes del 19 de julio de 1936; las del POUM y la Federación de Mujeres Libres. La autoexclusión de las libertarias se debía al no aceptar las organizadoras del Congreso los puntos presentados por las mujeres libertarias quienes los estimaban indispensables a la hora de fomentar una auténtica alianza femenina. Proponían:

«Representación en el Gobierno de todos los sectores antifascistas: formación del Frente Popular Antifascista, como auténtica expresión del pueblo, en vez del Frente Popular.

»Representación en el Congreso de todos los sectores femeninos antifascistas.

»Comprobación rigurosa de la filiación antifascista de los sectores femeninos de matiz religioso que sean admitidos en la alianza.

»Libertad de las presas probadamente antifascistas que se encuentran en las cárceles actualmente, sometidas a huelgas de hambre mientras se permite a otras presas probadamente fascistas la entrada de manjares selectos y el sistema de las altas propinas.

»Defensa de las libertades de Cataluña frente a todo atropello contra el Estatuto.

»Informe ante el Congreso de los verdaderos motivos que hasta ahora han impedido la unidad en Cataluña».¹⁶

Existía una clara voluntad de Mujeres Libres de reivindicar sus postulados revolucionarios. Preferían permanecer al margen de alianzas que consideraban un tanto oportunistas y alejadas del espíritu combativo que caracterizaba su lucha. Cuando en el mes de agosto de 1938, Pasionaria, presidenta de Mujeres Antifascistas, intenta otro acercamiento a Mujeres Libres, Lucía Sánchez Saornil, presidenta de la organización, no deja un resquicio de duda en su contundente y explícita respuesta como definitiva declaración de principios:

«Otra vez la Agrupación Mujeres Antifascistas, por la pluma de su presidenta, Dolores Ibarruri, hace a Mujeres Libres un llamamiento público a la unidad. Se diría que estos llamamientos persiguen, tal vez sin pretenderlo, la coacción. La coacción por la evidencia: señalar que hay un sector rebelde a la unidad que todos los antifascistas anhelamos y tal vez por esta evidencia coaccionarle a que acepte los puntos de vista propios.

»Pero Mujeres Libres dio siempre sus razones para negarse a la “fusión”, que no “unidad”, pretendida por Mujeres Antifascistas; y estas razones no se han modificado.

»Que nadie por tal actitud pretenda motejar de tibio nuestro antifascismo, que no queremos afirmar más puro y más fuerte que el de los otros, pero sí como el que más.

»Mujeres Libres ha dicho y repite, que no le interesa la unidad femenina, porque no representa nada. Su voz clamó mil veces por la unidad política y sindical, la única eficaz y útil a nuestra causa; y Mujeres Libres se congratula de que esta unidad haya cristalizado al fin en el Frente Popular Antifascista.

»Nuestra Federación tiene una tendencia confesada: la libertaria, representada en el frente dicho, y por eso Mujeres Libres no pidió su inclusión; de no haber sido así, la hubiera pedido, porque allí es donde se forja y se hace efectiva la verdadera unidad.

»Podría bastarnos esta explicación: trabajamos dentro de nuestra tendencia, y puesto que hay un pacto entre todas las tendencias, la unidad de acción para el objetivo inmediato de ganar la guerra, vierta igualmente cada grupo femenino sus actividades dentro de su Partido y el provecho será, de la misma manera, para la causa común. Porque nadie ignora que sólo se persigue la unidad de acción, ya que la fusión de tendencias no es realizable, porque es incompatible con la variedad humana».

Mujeres Antifascistas —reconocía Sánchez Saornil— tenía su origen en los antiguos Comités contra la Guerra y el Fasico. Se nutrió de mujeres de todos los partidos en aras de aglutinar de forma más eficaz la propaganda política de izquierdas; así surgió la Agrupación Mujeres Antifascistas, que fue absorbiendo y difuminando las diferentes tendencias de los partidos y organizaciones adscritas hasta quedar integradas en el Comunista, bajo la presidencia de Dolores Ibarruri. A esta manipulación se opuso, desde un principio, Mujeres Libres al considerarse una organización revolucionaria, con personalidad propia «...y una clara conciencia de su misión que va más allá del limitado antifascismo». Elegían continuar su trayectoria dentro de la unidad del Frente Popular Antifascista, representada

por la tendencia libertaria, al margen de ayudas oficiales, y ajenas a los mecanismos del poder político.¹⁷

La actitud indesmayable de Mujeres Libres frente a la alianza de Mujeres Antifascistas estribaba en la reconocida influencia de la organización comunista amparada por el decreto de los estamentos gubernamentales, que le dieran carta de naturaleza en 1936. Mujeres Libres, a través de una circular advertía a sus Agrupaciones: «...el acuerdo nacional de no colaborar con otros sectores femeninos, tales como Mujeres Antifascistas o Unión de Muchachas, debido a la poca lealtad de las mencionadas organizaciones».

Mujeres Libres celebraba en febrero de 1938 un Congreso Regional en Barcelona. Pese a las dificultades del transporte para llegar a la Ciudad Condal, asistieron 46 delegaciones. Sus informes fueron altamente positivos. Admira que, en una situación extrema con carencias de toda índole y el horror y la desolación de los continuos ataques aéreos, las mujeres mantuvieran en la retaguardia una actividad que ya asombraría en tiempos normales: escuelas de primeras letras para niños y adultos; escuelas técnico—profesionales donde se capacitaba a las mujeres en mecánica de distintas especialidades: aviación, material de guerra, conducción de tranvías, choferes, barbería, electricidad, artes gráficas. Institutos donde enseñaban mecanografía, taquigrafía, idiomas, bachillerato; Escuelas técnico—profesionales de Agricultura, Avicultura, Enfermeras, Puericultoras. En la mayoría de las localidades mantenían talleres de confección de jerseys destinados a los frentes. Se organizaban Brigadas de voluntarias del campo. Atendían los hospitales, los frentes, los refugios y las cárceles. El Congreso se clausuró en el teatro Poliorama.¹⁸



Mujeres Libres atienden a la explicación del funcionamiento del motor de combustión interna

Los primeros bombardeos que sufrió Barcelona fueron por mar, en la noche del 12 de febrero de 1937. El objetivo militar era la fábrica de material bélico Elizalde. La protección de la ciudad estaba confiada a las Juntas Locales de Defensa Pasiva; por iniciativa de diversos comités y comisiones de vecinos, se empezaron a construir refugios antiaéreos, aprovechando los sótanos y cualquier espacio subterráneo, como las estaciones del metro y fueron acondicionados los grandes vertederos de las cloacas. Importante fue la construcción de blocaos protectores, tanto al aire libre como subterráneos, concebidos por el ingeniero Ramón Perera, jefe de Obras Públicas de la Junta de Defensa de la Generalitat, con asientos de madera y dotados de un botiquín. La experiencia resultó tan eficaz, que Perera sería consultado por las autoridades británicas a la hora de organizar su defensa pasiva en 1939—1940. Por su importancia estratégica, Barcelona fue objetivo primordial de agresiones aéreas, pero a partir de que el Gobierno Central se trasladara de Valencia a Barcelona, los bombardeos fueron periódicos y de inusitada violencia en una

población abierta. Hilari Salvado, el alcalde de Barcelona, declaraba a la prensa el 8 de febrero de 1938, que la ciudad había soportado ya trescientos bombardeos, ocasionando 918 muertos, 2.545 heridos, y en los que habían resultado afectados 863 edificios. Aún estaban por llegar los del 16 al 18 de marzo, quizá los días más dramáticos de la guerra con bombardeos de terror, e incursiones cada tres horas.

Mujeres Libres organizó Brigadas de Salvamento para ayudar a los damnificados y contrarrestar la desmoralización de las gentes aterradas ante las brutales agresiones. La Federación puso a sus brigadistas a disposición del departamento de Defensa Pasiva. La capacitación de primeros auxilios de las jóvenes brigadistas estuvo a cargo de la doctora Amparo Poch. El programa, de una veintena de clases, incluía las materias de traumatismos, asfixia, hemorragias, transfusiones sanguíneas. También dirigió un cursillo rápido para completar la preparación de enfermeras. La doctora Poch conocía la necesidad de formar enfermeras en las Brigadas de Salvamento. La visita siniestra de los Junkers y los Savoia dejaban a su paso un reguero de muertos y heridos por auxiliar, con una elevada carga de consternación y desaliento en la población, que era necesario mitigar.

Barcelona fue adquiriendo ese aire siniestro de las ciudades sitiadas; sus calles, sus plazas, sus edificios envejecieron de pronto. Manzanas enteras de casas desaparecían bajo las bombas. Los cristales de balcones, ventanas y escaparates estaban cruzados por papeles engomados para que, en caso de estallar, los cristales no se transformasen en «metralla». Las estatuas, recubiertas por muros protectores y sacos terreros. Tan pronto como anochecía se cerraba todo herméticamente para que ninguna luz trasluciera al exterior. Las escaleras, portales y patios se alumbraban con bombillas azules y

rojas. Las calles permanecían a oscuras, así como las tiendas y demás establecimientos públicos. Los escasos vehículos que circulaban llevaban luces tamizadas. Cuando los exiliados llegaron a Francia una de las cosas que más les llamaría la atención fue la iluminación pública.

El llamado Guernica catalán se produjo el 31 de mayo de 1938. Era día de mercado en Granollers. Las mujeres en la plaza estaban divididas en dos colas para retirar el suministro del día: una les permitía obtener habas y la otra sardinas. Los aviones Junker llegaron, raudos, sigilosos y descargaron su carga mortífera en la plaza del mercado sobre una población desprevenida, sin refugios. Sobre la capital del Vallés, ciudad abierta de 13.000 habitantes, cayeron 40 bombas explosivas e incendiarias, ocasionando cientos de muertos y heridos, en su gran mayoría mujeres y niños.

Ya no iban a cesar los bombardeos en el territorio catalán. A Barcelona continuaban llegando gentes refugiadas de todas partes. En muchos casos, las mujeres evacuadas no habían trabajado nunca y se incorporaban con eficacia a la industria de guerra o a las industrias químicas, a la sanidad, a los talleres de confección, a la gastronomía, al transporte, como conductoras o cobradoras; eran orientadas por las oficinas de Treball Voluntari Femeni, dependiente de la Conselleria de Treball y capacitadas por el Institut d'Adaptació Professional de la Dona. Este, como el de Mujeres Libres, de acuerdo con los sindicatos, readaptaba a las mujeres, que habían pertenecido antes al gremio de la aguja o del peinado y las incorporaban a las diversas especialidades. Las fábricas de armamento eran objetivo predilecto de los aviadores fascistas; en distintos bombardeos perecieron muchas mujeres fundidoras, torneras o ajustadoras al pie de sus máquinas, al ser atacadas y destruidas las naves industriales.¹⁹

En una gran mayoría esta industria estaba controlada por la CNT. Uno de los responsables explicaba a María Pérez Enciso, poeta almeriense, dirigente de la Unió de Dones de Catalunya y redactora de la revista *Companya*: «Nos parecía imposible que pudiese realizarse una tan perfecta adaptación de las mujeres en la fundición. Tenemos compañeras que rinden más que los compañeros. Tienen una voluntad de hierro. No desean más que trabajar y trabajar con una emulación por superarse digna de todo elogio. Todas por igual quieren ser perfectas en el trabajo. Hacen al día unas diez piezas más que los compañeros. Son activas y férreas. Cuando uno se acostumbra a la sustitución no nota diferencia entre ellas y los compañeros ausentes. Son verdaderas compañeras».²⁰

La batalla del Ebro, iniciada el 25 de julio de 1938, duraría a la raya de cuatro meses, con incesantes y encarnizados combates, en los que el Ejército Republicano perdió a sus mejores hombres, y donde quedó sentenciado el final de la contienda. Los frentes de guerra empezaban a desmoronarse, el ejército franquista iba cercando a Cataluña, mientras que las escuadrillas de aviones seguían bombardeando Barcelona y las principales ciudades catalanas.

La movilización de los hombres llevó a las mujeres a sustituirlos hasta en las barberías, actividad desempeñada siempre por hombres. En medio de un ambiente hostil de miseria, bombardeos, hambre, frío, lucha y el espectro del desaliento, Mujeres Libres inauguraba una exposición el 31 de julio de 1938. Las paredes y paneles del local de la Pinacoteca se cubrieron de episodios de la ofensiva del Ebro; los periódicos murales del frente; un stand dedicado al agro, con la mujer campesina como protagonista; escenas cotidianas: la mujer conduciendo una locomotora o controlando el pasaje del metro o del autobús; los inmensos talleres

de la industrias de guerra. Las alumnas del Casal de la Dona Treballadora, bajo la dirección de Amparo Poch, presentaron un mapa económico de Europa. Lugar destacado se le dedicaba a la compañera Mika Echetbere, capitana de la 14 División, y a las compañeras caídas: María Silva «la Libertaria», Elisa García, Pepita Laguarda... y en lugar preeminente la gorra de hule que llevaba Durruti el día de su muerte.²¹

Para la primera quincena de octubre, Mujeres Libres anunciaaba la apertura de un consultorio de Medicina Infantil, con carácter gratuito. Detrás de este proyecto estaba la doctora Poch y las enfermeras que preparaba en el Casal, que compartirían las responsabilidades sanitarias.²² Por estas fechas, el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad les concedía un apoyo financiero de 6.000 pesetas «...a fin de impulsar la labor que desarrolla el Casal de la Dona Treballadora».²³

En la fase final de la guerra, a pesar de la gran labor del Casal, su continuidad estuvo amenazada, incluso antes de que Barcelona cayera en manos franquistas. El triste episodio lo cuenta Sara Berenguer una de sus defensoras. La Generalitat de Catalunya les reclamó el local, propósito que rechazaron las responsables, dada la labor cultural que llevaban a cabo. Sus argumentos se estrellaron ante la decisión gubernamental de desposeerlas del edificio. A cambio les ofrecían otro de dimensiones menores, lo que significaba prescindir de parte de las asignaturas que ofrecía el Casal. Pero el desalojo estaba en marcha con la amenaza de emplear la fuerza. Consciente de lo que se avecinaba estaban a la defensiva. Cuando vieron aproximarse a la Guardia de Asalto se hicieron fuertes en su encierro. La guardia intentó abrir la puerta que no cedió por el calibre de los cerrojos. Montaron guardia en la acera a la espera de

que saliera alguien. Pasadas las horas, Sara Berenguer saltó al terrado de la casa vecina y fue a buscar comida para las asediadas. Tras varios días con los guardias apostados en la puerta, Sara avisó a Federica Montseny y fue a buscarla en un taxi. La ex—ministra de Sanidad, tras un largo parlamento con los guardias logró que se retiraran y franquearan la puerta.²⁴ Esto ocurría a fines de 1938.

Tanto impulso desplegado por la mujer desde los sindicatos, partidos, organizaciones y asociaciones no paliaba la dramática realidad que vivían. Al entrar el tercer invierno en guerra, las resistentes republicanas lanzaron, a través de la prensa, un llamamiento desgarrado a las mujeres del mundo:

«Hambre, frío, bombardeos, hogares deshechos. Este es el porvenir de nuestros hijos en el invierno que entra si vosotros no acudís en su auxilio.

¡Madres y mujeres del mundo! Cualquiera que sea vuestra ideología, cualquiera que sea el concepto acertado o erróneo que tengáis de nuestra lucha, sed ante todo madres y, como tales, escuchad este llamamiento que sale del corazón lacerado de las madres españolas que ven sufrir y morir a sus hijos. ¡Madres y mujeres del mundo, hermanas de los países de habla española, mujeres todas! No permitáis que nuestros hijos perezcan de hambre o de frío. Responded a nuestro llamamiento, responded con larguezas, como sabe hacerlo un corazón de mujer.»

Cuando el 28 de octubre las Brigadas Internacionales fueron despedidas en Barcelona en olor de multitud, las gentes sentían una sensación de orfandad, con la partida de aquellos hombres y mujeres, que habían venido del mundo entero a defender la libertad junto al pueblo español. Era el gesto del Gobierno Republicano ante la Sociedad de Naciones para que, a su vez, el bando franquista retirase los miles de alemanes (Legión Cóndor) e italianos (C.T.V. Corpo Truppa Volontario) integrados en los ejércitos de Franco, acuerdo que no cumplieron los facciosos.

La situación se fue deteriorando. La falta de víveres era acuciante. El 23 de diciembre de 1938 se iniciaba la última ofensiva franquista contra Cataluña. Franco hace caso omiso al requerimiento del Papa Pío XI, del Presidente Roosevelt de EE UU y los estadistas democráticos que piden una tregua navideña.

La población civil iniciaba el éxodo por los caminos que conducían a Francia. La doctora Amparo Poch atendía a su frente en la denodada entrega de evacuar las colonias, las granjas—escuelas de niños y los refugios, ancianos y heridos, organizando la salida al extranjero ante la inminencia de la derrota.

Notas Capítulo XIV

1. Testimonio de Mercedes Comaposada, París, 2-5-1983.
2. Amparo Poch y Gascón, «Mañana», *Mujeres Libres*, VIII mes de la Revolución, s/n.
3. Testimonio de Aurora Molina Iturbe a A. Rodrigo. Gijón, 5-6-1999.
4. Información de Eduardo Pons Prades, hijo de Gloria Prades.
5. «¡Compañeras Sirvientas! «Comisión de Cultura y Propaganda del Sindicato Único del Ramo de Alimentación». ANGC. de Salamanca. Panfletos. P. S. 30.
6. «Una obra magnífica de «Mujeres Libres». El Casal de la Dona Treballadora», *Tierra y Libertad*, 25-8-1938, p. 1. V. Erancesc Cabana Vancells, Natalia Baque Prat. S. A. Damm. Maestros Cerveceros desde 1917, Edición S.A. Damm, Barcelona. 2001. pp. 130-131.
7. «Una obra magnífica de «Mujeres Libres». El Casal de la Dona Treballadora». *Tierra y Libertad*, 25-8-1938. p. 1.
8. «La labor de Mujeres Libres. El Casal de la Dona Treballadora», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 14-6-1938. p. 2.
9. «Una obra magnífica de "Mujeres Libres". El Casal de la Dona Treballadora», *Tierra y Libertad*, 25-8-1938. p. 1.
10. Testimonio de Aurora Molina a A. Rodrigo. Gijón, 5-6-1990.
11. Una obra magnífica de «Mujeres Libres». El Casal de la Dona Treballadora. «Nos habla una alumna». *Tierra y Libertad*, 25-8-1938.
12. Testimonio de Sara Berenguer a A. Rodrigo. Montadv (Béziers- Francia), 18-8-2000.
13. J. E., «Diálogo con la compañerita más joven: Marina Maurici o el entusiasmo», *Nosotros*, Valencia, 21-8-1937. «Las agrupaciones de Mujeres

Libres de España, celebran su primera conferencia con asistencia de 78 delegaciones y más cien delegaciones indirectas», *Fragua Social*, Valencia, 22-8-1937, p. 2.

14. En agosto de 1937 existían 43 Agrupaciones en Cataluña; 20 en Aragón; 25 en Guadalajara; 15 en Levante y varias en el Centro y Andalucía. En 1938 llegarían a ser 40 las de Levante. En Toledo, en Ciudad Real y Albacete se constituirían Comités Provinciales y una Regional en Extremadura. *Tierra y Libertad*, 21-5-1938, p. 1.

15. Revista *Mujeres Libres*. XI mes de la Revolución, nº 9.

16. Circular: Mujeres Libres ante el Congreso Regional de Mujeres Antifascistas que se celebra en Barcelona los días 6, 7 y 8 del corriente. Archivo Histórico de la Guerra Civil. Salamanca. P. S. Barría 629.

17. Lucía Sánchez Saornil. «Por la unidad. Actitud clara y consecuente de Mujeres Libres», *Solidaridad Obrera*, 14-8-1938. p. 3. «Mujeres Libres. Contra todo propósito de intención inconfesable reafirma su vigorosa personalidad revolucionaria», *Tierra y Libertad*, 20-8-1938.

18. «Congreso de Mujeres Libres de Cataluña», *Tierra y Libertad*, 19-21-1938, p. 3.

19. J. E., «La mujer en la guerra», *Umbral*, nº 34, 7-5-1938.

20. María Pérez Enciso, «Incorporació de la dona...», *Companya*, Anv 11, nº 18, Barcelona, 8-3-1938.

21. Laina, «La Exposición de Mujeres Libres. Una nota de arte y emoción, grato exponente de capacidad femenina». *Solidaridad Obrera*, 2-8-1938, p. 2.

22. «Consultorio de Medicina Infantil "Mujeres Libres"», *Mañana*, 30-9-1938, p. 9.

23. Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad. Barcelona, 30 de septiembre de 1938. Sig. 1309. Archivo General de la Administración.

24. Sara Berenguer, op. cit., pp. 228-229.

CAPÍTULO XV

El exilio

*...para los estrategas, los políticos y los historiadores todo estará
claro: hemos perdido la guerra.
Humanamente hablando, yo no estoy seguro.
Quizá la hemos ganado.*

ANTONIO MACHADO

*Tanto soñar. Tanto esperar el día,
la luz de la sombra edificada.
Tanto tender la mano enamorada
a la rosa que el aire prometía.*

*Tanto ceder el pan y la alegría.
Tanto buscar a tientas la alborada.
Tanta canción en llanto trabajada.
Tan tibia voz sobre la noche fría.*

ANGELINA CÁTELE

Como un latigazo llegaba a los barceloneses resistentes, amedrentados por el hambre, la desolación y el miedo de las bombas, la noticia: «¡Los moros están ya en Montjuic!». Era el 26 de enero de 1939. El ejército franquista, con los infieles Áfricanos en vanguardia, las tropas con las que el general sublevado había emprendido la cruzada, entraba en Barcelona.

La llamada retirada de Cataluña, iniciada en la víspera de Nochebuena de 1938, alcanzaría proporciones impresionantes tras la caída de Barcelona. No todos los fugitivos eran catalanes; en la Ciudad Condal se habían ido replegando gentes de otras regiones, así como el Gobierno. La mayoría de los que huyen hacia la frontera francesa la integraban los refugiados en Cataluña, tras la defensa de Madrid, la retirada de Málaga, la pérdida de Aragón o la evacuación del Norte, en 1936, 1937 y 1938. Había ancianos, niños, heridos, mutilados, soldados; mujeres, tristes, ojeras, en su pura piel de madres, hijas, hermanas, esposas, prematuramente envejecidas, pero vigilantes, firmes ante la incertidumbre, en apariencia, timón de sus familias y sus clanes, marcados todos por las privaciones de casi tres años de guerra, ateridas de frío, empapadas por la lluvia y la nieve; andaban por carreteras interminables, caminos embarrados, senderos o monte a través, cobijados en mantas sobre sus cabezas, avanzando cansinamente, como autómatas, durmiendo en las cunetas por la noche y durante el día aterrorizados por ametrallamientos y bombardeos de la aviación nacional. Cuando los coches y camiones se quedaban sin gasolina, los soldados los despeñaban por los barrancos para dejar expedita la calzada. Las colonias de niños refugiados en Cataluña, de otras regiones, acompañados por sus maestros y ayudados por soldados los cubrían con sus capotes, con sus caritas desencajadas, macilentas, las boinas caladas hasta las orejas, reclamaban comida, como todos los

refugiados, a la tropa o en las masías. Los pagesos (campesinos), desde el dintel de las anchuras puertas, cuando los veían aproximarse, les gritaban: No ni a res, els soldáis so an emportat tot (No hay nada, los soldados se lo han llevado todo).¹ Las fotografías de la época nos ofrecen las imágenes de las mujeres tirando de sus hijos o de sus mayores, portando fardos con estrictas pertenencias en pañolones atados por las cuatro puntas.



Con el escueto equipaje sobre sus cabezas, en hierático equilibrio, a veces hasta maletas atadas con cuerdas, cuyo contenido a medida que pasaban los días de forzosa marcha, y se agotaban las fuerzas, se veían obligadas a abandonar. Y la carga quedaba diseminada a lo largo de la ruta en las cunetas. El propio Antonio Machado se desprendió de un maletín de mano, con sus últimos escritos y el discurso de entrada a la Real Academia. Carros de payeses, en los que habían cargado enseres de casa, sobre todo colchones; automóviles y camiones atestados de gente. Caballos, mulos, burros, abandonados, sin bridales, vagaban desorientados. Rebaños de corderos conducidos por soldados de barba crecida, hasta ayer

combatientes. Este es el panorama que ofrecen las carreteras que inundan los que han luchado y resistido a lo largo de casi tres años. Sin olvidar la nota trágica de una de las más arduas tareas que tuvo que afrontar el mando republicano: la evacuación de los heridos de guerra. El 31 de enero de 1939, desde la Posición Cajal, el doctor José Puche Álvarez, jefe de la Sanidad de Guerra republicana, extendía una credencial, a nombre del doctor Josep Trueta, ordenándole habilitar el complejo hotelero de los Raños de la Merced, de La Junquera, como centro sanitario para organizar el paso a Francia de los heridos más graves.² A mediados de diciembre de 1938 en Cataluña había a la raya de veinte mil soldados hospitalizados, de los cuales unos doce mil pasarían a Francia antes del 10 de febrero de 1939, fecha en que las tropas franquistas llegaron a la frontera francesa.

Las caravanas de fugitivos las integraban los diversos estamentos de un pueblo vencido: obreros, campesinos, profesores, científicos, poetas, periodistas, músicos, pintores, abogados, técnicos, médicos... anónimos. El recibimiento de la patria de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, gobernada por hombres de izquierda, fue la negación absoluta de su hermoso tríptico. Y su indecoroso comportamiento con los luchadores antifascistas españoles dió lugar a la transformación de la letra de La Marselesa:

*Allons enfants de la gran pute
le jour de merde est arrivé...*

La reacción europea había propalado las consignas franquistas contra las «hordas de rojos españoles», que permanecerían

hacinados días y noches con temperaturas bajo cero, con la frontera cerrada. El corresponsal de *La Dépêche*, de Toulouse, un diario simpatizante con los republicanos españoles, el 3 de febrero de 1939, se hizo eco de los airados planteos y protestas por parte de los refugiados. Era la reacción de los repetidos ataques contra la dignidad o ante el mero desprecio de su calidad de combatientes de la libertad que, con su resistencia, habían intentado dar un toque de alerta al desastre que se avecinaba y que costaría al mundo más de cincuenta millones de muertos. Restablecía el equilibrio la prensa socialista y comunista, unánime en sostener a los refugiados españoles: «Francia no puede perder el resto de dignidad que le queda con la despreocupación con que ha perdido ya una parte de su seguridad durante la contienda española».

Le Socialiste, el 3 de febrero de 1939, informaba a sus lectores de la marcha de los acontecimientos por tierras de Cataluña, con estos titulares: *La España mártir; en el camino del exilio. Un éxodo sin precedentes. Escenas terroríficas: la población, ametrallada y bombardeada por la aviación fascista*. El corresponsal enviaba esta descarnada crónica:

«Gentes que forman interminables columnas de mujeres, niños, viejos, heridos, que se arrastran lamentablemente por la carretera de La Junquera, que esperan horas enteras durante kilómetros para atender el control; todo es miseria y sufrimientos. La mayoría no han comido desde hace varios días, enfermos, extenuados, moribundos, bajo la terrible amenaza de la bárbara represión del invasor. Permanecen allí, bajo la nieve, gentes de toda condición social, de día, de

noche, de pie, apoyados los unos en los otros para no perder la fila...».

Al fin las frontera se abre como un túnel. Las desoladas gentes escuchan por primera vez la voz imperiosa de los gendarmes:

«*Allez, allez!*».

Nunca olvidarían su primera lección de francés. El grito, un agravio para muchos inolvidable, podía provenir de los Gendarmes (Guardia Civil), Gardes Motiles Republicains (Guardias de Asalto), Spahis (Caballería Mora), o de los Tirailleurs (Tiradores Senegaleses).

Al pasar la frontera las familias quedaron dispersas. La desorientación, el pánico de las gentes aisladas de los suyos, acabó de desmoralizarlas. Los hombres fueron a parar a los improvisados campos de concentración, a cielo abierto, tirados en la arena de las playas del Rosellón, los ancianos, los niños y las mujeres enviados a insospechados refugios, en edificios desafectados e inhabitables, durmiendo en el suelo sobre paja. Para conocer el paradero de unos y otros los periódicos crearon *El correo de los refugiados*, donde insertaban sus anuncios, dando nombres y paraderos. Un de las personas buscadas en aquellos caóticos días fue: «Monsieur Antonio Machado, el gran poeta español, cuyo paso ha sido señalado por Perpignan, se le ruega de noticias suyas a Madame Perrouty, 78, avenida de la Gran Bretaña, en Perpignan». Antonio Machado, de apariencia modesta pero de cualidades sobresalientes, como persona y poeta, que había vivido el éxodo con su pueblo, llegó muy

enfermo a Collioure y el 22 de febrero de 1939 su muerte lo convertía en el símbolo de la invicta dignidad humana.

Los cientos de miles refugiados españoles, a la raya de medio millón, entraron en Francia por cuatro puntos fronterizos: La Junquera—Le Perthus, Port Bou—Cerbere, Puigcerdá—Bourg Madame y Cainprodón—Prats de Molló. Por esta última entró la doctora Amparo Poch y Gascón. Pudo pasar acompañando a alguna colonia de niños o junto al personal sanitario de alguno de los hospitales de la región, quizá el de Vilallonga, que trasladaron a los heridos en camiones y ambulancias hasta el Coll d'Ares, donde terminaba la carretera asfaltada y se convertía en pista de tierra. Los coches no cesaban de llegar; cuando los ocupantes se apeaban de los vehículos los conductores los despeñaban barranco abajo. Los gendarmes controlaban el desarme de los refugiados, antes de entrar en Francia. Para llegar a Prats de Molló, primer pueblo francés, había que transitar varios kilómetros a campo través, en superficie escarpada. Los heridos que no podían valerse por sí mismos, eran transportados en camillas por el grupo de compatriotas voluntarios, con grandes dificultades por el brusco y accidentado terreno. Ante la sorpresa de los sanitarios, los franceses no habían previsto ni un botiquín para las primeras curas. En cambio, les salía al paso una gran pancarta en la que se leía Franco, con una flecha en dirección a los llamados Campos de la España de Franco, habilitados al lado de los campos de concentración para los que decidían ser repatriados a España. En las carreteras, los gendarmes preguntaban a los refugiados: ¿Negrín o Franco? Los que optaban por regresar a España eran abucheados por los que se quedaban. En los campos de repatriación, los internados dormían bajo techo, comían caliente, se les daba tabaco y sellos para escribir a sus familias.³ Las fotografías nos devuelven la imagen real de la llegada a

Prats de Molló de los refugiados españoles: tras la muchedumbre se divisa una columna de hombres que desciende montaña abajo, a la tierra de promisión creían ellos. A la mañana siguiente a los heridos más graves los llevaron en camiones hasta el hospital de Perpignan y a los demás refugiados los condujeron a pie hasta Arles—sur—Tech, a 20 kilómetros de Prats de Molló, en donde se contaron hasta cinco improvisados campos de concentración a la intemperie, en campos de fútbol, y otros lugares abiertos que, eufemísticamente, las autoridades francesas llamaban Campos de retención.⁴

El corresponsal de *La Dépeche du Midi*, de Toulouse, señalaba: «...en el Centre d Accueil de Prats de Molló sólo había, en plan de albergue, un viejo cobertizo, en el cual, hacinadas y encorvadas, cabían unas 300 personas. Fuera, al raso, a más de mil metros de altitud, en pleno invierno, las restantes... entre dos y tres mil refugiados».⁵ Del emplazamiento del Centro de Acogida, de Prats de Molló tenemos la descripción de Alberto Fernández: «Los que pasaron el Pirineo por sus cimas, cayeron sobre el pueblecillo de Prats de Molló y su campo de acogida: un prado al lado del río, inundado de agua, cuando no de nieve. Desde allí, a pie, fueron conducidos como rebaño trashumante hasta el pueblo de Arles sur Tech y aparcados en un terreno de fútbol y en un prado cercano, entre este pueblo y Amelie les Bains».⁶ Los refugiados morían de frío y hambre. Fernández atestigua que en una sola noche vió sacar hasta una veintena de exsoldados republicanos muertos.

Otro testimonio directo es el de Ángeles Yagüe, que fue recogida con su hija en plena montaña por un gendarme, que las acompañó llevando a la niña en brazos hasta la entrada de Prats de Molló, donde fueron vacunadas por la Cruz Roja y las recomfortaron con un plato de sopa caliente, pero a la hora de dormir lo hicieron en el

suelo. Después fueron acogidas en una escuela de Arles— sur—Tech, repleta de refugiados, hasta ser evacuadas a Orleans.⁷

El 10 de marzo de 1939, Jean Ybarnégarav, en la Cámara de Diputados facilitó la cifra de 46.000 internados en Arles—sur—Tech y Prats de Molló.⁸

La doctora Poch permaneció en Prats de Molló hasta septiembre de 1939.⁹ Su padre, don José Poch Segura, capitán de Ingenieros retirado por edad el año 1930, prestaba su concurso el 19 de julio de 1936, tras presentarse a la autoridad militar, sus antiguos jefes en el antiguo Regimiento de Pontoneros, afecto incondicionalmente al glorioso Movimiento y Militante de FET y de las JONS. En Acción Ciudadana prestaría servicios en la Central de Telégrafos y en el II Año Triunfal sería nombrado censor, siendo destinado después a la 5^a División Orgánica, prestando servicio en el Centro de Movilización y Reserva, n° 9.¹⁰ Al terminar la guerra, don José Poch trató de rescatar a su hija, como consta en la instancia que le dirige, desde Zaragoza, el 16 de junio de 1939, al Ministro de Defensa Nacional, para viajar a Francia a rescatar a su hija: «...teniendo imprescindible necesidad de trasladarse a Francia con el fin de realizar gestiones en busca de una hija para reintegrarla a nuestra querida España.

»Suplica se digne concederme diez días de permiso para dicha Nación y la autorización necesaria para el paso de la frontera.»¹¹

La instancia fue tramitada a Burgos pero no sabemos si le dieron curso. No vemos a la doctora Amparo Poch siendo rescatada por su padre, adicto al Glorioso Movimiento Nacional, contra el que su hija había luchado en todos los frentes; a ella que, como colofón, había elegido el camino del exilio, donde acabaría sus días. Si llegó a producirse ¿cómo sería aquel encuentro de las dos Españas que

representaban la hija y el padre, tan miope que era incapaz de ver la talla moral de su hija, y tan soberbio que se creía autorizado a ir a buscarla para proteger o denunciar a la niña descarriada que, ante sus ojos, fue siempre Amparo.

Don José Poch, por temor a las represalias y depuraciones que podía representar para su expediente la conducta de su hija roja, con cargos comprometedores en la España republicana, trató de borrar su rastro arrancando de cuajo su expediente de Magisterio,¹² e hizo desparecer su documentación personal del Colegio de Médicos, donde sólo se conserva su ficha. En aquella época, el miedo a la represalia lo llevó hasta denunciar a su hija.¹³

Por la agenda de Gloria Prades sabemos que Amparo vivió en Prats de Molló en la finca agrícola de Tamarius, hoy convertida en hotel. Después de la liberación la administrarían trabajadores refugiados libertarios españoles.¹⁴ Gloria Prades, en su exilio de Blomac, en el Aude, desde mediados de febrero de 1939, se dedicó a localizar y mantener correspondencia con amigos y compañeros militantes del Partido Sindicalista dispersos por toda Francia, poniendo en contacto a unos con otros. Es una agenda que merecería un estudio. A través de sus páginas podemos comprobar cómo los va encontrando y les sigue la pista, tanto a los que se quedan en Francia, como a los que marchan a América, por mediación de SERE (Servicio Evacuación Republicanos Españoles) o del JARE (Junta Auxilio Republicanos Españoles), organismos republicanos recién creados en París para evacuar a los refugiados españoles a México, Chile, República Dominicana, Argentina. De Amparo Poch reseña su estancia en Prats de Molló y después en Nimes. Mantuvieron siempre relación epistolar, de la que se conservan algunas de sus cartas. Más tarde,

en varias ocasiones, Amparo pasaría unos días en la casa de Gloria y sus hijos, en el pueblo de Blomac, cerca de Carcassonne.

No sabemos a ciencia cierta a qué se dedicó la doctora Poch en Prats de Molló, pero conociendo su indesmayable disponibilidad y su vocación, pudo ocuparse de cuidar a los niños españoles y ser útil, entre los refugiados, prestando atención médica, clandestinamente. Durante la contienda, ella había acompañado a los niños de las colonias, refugiados en Barcelona, al bello pueblo pirenaico del balneario de La Preste. Por lo tanto no era un lugar extraño para ella, donde seguramente conservaría amigos. Lo cierto es que la doctora Poch permanece en Prats de Molló hasta septiembre de 1939.

La llegada de Amparo Poch a Nîmes fue posible gracias a la influencia de Eusebio Magriñá, quien gestionó con las autoridades el permiso eventual para residir en la capital del departamento del Gard. La municipalidad era socialista, la mayoría de ella masones, los cuales dieron a los exiliados españoles toda clase de facilidades. La relación de M. Romilance, Gran Maestre de la Logia de Francia, con los españoles nació en la redacción del periódico *Tierra y Libertad*, con Juanel y Lola Iturbe. En sus viajes a Barcelona solía recalcar en el local del rotativo libertario, en la barcelonesa calle de la Unión. Cuando aquel grupo de libertarios se refugiaron en Francia su dirección sería el talismán mediante el cual pudieron eludir su internamiento en los campos de concentración, y llegar a Nîmes o a Marsella, donde vivía Romilance. Muchos francmasones pusieron a disposición de ellos sus casitas de campo en los alrededores de Nîmes, llamadas Masset, donde se fueron acomodando, compartidas a veces por varias familias. No todas las personas acogidas pertenecían a la masonería. Cuando algunos, como Juan Molina Juanel les hacían saber que eran ajenos a las logias masónicas les

contestaban: todos somos hermanos.¹⁵ La solidaridad de M. Romilance con los refugiados españoles fue proverbial. A Mimí, la compañera de Durruti, le proporcionó trabajo en su fábrica de hilaturas de Marsella. En ocasiones, como en el caso de Amparo Poch, bastaba con la recomendación de un amigo o correligionario. El día 11 de septiembre de 1939, en Nîmes, la prefecture del departamento del Gard le extiende un *Laissez passer* que la autoriza a vivir en Francia un mes, tiempo de validez máximo de aquella clase de documentos. En el dorso del documento hay varias renovaciones otorgadas hasta el 11 de febrero de 1940. En los diferentes sellos de la prefectura se inscriben sucesivas direcciones.¹⁶ Sin embargo, en la agenda de Gloria Prades, el domicilio de Nîmes es invariablemente: 26 del Boulevar Victor Hugo. La misma dirección se reseña en la ficha del consulado español, del 31—3—1941, y se repite en las hojas de registro al serle renovada en los años 1942 y 1943.¹⁷ En aquellos tiempos de la ocupación alemana de Francia (1940—1944), muchos exiliados políticos estuvieron inscritos en los consulados de España, lo que les permitía estar en posesión de documentos de nacionalidad e identidad que, de alguna manera los protegía de las autoridades de Vichy o alemanas. Con la liberación, la relación de los republicanos españoles con los Consulados se cortó, gracias al reconocimiento y regularización de la vida particular y profesional de aquéllos otorgado por el Gobierno francés del General De Gaulle, en atención a su colaboración en pro de la causa de la Francia Libre. Pero no debemos olvidar que el antiguo *Laissez passer* les prohibía trabajar. De ahí la variedad de sus domicilios, pues incluso se les impedía ejercer labores artesanas y tareas domésticas de mera supervivencia. Con la ocupación alemana, vivirían pavorosos miedos, a causa de la persecución, tanto por la policía francesa como por la

alemana en la zona ocupada. Hasta el año 1945 los exiliados españoles no se beneficiarían del estatuto de refugiados políticos.¹⁸



1941. Montpellier

Amparo Poch llegó a Nîmes en plena época de la vendimia y quiso participar en ella, pero Magriñá la disuadió.¹⁹ Los refugiados españoles, en una gran mayoría, formaron parte de las cuadrillas de vendimiadores con el beneplácito de los franceses, que incluso sacaban a los hombres de los campos de concentración. Y acabada la recogida de la uva, los devolvían a sus internamientos de tierras adentro o de las playas del Rosellón: Argelés—sur—Mer, Saint Cyprien, Agde, Barcarés o Bram, hacinados en la arena, acotados por alambradas y vigilados por tropas coloniales.

La doctora Poch se reunió con sus compañeros, Marín Civera, Presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Sindicalista y director del periódico Mañana, a la muerte de Ángel Pestaña, Francisco Sabater Planas, Secretario general de dicho Comité, Miguel Prades, Francisco Lucas Fernández, Joaquín Cid. Sabino Rodríguez y sus respectivas compañeras. Pero sobre todo con Francisco Sabater, compañero sentimental de Amparo y con Lola Iturbe y Juanel y sus hijos Aurora y Helenio, con los que había convivido en Barcelona. Aurora era entonces una joven bellísima de 16 años que vivía su primer amor. Y a ella le debemos el testimonio de lo que fue la vida de Amparo en aquellos años. Recuerda sus paseos por el Jardín de la Fontaine y sus subidas a la Tour de Magna, por el camino de Roma. Aurora le contaba sus preocupaciones, sus sentimientos amorosos: «Ella me escuchaba con respeto, pero sobre todo con humor, y desdramatizaba mis problemas que yo creía insuperables. Sus palabras, que yo escuchaba atentamente, y sus risas eran como una brisa fresca que calmaba mi ansiedad de adolescente romántica que creía en el amor eterno y la pureza de la virginidad, también del hombre. Entonces Amparo era una mujer de 38 años. En aquel tiempo a esa edad una mujer era mayor, pero además había que contar con la prematura vejez que alcanzaron nuestras mujeres, tras tres años de privaciones y modestamente vestidas. Amparo no era atractiva, pero cuando reía se transformaba y parecía rejuvenecerse. Además su mentalidad era más joven que la mía. Con ella podías hablar de todo sin imponerte su criterio, te hacía reflexionar, con su arrollador poder de persuasión. Como era persona muy dotada, tenía gran habilidad para los trabajos manuales. Así que en su casa del Boulevar Víctor Hugo, un bajo de pequeñas dimensiones, trabajaba, en lo que hoy llamaríamos economía sumergida. La vi pintar tarjetas y pañuelos, bordar, hacer crochet y desde luego

escribir, pero con eso nunca se ganó la vida. Con Sabater hacían bolsos de rafia, plegaban sobres y trabajaban en las más diversas ocupaciones. Nunca la oí quejarse de su situación, lo cual era todo un ejemplo. Como nos estaba prohibido trabajar, las labores manuales nos las proporcionaban los masones bien relacionados con los grandes almacenes. Gracias a ellos salimos adelante. Mi madre siempre cosió pantalones, en todos los exilios por los que pasó, y además sacaba siempre tiempo para sus colaboraciones literarias. Cuando nuestra familia se fue a Montpellier yo tenía que ir una vez al mes a Nimes a por la leche del racionamiento para mi hija, y no dejaba nunca de visitar a Amparo y llevarle alguna hortaliza o plantita del huerto que teníamos en casa y cultivaba mi padre».²⁰

La cadena de solidaridad establecida entre los españoles fue esencial para afrontar tantas calamidades. Cada cual aportaba lo que podía: legumbres, vino y pan los que trabajaban en los hornos. También compartían la nostalgia y la esperanza del regreso a España. A los refugiados españoles les tocó vivir nuevas calamidades, sufrimientos y privaciones, después de los tiempos difíciles padecidos en su país.

El 25 de junio de 1940, con la firma del Armisticio, Francia quedaba dividida en dos por la Línea de Demarcación: la Zona Ocupada, al norte del río Loira y la Zona No Ocupada, en el sur del país. Miles de combatientes republicanos españoles cayeron prisioneros de los alemanes. Considerados como prisioneros de guerra y a la vez como enemigos políticos, peligrosos para el nacional-socialismo y calificados de criminales por Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores de la España franquista, serían internados en los campos de exterminio nazi. El 6 de agosto de 1940 llegaban al campo de Mauthausen, procedentes de Angouleme los

primeros españoles deportados, entre ellos figuraban 24 menores de 18 años, ancianos y mujeres.²¹ En noviembre de 1942, tras el desembarco de las tropas aliadas en África del Norte, los alemanes ocuparon la zona sur de Francia, y entonces se incrementaría la persecución contra los masones, tan metódica como la desatada en la España de Franco.²²

Gracias al trabajo de la mujer en aquella primera época de prohibiciones, fueron ellas las que sacaron a sus familias adelante, como borines a tout faire (criadas para todo). Pasaron meses, desde su entrada en Francia, en que las españolas con sus mayores y los niños vivieron prácticamente aislados de la población civil, en los centros llamados d'hébergement (de albergue). Podían ser seminarios deshabitados, colonias de vacaciones de los niños, cárceles, desafectadas (maison d'arrêt), desvanes de hospitales... A las eventuales criadas las madames las elegían como si de ganado se tratase, y durante el día las llevaban a sus casas. Después regresaban al refugio con sus familias, con algo de dinero y comida. Se entendían en el lenguaje universal del mimo, con la gráfica actitud de coser, fregar, barrer, planchar... la situación empezó a cambiar cuando a las madames les tocó sufrir la ocupación alemana y en este punto las mujeres francesas y las españolas se encontraron en la misma trinchera. La indiferencia de los pueblos europeos, en su gran mayoría ajenos al drama que provocaba el fascismo en España, su indefensión ante los ataques sufridos por la República española, nos recuerda el profético poema de Bertold Brecht:

Primero se llevaron a los negros,
pero a mí no me importó porque yo no lo era.

Enseguida se llevaron a los judíos,
pero a mí no me importó, porque yo tampoco lo era.

Después detuvieron a los curas,
pero como yo no soy religioso, tampoco me importó.

Luego apresaron a unos comunistas,
pero como yo no soy comunista, tampoco me importó.

Ahora me llevan a mí pero ya es tarde.

Mientras tanto, muchos refugiados españoles vivían en viejos edificios donde se hacinaban varias familias. Y miles de refugiados seguían en las playas del Rosellón. El grupo de Amparo lo formaban en gran parte compañeros del Partido Sindicalista. Fue la compañera de Marín Civera la que se puso a hacer sombreros, el oficio de su juventud, y con la mujer de Sabino Rodríguez, la de Miguel Prades, Dolores Bou, y en alguna ocasión con la ayuda de Amparo, montaron un taller clandestino donde se confeccionaban elegantes sombreros, aún muy en boga en Francia. En España se habían abolido, espontáneamente, con la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, en la Puerta del Sol. El taller de sombrerería duró hasta la partida de la familia Givera a México a fines de 1942; pero los sombreros habían librado de la indigencia durante un tiempo a varias familias.²³

Las mujeres, en particular las obreras acostumbradas a administrar recursos mínimos, no sólo sacaban a sus familias adelante con su trabajo, en un medio tan hostil, sino que personas curtidas por 32 meses de guerra se comprometían en la resistencia, en lucha contra el mismo enemigo que las había echado de su país: el fascismo. En 1941, el mariscal Petain intentó deportar al Sahara a las Brigadas Internacionales. Los brigadistas se resistieron y los españoles los apoyaron. Las mujeres tomaron la iniciativa ante la vacilación de los hombres, muchos de los cuales no se atrevían ante el riesgo de ser

devueltos a la España de Franco. Cuenta Anita Pujol, una de las heroínas amotinadas: «...las mujeres decidimos llevar nosotras la lucha, aconsejando a los hombres que permaneciesen en segundo término. Y fue el campo de mujeres el que se levantó, en una protesta tan unánime y tan violenta, que las propias fuerzas que nos guardaban cogieron miedo. En pocos minutos, la avalancha de mujeres avanzando hacia el reducto donde se intentaba sacar a rastras de sus barracas a los internacionales, rompió las alambradas y lo arrolló todo. Llegaron fuerzas del exterior, con las ametralladoras en las manos. Al acudir los refuerzos, encontraron una muralla de mujeres protegiendo el campo de los internacionales. Con las uñas, con los dientes, con las bocas, nos batíamos con los senegaleses y con los gendarmes. Nos cogían por el pelo y nos arrastraban por el suelo. Nos agarrábamos a las piernas de los guardias, les mordíamos y les hacíamos caer por tierra. Aquel día, realmente épico, la batalla la ganamos nosotras. No sacaron a los internacionales...».²⁴ O el caso de Serafina Vélez desafiando el control de la Gestapo en la estación de Toulouse. Su compañero y ella portaban dos maletas repletas de propaganda. Cuando llegó el tren a la estación de Toulouse, como en todas las de la Francia ocupada por los alemanes, montaban la guardia soldados nazis y la policía francesa de Vichy. Pedían la documentación y a la menor sospecha detenían a los pasajeros, ante el temor a atentados, sabotajes de puntos estratégicos y ataques a sus columnas motorizadas a manos de la guerrilla (maquis), que empezó a actuar a fines de 1942, integrada en la mayoría de los casos, en el Mediodía de Francia, por republicanos españoles. Ante aquel contingente de policía, el compañero de Serafina, aunque disponía de sus papeles en regla, desapareció. La mujer se encontró sola con aquel cargamento de dinamita. Resuelta a no abandonar las maletas, quizá

porque hubiese podido perjudicar a muchos, al ser descubierto el contenido, con gran temeridad y aplomo se fue hacia un policía y le dijo:

«Perdone, pero no puedo más ¿Me ayudaría a sacar las maletas de la estación?»²⁵

La ingeniosa y valiente mujer, atravesó aquel frente de S.S., ayudada y protegida por el gendarme. De ser descubierta hubiese ido a parar a Ravensbruck, campo de concentración exclusivamente de mujeres, cerca de Stetin, como Rotten Spanien (roja española). Sus cenizas de mujer vasca hubiesen desaparecido por alguna de las chimeneas del terrorífico campo de exterminio, convertida en *Nacht und Nebel* (Noche y Niebla), las siglas que le ponían a la llegada al campo a las detenidas que debían desaparecer sin dejar rastro. Parecido caso protagonizó Sara Berenguer en la estación de Béziers, en 1944, en avanzado estado de gestación y un niño de meses en brazos, al eludir la vigilancia, con documentación comprometedora.²⁶ Todavía está por estudiar el capítulo de la actuación de la mujer española en la resistencia francesa.

Somos conscientes de que ninguna vida puede ser relatada para la posteridad en términos absolutos y mucho menos la de gentes desplazadas, perseguidas, sin derechos por su condición de exiliadas, sin papeles, sin trabajo, en los que muchas lo perdieron todo por el camino, y que, al entrar en Francia, incluso habían cambiado de nombre, para borrar huellas; que en la ilegalidad, su *modus vivendi* en tareas oscuras, llegado el momento, se comprometieron en la lucha clandestina, al lado de los aliados, circunstancia que les costó la vida a muchas. En nuestra investigación en Francia, nos asisten los escasos y lacónicos documentos oficiales, en donde sólo encontramos fechas y lugares, y los testimonios orales, cada día más

raros en razón de la ineludible secuela del olvido y del paso del tiempo. La condición del personaje, una mujer que huía de cualquier protagonismo, no ayuda a clarificar determinada circunstancia de su vida de mujer y de ciudadana. Gracia Ventura nos hizo de ella este retrato: «La doctora Amparo Poch y Gascón era de una personalidad muy escurridiza, a la vuelta de la esquina se puede perder el rastro. Amparo era una mujer celosa de su intimidad, de su libertad y de su independencia. Debe ser éste el motivo por el que ha dejado pocos hilos con los cuales poder trenzar sus vivencias. De carácter muy individualista, sin dejar por ello de ayudar y hacer cuanto estaba en su mano por el compañero o amigo que la necesitaba, sobre todo dentro de su profesión, en la que era muy competente».²⁷

En las escasas cartas que se conservan de Amparo Poch a sus amigas Lola Iturbe y Gloria Prades, encontramos a un ser humano sereno, comprometido con los acontecimientos y pendiente de la suerte que corren sus compañeros en la Francia ocupada y en la España franquista. Están escritas en Nimes, en plena ocupación alemana, y en ellas se traslucen sus afanes en el trabajo de supervivencia, que no especifica, pero que sabemos se trataba de modestas labores ajenas a su profesión. En la dirigida a Lola Iturbe, ya sin las veladuras que imponía el peligro del opresor, exterioriza su preocupación por el desconcierto de la situación interna de la CNT que tan pronto se adueñó de las filas libertarias. En las enviadas a Gloria Prades late la preocupación, por los situaciones que vivían familias amigas cuyos hijos habían sido incorporados a destacamentos disciplinarios, en los Grupos de Trabajadores Extranjeros (G.T.E.) por el Gobierno del mariscal Petaín. Los dos hijos mayores de Gloría, Eduardo Pons Prades de 22 años y Elíseo de 17 años, habían sido incorporados al G.T.E. nº 422, con sede en Carcassonne. Amparo consuela a su amiga:

«...Lo que me dices me apena porque supongo el dolor de tu separación y tu estado de ánimo, pero no me sorprende, pues ya hace tiempo viene haciéndose en diversos sitios y además, dadas las circunstancias, estas y otras cosas hay que esperar y disponer el ánimo a soportarlas con la mayor entereza posible. Es penoso para ti; pero considera que no es ninguna catástrofe irreparable, ni mucho menos. Serenidad y mucho ánimo, querida Gloria. Por lo pronto, tu hijo me dice que está bien. Él es joven y sano. Ya pasará todo esto. Lo triste es que vosotros podíais haberlos ahorrado estas penalidades y las que vendrán, si hace unos cuantos meses os hubiéseis marchado a España. ¡Quién pudiera en tú lugar haberlo hecho hace tiempo! No te moleste lo que te digo, amiga mía, ni lo tomes como un reproche que ni tengo derecho a hacer ni es momento a propósito para ello. No es sino una reflexión. Supongo que el regreso de tu segundo hijo te habrá calmado un poco. Procura tranquilizarte y cree que seguramente serán tratados por los alemanes mucho mejor que lo que han sido hasta ahora. Abrazos, Amparo».²⁸

Con el consejo a Gloria Prades, Amparo Poch demostraba desconocer los verdaderos alcances de la represión franquista desencadenada en España. Era el caso de otros muchos exiliados que recibían cartas censuradas de sus familiares en las que no podían exteriorizar la desesperada situación en que vivían en España. Ella misma hace referencia a este particular en la carta que le escribe a Gloria tres meses más tarde:

«Querida amiga Gloria: Ya no sé cuánto tiempo hace que diariamente me digo que tengo que escribirte. Con todo el mundo me pasa lo mismo, y es que estoy tan absorbida por el trabajo y las preocupaciones, que los días se me van sin darme cuenta. Pero hoy ya ves que he hecho una excepción para ti. ¿Qué es de ti? ¿Y de tus hijos? ¿Dónde está Eduardo? Las cartas que recibí de él estaban llenas de ánimo.²⁹ Después no he sabido nada más. ¿Continúa en casa tu segundo hijo? Amiga Gloria. Esto va resultando largo, sobre todo para nosotros que, al venir aquí llevábamos ya dos años y medio de música celestial. Yo hay días me encuentro verdaderamente cansada, pero de cansancio físico. De España no sé nada serio. Mis padres no hablan más que de salud y del tiempo. Te abraza, Amparo».³⁰

Se acaba el año y Amparo recuerda cariñosamente a Gloria y a sus hijos. Es una carta en la que reitera sus agobios de trabajo, un trabajo intenso que no hubiese necesitado para ella misma sino fuese a parar al saco sin fondo de la solidaridad que practicaría todos los días de su vida. También piensa en la paz tan soñada, sobre todo por los refugiados españoles, que creían que vencido el fascismo en Europa, regresarían a España:

«Amiga Gloria: Recibí tu amable carta junto con la fotografía que habéis tenido la gentileza de dedicarme. La guardo como un recuerdo, aunque no necesito ninguno de éstos para pensar con frecuencia en los amigos. En cuanto a la invitación que me haces de ir a pasar unos días contigo, te lo agradezco

muchísimo; pero por ahora no puede ser. Aparte de que la estación no es la más apropiada para viajar, tengo un trabajo aumentado en razón de las fiestas y todo es preciso con lo difícil que está la vida. Querida Gloria; trabajo todos los días (domingo y fiestas igualmente) hasta medianoche y hasta la una de la mañana, pues no hay para subsistir más que el producto de este esfuerzo desde el primer día y ya comprenderás que la cosa es como una cadena que no se ve, pero que limita todos mis movimientos.

»Ya veremos para el buen tiempo. Yo bien querría, pero no puedo prometer nada.

»Querida Gloria: Te deseo un próximo año 1944 más feliz que el que se termina. Que durante él veamos la paz del mundo y la nuestra propia. Harás extensiva mi felicitación a la familia Pestaña y tu recibes cariñosos abrazos de Amparo».³¹

El trabajo de Amparo en razón de las fiestas, se refiere a las tarjetas postales y pañuelos que pintaba para los grandes almacenes. Amparo Poch visitó a Gloria, en Blomac, pueblecito del Aude, en la primavera de 1944. Allí compartió el pan y la sal con ella y la familia de Angel Pestaña. María Espés, la compañera de Pestaña, su hija Azucena y sus dos nietecillos que se habían refugiado, en el hogar de Gloria, tras huir de Chambon—Feugerolles, cerca de Saint—Etienne, donde vivían en régimen de Residencia Asignada, para evitar ser deportadas a Alemania. El hogar de Gloria Prades ya había sido refugio de otros sindicalistas: la familia de José Robusté. Clemente Hellín. Adolfo Montoro, Federico Turrau y su propio hermano, Miguel, con su compañera, Dolores Bou.³²

En enero de 1943 se desencadenó en toda Francia una redada contra los refugiados españoles sospechosos de luchar contra los nazis. Francisco Sabater fue detenido en Nîmes e internado en un Grupo de Trabajadores Extranjeros (G.T.E.), acantonado en la localidad de Miramas, al oeste de Marsella. A esta situación se refiere Amparo veladamente, en la carta a Gloria, cuando dice es como una cadena que no se ve, pero que limita todos mis movimientos. A partir de la detención de su compañero, Amparo Poch, repartía su tiempo entre Nîmes y Miramas, para estar cerca de Sabater. Allí vivieron la liberación de Francia, en agosto de 1944.

La carta que conocemos de Amparo Poch a Lola Iturbe tiene nuevos tintes. Para entonces ya se ha producido la liberación de Francia y los refugiados españoles están plétóricos de esperanzas, aguardando cambios inmediatos en España. La nueva situación les permite manifestarse y reorganizarse. Sin embargo Amparo se siente furiosa por muchas cosas:

«Querida Lola: Esta mañana he recibido tu carta del 5 y antes de acostarme te envío unas líneas para que manifiestes a Aurora mis sentimientos; aunque era cosa esperada, lo desgradable siempre sabe mal y comprendo perfectamente su pena.³³ Te has olvidado en la tuya de indicarme la dirección de la madre de Emile como yo te pedía en mi anterior, para ir a verla, y te ruego que me la envíes lo antes posible.

»También me dices en la tuva que me mandas la dirección de Juanel; pero tal dirección no la he encontrado por ninguna parte a pesar de mirar y remirar, varias veces, el contenido del sobre.

»Te ruego que me la mandes y subsanes con ello tu involuntario olvido, pues tengo verdadero interés en conocer lo que pasa por ahí. Aquí llegan muy pocas noticias y muy atrasadas. Lo único que bulle es la “Unión Nacional”, que tiene locales, dinero, organiza actos de propaganda, etc. Habría mucho que hablar y yo estoy furiosa con muchas cosas. Ya me olía algo a F. Alaiz; y alguna cosa a la inevitable Federica; y creo que no me equivoco. En fin una vez más te pido que me mandes las direcciones de Juanel y de la madre de Emile. Es una vergüenza que los “puros” que aquí permanecemos al margen de la UN (Unión Nacional), no sepamos dónde andan los nuestros y se nos tenga en el más negro de los olvidos. ¿Dices de amargura? En todo caso ya tendría su poquitín de justificación.

»Os abraza en espera de noticias, Amparo». ³⁴

La Unión Nacional fue un organismo creado por el Partido Comunista, en Francia, en el que se pretendía agrupar a todos los sectores del antifascismo español. Se constituyó en Grenoble, en el otoño de 1942. Su brazo armado era la Organización Militar Española (O.M.E.), más tarde: Agrupación Guerrillera Española (A.G.E.).

En mayo de 1945 se termina la Segunda Guerra Mundial en Europa. En las primeras semanas de este verano regresan a Francia los supervivientes españoles de los campos de exterminio alemanes. Ante la rotunda victoria aliada, confían ver derrocado el último vestigio del fascismo en Europa: la dictadura franquista. Pero las maletas de los españoles, van a seguir esperando, convertidas en

materia literaria, como el sueño inalcanzable del paraíso perdido que para los exiliados suponía el regreso a España.

La relación con Sabater, de delicada salud, fue motivo de atención y entrega para la doctora Poch, tanto que algunos testimonios de personas cercanas, creen que Sabater no hubiese sobrevivido sin los cuidados de Amparo, en aquellos tiempos tan difíciles para encontrar medicinas y alimentos. Fue una unión amorosa que palió la derrota de los sueños de una España en libertad y progreso, que la doctora Poch coadyuvaba a labrar desde la cultura y la sanidad. En octubre de 1945 los dos pasaron unos días en Blomac, en casa de Gloria Prades, y poco después Amparo y Sabater se trasladaban a Toulouse.

Notas Capítulo XV

1. Testimonio de Joaquín Gálvez, que salió al exilio con su madre, a los 13 años, desde Irán, y estuvieron refugiados en Cataluña. En 1939 anduvieron durante 20 días, desde Gavá (Barcelona) hasta Le Boulou (Francia). San Sebastián, 4-2-2002.
2. Antonina Rodrigo, *Doctor Trueta. Héroe anónimo de dos guerras*, Plaza Janes, Barcelona. 1977, pp. 74-76. Y Nossa Ediciones, Madrid. 1997.
3. Testimonio de Vicente Arbiol. Perpignan. 10-5-2001.
4. Joan de Milany, «Un aviador de la República», *Nova Terra*, Barcelona, 1971, pp. 172-173.

5. Eduardo Pons Prades, *Los que sí hicimos la guerra*, Martínez Roca, Barcelona, 1973, p. 74.
6. Alberto Fernández, *Emigración Republicana Española (1939-1945)*, Zero, Algorta (Vizcaya), 1976, pp. 8-9.
7. Rose Duroux, Raquel Thiercelin, *Los niños del exilio: asignatura pendiente*, cit. por Geneviéve Dreyfus-Armand, *L'exil des Républicains Espagnols en France*, Editions Albín Michel S. A., París, 1999, p. 51.
8. Dreyfus-Armand, Geneviéve, op. cit., pp. 59-60.
9. *Laissez Passer* a nombre de Amparo Poch y Gascón. (Documento de identidad provisional). Prefectura del departamento del Gard (Nîmes). 11 de septiembre de 1939, n° 489.
10. Expediente Militar de José Poch Segura. Archivo General Militar de Segovia. / Ref. 504/ AGMS. S.T. 5595.
11. Solicitud de José Poch Segura, Capitán de Ingenieros retirado al Ministro de Defensa Nacional. Zaragoza. 16-6-1939. Exp. militar. Archivo General Militar de Segovia. Sig. 504 / A.G.M.S. St. n° 5595.
12. Consultado el Libro de Hojas de Estudio, n° 5824, en relación a los años académicos 1916-1917 del citado libro, aparece Amparo Poch y Gascón, con el n° 60 de orden, corregido el 0, se ha modificado por un 1. Buscando en las cajas el referido número 60 ha desaparecido de su lugar y la numeración pasa del 59 al 61, y en el lugar que debiera estar la Memoria Pedagógica que escribían los alumnos, ha desaparecido. Memoria del Instituto General y Técnico. Sig. F-1-522/ 13 al 18. Archivo Escuela Normal Superior de Maestras de Zaragoza.
13. Testimonio telefónico de Juan Antonio Abascal Ruiz. Zaragoza a Barcelona, 20-11-2001.
14. Testimonio de José Molina. Arles-sur-Tech (Francia), 8-7-2000.
15. Testimonio de Aurora Molina Iturbe. Gijón, 4-10-1999.
16. La Prefectura de Nîmes registró estos domicilios de Amparo Poch y Gascón: Villa Xuet; Route de Sauve; Chemin de la Bonne Brise y FEcole de filies, en la place Belle-Croix, Archive du Gard. Sig. 4M634, n° 489.

17. Ficha de Amparo Poch y Gascón, de 31-3-1941 y Hoja de Registro de 31-4-1941, renovada el 27-3-1942 y 18-1-1943. Aparece de estado soltera y de profesión S. L. (Sus labores). N° de registro 213. Consulado Español de Nímes. Agradezco la diligente colaboración de don Máximo Cajal, Cónsul General de España en Montpellier.

18. Estatuto de Refugiado. París, 1945.

19. Testimonio de Aurora Molina Iturbe. Gijón, 7-2-2002.

20. Idem.

21. Eduardo Pons Prades, *Relación de menores de edad deportados a Mauthausen. Las guerras de los niños republicanos.* (1936-1995) Compañía Literaria, Madrid, 1997, p. 494.

22. Del 2 de enero de 1940 es el Decreto Ley de la represión de la masonería y el comunismo, que decía en el preámbulo: «En la pérdida del imperio colonial español, en las guerras civiles que asolaron a España durante el pasado siglo y en las perturbaciones que aceleraron la caída de la Dictadura, así como en los numerosos crímenes de estado, se descubre siempre la acción conjunta de la masonería y de las fuerzas anarquizantes movidas a su vez por ocultos resortes internacionales».

23. Testimonio de Gloria Prades. Carcassonne, 10-5-1966.

24. Anita Pujol, *1941 Petain deporta al Sahara a las B.I. La labor cultural de los españoles exiliados 1939-1975*, Universidad Le Mirail Toulouse, 1975.

25. Mikel Rodríguez, *Maquis. La guerrilla vasca 1938-1962*, Txalaparta, 2001, p. 33.

26. Antonina Rodrigo, Sara Berenguer; *Ser útil a la Revolución. Mujer y Exilio, 1939*, Compañía Literaria, Madrid, 1999. pp. 103-118.

27. Testimonio de Gracia Ventura. Vall de Uxó, 1-11-1999.

28. Carta de Amparo Poch y Gascón a Gloria Prades Nuño. Nímes, 6-7-1943. Archivo familiar de Gloria Prades.

29. Eduardo Pons Prades, tras ser incorporado al G.T.E., nº 422, formó parte de los grupos clandestinos de la Resistencia Española: Organización Militar Española (O.M.E.).

30. Carta de Amparo Poch y Gascón a Gloria Prades. Nímes, 11-10-1943. Archivo familiar de Gloria Prades.

31. Carta de Amparo Poch y Gascón a Gloria Prades. Nímes, 27-12-1943. Archivo familiar de Gloria Prades.

32. Testimonio de Gloria Prades. Carcassonne, 10-5-1966.

33. Se refiere al fallecimiento de Entile Dumas, compañero de la joven Aurora Molina Iturbe.

34. Carta de Amparo Poch y Gascón a Lola Iturbe. Nímes, 7-10-1944. Archivo familiar de Lola Iturbe.

CAPÍTULO XVI

Toulouse, para siempre

Dejaremos atrás los nombres que nos habitaron,
las furias que nos arrasaron,
las ansias que nos agruparon,
el miedo que nos desintegró.

Todo lo dejaremos atrás
y nada olvidaremos nunca,
porque no somos asesinos.

Nada nos quedará, pero esa nada
tendrá la imprecisión de lo que avanza y vive,
su medida azarosa.

y será suficiente para llenar esa otra nada
que abarca el breve espacio de una vida.

FRANCISCA AGUIRRE

La victoria había traído la paz, pero para los refugiados españoles la hora del retorno a su país, que fue su esperanza en los turbulentos años de la ocupación (1940—1944), no llegó con la liberación de

Francia. En la primavera de 1946 la condena moral contra el régimen franquista por parte de las Naciones Unidas, el cierre de la frontera franco—española y la retirada de los embajadores de EE UU, de la Gran Bretaña y de Francia de Madrid, despertó de nuevo su esperanza y provocó gran euforia en los medios exiliados republicanos. Era unánime la creencia de que la dictadura de Franco tenía los días contados. Pero, cuatro años más tarde, los embajadores regresaban a la capital de España y tres años después, en el verano de 1953, se firmaba el pacto EE UU—Franco, y el nuevo Concordato con el Vaticano. Decepcionados, frustradas sus esperanzas, muchos emigraron a otros países, sobre todo a Iberoamérica. Nadie podía sospechar que aquella situación, dada la vigencia del régimen, se prolongaría tanto que para la gran mayoría el regreso a España llegaría tarde o nunca.

En *CNT*, bajo el lema imperialismo y guerra, Amparo Poch hacía un análisis de los acontecimientos y de la realidad: «Débil esperanza, es verdad. Habrá que aguardar para regocijarse o también ante la perspectiva de nuevas hecatombes». Habla de propagandas deshonestas, de la miopía de los gobernantes y reflexiona sobre la necesidad de buscar las causas del imperialismo, del fascismo y de las democracias.¹

Fiel a su pacifismo, en la segunda parte en que dividía el tema: La Nación contra el mundo, trataba de una nueva moral que hiciese inviables las guerras:

«...Lejos de Europa, en el corazón del continente Áfricano, en el Congo, en Marruecos, en China, en varios lugares, se afrontan por primera vez los imperialismos, o sea los capitalistas; pero como éstos han arrastrado tras de sí las diplomacias turbias y los siempre inquietos Estados Mayores, los encuentros intentan realizar este

absurdo cuya repetición pondrá a la Humanidad en situaciones gravísimas: emplear las armas para resolver los conflictos económicos. Primeramente veremos cómo esta fusión del poder político—militar con el poder económico, lleva a la primera guerra mundial con características que por primera vez aparecen en las guerras».²

Hacia finales de 1945, la doctora Amparo Poch y Francisco Sabater llegan a Toulouse, la capital del Haute—Garonne. La ciudad fue, con París, en donde se concentraron más refugiados españoles, muchos de ellos recién liberados de los Grupos de Trabajadores Extranjeros. En la capital del Languedoc había fábricas importantes y muchos refugiados encontraron trabajo en ellas: en la O.N.I.A. (productos químicos), o en La Poudrerie (fábrica de pólvora). En 1946 las estadísticas señalan las cifras de 302.000 exiliados españoles en Francia, de ellos 17.794 residentes en Toulouse, sobre una población cercana al cuarto de millón.³ La *Ville Rose* se transformaría en el feudo principal de los rojos españoles.

Las guerras no se terminan con el silencio de las armas, con la paz las heridas permanecen perdurables en las familias en las que se han producido ausencias definitivas. Las fuerzas antifascistas españolas emprenden entonces su reorganización. De hecho, meses más tarde de la liberación de Francia, en octubre—noviembre de 1944, por iniciativa comunista y con el nombre de Reconquista de España, miles de refugiados españoles, de todas las tendencias, con mandos casi exclusivamente comunistas, invadían el Valle de Arán, como primera acción para la liberación de España. En la fracasada operación militar se puso en evidencia que con una confrontación armada no bastaría para derribar al régimen franquista.

La primera vivienda de Amparo Poch es el 44 de la rué Jonquieres, una casita sola de dos plantas, donde empezó a asistir a compatriotas con plena conciencia de su clandestinidad y ausencia de culpabilidad, al considerar el ejercicio de la Medicina como un derecho natural. Muy cerca de su vivienda tenía su sede el Comité Nacional de la CNT en el exilio y la redacción de *España Libre*, que dirigía Ramón Liarte. La puesta en vigor del «Estatuto Jurídico de los Refugiados Españoles» normalizará la vida laboral de los exiliados, y permitirá a la Dra. Poch el ejercicio de su profesión médica. Es el resultado de la eficaz colaboración de los rojos españoles en la lucha contra el enemigo común, en las filas de la Resistencia francesa, lavando así su distorsionada imagen, en los años de la guerra civil, dada por la propaganda vaticano—franquista en toda Europa. El Gobierno francés concedería a los republicanos españoles, el 15 de marzo de 1945, los beneficios del Estatuto Internacional para los refugiados políticos del 28 de octubre de 1933. Al haber sido privados de su nacionalidad por el régimen franquista, y no poder obtener el pasaporte Nansen —reservado a los apátridas—, se les otorgó un *Certificado de Identidad y Viaje*⁴ La promulgación del Estatuto de los Refugiados, en la convención de Ginebra, con fecha 28 de julio de 1951, reafirmaba la declaración universal de los Derechos del Hombre, aprobada por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, procediendo a la ampliación de la protección jurídica de los refugiados, así como a la diversificación de sus beneficiarios.⁵

La Place Dupuy, en Toulouse, era el punto de encuentro para los españoles y de acogida por parte de los Cuáqueros, organismo humanitario que repartía ropa y alimentos, además de apoyar y sostener iniciativas de trabajos profesionales, a la vez que reciclaba profesionalmente a personas sin empleo o imposibilitadas para

ejercer su oficio. La mano de obra española aceleró la industrialización de la orilla izquierda del río Garonne, iniciada a fines de siglo. Se convirtió en un importante centro industrial en donde encontraron trabajo muchos españoles. Las condiciones de vida seguían siendo precarias. Alrededor de los complejos industriales surgió el barrio Recebou, al sur de Toulouse, que si no se trataba de un campo de concentración, puesto que sus moradores tenían libertad de movimiento, estaba formado por barracas que se iban asignando a los familiares necesitados que llegaban en aluvión. Allí vivió Francisco Carrasquer.

En Toulouse, la CNT era, numéricamente, la organización más importante del exilio. Pero las divisiones existentes, al salir de España en 1939, se habían prolongado en el periodo 1940—1944. Mientras los núcleos cenetistas en determinados lugares — construcción de embalses, centros mineros... — se abstuvieron de comprometerse con la Resistencia francesa, en otros sectores, los militantes más jóvenes intervenían en la lucha armada contra las fuerzas de ocupación, incluso en la operación militar del Valle de Arán y más tarde se unirían en la Agrupación Cenetista de Unión Nacional.

En el primer pleno de la CNT en Toulouse, en el otoño de 1944, se constituyó un Comité Nacional formado por Juanel., Merino y Marzán, D. Torres que se entrevistaron con el Consejo Libertario del Centro (Perigueux—Dordoña), representado por Federica Montseny y Germinal Esgleas. Otro núcleo importante era el de Marsella, con Acracio Bartolomé, Bernardo Merino y Gascón. En el Congreso de París, en 1945, tampoco lograron unificar criterios y posiciones, divergentes ante todo respecto a las actuaciones para liberar a España del franquismo. Y se provocó la escisión entre los puros y los

colaboracionistas. Los primeros controlaban las dos terceras partes de la militancia y entre sus dirigentes destacaba Federica Montseny. «Esas dos corrientes, la de los reformistas y la de los puros, se desenvolvieron separadamente de 1945 a 1960, neutralizándose recíprocamente, aun sin proponérselo».⁶ Hasta el Congreso de Limoges en 1961, no se reunificarían las dos tendencias, sin que con esta unidad se lograse borrar la estéril lucha orgánica que había durado quince años.

Amparo Poch se integró en la Cruz Roja Republicana Española (CRRE), que surgió, espontáneamente, en 1939, en los campos de concentración franceses, ante la necesidad, por parte de los médicos allí internados, de asistir a sus compatriotas que vivían a la intemperie, completamente desasistidos, en particular en el plano sanitario.

En 1940 se crearon los primeros establecimientos de consultas, en las principales ciudades donde existía mayor número de refugiados: París, Toulouse, Burdeos, Lyon... Pero hasta la Liberación no se inicia el proceso de constitución por influencia directa del médico aragonés José Martí Feced, que pertenecía a la Cruz Roja desde 1917. Su vinculación, durante la Guerra Civil española, como delegado en Cataluña de la Cruz Roja, dio lugar en agosto de 1940, al reconocimiento de su título oficial por parte del Comité Internacional de la Cruz Roja, (CICR), autorizándole a ejercer su profesión en el extranjero. El Dr. Romeo Lozano, Presidente del Comité Central de la Cruz Roja, al marchar a México, había encargado expresamente al Dr. Martí Feced la misión de organizar la institución en Francia. La sede social del Comité de la Cruz Roja de la República Española se constituía en Francia en abril de 1945. La disensiones en los grupos políticos y sindicales no facilitó la labor de

Martí Feced que pretendía integrar en la CRRE a todos los refugiados españoles sin distinción alguna. Por un informe del propio Martí Feced sabemos que zanjó la situación al: «...pedir delegados a los partidos y organizaciones, siempre en el aspecto de neutralidad, pero que fuera la cosa de todos, y trabajé sin descanso más de cuatro meses, pues tuve que vencer la dificultad del Partido Socialista que no quería en absoluto, ni en el aspecto Cruz Roja, alternar con los comunistas». ⁷

Reciente la formación de la CRRE, en Francia, en abril de 1945, empezaron a llegar a Toulouse los supervivientes de los campos de exterminio alemanes. Los doctores Martí Feced y Diego Díaz Sánchez fueron autorizados por la Cruz Roja Francesa a atenderlos en la consulta del dispensario—escuela que la institución francesa tenía en el número 4 de la rué Mondran, en la que asistiría asimismo Amparo Poch. También eran atendidos en la rué Pargaminières, sede social del Comité español, donde estaban los servicios de asistencia social, medicina general, ginecología, odontología, inyecciones y farmacéuticos. A la ayuda francesa se unieron en los primeros tiempos de la Liberación, organismos internacionales como el Service Quaker's, Unitarian Service Committee, Entre Aide Frangaise y el Comité de Ayuda Sanitaria a los españoles, de Montevideo. La labor de Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), asociación constituida exclusivamente con fines altruistas, y su eficaz contribución, llegaba a los españoles refugiados y a los represaliados del interior. SIA estaba al alcance de todos. Los niños españoles, al salir de los colegios tenían asegurada una merienda, gratuita, ofrecida por el Ayuntamiento de Toulouse. Otro servicio fue el de las comidas a precios populares, en Le Fourneau Economique, así como la colaboración de ambulancias municipales y la posibilidad de ingresar en los hospitales, para los enfermos indigentes. En los

informes correspondientes al segundo semestre de 1946, se reseñaba que en el dispensario de la calle Mondran habían sido atendidos 547 enfermos y en el de la calle Pargaminiéres, 1.187.

Con todo, la autorización a los médicos refugiados españoles, para ejercer en Francia, estuvo sembrada de dificultades que salvaron con perseverancia los doctores Vidal—Fiol y Martí Feced. Por la orden de 6 de agosto de 1945, en su artículo 3, se autorizaba a los médicos españoles a ejercer en el país de acogida «...los médicos naturales de países aliados están habilitados para proporcionar cuidados a sus compatriotas en los centros de acogida oficialmente organizados».⁸ Uno de ellos fue la Dra. Amparo Poch, que en el dispensario de la Cruz Roja, de la rué Pargaminiéres se ocupaba de medicina general y de ginecología. Los otros doctores eran: Pujol, Cerrada, Poré y Martí Feced. La tarifa era de 10 francos por visita. Además, Amparo Poch colaboraba con el cirujano francés, Dr. Tomás, en la clínica San Andrés.

Amparo Poch desde su llegada a Toulouse, en 1945, empieza a colaborar en las publicaciones libertarias del exilio. En un artículo trataba de las fronteras, de las que pensaba no debían ser líneas divisorias entre los países, sino lazo de unión entre los pueblos.⁹ Escribe sobre La conquista de la Libertad, que parece inalcanzable, a pesar del progreso científico logrado por el hombre.¹⁰

En *Insulto a la belleza*, reflexiona sobre el hecho de que el hombre de la posguerra, angustiado, prostituido, desequilibrado apenas pueda reconocerse.¹¹

En el otoño de 1945, en París se estrenaba la obra teatral *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, traducida al francés por Jean Cassou y Jean Camp. Con este motivo Amparo Poch exponía en su artículo

La mujer ante la libertad su personalísima y negativa visión de la tesis de la obra, estrenada en Madrid, en 1936, que tuvo entonces gran aceptación en los medios obreristas:

«Yo recuerdo la ilusión con que fui al teatro, en Madrid. La protagonista era una mujer y la obra se anunciaba con aires revolucionarios. Es tan difícil que la mujer salga bien parada —es decir, tratada justamente— del ambiente masculino; es tan difícil que ella acierte a encontrar el gesto sincero y que los demás se den cuenta del porqué de su actitud, que siempre he sentido una viva curiosidad ante los libros, las películas, las obras teatrales y los oradores que abordan este tema.

»Lamento tener que decir que *Nuestra Natacha* me decepcionó profundamente. Tan profundamente, que los aplausos del público irreflexivo, candoroso e impresionable ante los “lugares comunes” de la obra, herían mi sensibilidad de mujer disconforme con una sociedad que siempre nos ha tratado con violencia, y que no sabiendo cómo captarnos nos ha arrastrado desconsiderablemente, sin preocuparse lo más mínimo ni de nuestros sentimientos, ni de nuestros instintos, ni de nuestras predilecciones, ni de las cualidades especiales de nuestra naturaleza».

Hacía años que Amparo Poch no trataba el «problema femenino», no dice feminista, por considerar el tema unido a los oprimidos y explotados. Amparo Poch creía que la señorita Natacha, era incapaz de salirse de las pautas de lo que aprendió en los libros; sus pies permanecían «clavados en el terreno del buen orden, y ella tiene

sumo cuidado en no apartarse lo más mínimo de la línea que debe seguir una mujer decente con arreglo al vocabulario de nuestras abuelas, que tenían en el pensamiento costras de hastío y represión y en el cuerpo costras de suciedad para la mejor conservación de su virtud anatómica.»

A Amparo Poch lo que le interesa evidenciar del personaje Natacha, es la actitud ante el embarazo extramatrimonial y su relación ante el amor. Cuando el médico descubre el estado de la joven pensionista, que unos señoritos han emborrachado y abusado de ella, las señoritas del Patronato escandalizadas, la culpabilizan. Natacha defiende a la víctima, por el estado de inconsciencia en que se encontraba cuando se produjeron los hechos. Pero ¿cuál hubiese sido su actitud si la muchacha hubiese concebido en estado de lucidez? Con la mentalidad de Natacha hubiese reaccionado ante «...el amor con arreglo a la estricta y rancia moral que exige que el novio espere hasta el día de la ceremonia... entreteniéndose muchas veces en atrapar sífilis y ladillas... He aquí lo que van a recibir los franceses como exponente de lo que quiere y busca la Nueva España». ¹²

Amparo Poch se integra en el equipo voluntario que da clases de diferentes materias en el Cours Dillon y allí se une a la consulta gratuita que pasaban varios médicos. Estaba ubicado en la margen izquierda del río Garonne, según se cruza el Pont Neuf (el Puente Nuevo), hasta Pont de L'Hôtel Dieu (este puente recibía el nombre del Hospital Municipal), en unas cabanes (barracas) de madera que el gobierno del mariscal Pétain había habilitado como comedores populares para los obreros militarizados que trabajaban en el polvorín. A estos comedores acudirían también los refugiados españoles, en 1939. Después de la Liberación, el Ayuntamiento de

Toulouse cedió los barracones a la CNT francesa y a los comunistas españoles, que no los llegaron a ocupar.



Toulouse. Cours Dillon

La CNT tuvo su sede en la Maison des Syndicats, (Casa de los Sindicatos). Para los libertarios españoles fue un punto de encuentro. Sobre todo los domingos. Por la mañana se celebraban mítines a los que acudían los librepensadores de la región, y discutían con efervescencia los problemas de España. Se leían los periódicos y se adquirían publicaciones, libros y revistas del movimiento anarquista. Con la actividad cultural y social que los caracterizaba, fomentaron una estimulante atmósfera de creatividad y una isla de libertad. Organizaban veladas artísticas, música y teatro, una sala de cine para los niños, y había una biblioteca, así como un taller de sastrería, en el que se hacían arreglos, gratuitamente, en las prendas de vestir donadas a los compañeros. Celebraban reuniones y asambleas y había un servicio de barbería.¹³

En el llamado «Teatro de la Casa de los Sindicatos» se creó el Grupo Artístico Iberia, el Grupo Artístico Juvenil y Terra Lliure, el cual en mayo de 1957, inauguraba su sección francesa con *Les fusils de la mere Carrar*, de Bertold Brecht. Con el tiempo los barracones adquirieron entidad y su fisonomía cambió cuando el 30 de abril de 1949, el Ayuntamiento de Toulouse, inauguraba allí la «Sala Femand Pelloutier», perdiendo un tanto el carácter funcional de su origen, como podemos ver en fotografías de la época. Uno de los principales contenidos del movimiento libertario era la difusión de la cultura, sobre todo para la clase trabajadora. La conferencia, el mitin, el periódico eran instrumentos indispensables para la educación popular. En Toulouse se crearon las «Ediciones de Solidaridad Obrera» y la «Biblioteca de Soli», y las publicaciones: «El mundo al día», «Cénit», «Universo»... En el Cours Dillon los libertarios coordinaron sus actividades con un programa social y cultural que recordaba el de los Ateneos Obreros, de tan acrisolada tradición en la Cataluña obrera, como una Universidad popular para el mundo del trabajo. El impulso cultural de los refugiados españoles consiguió crear una estimulante atmósfera creativa. Con el tiempo fundarían el Ateneo Español de Toulouse.¹⁴ Los obreros del ramo de la construcción acondicionaron un local, antiguo taller, en el número 14 de la calle de la Estrella, con biblioteca, sala de reuniones y un bar, donde se hacían exposiciones, se daban conferencias y clases de francés. Una de sus profesoras fue Kalinka Pradal. Su actividad, desde su inauguración en mayo de 1959, se prolongó hasta el final del exilio, cuando en la era socialista en España se convirtió en Instituto Cervantes.¹⁵

Aurora Tejerina fue una de las alumnas de Amparo Poch, en el Cours DiUori, junto a otras exiliadas: «Nos daba, especialmente, materias ginecológicas. Eran cursillos de fisiología y anatomía

elemental. En una pizarra nos explicaba con gráficos y dibujos los órganos y los ciclos reproductores, el menstrual y la función sexual, y métodos anticonceptivos, para evitar los abortos que sólo se deberían practicar en casos de absoluta necesidad y siempre bajo control médico. Aprendí cosas de excepcional importancia, que desconocía porque nunca me las habían explicado. Las mujeres daban a luz, pero no conocían las funciones específicas de su propio cuerpo. Cosas esenciales y prácticas que aún en Francia eran tabú. A pesar de nuestra ignorancia, seguíamos bien sus explicaciones, por la forma de presentarnos cosas tan vitales para nuestra formación, que en España eran pecaminosas.¹⁶

Las experiencias docentes o sanitarias de Amparo Poch, con alumnas y pacientes, trascienden en ocasiones a sus artículos, como materias pedagógicas. En su artículo *El dominio de la leyenda y la cuestión social*, escribía con clara referencia a las tradiciones que se filtraban, de una generación a otra, a través de la historia de la humanidad y la influencia negativa para la derogación de ancestrales creencias, que en su génesis eran enigmas:

«En el primer año de nuestro exilio yo he sido consultada por una muchacha, cuya virginidad he comprobado, que tenía miedo de quedar embarazada lavando calzoncillos masculinos. El caso me recordó el que relató un médico francés acerca de una joven de 18 años que creía firmemente que la concepción no es posible a pesar del coito, si no se duerme en el mismo lecho que el hombre. Tales ideas tienen un íntimo parentesco con los de la Edad Media, cuando las comadronas juraban ante los tribunales que bastaba soñar con el marido ausente para que la concepción tuviera lugar. Y con los “íncubos” que podían fecundar a las mujeres por medio de ensueños más o menos

obscenos». La doctora Poch no encontraba: «...muchísima diferencia entre el católico de buena fe creyendo todavía en la concepción de Jesús “no por obra de varón”, y los hombres que aceptaban las “verdades” de la mitología, y hacían salir a Minerva del cráneo de Júpiter gracias a un hachazo de Hermes; ni de cuantos transmitían ese bello y simbólico motivo por el que Júpiter, transformado en lluvia de oro o en cisne, visitaba y fecundaba a sus amantes.

»Las medidas que permiten la obtención de un feto masculino o femenino, a voluntad de los progenitores, pasan por la fisiología y la patología comparadas, por los estudios y descubrimientos de Mendel, por la observación constante y acertada de hechos fortuitos, para remontar a los antiquísimos principios de la ciencia china y a obras de la filosofía india cuyo origen parece situarse a millones de años de la era cristiana.

»Y si en la India brahamánica se creía que el nacimiento de un hijo varón libraba al padre de la permanencia en los infiernos, no es menos verdad que en la actualidad, un gran número de veces, el nacimiento de una niña es considerado como un acontecimiento “menos feliz”».¹⁷

Por iniciativa de Puig Elias, secretario de Cultura y Propaganda de la CNT en el exilio, en 1946 se organizaron unos cursillos de enseñanza gratuita por correspondencia. Al proyecto educativo y de orientación laboral se sumaron gentes prestigiosas, siguiendo la labor cultural del anarquismo español como primer imperativo: J. Puig Elias, Alberto Carsí, Felipe Alaiz, Antonio García Birlán, Amparo Poch y Sara Berenguer. En la primera convocatoria para los «Cursos

gratuitos por correspondencia de Cultura General y Militante», con un programa compuesto por 21 asignaturas, la doctora Poch asumió el de Puericultura.¹⁸ En el curso siguiente, dirigiría los cursos de: Anatomía y Fisiología Humana y Puericultura.¹⁹

La sección española de Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), se fundó en Valencia el 27 de mayo de 1937, con la misión principal de atender a los necesitados que, de cualquier forma, fuesen luchadores antifascistas o víctimas del fascio. A partir de febrero de 1939, SIA proseguiría en el exilio su labor humanitaria en el ámbito del movimiento libertario español. La doctora Amparo Poch continuó a su servicio en el Comité Nacional de Toulouse, en donde consta su participación en las circulares del organismo de Solidaridad, prestando asistencia médica.

Las mujeres también se reorganizaban. La red de solidaridad con las exiliadas del Interior constituía una de los principales frentes de lucha de SIA para hacer llegar a las cárceles y a los movimientos de resistencia su acción solidaria a través del sello Pro—España Oprimida, ¡Ayuda al Interior! En junio de 1945 se constituía el Comité de Iniciativa Internacional Femenino, con objeto de unificar los esfuerzos de las mujeres del mundo entero en la lucha contra el fascismo. La veterana Agrupación de Mujeres Antifascistas, ahora bajo el nombre de Unión de Mujeres Españolas, celebró en Toulouse, los días 2 y 3 de agosto de 1946, un Congreso Nacional, para aglutinar a todos los partidos y organizaciones dentro y fuera de España. Una de las iniciativas del congreso fue la de adherirse al Comité de Iniciativa Internacional Femenino. En el Congreso mundial del Comité, bajo la presidencia de madame Cotton, una de las vicepresidentas elegidas fue Dolores Ibarruri, y en él se creó la Federación Democrática Internacional de Mujeres, que en el

momento de ser constituido agrupaba a 80 millones de mujeres de muchos países del mundo. Las organizaciones antifranquistas del interior de España aceptaron el programa de la Federación, de acuerdo con sus postulados y como foro dinámico para proyectar la realidad de la opresión franquista fuera de las fronteras de un país que era una inmensa cárcel. En España, a pesar del clima de hambre y asfixia social, la mujer obrera participaba activamente, junto a los hombres, en huelgas soterradas y generales, sobre todo las del gremio del textil en Igualada, Sabadell, Tarrasa, Mataró, Manresa y en otras regiones como Madrid, Andalucía y Euskadi. Las mujeres formaban comités para avudar a los presos, hacían circular manifiestos y protegían a los perseguidos en España.

La Comisión Regional del Movimiento Patriótico Femenino, en Andalucía, hacía público este desesperado manifiesto:

«Exigimos que cese el dolor de los familiares de los patriotas encarcelados y exigimos su inmediata liberación! ¡Queremos que cesen las torturas en las Comisarías y la supresión de la pena de muerte! ¡Pedimos pan y vestidos para nuestros hijos y que cese la infame maniobra de Franco pretendiendo traer a España 50.000 niños extranjeros víctimas de la monstruosa guerra desencadenada por Hitler y Mussolini, los protectores y amos de Franco y Falange! ¡Exigimos como madres españolas que no se entreguen a los criminales de guerra Franco, Muñoz Grandes y Esteban Infantes, a los niños extranjeros lanzados a la miseria por la hecatombe en que ellos participaron como lacayos del fascismo contra las naciones unidas! ¡Abajo Franco y Falange verdugos de España!»

¡Viva la lucha unida del Movimiento Patriótico Femenino!
¡Viva la República!

»j Mujer, en tu taller, casa o barriada, debes constituir un grupo de afiliadas de nuestro movimiento antifascista!».²⁰

A partir de los años 40, las cárceles, atestadas de presas por responsabilidades políticas derivadas de la Guerra Civil, las repoblarían otra clase de represaliadas: las convictas de colaboración con los guerrilleros. Eran mujeres y muchachas que se habían transformado en enlaces, estafetas o informadoras de los que se habían echado al monte. Sus hogares sirvieron de lugar de encuentro, de albergue o de escondite a los guerrilleros. Eran sus madres, las hijas, las hermanas, las compañeras, que se comprometieron en la lucha armada, unas veces por imperativo familiar y otras por afinidad ideológica, y en no pocos casos por ambos motivos a la vez. Esta situación se había iniciado en las primeras semanas de la guerra (julio—agosto 1936), en Galicia, Extremadura y Andalucía occidental; eran gentes que se refugiaron en la montaña huyendo de la represión franquista, eran los llamados «huidos». A fines de 1936 y comienzos de 1937, a medida que las tropas enemigas ocupaban nuevos territorios, se refugiaron en el monte militantes socialistas y libertarios, que darían a las partidas de «huidos» su carácter de guerrilla: gente dispuesta a defenderse con las armas en la mano, aunque al principio su armamento fuese tan escaso como rudimentario. Después, en el transcurso de la guerra, a medida que los republicanos perdían territorio, las partidas de guerrilleros se iban dotando de gente más aguerrida, en el plano militar, y mejor preparada políticamente.

En la primavera de 1939, al terminarse la guerra, cientos de cuadros y soldados del ejército republicano también prefirieron echarse al monte antes que rendirse. Pero, muy pronto, en septiembre de 1939, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, renació la esperanza de que, con el triunfo de los Aliados, la dictadura franquista también se derrumbase. Esto dio lugar al desarrollo del movimiento guerrillero español, con zonas bien delimitadas dominadas por los socialistas, los comunistas y los libertarios, y el que adquiriese una importancia notable, sobre todo en el período 1943—1960. Galicia, Asturias, León, Euskadi, Aragón, Castilla, Extremadura, La Mancha, Andalucía y Cataluña (aquí, en particular, la guerrilla urbana libertaria), fueron las regiones donde la guerrilla antifranquista ejerció actividades más trascendentales que, si no fueron decisivas con relación al derrumbamiento del régimen franquista, sí contribuyeron a atemperar la represión. Aunque, al final, al firmarse el pacto con EE UU y el nuevo Concordato con el Vaticano (en el verano de 1953), los franquistas, sintiéndose más seguros, desencadenarían nuevas oleadas de represión contra los supervivientes de la guerrilla en la montaña y sus colaboradores del llano, que serían las últimas y definitivas.

La represión fue feroz, con toda clase de humillaciones para las mujeres, sin miramiento de edad, ya fuesen adolescentes o abuelas. Veamos el testimonio de la nieta del guerrillero «Olla fría»:

«A mi abuela la detuvieron y torturaron (la colgaron, le metieron la cabeza en vinagre, la golpearon salvajemente). La juzgaron y condenaron a 8 años y un día de prisión. Su delito: ser esposa de Juan “Olla fría” y no colaborar con la autoridad, delatando a su esposo. Pasó tres años en prisión. A mi madre la detuvieron con 17 años. Su delito: ser hija y hermana de Juan “Olla fría” y no delatar

dónde se escondía éste. Humillaban e insultaban continuamente a mi madre. En uno de los casi diarios registros de la Guardia Civil a su mísera casa, destrozaron las ropas, muebles, etc. Y como castigo adicional a su insolencia, la obligaron a personarse diariamente, durante casi dos meses, a las 9 la mañana, en el cuartelillo, y se quedaba allí en la puerta 9 horas cada día...».²¹

Las gentes del exilio trataban de mitigar estos horrores, que exacerbaban la lucha antifranquista, aunque la ayuda fuese a veces poco efectiva, dada la magnitud de la represión. Una constante solidaridad hacia las gentes del exilio interior, que resultó ser muchísimo más implacable que el suyo, el exterior.

La actividad principal de la doctora Poch se centraría en la consulta del dispensario de la Cruz Roja, «aparte de su acción científica y solidaria que realizaba, a favor siempre de los españoles, en diversas clínicas y hospitales de Toulouse».²² Este testimonio coincide con otros orales y escritos que atestiguan la actividad que desarrollaba en detrimento de la ley que le prohibía atender a los enfermos fuera del ámbito del dispensario. El rastro de los recuerdos de sus pacientes nos lleva a los diferentes hospitales de Toulouse: el de la Grave, a orillas del Garona; el de Hôtel Dieu, que a la llegada de los españoles en 1939 lo dirigía el doctor Ducwing, del Partido Comunista, quien ayudó mucho a los refugiados y permitió a varios médicos españoles ejercer con él, entre ellos a los doctores Foch y d'Harcourt, hasta su salida hacia México. El doctor Ducwing dirigió asimismo el Hospital Varsovia, donde también desplegó sus actividades la doctora Poch. Este centro sanitario revistió en sus comienzos el aspecto de un «hospital de campaña». Se abrió en las decisivas jornadas de la Liberación de Toulouse, entre el 20 y el 27 de agosto de 1944. Las fuerzas guerrilleras españolas (Unión

Nacional) y las francesas (FTP y FFI) se batían ya en las afueras de la capital del Alto Garona. La carencia de camas y el precario material sanitario de que disponían, lo compensaba la tenacidad y aplicación de los médicos, practicantes y enfermeras. Se instalaron en un viejo palacete deshabitado de la calle Varsovia. Los servicios de la sanidad militar francesa completaron la dotación inicial, de simples botiquines de batallón, con toda clase de material sanitario, incluido el primer bloque quirúrgico, ajuar doméstico y alimentos. Por allí pasarían los guerrilleros y sus enlaces, heridos en campo abierto. A mediados de 1945, al ritmo de las altas concedidas a los heridos de guerra, las puertas del Hospital Varsovia se fueron abriendo a los españoles. Frente al palacete, se edificaría el llamado Dispensario. En la excelente revista *Anales del Hospital Varsovia*, se especificaba: «Para ser visitado con pleno derecho en el Dispensario, precisa ser emigrado republicano y antifranquista, y nada más, absolutamente nada más».²³ Se ha puesto en entredicho la colaboración de la doctora en el Dispensario por ser éste un feudo comunista. Un médico, y menos con el talante altruista de Amparo Poch, no le pide a un herido o enfermo el carnet político para atenderlo. La cuestión es que allí estuvo Amparo Poch prodigando sus cuidados a quien más lo necesitaba, con la luz de la razón que alumbró siempre su labor humanitaria.

Las jóvenes pacientes de la doctora Poch todavía recuerdan hoy: «...llevaba mis embarazos y asistía a los partos, y aunque ella no tenía derecho a ejercer me acompañaba y estaba presente, lo cual me daba mucha confianza, pues al principio yo no entendía bien el francés. Para los partos y operaciones íbamos a la Clínica del Capitolio, en la rue Gambetta. La doctora Poch no podía visitar a los enfermos fuera de la clínica de la Cruz Roja, pero ella iba a sus casas. Estuvo siempre al lado de todos los refugiados. Ella era el médico

familiar, visitaba a toda nuestra familia. Amparo, como la llamábamos familiarmente, todo lo repartía, y se quedaba con lo justo para vivir. Yo no la puedo olvidar, pues a mí me salvó a mi niño de los ferina que, sin los desvelos que se tomó, se me hubiese muerto».²⁴

La doctora Poch daba clases de sexología a las parejas jóvenes, así como de contracepción y de planificación familiar. El testimonio nos lo ofrece Antonio Ballestín. Pertenece a la generación que llegó a Toulouse, tras terminar la guerra, en 1945, reclamado por su padre, llegado a Francia en 1939. Para los jóvenes que venían de España, la planificación familiar era tabú, pues la Iglesia consideraba el tema pecaminoso y condenable. Su falta de información era nula y grande la timidez para tratarla. Sin embargo, Antonio y su mujer en manos de la experta doctora, lo entendieron todo sin ambigüedades, y no se sintieron violentos al exponer su intimidad sexual. Controlar los embarazos fue esencial para sus vidas; su mujer tenía una salud delicada que no le hubiese permitido cargarse de hijos. Bajo la atención de la doctora Poch, no tuvo ningún problema en sus dos embarazos. Otra ayuda que recibieron por mediación de Amparo fue la de la Unitarian Service Committee y del Service Quaker's (Cuáqueros), que tenían su sede en la rué Riquet. Allí distribuían ropa, comestibles y dinero destinado sobre todo, a pagar gastos sanitarios.²⁵

Una de las características de la Dra. Poch era su ojo clínico a la hora de emitir sus diagnósticos. En los testimonios de sus pacientes sale a relucir esta condición innata, que sería pública y notoria, según testimonio familiar, desde los primeros tiempos de su dedicación a la medicina. Antonia Moliner, casada con Ramón Valencia, aragoneses ambos refugiados en Toulouse, nos confirma

esa sabiduría para emitir un juicio a primera vista. A Antonia, según sus palabras, le salvó la vida. Sufría dolores irresistibles y cuando iba al hospital los médicos franceses se limitaban a ponerle inyecciones para calmarle el sufrimiento y la enviaban a su casa. Cuando Amparo la auscultó, le dijo que tenían que operarla urgentemente. Se trataba del riñón y el mal estaba muy avanzado. Ella asistió a la operación, como acostumbraba. A la mujer le extirparon un riñón y la gratitud y amistad de los Valencia hacia su doctora ya no se interrumpiría, e iría más allá de la vida como luego se verá.



Toulouse, 1948

La doctora Poch, persona generosa, vivió personalmente en una austeridad a veces excesiva. Quizá fuese ésa la clave de la cercanía y cordialidad que establecía su relación con los pacientes más

modestos, capaz de infundirles confianza, no obstante la disciplina que les exigía a la hora de seguir sus prescripciones. Tuvo siempre presente el axioma machadiano: «Nadie es más que nadie». La sencillez estaba también en su palabra que transmitía las explicaciones justas, pero necesarias, para la obligada información y colaboración del enfermo. Entre sus poetas favoritos estaba Antonio Machado. En su colección de discos de La Voz de su Amo, figuraban los hermanos sevillanos, recitados por el gran actor Ricardo Calvo.²⁶ En la poesía que conocemos, escrita por Amparo está presente la sencillez que reclamaba el maestro: «Debemos escribir una poesía que llegue a todo el mundo, que penetre en todos los corazones, poesía consustancial al hondo sentir del poeta sincero, buscando la simplicidad máxima, que casi siempre lleva consigo la máxima belleza...»

Solía combinar la medicina tradicional con los tratamientos de la medicina alternativa. En ocasiones bastaba con una charla relajada, paseando por un parque o por las orillas del Canal del Midi. Este fue el caso de Juanita Nadal, muy joven, hija de refugiados catalanes, que bailaba en los números musicales de las zarzuelas, bajo la dirección de Mme. Galcerán, sensible pianista, en las clases del Cours Dillon, y, a menudo, cuando acababa de bailar se desmayaba. Tenía problemas familiares y estaba deprimida. Juan Ferrer, director del periódico *Solidaridad Obrera* y fundador del grupo Terra Lliure, le aconsejó que fuese a visitar a la Doctora Poch:

«Ve a verla, puedes hablar con ella. Te ayudará».

En el otoño de 1952, una tarde se decidió a ir a la consulta de la Cruz Roja, en el dispensario de la calle Mondran.

«La doctora Poch —recuerda— era una mujer pequeña, de apariencia sencilla, de cabellos cortos. La primera vez me pareció muy seria. Le expliqué que venía a verla por recomendación de Juan Ferrer. Mantuvimos una conversación y me citó para otro día. La doctora estaba siempre muy ocupada pero me ofreció su tiempo, para escucharme y dejarme hablar de lo que a mí me preocupaba y atormentaba. Yo iba a verla a la salida de mi trabajo y caminábamos desde el dispensario, a su casa, en el 44 de la calle Jonquiéres. Su terapia consistía en dejarme hablar. Ella me escuchaba atenta, silenciosa. Luego, sus palabras descifraban la naturaleza de mis sentimientos, liberaban mis tensiones y me hacían mucho bien. Me aconsejó que debía apartarme del entorno familiar. Me puso en contacto con la hija de Mme. Vitaller, que era su Asistenta Social en el consultorio —otra asistenta era Hortensia Torres—, que preparaba su documentación para ir a trabajar a un hospital de Londres. La decisión no era fácil, yo no sabía inglés y nunca había salido del lado de mis padres y me embargaba toda clase de temores:

»Juanita, es una oportunidad para ti. Puedes irte seis meses. Aprenderás inglés. Saldrás de tu casa. Vivirás en otro país, con otras gentes y tus problemas se irán disipando, al contemplarlos con otra perspectiva personal y nuevas motivaciones.

»Sus palabras me dieron confianza y acabaron armándome de valor. Me marché a Londres, donde descubrí muchas claves de mí misma. Allí he vivido 40 años, me casé y tuve a mis hijos. Y hoy puedo decir que si no hubiese conocido a la doctora Poch mi destino hubiese sido diferente. En Londres entré en relación con Agustín Roa y Acracio Ruiz, compañero de Suceso Portales, que había sido secretaria del Comité Regional y vicesecretaria del Comité Nacional

de Mujeres Libres. Colaboré con Suceso Portales en la edición de la revista *Mujeres Libres* en el exilio. Era una publicación modesta, tirada a ciclostil. Ella era la directora, mujer de mucho carácter, que iba a la cabeza de las manifestaciones antifranquistas en Londres. Yo fui la secretaria de cultura y propaganda. Me encargaba de las traducciones del francés al inglés. Editamos 47 números, en los que aparecen artículos reproducidos de la doctora Poch. Para mí era como un pequeño, callado homenaje, a la delicadeza con que me trató y a su clara visión de los problemas humanos. En Mujeres Libres en el Exilio, colaboraron: Pepita Estruch, M. Stevenson, Sara Berenguer, Pura Pérez, Gracia Ventura, Tina Mora...».²⁷

La costumbre de pasear al aire libre, mientras trataba temas de diversa índole, entraba de lleno en las premisas anarquistas de amor a la Naturaleza. Fontaura, escritor anarquista, evocó esta inveterada costumbre de la doctora que él había compartido en ocasiones por las orillas del Canal del Midi. En un estilo retórico nos dejó una visión, con paisaje, de las diversas facetas de la mujer libre, sin prejuicios, con ideas propias, que fue Amparo Poch, exaltando como virtudes, la «sinceridad y la franqueza que ponía en sus escritos y conversación»:

«Evidenciaba poseer una acusada y fina sensibilidad. Era tan sutil y penetrante que le permitía captar detalles, matices, que incluso no llegaban a captar la mayoría de sus amistades que le tenían singular aprecio, tan afectuosa y experta en lo relativo a su profesión de doctora. (...) Pero al margen de sus notables conocimientos profesionales Amparo tenía talento de escritora: galanura de estilo y acierto al escoger y desarrollar los temas...

»El Canal del Midi, que atraviesa la llamada Ville des Violettes, o sea Toulouse, en los sosegados atardeceres del verano brinda un céfiro agradable que brinda a la placidez del paseo a orillas del agua. La nota que anima el paisaje son las pequeñas barcas fluviales que pasan y van alejándose lentamente hasta perderse en la lejanía del canal. En alguna de aquellas tardes la doctora y el autor de estas líneas habíamos paseado por aquellos lugares, dejando pasar el tiempo en la placidez de la conversación.

»Conociendo buena parte de sus escritos, uno sabía el criterio de Amparo en lo relativo a las relaciones sexuales (...) aconsejaba mantener momentos de una real y franca independencia; de un recogimiento personal; un momentáneo aislamiento del yo, como necesidad vital que, en nada, representaba un desdén hacia el compañero... Condenaba el autoritarismo en la relación conyugal, por parte del hombre, que se dejaba sentir, no pocas veces, en hogares cuyos varones blasonaban de libertarios». ²⁸

En la primavera de 1961, Amparo Poch, estuvo a punto de afrontar una de sus más apasionantes aventuras por tierras del norte de África, en el cruel enfrentamiento bélico en los montes y en el llano. Antes del comienzo de la II Guerra Mundial, en 1939, Argelia era Protectorado francés. En el otoño de 1940, tras la derrota de Francia frente a las unidades blindadas alemanas, el general De Gaulle, jefe de la Francia Libre, desde Londres lanzó un llamamiento a las antiguas colonias y Protectorados franceses —de África, de Asia, de Oceanía y del Cercano Oriente—, invitándoles a que se adhiriesen a su movimiento de resistencia al invasor, prometiéndoles que el día

de la victoria Francia renunciaría a sus privilegios de potencia colonial y organizaría, con ellos, una comunidad con igualdad de derechos y deberes para todos sus miembros.

En el verano de 1945, recién terminada la II Guerra Mundial, los argelinos recordaron a De Gaulle su promesa, y, ante el silencio de los gobernantes franceses, los argelinos organizaron manifestaciones masivas. La reacción de París fue la de sofocarlas, por parte de unidades militares francesas acantonadas en Argelia. Miles de nativos pagaron con sus vidas el intento de hacer prevalecer sus derechos, tan caramente pagados, puesto que en la II Guerra Mundial, los regimientos de tiradores argelinos habían combatido siempre en primera línea y sus bajas se contaban por miles.

A fines de 1954, el ejército de liberación argelino (FLN), provocó la insurrección contra Francia, empezando una guerra que se prolongaría hasta abril de 1962.

En la primavera de 1961, Marie Laffranque, profesora universitaria en Toulouse, prestigiosa Hispanista y principal Lorquista (estudiosa de Federico García Lorca), del grupo «Nosotros», de acción no violenta frente a la «guerra de Argelia», se ponía en contacto con Amparo Poch. Estaban organizando el envío de personal sanitario, de Francia a Argelia, destinado a atender a la desasistida población nativa, y muy particularmente al barrio más humilde de la ciudad de Argel: La Kasba, y le pedía a la médica aragonesa su colaboración. Amparo Poch le respondió en el acto que estaba dispuesta a unirse al equipo que iba a prestar servicio a Argelia. En Francia, las autoridades, tanto civiles como militares, se oponían a cualquier iniciativa, por muy humanitaria que fuese, que pudiese ayudar a sus enemigos; tanto es así, que pocos meses más tarde, el 17 de octubre de 1961, la policía francesa desencadenaba, en París, una genuina

caza al argelino, que llamaron ratónnade, en la que perecieron cerca de 300 norteafricanos, la mayoría de los cuales, tras ser tiroteados, aparecieron al día siguiente, flotando en el río Sena.

La circunstancia, en el caso de Amparo Poch, tenía también una gravedad tangible: ella era de nacionalidad española. Era consciente de que corría el riesgo de ser expulsada de Francia. Pero su talante solidario e internacionalista estaba presto a no romper la línea transgresora que caracterizaba su vida. Las palabras de Marie Laffranque así lo confirman: «Su carácter inmediato, y directo, “poniendo el cuerpo” fue lo que me animó a esa rara llamada, y probablemente, lo que vencería sin demora a Amparo Poch. Me dio la sensación de una libertad profunda, o mejor dicho en aquel instante de un desprendimiento resuelto y total, hasta la muerte... Seguía su camino sin pestañear, con su grave y sobrio calor humano aragonés. Sus palabras y su voz así sonaban».²⁹

Pero, en los comienzos de 1962, el Gobierno del general De Gaulle tuvo que convocar un referéndum y en julio de 1962 se declaraba la independencia de Argelia. Y Amparo Poch siguió al servicio de sus compatriotas en Toulouse.

La doctora Poch en su Gonsultorio se despojaba de toda ideología, era esencialmente una médica al servicio de sus pacientes. José Borras, aragonés, obrero historiador del movimiento anarquista, me ofreció el testimonio desapasionado de su paisana:

«Yo he conocido bien a Amparo Poch y Gascón, pero únicamente como cliente suyo. No conozco nada de su trayectoria, de su historia, de sus realizaciones. Sé que con los enfermos se mostraba muy atenta y no solamente se interesaba por la enfermedad, sino también por la vida cotidiana del paciente, la vida familiar, por el

oficio que ejercía, las condiciones de trabajo, etc. Pero nada más. Jamás abordamos ninguna conversación de tipo organizativo, bien fuese histórico o como proyecto... Y eso creo que se debe a la maldita escisión de la CNT. Yo era un militante significado de la fracción ortodoxa y ella vivía en la rué de Jonquieres, donde tenía su sede la fracción, dijéramos, moderada. Además vivía con un compañero que estaba más o menos ligado con esta fracción. De ahí, pues ella debía compartir las opiniones y la actitud de su compañero, que evitáramos siempre rozar problemas de ese género, limitándonos a conversar entre médico y paciente. Sé que ha sido una compañera muy activa y competente y que en Toulouse, con los doctores Pujol, Martí Feced y otros, se interesó mucho en la organización y en el mantenimiento del Dispensario español, que fue muy útil para los refugiados en general».³⁰

Motivos de esta misma raíz debió tener el distanciamiento de Federica Montseny y Amparo Poch. El mundo de los refugiados en Toulouse era reducido: La misma causa, los mismos escenarios de lucha, las mismas publicaciones del exilio: *Cénit, Universo...* Sus nombres figuran en las columnas de las Circulares de SIA; pero entre ellas se abrió un abismo. Cada cual siguió su camino sin encontrarse. María Batet, unida a Federica desde su niñez, que podría aclarar el enigma, se niega a hablar. Estos enfrentamientos entre dos personas tan valiosas, que en momentos álgidos de nuestra historia estuvieron en el mismo frente defendiendo la causa del pueblo, son actitudes lamentables, otra derrota dentro de la tragedia del exilio.

La vida sentimental de Amparo Poch se vió afectada cuando Francisco Sabater, muy enfermo, decide regresar a Valencia, con su otra familia. Para olvidar escenarios compartidos se muda al Impasse Saint Aubin, pequeño barrio, situado en el centro de la ciudad, cerca

de la iglesia de Saint Aubin, entre el Canal du Midi y el Boulevard Lazaro Carnot, no lejos del Ateneo Español, de la rué de la Etoile. La acompaña su viejo perro, con el que solía dar largos paseos. Julia Miravé le cuidó la casa durante años: «Nuestra relación —nos dijo Julia— no era de sirvienta a señora; con Amparo era imposible, no lo permitía. Daba a la amistad un sentido fraternal. Su vida era sencilla, austera, su casa estaba abierta a todos, y los enfermos eran atendidos allí a cualquier hora, o ella se desplazaba a su domicilio. Se implicaba en todas las causas en donde pudiese ser útil. Con su hermano Fernando mantuvo siempre buena relación. Él venía a Toulouse a verla, incluso vivió temporadas con su hermana. Amparo se vió alguna vez con su familia, en Andorra, como tantas familias solían hacer de dentro y fuera de España, Amparo necesitaba, sobre todo, ver a su madre.³¹ Cuando yo iba a Zaragoza siempre me daba regalos para que se los llevase. Pero esto no quiere decir que la relación con su padre y hermanas fuese normal; ellos nunca la entendieron y nunca le perdonaron su forma de ser, en todo momento fue una afrenta para ellos».³²

José Peirats y Amparo Poch se conocieron en Toulouse, en el secretariado de SIA, en 1947. Por entonces, la doctora prestaba sus servicios en un dispensario situado en el Grand Rond, junto al doctor José Pujol y al Dr. Poré. En realidad M. Poré era mecánico—dentista, pero se ocupó siempre de la salud dental de los refugiados españoles. El dispensario lo dirigía el Dr. Martí Feced.³³ Peirats, el historiador obrerista de la CNT, tuvo siempre una salud delicada, había empezado a trabajar a los 8 años, en una fábrica de ladrillos y la humedad dejaría en sus piernas secuelas para el resto de sus días. En su *Diario*, aparece la doctora Poch en enero de 1965, presencia que va a correr por sus páginas hasta el año 1968.³⁴ En enero, Peirats le habla a Amparo de la necesidad de atender a Rogelia Alcácer, una

refugiada española a la que en el primer reconocimiento le dictaminaría un cáncer terminal y, días más tarde, ella misma le prescribía la orden de hospitalización. El 16 de febrero, Peirats anota: «la doctora no se siente bien». Es el primer síntoma de la enfermedad que ha empezado a acorralarla. En abril hacen planes con vistas a la pendiente operación de la cadera de Peirats, para el mes de noviembre. Poco después es la propia doctora la que confiesa al historiador libertario y a Gracia, su compañera, que padece un cáncer cerebral. En otro momento les confirmará: «lo mío no tiene cura».

A partir de entonces empieza para Amparo un incesante peregrinar por hospitales y clínicas, que Peirats irá anotando en su *Diario*. En una de sus salidas les propone irse a vivir con ellos. Las casas de los exiliados eran exigüas, sin las comodidades más elementales. La configuración de la de los Peirats podía ser el prototipo de vivienda que compartieron muchos refugiados españoles: un comedor—cocina y una habitación—dormitorio, que, como en el caso que nos ocupa, era el lugar de trabajo: el taller de costura, en el que los dos confeccionaban pantalones. Peirats tenía su escritorio y biblioteca al pie de una de las dos ventanas, con luces a un patio interior, la otra la ocupaba Gracia y su máquina de coser. Pero aun existía otro gran impedimento: el retrete estaba en el patio, un servicio comunitario que compartían con la vecindad. En estas condiciones, sin espacio para la mínima intimidad no podían acoger a la doctora Poch. Mientras tanto ella va gestionando la operación de Peirats con el doctor Ficat; acompaña al paciente al hospital, a las visitas preoperatorias y gestiona su ingreso en la Clínica Capitol. El 17 de enero de 1966, es Amparo la que está de nuevo ingresada. Esta vez en Balmá. Peirats anota:

«He ido a visitar a Amparo a la clínica del Château d 'Aujrery (chambre 61), un kilómetro y medio pasado Balmá. He ido en motocicleta con tres grados bajo cero y no he sufrido mucho».

Una de sus primeras reacciones es su voluntad de volver a Zaragoza, junto a su familia. Regresar a su tierra era realizar el sueño de todo exiliado de volver al paraíso perdido. Las hermanas, muertos sus padres, se apresuran a comunicarle que: ¡No quieren volver a ver a la persona que ha sido la ignominia de su casa, harto hacen con pedir por ella en sus misas y oraciones!³⁶

¡Qué desesperada debía sentirse Amparo Poch para atreverse a solicitar la acogida de aquellas hermanas beatas, que tuvieron clausurados sus libros, sus discos, sus objetos personales, sus fotografías, hasta su recuerdo; que la negaron siempre por representar a sus ojos al mismo demonio; ellas tan piadosas y cegatas, que no entendieron nunca la cristiandad laica de su hermana: cuidar al enfermo y proteger al desvalido, sin credos ni colores!

Amparo Poch, en cuanto mejora, regresa al consultorio de la Cruz Roja y se dedica a sus enfermos, su razón de ser. El 12 de febrero, Peirats escribe:

«He ido al dispensario a ver a Amparo. Me ha dicho que ha vuelto a hablar con el Dr. Ficat y le ha dicho que debo ingresar en la clínica el miércoles por la tarde. La operación será el jueves por la mañana».

Amparo Poch consigue que la Seguridad Social, en la que Peirats no está inscrito, se haga cargo de una parte del coste de la operación. El resto lo arreglará ella a través de diferentes organismos, entre otros: «La Unitaria». Estos gestos solidarios, de trámites enojosos, los realizaba la doctora para sus enfermos. Aunque ya no es la mujer vitalista que ha sido siempre, entre entrada y salida del hospital, clínica o casa de reposo, se sigue ocupando de los asuntos de sus pacientes que siguen confiando en ella. El 13 de marzo es ingresada de nuevo en Purpan, entonces el Hospital General más importante de Toulouse. Asombra que, aun internada, tenga potestad para extender recetas o permisos para prolongar cada mes la baja del trabajo de Peirats y otras diligencias administrativas. A principio de abril, la doctora entra en la Maison de Convalescence, de La Fourquette. Pero en mayo está de nuevo en su despacho del dispensario de la Cruz Roja, y por el *Diario* de Peirats sabemos que vuelve a prolongarle la baja por enfermedad. En septiembre la internan otra vez en La Grave. Al mes siguiente, vuelve a su trabajo en la Cruz Roja. Los médicos la entretienen, la disuaden sobre la verdadera naturaleza de su enfermedad. En el *diario* leemos: «La doctora, como siempre, dice esperar el resultado del análisis y cree que pronto volverá a casa. Me dijo que su mal no tiene remedio. Me ha hecho la feuille de maladie (la hoja de enfermedad)». De nuevo en una carta desesperada les pide a los Peirats vivir con ellos. El mal avanza y el deterioro entra en una fase lastimosa; a fines de diciembre anuncia que se casa. La señora Valencia nos dijo que había tenido una fugaz relación sentimental con un compañero, en uno de sus períodos de restablecimiento.

A primeros de marzo de 1968, Peirats y su compañera, reciben una carta en la que les comunica que ha reanudando sus servicios médicos en el Dispensario. Es la obsesión por permanecer ligada a lo que ha sido su mundo. En cuanto le pasaba la crisis regresaba al Dispensario: alguna vez se escapó de la casa de convalecencia de Illyéres y se presentó en su consulta. Fiel guardiana de la salud de sus pacientes les avisa su regreso y les pide que acudan a verla. Su extrema debilidad y su frágil estado psicológico, le imprimieron una imagen pálida y descarnada.

La enfermedad sigue su curso, le agria su carácter risueño y la decadencia física va enajenando su mente; aunque a ratos brilla su inteligencia con total clarividencia. Sus colegas le permiten regresar una y otra vez a su puesto de trabajo, para que se sienta útil. En abril, sus facultades mentales están muy mermadas; pero en algún momento de lucidez intentó suicidarse tomando una cantidad exorbitante de somníferos. Así parece corroborarlo el informe de José Sanjuan, secretario general de SIA: «...viéndose tan enferma y sin poder ejercer su profesión, nuestra inolvidable amiga Amparo se fue drogando poco a poco hasta llegar al fin que ha tenido».³⁷ Había vivido el trance perturbador de su destrucción, de su aniquilamiento, experimentando los síntomas que, a lo largo de su vida entregada a la Medicina, había detectado en sus pacientes.

El proceso del deterioro de su lucidez fue lento, muy largo. Con las energías cada vez más sosegadas, se revela contra la inacción.

Los fieles amigos Valencia la acogían en su casa, no abandonaron nunca a aquella doctora que había salvado la vida de Antonia. La siguieron por todos los hospitales, hasta el último día, tolerando sus obsesiones y sus desvarios. Antonia Moliner nos dijo: «Cuando se enfermó se volvió intransigente, no hacia caso a los médicos, no se

tomaba los medicamentos, hacia lo que le parecía, pero antes no era así. Era una persona razonable, muy buena. Una mujer que derrochó humanidad con sus pacientes, que lloraba la muerte de sus enfermos».³⁸ Para este ser sencillo, bueno y agradecido que fue la señora Valencia, tuvo la médica aragonesa su última palabra. Aquel día final del almanaque de su vida, cuando llegó al hospital de La Grave, a pesar de su profunda postración, la reconoció y la llamó por su nombre, era el 15 de abril de 1968.

Pero, realmente, Amparo Poch y Gascón «El Ángel de la Guarda de los refugiados españoles»,³⁹ «La flor más bella del exilio»,⁴⁰ había muerto el 3 de abril. Este día sus colegas la despidieron definitivamente del Dispensario. En un destello de lucidez tuvo la certeza fantasmal de su muerte. Alejada de lo que había sido su razón de ser, su compromiso, su entrega a los demás, ya no podía emprender el vuelo engañoso de cada día a la calle Pergaminieres, le habían cortado las alas. Días después llegó la otra muerte, la del cuerpo, pero ella ya no estaba.

Los exiliados españoles de Toulouse, el 18 de abril de 1968, acudieron a la cita ineludible en el cementerio de Cornebarrieu, en Blagnac, a despedir a la doctora Poch, otra más que acogía la tierra de asilo del Haute Garonne. Eran más de 200, cada cual con su tremenda y hermosa historia de exiliados a flor de piel. Estaban allí reunidos como una gran familia, con sus discrepancias, pero unidos por la brega de la lucha común, implicados en una militancia incansable en pro de la libertad y la dignidad humana. El doctor Poré, director entonces del Dispensario de la Cruz Roja Española, le dedicó una oración fúnebre en la que recordaba: «...la obra y la labor que había realizado en sus funciones de doctora, realzando sus sentimientos humanos y solidarios».⁴¹ En nombre de SIA, José

Sanjuan, recordó sus dotes de inteligencia y sentimientos puestos al servicio de sus compatriotas.⁴²

En plena salud la doctora Amparo Poch hizo testamento, que firmaron José Sanjuan y Ramón Valencia, documento que desapareció.⁴³ Tras su muerte el Comité Nacional de SIA, repartió sus enseres entre los más necesitados. Los libros y la documentación quedaron en el Comité Nacional de SIA.

El periódico *Espoir*, de Toulouse, resumió la vida de entrega sin fisuras de la doctora, que a su muerte tenía por todo capital 16 francos con 29 céntimos, en su cartilla de la Caja de Ahorros⁴⁴ y evocaba: «...vivió las penalidades propias de todos los que abandonamos España, por no querer aceptar el triunfo del fascismo... A su última morada la acompañaron muchos hombres y mujeres, de todos los partidos políticos y organizaciones, que sabían cuán abnegada y ejemplar había sido su vida, como médico, dedicada a ayudar y a curar a los que más lo necesitaban».⁴⁵

Consciente de que una vida no puede ser relatada en términos absolutos, he tratado de hacer balance de la vida de Amparo Poch y Gascón seducida por su doctorado en todas las ramas del altruismo. Por su compromiso humano, con proyectos solidarios y reivindicativos de los derechos de las gentes a la salud y la cultura y con ello el destierro de la pobreza y el atraso de la clase obrera. Y su transgresión frente a los comportamientos sociales de su época, en los que estaba inmersa la lucha por la emancipación femenina.

Este libro homenaje a Amparo Poch y Gascón constituye un acto de justicia hacia ella y hacia tantas mujeres luchadoras en todos los ámbitos, que permanecen en el olvido y que fueron paladines del progreso y la liberación de la mujer en España.

Notas Capítulo XVI

1. Amparo Poch y Gascón, «Imperialismo y Guerra. En el principio era Inglaterra», *CNT*, Año II, nº 19, Toulouse, enero 1945.
2. Amparo Poch y Gascón, «Imperialismo y Guerra, II», *CNT*, Año II, nº 23. Toulouse, febrero 1945.
3. Alicia Alted. *L'entraide espagnole et franco-espagnole. L'Exil Républicaine Espagnol à Toulouse (1939-1999)*, Edición de Lucienne Domergue, Presses Universitaires du Mirad, Toulouse, 1999, p. 61.
4. *Estatuto Jurídico de los Refugiados Españoles*, Imprenta Española, París, 1945, p. 6.
5. *Convention de Genève. 28 juillet 1951. Charte des Refugies*, Publié dans le Journal Officiel, nº 253, 29-10-1954.
6. José Borrás, *Política de los exiliados españoles, 1944-1950*, Ruedo Ibérico, París, 1976.
7. José Martí Feced, Informe sobre la Cruz Roja Republicana Española en Francia, cit. por Alicia Alted en su estudio: «La Cruz Roja Española en Francia, 1945-1986», *Historia Contemporánea*, nº 6, Madrid, 1991, p. 227.
8. Alicia Alted, op. cit., p. 245.
9. Amparo Poch y Gascón, «El profundo sentido de la frontera», *Boletín Interior de la CNT* (M.L.E.F), nº 19, Toulouse, 9-8-1945.
10. Amparo Poch y Gascón, «La conquista de la libertad», *Boletín Interior de la CNT*. (M.L.E.F.), nº 23. Toulouse, septiembre, 1945.
11. Amparo Poch y Gascón, «Insulto a la belleza», *C.N.T.*, nº 53. Toulouse, abril, 1946.

12. Amparo Poch y Gascón, «La mujer ante la libertad», *C.N.T.*, Toulouse, octubre, 1945.
13. Testimonio de Manuel Llatser, Toulouse, 20-2-2002.
14. Ver: Lucienne Domergue y Marie Laffranque, *L'Exil des Libertaires Espagnols: Ruptores et Fidélité, L'Espagne face aux problèmes de la Modernité*, Actes du Congrés de la Société des Hispanistes Frangais, Rouen, 1984, pp. 164-175. Marlène Archet-Serralta. *Le théâtre à Toulouse dans les milieux de l'émigration espagnole* (1945-début des années 60), *Mémoire pour la Maîtrise d'Español*, Université de Toulouse-Le Mirad, 1985, pp. 95. Alicia Alted Vigil, *El teatro en los medios libertarios del exilio en Francia, 1945-1960. El exilio literario español*, 1939, T. II. Gexel. Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 449-464.
15. Manuel Llatser, Ateneo Español de Toulouse. *L'Exil Cultural de 1939*, Universit., Actes IX, T. II, Valencia, 1999.
16. Testimonio de Aurora Tejerina. Oropesa del Mar (Castellón), 20-22002.
17. Amparo Poch y Gascón, «El dominio de la leyenda y la cuestión sexual», *Universo. Sociología, Arte*, nº 8, Toulouse, 1947, pp. 59-61.
18. Cursos gratuitos por Correspondencia. «Cultura general del militante». *C.N.T.* Toulouse, 30-11-1946.
19. Nuevos cursos gratuitos de Cultura General y de capacitación del Militante. Las asignaturas eran: Agricultura. Algebra y Trigonometría. Anatomía y Fisiología Humana. Aritmética elemental y superior. Ciencias naturales. Contabilidad. Dibujo Artístico. Dibujo Lineal. Economía. Filosofía. Geometría. Historia de la Civilización. Historia del Movimiento Obrero. Historia de la Pedagogía. Idiomas. Ortografía y Gramática española. Esperanto. Catalán. Francés. Inglés. Ruso. Literatura española. Orientación General del Militante. Pedagogía. Puericultura. Sociología. Taquigrafía, curso que estaba a cargo de Sara Berenguer. *C.N.T.*, 4-10-1947.
20. «Informe general presentado en el primer Congreso Nacional celebrado en Toulouse los días 2 y 3 de agosto de 1946», Unión de Mujeres españolas en la lucha contra el franquismo, Toulouse, 1946, p. 17.

21. Fernanda Romeu Alfaro, *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, Madrid, 1994. p. 45, (Testimonio reproducido de la *Revista Poder y Libertad*, Madrid, nº 11, p. 25).

22. «Los que se van. La doctora Amparo Poch», *Espoir*, Toulouse, 19-51968, p. 5.

23. *Medicina Social. Lucha anticancerosa. Anales del Hospital de Varsovia*, Toulouse, octubre 1949, nº 6, p. 11.

24. Testimonio de María Ayuda, Caussade (Francia), 10-3-2002, y Tomasa Ballestin, Lespinasse (Francia), 10-3-2002.

25. Testimonio de Antonio Ballestin, Lespinasse (Francia), 16-3-2002.

26. Dado el gusto de Amparo Poch por la poesía y el teatro, colecciónaba discos de grandes poetas y dramaturgos, recitados por los primeros rapsodas y actores de la época: *La vida es sueño*, de Calderón, en la voz de Ricardo Calvo; de Sor Inés de la Cruz: *Hombres necios que acusáis*, por Berta Sin- german; de Rubén Darío: *Marcha Triunfal, Canción de otoño, Sonatina, Soneto a Margarita*, por Ricardo Calvo; de Ramón de Campoamor: *El tren expreso*; de José Zorrilla: *Don Juan Tenorio, Oriental*, por Ricardo Calvo; de E. López de Alarcón: *La Tizona*, por Ricardo Calvo, Guillermo Marín y Lucio Gari; de Manuel y Antonio Machado: *Las Adelfas*, por Ricardo Calvo. En el apartado musical tenía grandes óperas como *Tosca, La Bóheme* entre otras y zarzuelas como *La Calesera, La Bejarana...* y profusión de jotas, tangos y cantes flamencos.

Entre los libros salvados de su biblioteca están: *La neurastenia sexual y su tratamiento*, del Dr. A. Austregesilo, en traducción de Octavio Carreras. *Herencia y constitución*, del profesor Dr. Julius Bauer, en traducción de la Dra. Jimena F. de la Vega. *Curso de Historia Natural* (Biología y Geología, de Salustio Alvarado. *Tratado de Anatomía Humana*, del catedrático L. Testut, en traducción de J. Corominas y Sabater y Antonio Riera Villaret. *Historia General de España*, de Modesto Lafuente, continuada por Juan Valera. *El hombre y la tierra*, de Eliseo Reclus. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes. *Enciclopedia Cíclico - Pedagógica*, de José Dal-máu Carles.

27. Testimonio de Juanita Nadal, Barcelona, 28-3-2002.

28. Fontaura, *La doctora Amparo Poch y el respetar la intimidad. La estela de los recuerdos*, Asociación Isaac Puente, Vitoria, 1986, pp. 25-27. Fontaura, sinónimo de Vicente Galindo Cortés, nacido en Mataró en 1902, de padres aragoneses. Personaje revelante del anarquismo español. Activista militante, maestro racionalista, corresponsal de prensa en el frente de Aragón, fundó y dirigió revistas, colaboró en numerosas publicaciones y es autor de vasta bibliografía. Murió en Venissieux (Francia), 1990. V. Miguel Iñiguez, *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Fundación Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001. pp. 243-244.

29. Testimonio de Marie Laffranque, Asté (Francia), 22-10-1999.

30. Testimonio de José Borrás, Toulouse, 3-3-2000.

31. En el Archivo Histórico del Consulado General de España de Toulouse, consta que a la refugiada Amparo Poch y Gascón, domiciliada en 44, rue Jonquières, se le expidió pasaporte el 28 de abril de 1948 renovado hasta 1956, fecha de la muerte de la madre, para poder entrar en Andorra. Agradezco a don Francisco Cádiz Deleito, Cónsul General de España en Toulouse, la posibilidad de conocer este documento.

32. Testimonio de Julia Miravé, Zaragoza, 2-3-2000.

33. Sara Berenguer, op. cit., p. 261.

34. Agradecemos a Gracia Ventura la consulta del *Diario* de su compañero José Peirats.

35. Testimonio de Antonia Valencia, Aucanbille (Francia), 16-4-2000.

36. Informe de José Sanjuan para S.I.A. Reproducido por Sara Berenguer, op. cit., p. 263.

37. Informe de José Sanjuan para S.I.A. Reproducido por Sara Berenguer, op. cit., p. 266.

38. Testimonio de Antonia Valencia, Aucanbille, 16-4-2000.

39. Testimonio de Emilia Vaqué, Toulouse, 16-10-2000.

40. Testimonio del doctor Francisco Guerra. Médico Mayor Jefe del Hospital nº 11 de Montjuich. Tiene en preparación la obra *La Medicina en el exilio Republicano*, Universidad de Alcalá, Madrid, 20-2-2002.

41. José Sanjuan, op. cit.

42. Idem.

43. Sara Berenguer. op. cit. p. 267.

44. Certificado de defunción de Amparo Poch y Gascón. Archivos de la administración del Hospital Purpan. Toulouse.

45. «Los que se van. La Doctora Amparo Poch», *Espoir*, Toulouse, 19-51968, p. 5.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana en la España republicana durante la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 1975.
- , *Finales de enero de 1939: Barcelona cambia de piel*, Planeta, Barcelona, 1992.
- ACKELSBERG, Martha y BREIBART, Mvrna, *La Revolución Social y la Colectividad*, Anthropos, Barcelona, 1989.
- ALCALDE, Carmen, *Federica Montseny, palabra en rojo y negro*, Argos—Vergara, Barcelona, 1983.
- , *La mujer en la guerra civil española*, Cambio 16, Madrid, 1976.
- , *Mujeres en el Franquismo*, Flor del Viento, Barcelona, 1996.
- ALIDE, Bemard, *La escuela abierta, libro—acción para una educación popular y permanente*, Fontanella, Barcelona, 1971.
- ÁLVAREZ RICART, María del Carmen, *La mujer como profesional de la medicina en la España del siglo XIX*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- ARENAL, Concepción, *La Mujer del Porvenir*, Col. Selecta Fémina, Hymsa, Barcelona, 1934.
- ARNAIZ, Aurora, *Retrato hablado de Luisa Julián*, Compañía Literaria, Madrid, 1996.

BARREIRO, Javier, Galería del olvido, Cremallo de Ediciones, Zaragoza, 2001.

BERENGUER, Sara, Entre el sol y la tormenta (Treinta y dos meses de guerra, 1936—1939), Seuba, Calella (Barcelona), 1988.

BLÁZQUEZ MORILLA, Ana María y ESPARCIA—PÉREZ, Javier, Dinámica y estructura demográfica de Burjassot (1860—1996), Associació Cultural L'Almara, Burjassot (Valencia), 1996.

BORRAS, José, Políticas de los exiliados españoles, 1944—1950, Ruedo Ibérico, París, 1976.

—, Aragón en la revolución española, Gráficas Fernando, Barcelona, 1983.

BORRÁS BETRIU, Rafael, Cambio de régimen, Flor del Viento, Barcelona, 2001.

GALAMAI, Natalia, El compromiso de la poesía en la guerra civil española, Laia, Barcelona, 1979.

CAMPOS, Lola, Mujeres Aragonesas, Biblioteca Aragonesa de Cultura, Zaragoza, 2001.

CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, El trabajo y la educación de la mujer en España (1900—1930), Dirección General de Juventud y Promoción Socio— Cultural, Madrid, 1982.

—, La mujer española en el mundo del trabajo, 1900—1930, Fundación Juan Marli, Madrid, 1980.

CARPIO, Campio, Poesía en el Destierro, Cénit, Toulouse, 1962.

CASANO, Julián; MORENO, Francisco; SOLÉ i SABATE, J. M. y VILLARROYA, Joan, Víctimas de la guerra civil, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

CASTELLVÍ FONTANET, Otilia, Vint anys d'història 1926—1946, Oikos—Tau, Vilassar de Mar (Barcelona), 1997.

CASTRO CALVO, José María, Mi gente y mi tiempo, Librería General, Zaragoza, 1968.

Centre de Recherches Hispaniques, Exils et migrations ¿benques au XXo siecle, Publications de L'Universite Denis—Diderot de París, París, 1997.

CHATEL, Nicole, Des femmes dans la résistance, Julliard, París, 1972.

CIVERA, Marín, Sensibilidad femenina, Partido Sindicalista, Madrid, s.f.

COMAPOSADA, Mercedes, Esquemas, artículos aparecidos en *Mujeres Libres*, Publicaciones Mujeres Libres, Folleto, Barcelona, s/f.

CONFERENCIA INTERCONTINENTAL, Movimiento Libertario Español. Conferencia Intercontinental, M.L.E.—Toulouse, Toulouse. 1947.

CONGRESO C.N.T., Dictámenes y Resoluciones del Segundo Congreso del M.L.E.—C.N.T. en Francia, M.L.E.—C.N.T., Francia (Toulouse), 1947.

COSTA, Joaquín, Ideario, Afrodisio Aguado, Madrid, 1964.

CRUELLS, Manuel, La societat catalana durant la guerra civil, Edhsa, Barcelona, 1978.

CUEVAS, Tomasa, Cárceles de mujeres, tomos I, II y III, Siroco Books, Barcelona, 1985, 1986 y 1987.

CULTURA, Departament de, Les Noves Institucions Jurídiques i Culturals per a la Dona. Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1937.

DELSO, Ana. Trescientos hombres y yo: estampa de una revolución, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 1998.

DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar, Voces del exilio: mujeres españolas en México, 1939—1950, Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid y Consejería de la Presidencia Dirección General de la Mujer, Madrid, 1994.

DONA JIMÉNEZ, Juana, Desde la noche y la niebla: mujeres en las cárceles franquistas, De la Torre, Madrid, 1978.

DOUMERGUE, Lucienne, Vexil republican espagnol a Toulouse (19391999), Presses Universitaires du Mirad, Toulouse, 1999.

EHRENBURG, Illya, Corresponsal en España, Prensa Ibérica, Barcelona, 1998.

FABBRI, Luce, La libertad entre la historia y la utopía, edición a cargo de la autora, Barcelona, 1988.

FAGOAGA, Concha, La voz y el voto de las mujeres, el sufragismo en España (1877—1931), Icaria. Barcelona, 1985.

FEBO, Giuliana di, Resistencia y movimiento de mujeres en España, 19361939, Icaria, Barcelona, 1979.

FEBNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, Historia de Zaragoza (siglo XX), Ayuntamiento de Zaragoza y Caja de Ahorros La Inmaculada, Zaragoza, 1997.

FERBER, Juan, Intruso, Ideas, Toulouse, 1947.

FLECHA GARCIA, Consuelo, Las primeras universitarias en España, Narcea, Madrid, 1996.

FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos, Historia de Zaragoza (siglo XIX. 18081908), Ayuntamiento de Zaragoza y Caja de Ahorros de La Inmaculada, Zaragoza, 1998.

FRASER, Ronald. Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: historia oral de la guerra civil española, tomos I y II, Crítica, Barcelona, 2001.

FUENTES, Victor, La marcha del pueblo en las letras españolas (19171936), De la Torre, Madrid, 1980.

GABRIEL, Pere, Escrits polítics de Frederica Montseny, Centre d'Estudis d'Història Contemporànea, Barcelona, 1979.

GALLEGÓ, Gregorio. Madrid, corazón que se desangra, Gregorio del Toro, Madrid, 1976.

GARCÍA, Consuelo, Las cárceles de Soledad Real, Alfaguara, Madrid, 1983.

GARCÍA—MADRID, Ángeles, Réquiem por la libertad, De Atora, Madrid, 1982.

GARCÍA—MAROTO, María Ángeles, La mujer en la prensa anarquista (España, 1900—1936), Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996.

GORDILLO COURCIÉRES, José Luis, La Columna de Bay o, Dyrsa, Madrid, 1987.

GOYTISOLO, Juan, Duelo en el Paraíso, Destino, Barcelona, 1955.

GUTIERREZ MOLINA, José Luis, Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa, Libre Pensamiento Federación Local CGT, Valladolid, 2002.

GUTIÉRREZ—VEGA, Zenaida, Victoria Kent. Una vida al servicio del humanismo liberal, Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

GUZMÁN, Eduardo de, El año de la victoria, Vosa, Madrid, 2001.

HERRERA PETERE, José, Acero de Madrid, Laia, Barcelona, 1979.

HORNO LIRIA, Luis, Zaragoza en 1898, Caesaraugustana, Zaragoza, 1961.

HUERTAS CLAVERÍA, J. M., Manual d'història del moviment obrer (1840-1978, (Obrers a Catalunya), UAvene i CoMecció Clio, Barcelona, 1994.

ITURBE, Lola, La mujer en la lucha social, la Guerra civil de España, Editores Mexicanos Unidos, México, 1974.

IVERIN SALVÁ, Dolores, Les Dones d'Esquerra Republicana de Catalunya (1931—1939), Fundació Josep Irla, Barcelona, 2000.

JACKSON, Gabriel, Entre la reforma y la revolución, 1931—1939, Crítica, Barcelona, 1986.

JUAN BORRO Y, Víctor Manuel, Mitos, creencias y mentalidades del magisterio aragonés (primer tercio del siglo XX), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1998.

JUAN BORROY, Víctor Manuel, Una vida española del siglo XX. (Santiago Hernández Ruiz), Memorias 1901—1988, Instituto de Ciencias de la Educación y Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1997.

KAMINSKI, H. E., Los de Barcelona, Del Cotal, Barcelona, 1977.

KELSEY, Graham, Anarcosindicalismo y Estado en Aragón: 1930—1938, Gobierno de Aragón, Fundación Salvador Seguí y la Institución Fernando Católico, Zaragoza, 1994.

LAPOUGE, Gilés y BECARAUD, Jean, Los anarquistas españoles, Anagrama—Laia, Barcelona, 1972.

LARGO CABALLERO, Francisco, Carta a un obrero, Iberia, Perpiñán, 1945.

LIANO GIL, Concepción et al., Mujeres libres: luchadoras, libertarias, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 1999.

LIARTE, Ramón, El camino de la libertad, Picazo, Barcelona, 1983.

—, El socialismo libertario es la anarquía, Grupo Malatesta de la Federación Anarquista Ibérica, Sevilla, 2001.

LITVAK, Lily, La mirada roja, Ed. del Serbal, Barcelona, 1988.

—, Musa libertaria: arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880—1913), Antoni Bosch Editor, Barcelona, 1981.

LLARCH, Joan, Cipriano Mera: un Anarquista en la Guerra de España, Producciones Editoriales, Barcelona, s.f.

—, Obreros mártires de la libertad, Producciones Editoriales, Barcelona, 1978.

LONDON, Lise, Roja primavera, Ed. de Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1996.

—, Memoria de la resistencia, Ed. de Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1997.

LOW, Mary, Cuaderno rojo de Barcelona, (agosto—diciembre, 1936). Alikornio, Barcelona, 2001.

MACHADO, Antonio, La guerra. Escritos: 1936—1939. Emiliiano Escolar, Madrid, 1983.

MAGALLON PORTOLES, Carmen, Pioneras españolas en las ciencias, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1998.

MAINER, José Carlos, La edad de plata, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1975.

MALATESTA, Enrique, La Anarquía, C.N.T.—A.I.T., Toulouse, 1973.

MALDONADO, Víctor Alfonso, Las tierras ajenas. (Crónica de un exilio), Diana. México, 1992.

MANGINI, Shirley, Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia, Península, Barcelona, 2001.

—, Recuerdos de la Resistencia: la voz de las mujeres en la guerra civil española, Península, Barcelona, 1997.

MARÍA OREUHET, Diego, El Feminismo en los Aspectos Jurídico—Constituyente y Literario Reus, Madrid, 1920.

MARÍN ECED, Teresa, La revolución pedagógica en España (1907—1936), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1990.

MAROTO VELA, María del Carmen, Micro Organismos, Arte y Literatura, Real Academia de Medicina y Cirugía del Distrito de Granada, Granada, 1996.

MARTÍ BOSCÁ, José Vicente y REI GONZALEZ, Antonio, Félix Martí Ibáñez. Aportación biográfica de su etapa española. (1914—1939). Medicina & Historia, núm. 2, Barcelona, 2001.

MARTÍN CASAMITJANA, Rosa María, Lucía Sánchez Saornil. Poesía, Pre—Textos—Ivan, Valencia, 1996.

MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves, Patricio Borobio y los Inicios de la Pediatría en Zaragoza, Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 1996.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio y LEJARRAGA, María, Feminismo: feminidad—españolismo, Renacimiento, Madrid, 1917.

—, La mujer moderna, Renacimiento, Madrid, 1930.

MEMORIA, Congreso de Federaciones Locales, París, Mayo de 1945, Comité Nacional, París, 1945.

MENDEZ LUENGO, Ernesto, Tempestad al amanecer: la epopeya de Madrid, Gregorio del Toro, Madrid, 1977.

MIQUERO, Consuelo, El médico de familia en la historia, Ediciones DO Y MA, Madrid, 1999.

MISTRAL, Silvia, Exodo: diario de una refugiada española, Minerva, México, 1940.

MONLEÓN, José, *El mono azul*, Ayuso, Madrid, 1979.

MONTOLIU CAMPS, Pedro, *Madrid en la guerra civil*, Silex, Madrid, 1998.

MONTSENY, Federica, *El problema de los sexos*, Universo, Toulouse, 1948.

—, *Seis años de mi vida (1939—1945)*, Galba Ediciones, Barcelona, 1978.

MUJERES ANTIFASCISTAS ESPAÑOLAS, Unión de M.A.E., París, 1947.

MUJERES EN LA HISTORIA DE ESPAÑA, Enciclopedia Biográfica, Planeta, Barcelona, 2000, pp. 636—639.

MUJERES ESPAÑOLAS EN EL EXILIO, Nuevas raíces, Contra Puntos, México, 1993.

MUJERES LIBERTARIAS DE ZARAGOZA (C.N.T.—A.I.T.). Métodos anticonceptivos y aborto, Zero, Alcobendas (Madrid), 1982.

MUJERES, Librería, Las republicanas, Librería de Mujeres, Madrid, 2002.

MUJERES LIBRES, Luchadoras libertarias, (Obra colectiva de las veteranas «Mujeres Libres», de 1936—1939). Prólogo Antonina Rodrigo. F. Anselmo Lorenzo, Madrid, 1999. Versión francesa, corregida y aumentada de Jacinte Rausa y Antoine Barral, del Taller de Traducción del Centro Ascaso—Durruti de Montpellier. Prefacio de Thyde Rosell, Ed. Lo/as Solidario/as, 2000.

NASH, Mary, *Mujer y movimiento obrero en España, 1931—1939*, Fontamara, Barcelona, 1981.

—, Mujeres Libres, España 1936—1939, Tusquets, Barcelona, 1975.

NELKEN, Margarita, Maternología y Puericultura, Generación Consciente, Valencia, s.f.

ORTIZ GÓMEZ, Teresa, VIII Congreso Nacional de Historia de la Medicina, (Murcia—Cartagena, 18—21 diciembre 1988), Libro de Actas, Volumen I, Medicina de la España Contemporánea, Murcia, 1988.

—, La Mujer como profesional de la Medicina contemporánea: El caso de Andalucía, 1898—1981, Dvnamic, 1985—1986, núm. 5 y 6, Universidad de Granada.

ORWELL, George, Homenaje a Cataluña, Virus, Barcelona, 2000.

PADILLA, Antonio, 1934: Las semillas de la guerra, Planeta, Barcelona, 1988.

—, El movimiento anarquista español, Planeta, Barcelona, 1976.

PAMIES, Teresa, Cuando éramos capitanes, Dopesa, Barcelona, 1974.

—, Los que se fueron. Los que no volverán. Los que vuelven, Martínez Roca, Barcelona, 1976.

—, Mujer de preso, Ayma, Barcelona, 1977.

PANOS, Institute, Armas para luchar, brazos para proteger: las mujeres hablan de la guerra), Icaria, Barcelona, 1995.

PEIRATS, José, Emrna Goldman: anarquista de ambos mundos, Campo Abierto, Madrid, 1978.

—, Figuras del movimiento libertario español, Picazo, Barcelona, 1977.

POCH Y CASCÓN, Amparo, Amor (novela), Tip. La Academia, Cinegio, 3. Zaragoza, 1923.

—, Cartilla de Consejos a las Madres, Junta Provincial de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad de Zaragoza, Diciembre, 1931.

—, *La vida sexual de la mujer. Pubertad—Noviazgo—Matrimonio*, Cuadernos de Cultura, LVI, Valencia, 1932.

DOCTORA SALUD ALEGRE (Amparo Poch y Gascón), La Ciencia en la mochila, narraciones de la serie “Sanatorio de Optimismo”, aparecidas en la revista Mujeres Libres, recogido en folleto por Publicaciones Mujeres Libres, Barcelona, 1938.

POCH Y GASCÓN, Amparo, Niño, Publicaciones Mujeres Libres. (Artículos de puericultura publicados en la revista Mujeres Libres, s/f).

—, SIA (Solidaridad Internacional Antifascista), Almanaque, Toulouse, 1962. (Artículos: Meningitis tuberculosa. Anemia perniciosa o anemia de Biermer. La septicemia del bacilo Perfringens. La rabia. La sífilis).

PONS PRADES, Eduardo y CENTELLES, Agusti, Años de muerte y de esperanza, Blume y Altalena, Barcelona, 1979.

PONS PRADES, Eduardo, Los que sí hicimos la guerra, Martínez Roca, Barcelona, 1973.

—, Los senderos de la libertad, Flor del Viento, Barcelona, 2002.

—, Los vencidos y el exilio, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995.

- , Republicanos españoles en la 2^a Guerra Mundial, Planeta, Barcelona, 1975.
- , Un soldado de la República, Círculo de Lectores, Barcelona, 1993.
- PRESTON, Paul, Palomas de guerra, Plaza—Janes, Barcelona, 2001.
- PROBLEMAS DE ESPAÑA Y DEL EXILIO, “Mesa redonda en París”, Centro de Estudios Sociales y Económicos, París, 1947.
- PUCCINI, Darío, Romancero de la resistencia española, Ruedo Ibérico, París, 1960.
- REMARTINEZ, Roberto, Dr., La Tuberculosis, Ediciones Universo—El Mundo al Día, Toulouse, 1948.
- RIOS, Fernando de los, Sentido y Significación de España, Secretaría de Propaganda del P.S.O.E. en Francia, 1953.
- ROBÍN, Paul, Manifiesto a los partidarios de la educación integral, José L. de Olañeta, Barcelona, 1989.
- ROCKER, Rudolf, «La responsabilidad del proletario ante la guerra. Las guerras las sufre el pueblo», Cuadernos Libertarios, Madre Tierra, Mós— toles, 1991.
- RODRIGO, Antonina, Mujeres de España. Las Silenciadas, Plaza—Janés, Barcelona, 1979.
- , Nuestras mujeres en la guerra civil, Vindicación Feminista, núm. 1, Barcelona, julio de 1976, pp. 29—40.
- , Mujer y Exilio, 1939, Compañía Literaria, Madrid, 1999.
- , «Centenario de una mujer luchadora. El regreso de Amparo Poch Gascón», Revista Trébede, n° 61, Zaragoza, 2002.

ROIG CASTELLANOS, Mercedes, *La mujer en la Historia a través de la prensa: Francia, Italia, España. Siglos XIX—XX*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1986.

ROJO LLUCH, Vicente (general), *Así fue la defensa de Madrid*, Era, México, 1967.

—, *Alerta los pueblos, Estudio político—militar del período final de la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 1974.

ROMERO AGUIRRE, Francisco y SOLSONA MOTRELL, Fernando, *La antigua casa de Medicina y Ciencias de Zaragoza, Ibercaja y Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja*. Zaragoza, 1994.

ROMEU ALFARO, Fernanda, *Mujeres contra el franquismo*, De Atora, Valencia, 1994.

RUIZ, J., BERNAT, María, DOMÍNGUEZ, R. y JUAN, V. M, *La educación en España a examen (1898—1998)*, tomo I y II, Ministerio de Educación y Cultura e Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 1999.

SALAZAR CHAPELA, Esteban, *En aquella Valencia*, Gexel, Sant Cugat del Valles (Barcelona), 1995.

SANCHEZ SAORNIL, Lucía, *Horas de Revolución*, (artículos publicados en *Mujeres Libres*), Publicaciones Mujeres Libres, Folleto, Barcelona, s/f.

SANTILLAN, D. Abad de, *Por qué perdimos la guerra*, Gregorio del Toro, Madrid, 1975.

SCANLON, Geraldine: *La polémica feminista en la España contemporánea (1868—1974)*, Siglo XXI, Madrid, 1976.

SEGURA, Isabel y SELVA, Marta, *Revista de Dones, 1846–1935*, Edhsa, Barcelona, 1984.

SENDER, Ramón J., *Siete domingos rojos*, Proyección, Buenos Aires, 1970.

SONADELLAS, Concepción, *Clase obrera y revolución social en España (1936–1939)*, Zero–Zyx, Madrid, 1977.

STROBL, Ingrid y MARIN, Dolors, *Partisanas: la mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936–1945)*, Virus, Barcelona, 1996.

TAVERA, Susana, *Solidaritat Obrera, el fer—se i desfer—se d'un diari anarcosindicalista (1915–1939)*, Col—legi de Periodistes de Catalunya y Diputado de Barcelona, Barcelona, 1992.

TOGLIATTI, Palmiro, *La emancipación femenina*, Akal, Madrid, 1978.

TORRE—MAZAS, B., *Anales del exilio libertario: los hombres, las ideas, los hechos, tomo I*, CNT, Comité del Exterior, Toulouse, 1985.

TORYHO, Jacinto, *La Hora de las juventudes*, Cuadernos Rojo y Negro, núm. 1, Barcelona, s.f.

TUÑON DE LARA, Manuel, *El movimiento obrero en la historia de España*, Sarpe, Madrid, 1985.

UNIVERSO, N° 7, Arte, Sociología, Ciencia, Editions Mondials, Toulouse, s.f.

USANDIZAGA, Aranzazu, *Ve y cuenta lo que pasó en España: mujeres extranjeras en la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2000.

VALDOUR, Jacques, El obrero español, Aragón, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1988.

VALENTI CAMP, Santiago, Las reivindicaciones femeninas, J. Ruiz Romero, Barcelona, 1927.

VALER A APARICIO, Fernando, La monarquía contra la nación, Ed. de Información y Propaganda de la República Española en el exilio, París, 1975.

VÁZQUEZ, Matilde y VALERO, Javier, La guerra civil en Madrid, Tebas, Madrid, 1978.

VICENTE VILLANUEVA, Laura, Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza, (1916—1923), Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 1993.

VILAR, Pierre, Historia de España, Librería Española, París, 1963.

—, Sobre 1936 y otros escritos, Vosa, Madrid, 1987.

VV.AA. Madrid 1936—1939, Autrement Editions, Condé—Sur—Noireau (Frailee), 1991.

ZUBIRI VIDAL, Fernando, Biografía del eminente cirujano Don Ricardo Lozano Monzón, Ed. de Antor, Zaragoza, 1963.



ANTONINA RODRIGO

Antonina Rodrigo es de Granada, nacida en el Albaicín y vive en Barcelona. Ha dedicado gran parte de su labor profesional a investigar, estudiar y difundir las biografías de personajes singulares de la historia contemporánea española.

Destacan sus monografías publicadas sobre Federico García Lorca, Salvador Dalí, Manuel Ángeles Ortiz, Josep Trueta, Mariana de Pineda, María Antonina Fernández “La Caramba”, Margarita Xirgu y María Lejárraga entre otras.

Su trilogía de libros sobre mujeres silenciadas, exiliadas y olvidadas, ha rescatado importantes figuras de las protagonistas de la II República, la Guerra Civil, y el Exilio. “Sin estridencias, Antonina Rodrigo, está llevando a cabo una rigurosa carrera de investigación biográfica —ha escrito García Posada—. Pero escritora más que

erudita a secas, su busca de fuentes y documentos no se resuelve en la pura descripción taconómica: sabe empapar los datos del aliento que presidió la vida y la obra de los personajes elucidados y del mundo que los circundó.” Esta de Amaro Poch y Gascón es una de las biografías hasta hoy olvidadas en el actual proceso de la recuperación de la memoria de la II República.